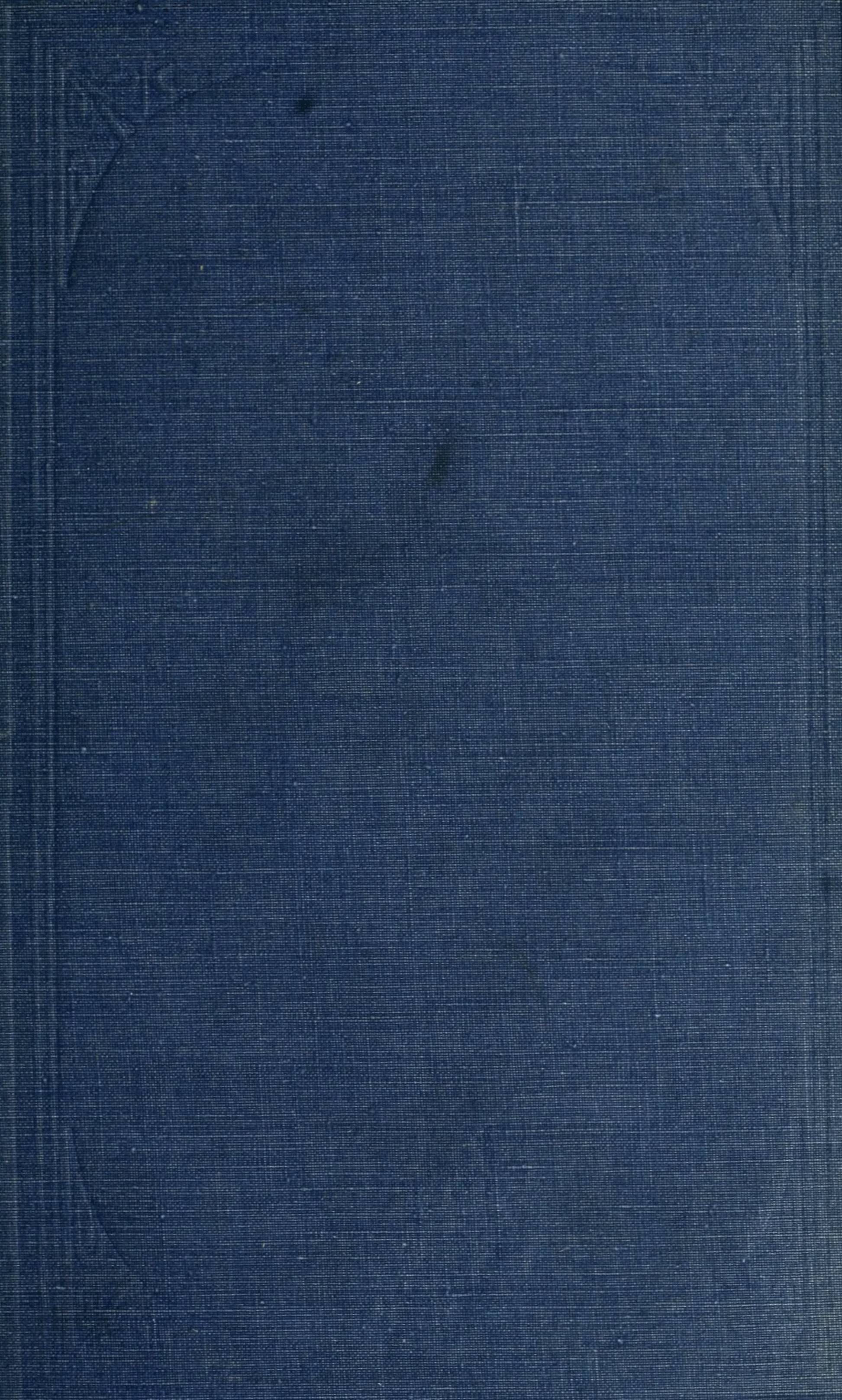




ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

(TOMO VI)

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO VI — EL CLAMOR DE LOS BARDOS

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

EL CLAMOR DE LOS BARDOS

JOSÉ RIVERA INDARTE

JOSÉ MÁRMOL

CLAUDIO MAMERTO CUENCA

NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

JOSÉ RIVERA INDARTE

Nació D. José Rivera Indarte en Córdoba, el 13 de Agosto de 1814. Hizo sus estudios de humanidades en Buenos Aires, en cuya Universidad de Derecho se graduó de doctor en leyes. Empezó muy pronto á descollar entre los jóvenes más estudiosos de su generación, y siendo todavía estudiante, se dió á conocer como pensador de grandes vistas, abogando por la apertura de los mercados y puertos argentinos al comercio español, en un opúsculo que publicó en 1834, con el cual alcanzó gran resonancia.

Complicado desde el comienzo de su vida universitaria en la ardiente lucha que sostenían los hombres de las distintas tendencias políticas y religiosas, respecto á la mejor forma de gobierno que se debiera dar al país, sus ideas católicas lo hicieron blanco de los más violentos ataques.

Escritores modernos han lapidado su nombre, presentándolo con la afrenta de la delincuencia, como expulsado de la Universidad, por substracción de libros,

y como expatriado del país, por tentativa de estafa y falsificación de documentos. (1)

La consideración social y el juicio público del más alto exponente de seriedad, ilustración, probidad y cultura de un pueblo, cual es la opinión de los hombres más respetables, no ha sancionado esos fallos de la justicia embrionaria de los estrados de la anarquía, y á nuestro juicio, vale más el aplauso y la consideración que Rivera Indarte mereciera siempre á hombres como el general Bartolomé Mitre, ó el ilustre D. Juan María Gutiérrez, que no lo que puedan probar esas exhumaciones de procesos de una época, en que imperaba, sin contralor de ninguna especie, la omnímoda voluntad del siniestro señor de los Santos Lugares.

Rivera Indarte fué desterrado, es verdad. Pero ¡tantos otros lo fueron, que la *razón* de los destierros desaparece, para no dejar ver más que, el *sistema!*

Dirigía entonces el gobierno de la vecina República el ministro D. Santiago Vazquez, quien, conociendo las dotes de Rivera Indarte, que á la sazón contaba 22 años, apenas supo que se encontraba en Montevideo, lo llamó y tomó bajo su protección, confiándole la dirección de un diario oficial que se llamó «El Investigador», donde, y en opinión del mismo escritor antes citado: (2) «logró abrirse camino al favor de una inquebrantable pertinacia, de una contrac-

(1) A. Saldías. «Historia de la Confederación Argentina». Tomo IV, páginas 33 y 35.

(2) A. Saldías. Obra citada, vol. 4, pág. 35.

ción que desafiaba el cansancio, de cierta audacia genial para encarar toda clase de cuestiones, y de la poderosa iniciativa que empezó á desplegar, alentado siempre con la idea de poner de su parte la opinión».

El año 1843 regresó Rivera Indarte á Buenos Aires, y siguiendo su inclinación al periodismo, redactó «El Imparcial», en compañía de D. Bernardo Vélez.

Dice el Dr. Saldías (1): «Esta es la época de su vida en que mayor gala hizo de su fecundia. La prosa y el verso; el diario y el panfleto; la política y la literatura; las cuestiones de interés local como las que se relacionaban con la Europa, y principalmente con la España, todo lo usó y abarcó su actividad incesante, con éxito más ó menos feliz».

Rivera Indarte se afilió al partido federal, y fué de los más entusiastas defensores de sus principios, y de los más exaltados apologistas de Rosas.

El «Himno de los restauradores» dedicado al «Excmo. Sr. Brigadier General, Restaurador de las leyes, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, D. Juan Manuel de Rosas», y el «Himno Federal» que comienza:

Federales, á Rosas invicto,
Jurad siempre constancia y amor,
Que es terror de unitarios su brazo,
Y del libre el apoyo mejor.

son composiciones del más avanzado servilismo en su

(1) A. Saldías. Obra citada, vol. 4, pág. 36.

género, que bastan para desvirtuar cuanto su autor escribiera después en sentido contrario.

Rivera Indarte fué, durante más de un año, el poeta de la tiranía. Su musa no le inspiraba entonces más que versos en obsequio y alabanza del Restaurador y de la restauración; y su numen se desataba en coplas, canciones y leyendas, que circulaban profusamente por los salones y la campaña, extendiendo su fama de poeta, y difundiendo la admiración hacia D. Juan Manuel.

«Los ecos cada vez más destemplados de la propaganda de Rivera Indarte, dominaron el escenario político del año de 1835. Los partidarios más intransigentes del nuevo orden de cosas, y el pueblo que lo aplaudía, veían reflejados sus conatos más enérgicos en los escritos de ese joven que había colocado una bandera roja en su barricada de combate y batía con ventaja á los enemigos, eclipsando los escritos pálidos y tiesos de D. Pedro de Angelis, los de D. Manuel de Irigoyen, que rebosaban candoroso entusiasmo, y aún los de D. Nicolás Mariño, que fué después su émulo». (1)

Pero, de la noche á la mañana, cambió la situación de Rivera Indarte para con el Gobierno. Empezó á ser sospechado de estar en connivencia con los conspiradores de Montevideo, viéndose obligado á discutir la lealtad de su conducta ante el ceño desdeñoso de los hombres más allegados á Rosas.

---

(1) Saldías. Obra citada, tomo 4, pág. 54.

Al agasajo sucedió el aislamiento, y á éste el castigo. Se le puso preso, bajo la inculpación de ser agente secreto de los emigrados, y al fin fué condenado á ir á reunirse con ellos.

Por consejo del ministro D. Santiago Vazquez, que se hallaba entonces aquí, decidió Indarte volver á radicarse en Montevideo; pero quiso antes realizar un viaje de instrucción por los pueblos más adelantados del continente americano, y se embarcó para los Estados Unidos y el Brasil.

A su regreso á Montevideo entró á formar parte de la redacción de «El Nacional», y su prédica tomó los caracteres de una verdadera *Rosasfobia*.

El lenguaje de Rivera Indarte excedió en despecho y procacidad al de todos los demás escritores de diatribas contra la *restauración*, á tal punto, que protestaron de ello los mismos unitarios.

El fundador de la «Sociedad de Mayo», se expresaba en los siguientes términos, en carta citada por el Dr. Saldías: (1) «¿Qué doctrina social ha formulado Vd. en su apostolado de cinco años en «El Nacional»? ¿qué idea nueva ha emitido; qué *importación* inteligente nos ha inoculado; qué poesía original nos ha revelado; qué intuición de su genio nos ha embutido?... ¡Apostolado para el pueblo! dice Vd. Apostolado de sangre, de difamación, de inmundicia... Hay una doctrina que Vd. ha concebido y desarrollado con la erudición más escogida, y esta doctrina

---

(1) Obra citada, tomo IV, pág. 44.

es la más digna de su apostolado: el tiranicidio. Pero el pueblo replica indignado: que venga á matar el muy villano, si tiene corazón de asesino; que venga á santificar con su sangre su doctrina... Y el padre Mariana se levanta de su tumba, gritando: ¡Venga mi doctrina! Fuera ese párrafo de erudición que empacha; fuera esa lógica tuerta»...

En 1841 Rivera Indarte, en compañía de D. Juan María Gutiérrez, fundó un pequeño periódico que se escribía todo en verso, y que se llamaba «El Tirteo».

«Rendido por la lucha y la tarea, murió de una enfermedad al pulmón, en la noche del 19 de Agosto de 1845, en la isla de Santa Catalina». (1)

Aun cuando D. José María Torres Caicedo coloca al de Rivera Indarte entre los más bellos nombres de la literatura latino-americana (2), y el Sr. Menendez Pelayo ha calificado de medianos sus versos, el juicio de la crítica nacional ha sido esta vez mucho más severo, y empezando por el ilustre Gral. Mitre, prologista de las poesías de Rivera Indarte, que dice: «Desprovisto de las facultades perceptivas del poeta por vocación, tuvo que suplirlas por arte, estudiando la poesía como quien estudia una ciencia. Su vida rebelde á la armonía se educó en los ensayos del ritmo y la cadencia, y aunque jamás pudo conseguir dar á sus versos el numen de esos versos instintivos que salen confundidos de una pieza, consiguió subordinar-

(1) J. M. Gutiérrez «América poética», pág. 727.

(2) «Ensayos biográficos» 1863, pág. 90.

los á la medida» no ha sido más favorecido por los demás.

D. Juan María Gutiérrez llega hasta decir: «nunca se creyó poeta, y desconfió de la aceptación que pudieran tener sus versos: creía, sin embargo, que la poesía era una fuerza que puede encaminar los espíritus al bien, y que ella debía *tener una misión de castigo y de premio, y no pérderse en el platonicismo de las ideas, ó en la espiritualización del amor.*

Los críticos políticos-literarios, como el Dr. Saldías, le niegan toda inspiración y numen poético.

JOSÉ MÁRMOL

Nació en Buenos Aires el 4 de Diciembre del año 1815 (1).

La época aciaga porque atravesó el país, del año 20 al 53, envolvió los primeros años y la juventud de Mármol en los oscuros pliegues de sus sombras. Solo sabemos, que, siguiendo el derrotero que imponía la barbarie á los que no se doblegaban á servirla

(1) Don J. M. Gutiérrez autor de la la biografía de Mármol (que está en la pág. 533 de la América Poética, ed. 1846), paso su natalicio en 1819, y así lo han transcripto todos los que después lo han mencionado. Los diarios de la época de su fallecimiento le dan 56 años, y el mismo Gutiérrez ha corregido su primer dato, escribiendo una nota (autógrafa) que puede verse en el Tomo que está en la Biblioteca del Congreso.

sin ascos ni miramientos, recibió su primera educación recorriendo las escuelas públicas de Buenos Aires y Montevideo. Esta es la razón por la cual, ese período siempre interesante de la vida de los poetas, que corresponde á la época en que las ninfas del Castalio coro suelen bajar con más frecuencia desde las alturas del Pindo hasta sus pobres viviendas, para acariciar sus sienes y envolverse jugando entre las gasas de luces y colores con que la imaginación juvenil viste sus sueños : tratándose de Mármol, es noche sombría, sin lampo que irradie el menor destello sobre su existencia, en la cual, para hacer más lúgubre su recuerdo, todavía se escucha el éco quejumbroso de su lira á través de las rejas de una cárcel.

Tenía solo veinte años cuando fué encarcelado por orden de Rozas, y en el muro del calabozo donde estuvo preso, dejó inscrita la siguiente cuarteta:

Muestra á mis ojos espantosa muerte,
Mis miembros todos en cadenas pon;
¡Bárbaro! nunca matarás el alma,
Ni pondrás grillos á mi mente, no.

Mármol logró salir en libertad, y para escapar á las persecusiones, se desidió á seguir la suerte de los muchos argentinos que vivían emigrados en Montevideo. Desde allí combatió con más tezón que nunca al déspota de Buenos Aires, secundando valientemente la formidable campaña que hacían en la prensa uruguaya los Varela, Mitre, Indarte, Alberdi, Gutiérrez y demás ilustres escritores que hicieron célebres

los nombres de «El Mercurio», «El Investigador», «El Comercio del Plata», «El Nacional», «La Revista», «El Constitucional», y «El Britania».

Cuando el sitio de Montevideo, el joven Mármol era secretario del general Pacheco.

Llevado de su espíritu emprendedor y activo, quiso conocer otros países, y ya quizás con la visión del poema que escribió después, pasó á Río de Janeiro, de donde, en 1844, se embarcó para el Pacífico. Pero el barco en que navegaba no pudo dar vuelta el Cabo de Hornos, á causa de las averías sufridas en los vendavales con que tuvo que luchar en el Atlántico, y regresó al Brasil.

Después de la batalla de Caceros, Mármol regresó á su patria, y abandonando la lira por la pluma del periodista, y los cantos por las discusiones parlamentarias, tuvo una actuación política muy distinguida, figurando como diputado y senador de la Legislatura de Buenos Aires.

Mármol publicó por primera vez sus versos en Montevideo, el año 1851, con el título de «Armonías». En 1854 hizo una nueva edición en Buenos Aires, compuesta de tres volúmenes. El primero y segundo tomo contenian las poesías publicadas anteriormente con el título de «Armonías», y el tercer tomo lo formaban dos dramas: «El Cruzado» y «El Poeta».

Su obra principal «Cantos del peregrino», empezó á publicarse en Montevideo el año 1846. El primer canto que apareció fué el canto XII, produciendo un gran movimiento de espectación al rededor de su

autor. La armonía de sus versos, la galanura de su lenguaje rotundo, rico de imágenes, de sonoridad y colorido, desbordante de entusiasmo por la patria, y cuajado de invectivas contra la tiranía, hicieron estallar sobre la cabeza de Mármol los denuestos de todas las furias de los seides de Rozas, y los aplausos de todos los unitarios.

Florencio Varela hizo el elogio de este canto, en los siguientes términos (1):

«Para juzgar los primeros ensayos de Mármol, bastaba simplemente el *gusto* por la poesía y el conocimiento de su mecanismo; mientras que para apreciar y hacer la crítica de «El Peregrino», se necesita remontarse á la filosofía, á la historia, á la alta literatura, al conocimiento de la política, de los partidos civiles, y de todos los elementos de nuestra sociabilidad. Es porque todo eso comprende el poema de Mármol, de que nos da una muestra el *canto* que nos ocupa. Desde los primeros ensayos de este joven vimos con satisfacción que desdeñaba la forma monótona y vulgar de la simple narración, para adoptar en sus composiciones un movimiento casi dramático, una variación incesante de situación y de entono. Esto mismo advertimos, con éxito muy feliz, en el Peregrino. Su plan, ó idea general es evidentemente el del «Child Harold»: pero quisiéramos que el autor hubiera dejado que cada uno lo adivinase, sin haberlo él indicado en una de sus estancias».

---

(1) «Comercio Del Plata» Nº. 264, del Sábado 29 de Agosto de 1846. Montevideo.

Mármol, como el bardo inglés, ha ido trasladando á sus lienzos las sociedades que visitaba, con sus pasiones, su literatura, sus grandes hechos, sus miserias, su historia y su política; y donde no encontraba pueblos ni vida social que copiar, ha descrito las montañas, el mar, las nubes, los grandes fenómenos de la naturaleza visible, ó se ha concentrado en sí mismo para sondear las altas verdades de la filosofía y de la moral.

Excusado es decir que no ponemos en balanza á nuestro amigo con el bardo inglés, ni al *Peregrino* con *Child Harold*. Mármol mismo no ha pensado que podría, ya el día de hoy, igualar á su modelo; sería eso querer luchar con las leyes del progreso intelectual. Mármol no puede todavía alcanzar á esa libertad de movientos y de giros con que el poeta inglés expresa sus altísimas ideas; esa elegancia de formas y esa gala de colorido con que jamás deja de vestirlas; esa riqueza de substancia, si esto puedo decirse, que se encuentra en los cuatro cantos de *Child Harold*, y cuyo sabor no gozan los espíritus incultos ó vulgares.

Depende esa diferencia, de que nuestro joven poeta no puede todavía tener, en el grado que Byron, ni el dominio absoluto de la lengua que permite expresar todo sin embarazarse jamás en la expresión ni en el ritmo, ni la experiencia del mundo que revela los más ocultos caracteres de la sociedad, ni el gran caudal de conocimientos adquiridos que dan á la poesía esa solidez, esa substancia, que tanto la ennoblece.

Pero si Mármol no ha llegado todavía á ese punto, no seremos nosotros quienes pondremos límites á sus progresos, cuando los años y el estudio le hayan dado lo que Byron no debía á la naturaleza.»

No son menos elogiosos los términos en que Don Juan María Gutiérrez se expresa, en la *Introducción* que sirve de prólogo á la edición de las obras de Don José Mármol, que hizo su hijo Don Juan A. Mármol, el año 1889. Rrecordando la angustiosa situación porque había atravezado el país en aquellos dos terribles lustros de la tiranía, en cuyo tiempo habían sucumbido casi todos nuestros poetas, unos en los campos de batalla, otros entre las olas del mar, otros bajo el puñal del asesino, casi todos en medio de las amarguras de la expatriación, dice:

«Casi dos lustros habían pasado sobre los últimos sucesos de la guerra de la independencia. Los ensayos sin fruto de una organización nacional, y el luto de la guerra civil resucitada por el mismo sable que debió apoyar las instituciones, tenían entristecida y desmembrada á la sociedad argentina; mayores desastres podrían presagiarse para un futuro próximo, cuando aparecieron en Buenos Aires «*Los Consuelos*» del señor Echeverría. Si el *Triunfo Argentino* de López fué preludio de nuestra lira guerrera, la obra de aquel joven poeta lo fué de la lira del dolor, de la queja individual, de las pasiones ocultas del corazón, de las miradas del porvenir.

La naturaleza de nuestro suelo halló también en Echeverría su pintor, y ayudado de las doctrinas li-

terarias del tiempo, conquistó la *pampa* para la poesía. Atrevimiento del genio coronado de aplausos, como todas las audacias felices.

Obra de la época ó de las producciones indicadas, ha sido la aparición de la poesía que llamaremos *nueva.* Despertada por la voz del *dulce ruiseñor de los Consuelos,* ó por la voz de la época, se presenta la generación actual de poetas, ufanos de su origen, atando con armonías el pasado glorioso á un porvenir todavía más glorioso, en que tienen fe; levantando los ojos desde el seno de la patria para fijarlos en Dios; cantando el suelo en que nacieron con ese amor entristecido y dulce con que amamos los bienes ya perdidos; maldiciendo á veces, y perdonando siempre; explicando, á favor de la filosofía, el bien que ha de nacer del mal; y confiando, más que nunca, en el triunfo de las ideas del programa de Mayo, que han estudiado y convertido en evangelio social.»

Comparando y relacionando el simbolismo del *Child Harold* y el del «*Peregrino*, dice:

«Carlos es el Harold de la patria y de la naturaleza. El héroe del poeta inglés arrastra su melancolía entre sepulcros y recuerdos. El *Peregrino* solo baja la vista al suelo para admirar las flores; la mantiene á la altura de las montañas: en el cenit, para cantar la luz en las horas de su esplendor; en el horizonte, para contemplar el nacimiento y el declinar del día; en las nubes, para encontrar en ellas mineros inagotables de la más lujosa poesía. El *Peregrino* consulta constante-

mente dos mundos de misterio, dos fuentes que jamás se apocan: el corazón y la naturaleza.»

El señor Gutiérrez termina su elogio de las obras de Mármol con el siguiente espléndido discurso: «Si el autor del Peregrino no hubiera dado ya tanta prueba de su talento poético, bastaría esta producción para que cayeran sobre su cabeza las hojas del laurel tan ambicionado como tan pocas veces conseguido. Cantar los sentimientos de la actualidad; pensar sobre el bien, sobre la belleza, sobre la verdad, según la dirección de la época; poner de bulto el pensamiento confuso é incompleto de la generalidad: tales son las condiciones con que se manifiesta al poeta verdadero. El que satisface á este programa, levanta un monumento y graba su nombre sobre el acero, en la historia de la literatura.

Hemos leído el Peregrino y parecíanos que el autor nos había consultado sobre el asunto de sus cantos: nos parecía la obra de un genio que hubiera espiado, invisible, los secretos de nuestra conciencia, los sueños de nuestra alma, las fantasías de nuestra esperanza; y que nos decía: «he aquí el retrato de lo que creíais que no pudiera representarse con la palabra, ni tomar cuerpo con los incompletos recursos del lenguaje.»

La crítica extranjera ha usado también de gentilezas de lenguaje, poco comunes, para con los versos del señor Mármol, que han merecido al señor don Marcelino Menéndez y Pelayo (1) el siguiente juicio:

---

(1) Antología de poetas Hispano Americanos. Tomo 40, pág. CLXXXIII.

«A todos los poetas hasta aquí citados, incluso el mismo Echeverría, excedió en reputación popular durante su tiempo, y aún puede decirse que en parte la conserva otro ingenio romántico, muy desaliñado, y muy inculto, lleno de pecados contra la pureza de la lengua, de expresiones impropias y de imágenes incoherentes; pero versificador sonoro, viril, robusto, superior á todos sus contemporáneos en la invectiva política, porque tuvo el alma más apasionada que todos ellos, y dotado al mismo tiempo de grandes condiciones para la descripción que pudiéramos llamar lírica, para reflejar la impresión de la naturaleza, no en el detalle sino por grandes mazas. Tal fué José Mármol, que, al revés de Echeverría, no procede del romanticismo francés, ni tiene con él grandes analogías; pero sí las tiene, y muy íntimas, con el romanticismo español, y especialmente con Zorrilla, cuyos procedimientos imita, procurando emular en su vena opulenta y desbordada. Mármol, como todos los poetas de su temple, arrastra, deslumbra, fascina, y á su modo triunfa de la crítica, que solo en voz baja se atreve á formular sus reservas. En sus versos políticos, en sus imprecaciones contra Rozas, hay un arranque, un brío, un odio tan sincero, una tan extraña ferocidad de pensamientos, que, si á veces repugnan por lo monstruoso, otras veces se agigantan hasta tocar con lo sublime de la invectiva».

¡Cosas de la época! Mientras los críticos del mismo color político que Mármol batían palmas festejando el éxito del autor del «Peregrino», los críticos del partido contrario se expresaban en los siguientes términos (1):

---

(1) *La Gaceta Mercantil* N°. 6.899 del Lúnes 12 de Octubre de 1846.

El Peregrino: «Con este epígrafe ha publicado en Montevideo el salvage unitario emigrado José Mármol, algunos versos malos y mordaces. El poético nombre del Peregrino, tema de tan bellos cantos de altas y sensibles inteligencias, y de tantos recuerdos históricos, es tristemente atormentado en esta ocasión por el rapsodista.

Este ridículo poema no se parece á ningún otro malo ó bueno. Empieza por donde todos finalizan ó van concluyendo: ¡por el canto duodécimo!

Después escribirá el poeta el primero y el último, si no prefiere los intermediarios; y le aconsejaríamos que se evitase tanta molestia. ¡Lástima sería que se malograse tan lindo ingenio bajo el peso de cavilosidades románticas! Con lo que ha publicado, basta y sobra».

Parangonar á Mármol con Zorrilla, como lo hace el señor Menéndez y Pelayo, significa para nosotros el mayor elogio que se pueda hacer al poeta argentino. Porque cualquiera que sea el género, la forma y el gusto literario de las poesías del célebre leyendista y cantor de Granada, es indudable que su personalidad encarna el prototipo del favorito de las musas, del hombre dotado por Dios de aquel rarísimo *mens divinior* de que nos habla Horacio.

Dentro del torrente de sonoridades, de cadencias y armonías que con cualquier motivo desata su vena inagotable, haciendo gala de vencer todas las asperezas del ritmo y todas las dificultades de la rima; por encima de todas las frondosidades de su fantasía

oriental y de su lenguaje principesco, hay algo que no puede ni siquiera discutirse, y es, su condición de poeta; y nos halaga que el señor Menéndez y Pelayo haya salvado así, de una plumada, la personalidad de José Mármol.

Pero, en honor de la verdad, la semejanza que nota el señor Menéndez y Pelayo entre los versos de Mármol y los de Zorrilla no es sino externa; y por lo tanto, lejos de ser por ese lado por donde más aplauso merezca nuestro compatriota, es á nuestro juicio por donde puede ser más criticado.

La musa de Zorrilla es deidad de su raza y de su pueblo, que mueve su corazón y levanta los pensamientos del poeta, evocando en su mente los recuerdos de otras edades, cuyos héroes reverencia, cuyas virtudes encomia, y cuyas costumbres aplaude, poniendo siempre al cuadro de su civilización cristiana y española en medio de ese nimbo maravilloso, en que su imajinación sabe descubrir las formas más perfectas del ideal, para recrear su espíritu en arrullarlo con las más bellas armonías del lenguaje.

Los cantos del trovador empiezan haciendo gala de esos sentimientos; así, la preciosa epifonema que cierra su Introducción es un poema en miniatura de los amores del poeta con su patria:

¡Tierra de amor! ¡tesoro de memorias,
Grande, opulenta y vencedora un día,
Sembrada de recuerdos y de historias,
Y hollada asaz por la fortuna impía! . . .
Yo cantaré tus olvidadas glorias:

Que en alas de la ardiente poesía
No aspiro á mas laurel ni á mas hazaña,
Que á una sonrisa de mi dulce España.

Todo lo contrario sucede con Mármol. En los cantos del Peregrino no se advierte más afan que el de la diatriba contra Rozas. No se descubre una sola idea que no esté empapada en sangre, y no destile ódios y venganzas. No se escucha una voz, que no sea un denuesto ó una execración; no alienta un solo sentimiento que no sea perverso y contrahecho. De modo que, lejos de ser el poeta el cantor instintivo de las exelencias de su patria, de sus glorias legendarias, de las maravillas de su arte y la belleza y la gracia de sus mujeres, y el valor y la nobleza de sus hombres, es en este caso, su detractor más procaz y su más acervo maldiciente.

Dice don José M. Gutiérrez que el Peregrino es un himno en loor de la magnificencia del Mediodía Americano, pero creemos que, á pesar de la autoridad de su palabra, no podrá mitigar esa advertencia tanta acíbar como allí se ha reunido.

Adivinamos y respetamos el complaciente propósito que puede haber en la insinuación del señor Gutiérrez. Pero, la poesía es amor, porque es belleza; y nosotros echamos de menos, en el amor á la belleza que demuestran los sonoros versos de Mármol, la belleza del amor que ostentan los de Zorrilla.

¡Y es lástima grande llegar á la celebridad por este contraste! Dice el señor Menéndez y Pelayo: «Salvo las diferencias entre el puñal y la pluma, hay casos

en que el poeta se pone á la altura del tirano á quien combate. Y así como Rozas tiene en la historia su bárbara y siniestra grandeza, tienen los incorrectos versos de Mármol cierta poesía bárbara y desgreñada que los hace inolvidables, y, en cierto sentido, imperecederos».

En cambio, el parecido externo de los versos de Mármol con los de Zorrilla es tan grande, que la semejanza tiene el carácter de una imitación servil.

Como si la lira no hubiera sido para Mármol más que un instrumento de combate, después de su regreso á Buenos Aires abandonó por completo la poesía y se hizo político y periodista. Fué director de la Biblioteca Nacional. En los últimos años de su vida perdió la vista y murió de una rápida dolencia del corazón, el 9 de Agosto de 1871, á los 56 años de edad.

Mármol es el último de los poetas argentinos que figuran en la América poética de don J. M. Gutiérrez.

DOCTOR DON CLAUDIO MAMERTO CUENCA

El señor don Claudio Mamerto Cuenca nació en Buenos Aires, el 30 de Octubre de 1812.

Cursó Humanidades y se graduó en la Facultad de Medicina, el año 1838.

El mismo año en que terminó su carrera fué nombrado catedrático de anatomía, y más tarde lo fué de Fisiología, Materia Médica y Cirugía.

Murió en la célebre batalla de Monte Caseros, el 3 de Febrero de 1852, habiendo concurrido á ella contra su voluntad, como médico cirujano del ejército Federal. El deber profesional, por una parte, y complacencias amistosas á que no pudo sustraerse, por otra, lo llevaron al campo de batalla, á pesar de su adversión á la tiranía, y de su temperamento pacífico y carácter apacible.

Desde muy joven tuvo trato con las musas, contándose de él, que escribía versos en cuanto momento libre le dejaban sus tareas profesionales y sus cátedras. Sus composiciones anduvieron corriendo mucho tiempo manuscritas, hasta que el poeta uruguayo don Heraclio C. Fajardo las reunió y publicó en 3 volúmenes, el año 1861.

La muerte lo sorprendió llevando en el bolsillo de su gabán la poesía «A Rozas», que se publicó en el

«Agente comercial del Plata», el 27 de Marzo de 1852 completada por mano extraña. Tal como nosotros la incluimos es como se la encontró sobre su cadáver.

La lira de Cuenca ha tenido éco simpático en el extranjero, sobre todo entre sus hermanos de letras americanas, y sus versos, más sonoros que armoniosos, y más retóricos que inspirados, han sido muy favorablemente juzgados.

Ha escrito mucho, en todos los géneros, dando á su producción el carácter de un tratado lírico de los males del corazón.

Su biógrafo y editor, el distinguido autor de «La Cruz de Azabache», dice, refiriéndose á las poesías que Cuenca reunió bajo el título de *Delirios del Corazón:* «¿Anduvo errado el poeta en la elección del título de su obra capital, ó quiso expresar en él ese estado de lucidez perfecta de los seres privilegiados, esa sublime demencia del Dante y de Victor Hugo?

La misma que excarnecemos
Los que no tenemos ratos,
Ni deliquios, ni arrebatos
De bella alucinación.

Porque en la acepción común, solo acusaría *delirio* su poema, en la interpretación del título. Nosotros lo llamaríamos: *Autopsia del Corazón*».

Cuenca pertenece á la categoría de los poetas románticos cuyo prototipo es Espronceda. Vaciados en puro epicureismo, suelen burbugear un momento bajo

la presión de inspiraciones fugaces, pero luego nomás, vuelven á querdar en el reposo de las densas lagunas petroleras.

Caballeros andantes del amor, como los llama el P. Blanco García, colocan todos los ideales de la vida en los placeres del amor; y creyendo sublimar un sentimiento naturalmente hermoso, llegan por aberración á convertirlo en torpeza la más vulgar y chavacana.

Cuenca es bien explícito á este respecto. En la composición «El Corazón», que hace de prólogo á los «Delirios del Corazón», dice:

Yo no te pido, Señor,
Ni fecunda fantasía,
Ni abstrusa ciencia sombría,
Ni talento, ni poesía,
Ni coronas de virtud:
Ni que el mundo me engrandezca,
Me venere y me obedezca,
Ni que el tiempo no envejezca
Mi lozana juventud.

Pues que todo tú lo puedes
Y de todo eres Creador,
Yo te pido bien mayor,
Como la prueba mejor
De tu infinito poder:
Yo te pido ardiente y vivo,
Grande, volcánico, altivo,
Como lo quiero y concibo,
El amor de una mujer.

XXXI

Sí, Señor, de una mujer;
Pero mujer, como yo,
De aquellas á quienes dió
La mano que las formó
El corazón para amar:
Mujer para mi nacida,
Solo para mi venida
Al desierto de la vida,
Donde la debo encontrar.

Misterioso, incomprensible,
Fugaz, transitorio ser,
Angel, prodigio, mujer
Como se ha solido ver
Aunque pocas veces ya:
Mujer que ame y muera luego,
Cuyo fatídico y ciego
Espíritu, alma de fuego,
Pintado en su frente está.

Mujer que cual soy me quiera:
Melancólico, ignorado,
Feo, pobre, desairado,
Y cruelmente condenado
A maldecir y llorar;
Hombre oscuro, peregrino,
Que va andando en el camino
De la vida sin destino
Ni vestigio que dejar.

Sí, Señor, de una mujer;
Más de una mujer tremenda,
Heróica, audaz, estupenda,
Que el espíritu comprenda
De su amorosa misión;

Mujer como yo, furiosa,
Frenética espirituosa,
Grande, loca, portentosa,
Más que mujer, ilusión.

Este último verso nos permite hacer alto en el despeñadero.

A parte de que en el fondo de toda esta retahila existe una promiscuidad ética la más escandalosa, de aberraciones y de nobles deseos, que se mezclan y revuelven de todos modos, sin más razón aparente que la de satisfacer las exigencias de la rima, el pensamiento dominante es ese mismo: de posponer todas las cosas al amor de una mujer.

Detrás de esta idea, que reemplaza al númen verdadero, déjase correr á la imaginación atropelladamente por sobre todos los principios éticos, verdades, y conveniencias, sobre todas las lógicas y sobre todas las teorías estéticas. El caso es correr, del oriente al ocaso, de un polo al otro, de la virtud al crímen, del amor al ódio, de lo blanco á lo negro, de lo bueno á lo malo, del goce al tormento, del cielo al infierno. De cualquier parte, á su contraria ú opuesta, y hasta á lo contradictorio.

La *mujer ilusión* que constituye el ideal de Cuenca, debiera ser, tal:

Que me maldiga y me llore,
Que me aborresca y me adore,
Que me asesine y devore,
Si soy á su amor infiel.

Mujer para quien yo sea
El angel de su ventura,
Su destino su locura,
Su vida, su sepultura,
Su Lucifer y su Dios.

La locura de Byrón, de Leopardi, de Heine, de Muset y de Espronceda, tenía aberraciones geniales que los ha llevado, sin disputa, á los primeros puestos entre los grandes poetas: porque á pesar de lo artificioso de su escuela se admira en todos ellos el sentimiento sublimado hasta los estallidos de la pasión, la fantasía exaltada hasta los esplendores de lo maravilloso, el entusiasmo vibrante hasta las fatigas del mareo, el lenguaje tamisado hasta las galas del deliquio, y la verdad, la verdad poética, transparentada hasta las formas de la emoción. Pero la representación del ideal de Cuenca parece que no debiera complacer sino á la rima, y la excesiva especialización con que la adorna produce el efecto contrario: de lo ridículo y lo absurdo.

La verdad es, que, si Espronceda pudo decir de él, en el Diablo Mundo:

Sin regla ni compas canta mi lira,
Solo mi ardiente corazón me inspira,

del abnegado doctor Cuenca no puede decirse, como poeta, sino esto otro, que también es de Espronceda:

Terco escribo, en mi loco desvarío,
Sin ton ni son y para gusto mío.

¿Qué puede ser la poesía, para un gusto de esta clase?

Cuenca se hace á sí mismo la pregunta, y se responde con la siguiente andanada:

Ese vortice de fuego,
Y esa inquieta fantasía
Que no puede sujetar:
Y ese amor que no se sacia,
Y esa luz que de él chispea,
Y esa cosa que lo extasia,
Y ese crater, y esa idea,
Y ese eterno batallar.

La difinición es del género romántico puro; y si bien no contesta la pregunta, por lo menos sirve para despertar el entusiasmo en los correligionarios de escuela, quienes alentados por el éxito, quieren confirmar esa definición, aunque más no sea que probando á imitarla.

Dice, el complaciente vate uruguayo que ha prologado las obras de Cuenca: «Porque la vida del poeta es una lucha permanente: Sisifo del ideal, parece condenado á hacer rodar incesantemente el pedernal de la idea, que chocando en el eslabón humano brota la chispa inmaterial del progreso indefinido (¡ !)».

Las demás poesías de Cuenca, escritas en diversos géneros, son iguales en mérito á estas que se quieren llamar *de tendencia*, pero que no son sino: *de ocasión.*

Cuenca escribió también un poema titulado «*La expiación reciproca*», cuyo argumento está formado

por intrigas de amor entre personajes de la corte de Felipe II, siendo protagonista el mismo rey.

En opinión de su prologista, el inspirado vate don Heraclio C. Fajardo «resaltan por principales cualidades: un plan perfectamente combinado, figuras diseñadas por mano maestra, resortes muy dramáticos, hermosas peripecias, mucho colorido histórico, enérgicas alusiones á la tiranía de Rozas, y morales conclusiones contra el odioso sistema de los déspotas».

En nuestra opinión, este elogio es demasiado complaciente.

ANTOLOGÍA

(TOMO VI)

JOSÉ RIVERA INDARTE

UNA NOCHE EN EL CEMENTERIO VIEJO

POEMA Á MAYO

Hundió el sol su corona en occidente,
Y en carro de zafir, la blanca luna
Del mísero aliviaba la fortuna,
Vertiendo olvido en su afligida mente.

De Mayo era una noche: esplendorosa
La vió en su patria el pobre desterrado,
Mas hoy errante, en penas abismado,
La mira triste, lóbrega, enojosa.

Y la bella ciudad, nítido espejo
Era de luz y de gracioso encanto,
Pero á él los ojos embargaba el llanto,
Junto á la cruz del cementerio viejo.

Cuando la angustia le carcome el pecho,
Sin que temor ó religión le asombre,
Siempre á las tumbas se encamina el hombre,
Cual si allí se ocultase el que lo ha hecho.

Apoyose á una piedra el desterrado,
Y clavando la vista en aquel suelo,
Sintió en sus venas circular consuelo,
Y de espíritu heroico arrebatado:

Sepulcros—exclamó—vuestro hondo seno
De la raza es mansión que supo en Mayo
De los tiranos afrontar el rayo
Con faz altiva y corazón sereno.

En este campo con furor lidiando,
Más de un héroe rindió su noble vida,
Y del déspota aquí cayó abatida
Bandera odiosa de poder nefando.

¡Más de un héroe murió, desconocido! . . .
Alma formada para excelsa gloria,
Para asombrar al mundo con su historia
Que hoy es polvo del viento combatido:

Bajó con ellos al sepulcro frío
La dulce unión, la plácida esperanza,
Y en la tierra quedó cruda venganza,
La rabia de Caín al pecho mío.

¡Porqué más antes yo no fuí nacido!
Y ¡oh mi madre! tu parto bendijera:
Yo en ese Mayo del honor viviera,
Héroe tal vez como ellos habria sido.

No mezclaré mi voz á los conciertos
Que de Mayo saludan el gran día,

Y siguiendo á mí otra melancolía
Lección de gloria pediré á estos muertos.»

O sea que la voz del que gemía
Con poder en las tumbas resonara,
O que el triste en su mente se forjara
De otra voz la ardorosa fantasía;

La luna entre celages se ostentaba,
Y turbando la noche silenciosa
De guerreros caterva estrepitosa,
En el aire fantástica giraba.

Y bélica sonando una armonía
De trompetas clarines y tambores,
De la lid se escuchaban los clamores,
Y el canto de batalla que decía:

Suena el clarín, de América campeones;
La que es colonia quiere ser nación;
Relinchan de la guerra los bridones;
¡Gloria al azul y blanco pabellón!

Entre Europa y América lindero
De mar profundo puso el Hacedor,
Salvolo el genio de la España fiero,
Y la cruz en los Andes enclavó.

Y bajo el soplo de ambición cruenta
Cayó el imperio idólatra del sol,
Sobre él cristiana una nación se ostenta:
Ya terminó de España la misión.

Suena el clarín, de América campeones,

El campo labra nuestro corvo arado,
Vencido el toro á nuestra fuerza es buey,
Y el inglés en batallas avesado
Sus armas ha rendido á nuestros pies.
Doctores, vates, próceres tenemos,
Las de la ciencia, del Estado honor,
Ciudades, puertos, minas poseemos,
Y un varonil y altivo corazón.

Suena el clarín, de América campeones,

Un pueblo somos de otro pueblo esclavo,
Entre los ciervos abatida grey,
¡Tal afrenta borremos! el que es bravo,
No consiente en su casa extraño rey.
Bellas, como los ángeles del cielo,
De nuestra patria las mujeres son,
Pero al mirar á un español, al suelo
Bajan los ojos con servil temor.

Suena el clarín, de América campeones,

Grandes, obispos, jueces, generales,
A nuestras playas nos arroja el mar;
Nobles son y señores principales;
Nosotros, un rebaño que les dán.
¡Indio! ¿porqué derramas triste lloro?:
Me envían al horrendo socavon
A do murió mi padre, á sacar oro,
Oro que á España llevará el galeón.

Suena el clarín, de América campeones,

Sangrienta ha sido por demás la historia
Del indio, presa del hispano audaz;
Olvidemos tan hórrida memoria,
Que á nuestros padres Dios ha de juzgar.
De verdugos y víctimas nacidos,
De la paloma y gavilán voraz,
¿Porqué encerrarnos en obscuros nidos
Si á los vientos podemos desafiar?

Suena el clarín, de América campeones,

Mísero negro, al Africa robado,
Encara firme el matador fusil;
De tu esposa en el vientre condenado
Estaba tu hijo á servidumbre vil.
Doble falange de tus amos viene,
Hiérela asado, venga tu baldón;
Sobre su esclavo un déspota no tiene
Sino de orgullo y crimen la ilusión.

Suena el clarín, de América campeones,

Vuestros harapos, gauchos del Oriente,
Trocareis por la gala carmesí,
Recamada de plata reluciente
Que ostentan esos sátrapas allí.
¡Sus! á la carga, con la lanza fija;
Nada detenga el rápido corcel.
Entre el montón nuestro rencor elija
La sangre odiosa que ella ha de verter.

Suena el clarín, de América campeones,

Esa servil mesnada que se avanza,
A vuestro intento apoda de traición ;
Mostrad que quien combate lanza á lanza
Es un leal adversario, no un traidor.
¡No os apiadeis! que caigan esos cuellos
Bajo del sable, al filo del puñal:
Ved que cuelgan en trenzas sus cabellos,
Son asideros que la muerte os da.

Suena el clarín, de América campeones,

Cadalzo en esos muros, ominoso,
Para el vencido preparado está,
Y laurel al que en ellos animoso
Logre el patrio estandarte tremolar.
¡Ea! á la carga; rotas sus legiones
De la llanura en la tremenda lid,
En salva estrepitosa esos cañones
De anuncio á nuestra gloria han de servir.

Suena el clarín, de América campeones,

Y después, de esta guerra, vencedores,
Alzaremos el templo de igualdad:
Habrá pueblo, no plebe, ni señores,
Y ara el trono será de libertad.
Y tú, ¡oh mi patria entre los pueblos bella!
De dicha y virtud serás mansión,
Cual del opaco cielo nueva estrella
De misterioso y plácido esplendor.

Cesó el campo y la visión,
Y despertó el desterrado,
Afligido el corazón
Y en llanto el rostro bañado,
Dijo en doliente expresión:

—Lo que el labio prometió,
Del fuerte brazo la espada
En lid sangrienta cumplió;
De esclavitud rescatada
América se ostentó:

De Montevideo el muro
Rindió la roja bandera,
Después que en combate duro
Vencida la gente fiera,
Del aéreo cedió al apuro.

Y cadenas destrozando,
El Ande, monte sublime,
Su cúspide os vió escalando;
Y en el Rimac que oro esprime
Los caballos abrevando.

Despojo de vuestro carro
En Lima, ciudad de reyes,
Cayó el pendón de Pizarro,
Que al indio imperio dió leyes,
De los altares al barro.

Potosí en minas famoso,
El Cabo de Hornos temido,

El Chimborazo nevoso:
Columna triunfal han sido
De vuestro esfuerzo grandioso.

Escribir puede la historia,
Sin adulación ni engaño,
Con el buril de victoria,
En cada aurora del año
Un hecho de vuestra gloria.

El asta fuerte blandiendo
En la batalla terrible,
O en el cadalso muriendo
Al pie de un verdugo horrible,
El mundo os miró venciendo;

Y flotando en vuestras manos
El símbolo de igualdad
Sobre tumbas de tiranos,
Iris fué de libertad
A los míseros humanos.

Do la colonia gimió,
Diez repúblicas se alzaron;
Donde una choza existió,
Ciudades diez se formaron,
Un mundo nuevo surgió.

Es libre el negro infelice,
Tiene derechos el hombre,

Y el indio ya no maldice
De blanco y cristiano el hombre,
Ni hay quien la mente esclavice.

De tanta victoria el fruto
No en América se encierra:
Ya en Europa como bruto
El hombre encorvado á tierra
No rinde al hombre tributo.

Hoy el odio se apagó
De América con España;
Benéfica paz borró
Recuerdos de negra saña:
Pero ¡ay! otro se encendió.

Impíos odios de hermanos
La triste América aflijen;
Bañadas mira sus manos
Con sangre de un mismo origen,
A oprimidos y tiranos.

—

Susurro cual de llanto sofocado,
Del proscripto la voz interrumpió,
Y la luna, entre círculo encarnado,
Pálido el rostro en lo alto descubrió.

Lento y pesado resbalaba el viento,
Y anunciando cercana tempestad,
El mar en irritado movimiento
Enturviaba el azul de su cristal.

En las tumbas reinó silencio mudo,
Que lo llegaba solo á interrumpir,
Con su silbido fatigante y rudo,
La agorera lechuza de ala gris.

Y con veste monjil de negras tocas
De una mujer la forma se abatió,
Y de la playa en las vecinas rocas
En lastimeros ayes prorrumpió:

—

—Huyendo rigores de injusto tirano,
Que en fiero suplicio marido y hermano
En su ansia de sangre feróz me robó,
El suelo de Oriente mendiga he pisado,
Y en él mis amores sin susto llorado,
Sin susto ceñido la sien de crespón.

Recuerdos amargos mi pecho comprimen,
Las penas en mi alma sus huellas imprimen,
Y el aire yo anhelo del suelo natal:
Mi madre en él vive, doliente y anciana,
De mi hijo en él crece la vida temprana,
Los restos descansan del bien que perdí.

Y siempre en la mente su río argentino,
Sus sílfides bellas de rostro divino,
Sus calles y templos, la noble ciudad.
De su ópimo campo la vasta llanura,
Sus flores y cielo, su sol de hermosura,
En sueño y velando presentes me están.

Mas ¡ay! que del libre la exelsa bandera
De torpes caudillos está prisionera,
Manchado su blanco, sangriento su azul;
Y ostentan al aire con giro esplendente
Sus altas murallas ¡oh pueblo de Oriente!
Colores de Mayo, de Mayo la luz.

Y triple despojos pisando de Reyes,
La frente no encorvas sino ante las leyes
Que Dios en el seno del hombre grabó.
Encierra tu cárcel al fétido crimen,
No en ella cautivos los míseros gimen
Que á luchas civiles lanzara el error.

Ni tiembla el esposo que infame cohorte
Ultraje alevoso la dulce consorte,
Ni angustian sus noches ideas de afan.
Erguido se muestra, oh, teme su pecho
Que al hijo despojen del plácido techo
Do tuvo su cuna, le roben el pan.

Hipócrita el labio no rinde alabanza
A aquel que detesta con negra venganza,
Ya sea mendigo, ya jefe de pro.
Sus dudas, sus odios á otro hombre confía,
Que en torno no acecha vilísimo espía,
Palabras que ofendan á odiado mandón.

De Mayo los viejos inválidos veo,
Honrados del pueblo cual santo trofeo,
Correr á la plaza, gritar: «libertad.»

Y canas de nieve, palabras de fuego,
No oyendo de amigos y nietos el ruego,
Con férvido aliento la espada empuñar.

Y sábios varones de ilustre renombre,
De patria á los fuertes que exaltan el nombre
Doctrina enseñarles de gloria inmortal.
—« En Mayo se dijo: por siempre nefario
« América sea poder arbitrario.
« Morir ó ser libres: esclavos jamás.

—« Con lanza abatimos al déspota hispano,
« Y si entre vosotros se alzase un tirano,
« Que muera en suplicio de infame dogal.
« ¿ Qué importa la patria que al tigre ha nutrido?
« Pensad al mirarlo de sangre teñido,
« Al tigre matando la vida salvar.»

—En tanto que gima la tierra que adoro
Cadena arrastrando, perdido decoro
¡Oh suelo de libres! mi patria serás,
Y en medio á tus hijos, el astro de Mayo,
Bañando mi frente con fúlgido rayo,
Dulcísimo al pecho consuelo dará.»

—

¿Quién la mujer sería que así el canto
Elevaba en la noche tempestuosa,
Que á interrumpir venía con su llanto
El placer de la fiesta estrepitosa?

Genio, mujer, exhalación ó sombra,
Rápida huyó, cual inconstante brisa,

Por las arenas que la mar alfombra
Con pedernales que el coral matiza.

Y en los ojos vertió dulce beleño,
Del proscripto infeliz la amiga noche,
Y en las sombras le trajo de su coche
De la esperanza y del amor el sueño.

—

Que una aurora soñó, pura y luciente,
Tras de la noche lóbrega se alzaba;
Y que en el campo y en la flor brillaba
Rocío matinal;

Y en vez de turba bélica inclemente,
Que siembra por do quier miseria y duelo,
Próvida gente cultivaba el suelo
En dicha perenal.

Ni suntuosos alcázares había;
Mansión humilde, cómoda, espaciosa,
La familia albergaba venturosa,
Exenta de ambición.

Y en el templo tan solo se veía
Brillar el oro de labor costosa;
Y era el clavel y la encendida rosa
Guirnalda del amor.

Que la fortuna con igual balanza
La copia de sus dones repartía,
Ni se escuchaba estrépito de orgía,
Ni de mendigo voz.

Odio profundo ni feral venganza,
Con su ponzoña el corazón turbaba,
La cadena de esclavo no arrastraba
El hombre de color,

Y popular de próceres consejo,
Regía en paz la nave del Estado;
Al Dios que nuestras horas ha contado
Temor tenía el juez;

Esfuerzo el jóven y experiencia el viejo,
Candor el niño y la doncella amores,
Puros como el aliento de las flores,
Ocultos cual su miel;

Y la casada, de pudor espejo,
Era madre feliz, querida esposa;
De dicha y de virtud región hermosa,
Era aquel un Eden!

Cárcel había pero no cadalso,
Ni grillos, ni carlancas, ni verdugo;
Era süave de la ley el yugo,
Y al malo hacía mejor,

A Dios el hombre no invocaba en falso,
Ni la bestia á sus golpes espiraba:
Que ríos y peñascos allanaba
La industria y el vapor.

El dulce lazo de himeneo unía
A los mancebos en edad temprana,

Que ni miseria, ni opresión tirana,
Era estorbo á su amor.

Y un mismo polvo sepulcral cubría
Los hijos, la consorte, el padre anciano,
Que no reinaba déspota inhumano,
Y horrible proscripción.

Era sagrado el noble pensamiento;
Libre el genio sus alas remontaba,
Y gratitud y lauro le esperaba
En premio de su afán.

Y de consuelo al corazón sediento
La religión su bálsamo aplicaba;
Y el empíreo del justo le mostraba,
Y su faz inmortal.

—

Las que viera en su sueño el desterrado,
Son para el mundo sombras, ilusiones
Que desparrama el sol.

Para el que el libro del sepulcro ha hojeado,
Santas serán, proféticas visiones
De un porvenir mejor.

Porque el árbol del bien bajo del cielo,
Si germinar le impiden en el suelo
Los ábregos del mal,

Cuando envíe el Señor su primamera,
Sus ramas hasta el éter levantando
La tierra cubrirá.

Y él sueño de hoy, la rápida quimera,
Las densas nubes del error lanzando,
Será luz de verdad.

Y al contemplar su refulgente rayo,
Exclamará la humanidad gozosa
Con resonante voz:

«Salud al astro del divino Mayo,
La planta excelsa que mirais frondosa
En Mayo se sembró.»

HIMNO DE LOS RESTAURADORES *

DEDICADO AL EXMO. SEÑOR BRIGADIER GENERAL RESTAURADOR DE LAS LEYES, GOBERNADOR Y CAPITÁN GENERAL DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES, DON JUAN MANUEL DE ROSAS.

CORO

Alza ¡oh patria! tu frente abatida,
De esperanza la aurora lució:
Tu adalid valeroso ha jurado
Restaurarte á tu antiguo esplendor.

I

¡Oh gran Rosas! tu pueblo quisiera
Mil laureles poner á tus piés;

* La música para esta canción fué compuesta por D. Esteban Massini y se publicó en hoja suelta con el retrato de Rosas. Existe un ejemplar en la Colección de don J. M. Gutiérrez en la Bibl. del Senado Nacional.

Mas el gozo no puede avenirse
Con el luto y tristeza que ves.
¡Aguilar y Latorre no existen!
Villafañe el invicto, murió...
Y á tu vida tal vez amenaza
De un malvado el cuchillo feroz.

CORO

II

De discordia la llama espantosa
El país amenaza abrasar,
Y al audaz demagogo se mira
La orgullosa cerviz levantar.
¿No los veis como lelos conspiran?
¿Cual aguzan su oculto puñal?
¿Cual meditan la ruina y escarnio
Del intrépido y buen Federal?

CORO

III

Esa horda de infames ¿qué quiere?
Sangre y luto pretende ¡qué horror!
Empañar nuestras nobles hazañas,
Y cubrirnos de eterno baldón.
¡Ah! cobardes temblad: es en vano
Agoteis vuestra saña y rencor,
Que el gran Rosas preside á su pueblo,
Y el destino obedece á su voz.

CORO

IV

¡Asesinos de Ortiz y Quiroga,
De los hombres vergüenza y borrón!
A la tumba bajad presurosos,
De los libres temed el furor.
Esos mismos que en Marquez vencieron,
En San Luis, Tucumán y Chacon,
Con la sangre traidora han jurado
De venganza inscribir el padrón.

CORO

V

Del poder la *gran suma* revistes,
A la patria tú debes salvar;
¡Que á tu vista respire el honrado,
Y al perverso se mire temblar!
La ignorancia persigue inflexible,
Al talento procura animar
¡Y ojalá que tu nombre en la historia
Una página ocupe inmortal!

Buenos Aires, 1835.

HIMNO FEDERAL *

CORO

Federales á Rosas invicto,
Jurad siempre constancia y amor,
Que es terror de unitarios su brazo,
Y del libre el apoyo mejor.

I

Ese bando traidor, parricida,
Que en Diciembre mostró su furor,
Sobre ruinas y sangre de hermanos
Tremoló su rebelde pendón.
El dispuso en sus bárbaras orgias
Cien peremnes cadalzos alzar:
El mandó á sus inícuos soldados
A Dorrego y á Maza matar.

II

Transportaos, Federales, al tiempo
De anarquía, de luto y de horror,

---

* Esta composición fué publicada en 1834, en Buenos Aires, precedida de la siguiente notita:

« Mientras algún Federal predilecto de Apolo, no presenta una canción digna del sistema de los pueblos y de las virtudes del héroe porteño, puede servir la siguiente. Nosotros no aspiramos al renombre de poetas; únicamente al de Netos Federales. Y estarán satisfechos nuestros votos desde que sepamos que él exita los sentimientos patrióticos de los Restauradores, y causa mortales apoplegías á los Decembristas. El Sr. Massini le ha acomodado una música que, según el dictamen de los inteligentes, es del mejor gusto. Cántese, pues, en nuestras reuniones, en nuestros teatros y sea un nuevo vínculo que una á los decididos por el orden ».

Está en la Gaceta Mercantil núm. 5954 del 2 de Agosto de 1843.

En que el buen campesino moría
Por ser fiel á su patria y honor,
  Y vereis al infante, al anciano,
Degollados con saña brutal,
Con sus tristes despojos sangrientos,
De los viles la rabia saciar.

III

  En la inerme ciudad las virtudes
Cual el crimen se vieron tratar;
Y el patriota, el amigo del pueblo,
En la cárcel inmunda morar.
  Pan y sangre pedía el soldado,
Y amasado con sangre ¡qué horror!...
Pan le daban los hombres infames,
Esos hombres de eterno baldón.

IV

  Mas cual cóndor altivo que hendiendo
De las nubes la eterea región,
En el ave atrevida y astuta
Patentiza su ilustre valor,
  Así Rosas domando la intriga,
Y las armas de vil seducción,
Destruyó tan odiosos tiranos,
Dió la vida á las leyes y unión.

V

  Recordad como póvido supo
El gobierno civil arreglar,

Dar justicia á los pobres y al rico,
La divina igualdad conservar.
¿Y jamás esos prósperos días
Volverán en el país á existir?...
Federales, si tal nos sucede,
Es mejor el aliento rendir.

VI

Vuelve, pues, adalid valeroso,
A regir á este pueblo fiel,
Y se olviden las crueles angustias
De horfandad y despecho cruel;
Y si acaso la artera calumnia
Tus virtudes quisiere empañar,
Tus leales, en sangre de inícuos,
Tal agravio sabrán castigar.

CORO

Federales á Rosas invicto,
Jurad siempre constancia y amor,
Que es terror de unitarios su brazo,
Y del libre el apoyo mejor.

A LA MEMORIA *

DEL ILUSTRE BRIGADIER GENERAL DON JUAN FACUNDO QUIROGA, ENCARGADO POR EL GOBIERNO DE BUENOS AIRES DE MEDIAR EN LAS DIFERENCIAS DE LAS PROVINCIAS DE TUCUMÀN Y SALTA, ASESINADO TRAIDORAMENTE EN BARRANCA YACO.

Yace sangriento en el desnudo suelo
El gran soldado que domó la tierra,
Víctima noble de traidora guerra,
De su alto esfuerzo y cívico desvelo:

Rasga la nube el tenebroso velo,
Retumba el trueno amenazando estrago,
Y ante el potente divinal amago,
Tiemblan los orbes, se estremece el cielo.

Trémulo en tanto, con incierto paso,
Huye el verdugo que cobarde gime
Opreso el pecho de pesar profundo:

Tal sucediera al que con impío brazo,
En la cumbre del Gólgota sublime
Hundió su lanza al salvador del mundo.

---

* Se publicó en hoja suelta. Existe un ejemplar en la colección de don J. M. Gutiérrez en la Bibl. del Sen. Nal.

A RUFINO VARELA *

Horrenda lucha en el desierto campo
Trabó la hueste del precito esclavo,
Y por la patria al que batalla bravo,
Se vé sangriento entre el sulfúreo lampo.

Altivo el rojo pabellón ondea
De servidumbre símbolo y matanza,
Y el bárbaro feroz clava su lanza
Al moribundo herido en la pelea.

La tierra y aire destructora llama
Surca y fatiga el varonil aliento,
Y de humo y polvo recargado el viento,
Sofoca el ¡ay! del mísero que clama.

Ya del cañón no se oye el estampido,
Ni rasga el aura del fusil la bala,
Solo se escucha el abatir del ala
Del cóndor y su fúnebre graznido.

Al estridor del fulminante acero,
Del combate á la grita poderosa,
Del caballo á la marcha estrepitosa,
Y de las cajas al redoble fiero,

---

* Se publicó en Montevideo en 1841, conjuntamente con la poesía del general Mitre que también se incluye en esta antología.

Muda calma sucede: y no la noche
Sus sombras ha tendido en la llanura:
El sol esplende en su mayor altura,
Cual vencedor en su triunfante coche.

Y galopando la colina opuesta,
Los adaliles de la azul bandera
El campo dejan á la gente fiera
Que no la pugna á renovar se aprestan:

Ninguna hazaña al triunfador da gloria:
Difuntas madres que en sus pechos yertos
Tienen pendientes sus infantes muertos,
Son el despojo y prez de esta victoria;

Y el viejo y niño y mísero cansado,
Y el flaco tercio de ínclitos peones,
Que abrumado por cuádruplas legiones
De victoria es trofeo celebrado;

Y los corceles que en el suelo yacen
De la fatiga y de la sed postrados,
Y otros que, por el hambre aguijoneados,
Punzante abrojo con deleite pacen.

La mesnada que Rosas avasalla
Prorrumpió audáz en cantos de victoria,
É insultar al rendido fué su gloria,
Y el campo recorrer de la batalla.

Y un prisionero llaman que les diga
De cada muerto calidad y nombre:

Es un simple soldado sin renombre,
Pero gran corazón su seno abriga.

En lo hondo sufre férvidos enojos,
Aunque camina en aparente calma;
Lleva de penas traspasada el alma,
Llorando el corazón, secos los ojos.

Su vista ansiosa por los muertos gira,
Y luego exclama en ademán gozoso:
—Todos eran de aliento valeroso,
Pero adalid ninguno aquí se mira.

—Y la frente radiando de esperanza,
Y libre el pecho de congoja intensa,
En patria, gloria y libertad ya piensa,
Y altivo su mirar en torno lanza,

Doncel, empero, con almilla roja,
Yace por tierra pálido é inerte,
Muestra en su faz la huella de la muerte,
Sangre del pecho lacerado arroja.

Al verlo se detuvo el prisionero,
Y en aflicción cambiando la ufanía,
Sobre el cadáver lágrimas vertía
Y se quejaba en eco lastimero.

La turba entonces le pregunta ansiosa:
¿Es acaso un caudillo por quien lloras?
¿Es tu amigo, tu hermano, el que deploras?
Y él con voz, les responde, lacrimosa:

—Es Varela, entre bravos animoso;
Si en combate leal cayó vencido,
Grande sin duda vuestro esfuerzo ha sido,
A la patria y los buenos ominoso.

Mas si muerto le habeis con villanía,
Vergüenza eterna á vuestra acción espera,
Que una mano invicible y justiciera,
Gravará en vuestras frentes: ¡cobardía!

¿Y con él, por ventura, habeis lidiado?
¡Imposible! que al punto de velada,
Huyera vuestra hueste ante su espada
Como del tigre mísero ganado.

Cuando sonó el clarín en la campaña
No en batalla jamás se había probado,
Y el fusil embrazando, fué soldado
Primero, en el peligro y en la hazaña.

Ledo y marcial parece que le veo
Del Sauce Grande en la contienda fiera,
Rota su arma exclamar: ¡ahora aunque muera
Dulce patria te dejo este trofeo!

Ya en las riberas del undoso Plata
No pulsará con lira melodiosa
La grata endecha en que á Dorila hermosa
De su pasión el fuego le retrata.

Ni allá de Mayo en el glorioso día,
Haciendo resonar robusta trompa,

Cantará de su patria el lauro y pompa
Cuando á el león ibérico vencía.

Que era poeta y adalid valiente,
De alma sensible y brazo poderoso,
En paces blando, en lides rigoroso,
Con los cautivos míseros clemente.

Ingrata por demás te fué tu estrella,
Que en flor te ha marchitado tu esperanza;
Laurel tu patria te dará y venganza,
Y llanto y preces tu adorada bella.

Tu nombre en oro escribirá la historia,
Tema serás á vates y pintores,
Y á tu madre dirán: mujer, no llores,
Tu hijo vive en el templo de la gloria.

Bardo infeliz, guerrero malogrado,
Yo te consagro mi dolor profundo,
Mientras errante por el ancho mundo
Corro á la suerte que me guarda el hado.

Este discurso religión tuviera
Aun en la turba audaz y desalmada;
Con sus santas palabras conturbada
De aquel sitio en silencio se partiera.

Y el prisionero, á solas con el muerto,
Sepultura en la tierra le cavaba,
Y una cruz de madera levantaba,
Misterioso epitafio del desierto.

Cubrió la noche al mundo con su velo,
Y á la luz del crepúsculo, se vía
Al noble prisionero que gemía
Arrodillado en el sangriento suelo.

AL TIRANO JUAN MANUEL ROSAS

FRAGMENTOS

Tiene dentro de su alma
Aposentado el infierno.

Quevedo.

Conjunto horrible de malvado y loco,
Vil asesino, usurpador, tirano:
Todo baldón á definirte es poco,
Y la lengua fatigas y la mano.

¿Hay corazón que al tuyo no aborrezca?
¿Hay alma que la tuya no maldiga?
¿Hay pecho que tu sangre no apetezca?
¿Hay mano que no sea tu enemiga?

Espira aborreciéndote el que matas,
El proscripto te odia, el prisionero,
Quien goza tu favor y quien maltratas,
Y hasta el verdugo envilecido y fiero.

Ser azote del hombre es tu destino;
A toda frente coronar de espinas:
Oro y ponzoña... das á tu asesino,
Sepulcro atroz al justo que abominas.

De rebaños pastor y carnicero,
Del débil en la sangre te has cebado,
Salvaje te criaste y altanero,
Entre voraces tigres educado.

Que á millares de brutos gobernabas
Con el lazo, la pica y el cuchillo;
Que en tu cruel malicia avasallabas
Del indio rudo el ánimo sencillo.

Opresor de mi patria, te acordaste,
Y su pueblo á esos seres igualando,
Su libertad y dicha le robaste,
Su honor y su renombre mancillando.

Eras feble, doncel, y ya malvado
El santo yugo paternal rompieras,
Y por rebelde inclinación guiado
Al aduar de los bárbaros huyeras.

Y en tu seno á sus vicios adunára
Ambición el demonio, y cobardía,
Y en tí un volcán entonces fermentara
De orgullo y de feroz alevosía.

Allí aprendieras la tenaz paciencia
Que empleas en fraguar una venganza,

Del tigre el acechar y la inclemencia,
Más no cual bravo á manejar la lanza.

De amor así carece tu vil pecho,
Que ni madre ni hermanos conoció,
Y mal respeta de otros el derecho,
Quien en la inculta Pampa se crió.

Y torpe, vegetando en la campaña,
No escuchaste la trompa de la gloria,
En tanto que la América y la España
Disputaban el campo de victoria.

Y en las luchas civiles ominosas
Que de Mayo las palmas enlutaban,
Cual un genio del mal te uniste Rosas
A los que el seno patrio desgarraban.

Y azuzando venganzas y rencores,
Del combate los riesgos esquivabas,
Y en tu bien, de la patria los dolores,
Con ambición satánica explotabas.

Sus frentes cien caudillos levantaron,
Que con piedad ó risa te veían,
Y en hórrida contienda se mezclaron,
Y en ingloriosos campos perecían.

Y tú, villano, con atentos ojos,
De esos héroes las tumbas acechabas,
Y encubriéndote audaz con sus despojos,
Ante el verdugo su porte remedabas....

Tener suelen un día las naciones
En que el valor y el génio desparecen,
Solo alientan menguados corazones
Y tiranos cual Rosas aparecen.

Y mi patria que yerta se dolía
De fraticida lucha en los laureles,
Al déspota alevoso no sentía
Que la abrumaba de cadenas crueles.

¡Ay! desde entonces su mortal quebranto
Escrito lleva en la angustiada frente,
Y á su penar ni aun le concede el llanto
Su Régulo implacable y delicuente.

—¡Y ella, que el cetro quebrantó á sus reyes,
Es la esclava de un vil degollador,
Y ella, cuna gloriosa de las leyes,
Es albergue de crimen y dolor!

Sus matronas y vírgenes afrentas,
Ultrajas sus azules pabellones,
En sus hijos las manos ensangrientas,
Y mandas degollar á sus campeones.

Y en el gozo bestial de tu delirio,
Cual reina de sainete la engalanas,
Y en el fango la arrastras del martirio,
La tiznas con carbón cada mañana....

Desvergonzado, fanfarrón, parlero,
Ciencia y valor pretendes demostrar,

Y tus hechos y estilo majadero,
Al discreto de risa hacen llorar.

En cada Enero con hinchada frase
Alzas en el Senado un vendabal,
Y en mentidos encómios se deshace
La grey temblando de pavor cerval.

¡Infeliz del que hubiese pretendido
Hablar en frase y en gerundia voz!
Privilegio tan solo concedido
Al rufián pordiosero Garrigós....

Virgen estaba tu apocada frente
De la palma de honor de los guerreros,
Y quisiste renombre de valiente,
Y títulos pomposos y altaneros.

Venga sin riesgo sobre mí la gloria,
Marchen sobre el desierto mis legiones,
Con oro haré prevaricar la historia,
Y me dirá el mayor de los campeones.

Así tu labio pronunció; marcharon
Tus jinetes de rojo revestidos,
Y con bélicos gritos despertaron
El aduar de los bárbaros dormidos.

¿Cuántos quedaron en el campo abierto,
Pasados por las flechas enemigas?
¿Cuáles fueron los triunfos del desierto?
¿Cuáles las privaciones y fatigas?

En vano de cautivos redimidos
Llenaste tus pomposos boletines,
Y de soñados triunfos conseguidos
Allá de la llanura en los confines.

El humo de tu orgullo vanidoso
No ocultó la verdad; todos rieron;
Y por burla ó temor, el victorioso,
El *héroe del desierto* te dijeron.

¡Héroe!, y en tanto, en el cojín mullido
De la rica carroza que montabas,
En visiones de mando embebecido,
Al ócio del imbécil te entregabas....

Si lo que han visto referir pudieran
Los muros que guarecen tu temor,
Los crímenes sin nombre que digeran
Llenaran á las gentes de pavor.

Es tu guarida dédalo sinuoso
De obscuros subterráneos socavado,
Y allí estás, en su seno cavernoso,
Como el monstruo cretence despiadado.

Sus puertas son los quicios del infierno
Donde el que entra pierde la esperanza;
Y al hollar el dintel, «adios eterno»,
Fuerza es dar á la vida sin tardanza.

En cada losa que cimenta el piso
Hay una gota del humor humano,

De la sangre leal del que no quiso
Besar tus plantas ó acatar tu mano...

Alzó una vez Zelarrayan la enseña
Querida de los libres y leales,
Y una mañana la ciudad porteña
Vió una cabeza yerta en tus umbrales...

Era una noche, la apacible luna
El ágil paso de un corcel guiaba;
Marchaba del amor á la fortuna,
Que el ángel de sus sueños le esperaba.

Por el prisma falaz de sus favores
Ve el monstruo un vengador si un hombre mira,
Y Cienfuegos pensando en sus amores,
En esa misma noche triste expira.

Tal vez entonces se gozaba fiera,
En la sangre inocente que corría
La esposa del tirano y compañera,
Mujer que al vino la razón rendía.

Pero bien pronto del dolor al lecho
La mano del desorden la llevó,
Y allí remordimientos y despecho
Por premio á sus servicios alcanzó.

La fiebre por sus venas circulaba,
Y el aullido espirante de su voz
En la mansión del crimen resonaba:
¡Un sacerdote por amor de Dios!

Y nadie, nadie á su clamor cedía:
¡Cosa espantosa, sin igual, atroz!
Solo el eco incansable repetía:
¡Un sacerdote por amor de Dios!

Rindió por fin su postrimer aliento,
Sin lavar la mancilla de su alma,
Sin tener de esperanza un pensamiento,
Sin alcanzar del corazón la calma.

El polvo mudo oculte mis secretos:
Ahí van dentro del pecho de mi esposa:
El sentido sabrán de mis decretos,
El silencio y misterio de la fosa.

Dijo el tirano. Hipócrita lamento
Dió al ver á la mazhorca que llegaba;
En su interior saltaba de contento,
Y ante su grey lloroso se mostraba...

De la civil discordia los caudillos
Que ensangrentaron á la patria mía,
Aguzaban espadas, no cuchillos,
Las armas de tu miedo y villanía.

El honor que inflamaba su coraje
Hacía palpitar sus corazones,
De su poder vengaban el ultraje
Con sus lanzas rompiendo las legiones.

Mas ambición diabólica y medrosa,
En el veneno y el puñal confía,

De mercenarios en caterva odiosa,
En populacho que el delito guía.

Te escondes de los ínclitos campeones,
Con las doncellas y cautivos fiero,
Y ellos solo buscaban corazones
De valor revestidos y de acero.

Generosos á inermes y vencidos
Para las lides el rencor guardaban,
Y con el lauro triunfador ceñidos,
A la mujer y al débil amparaban.

Del pueblo los derechos defendían,
Por su paz y ventura suspiraban,
A su escudo la ciencia se acogía,
Y de Mayo las glorias veneraban.

Y tú proscribes libertad y gloria,
Aborrecer la paz, amar la guerra;
Sobre el génio es tu bárbara victoria,
Y en sangre empapas la infelice tierra.

¿Por qué en panteones yacen convertidas
Las ciudades ayer tan populosas?
¿Por qué al suelo se encorvan abatidas
Esas frentes ayer puras y hermosas?

¿Por qué su sangre el ciudadano vierte?
¿Por qué á las flores ahogan los abrojos?
¿Por qué se escucha por doquiera *muerte*,
Y al viento flotan pabellones rojos?

¿Por qué rindes honor á la ignorancia?
¿Por qué la ciencia huye de tí mendiga,
Y solitaria del saber la estancia
Su techo amustia la salvaje ortiga?

Porque así afirmas tu ominoso imperio,
Y está segura tu culpable vida
Si permaneceesclava, embrutecida,
Buenos Aires en llanto y vituperio.

El altar por tu imagen mancillado,
El carro que te arrastran las matronas,
El horrible cadalso ensangrentado
Donde en tormentos la virtud coronas.

Esos harapos que al porteño afrentan,
La mordaza que pones á sus labios,
El destierro en que arrojas á sus sabios:
Tu trono de cadáveres sustentan.

Descreído y blasfemo del Eterno,
Hipócrita sin fe, sin esperanza,
Demonio de delitos y venganza,
Con un pecho que es fragua del infierno.

Tus días de maldad están contados,
Tu cabeza al verdugo consagrada,
Y lo profundo de la mar airada
Dará tumba á tus miembros destrozados,

Aun no alumbra la estrella esplendorosa,
Señal terrible de tu fin cruento,

Mas de Dios la justicia no está ociosa,
Y cada instante es para tí un tormento.

En lo íntimo del pecho del malvado
Clava su diente roedor insecto,
Gusano de la tumba anticipado
Que cebo encuentra en corazón infecto.

Y cuando aromas le tributa el mundo
O busca en los placeres el olvido,
Entonces labra un surco más profundo
El reptil misterioso y escondido.

Lleve á las flores la manchada mano,
Llévela al seno de mujer hermosa,
Blandura ni perfume halla el tirano,
Sino el fétido cráneo de la fosa.

Y cuando el vaso de licor henchido
La lumbre de la lámpara refleja,
Recuérdale la sangre que ha vertido,
Y del labio febril el vaso aleja.

Así va con el crimen el castigo
Acosando á los hombres de maldad,
Así el remordimiento va contigo
Incansable verdugo sin piedad.

A LA MEMORIA

DEL POETA JUAN CRUZ VARELA

Tened piedad de mí que muero ausente.
Lope de Vega.

En lecho de dolor yace tendido
El vate ilustre y de la patria ausente;
La horrenda esclavitud, las penas siente,
No el dejar este mundo aborrecido.

Cien guerreros de nombre esclarecido,
Cercan su estancia en ademán doliente,
Y el noble moribundo alzó la frente
Diciendo con acento dolorido:

Cara esperanza de la patria mía,
¡Dichosos más que yo! con fuerte brazo
La coyunda romped que la mansilla;

Y dareis muerta ya la tiranía,
A mis hijas asilo en su regaso,
A mí una tumba en la Argentina orilla.

A los muertos la gloria
Calderón.

Cayó sin vida el que con arpa de oro,
Valor, virtud, belleza celebrando
Ante el orbe gloriosa fué mostrando
Su patria que hoy derrama sangre y lloro.

Ninfas del Plata en gemebundo coro
Por su muerto poeta van llorando,
A su memoria en nácares grabando,
Luctuosos versos de eternal decoro.

Del empíreo á la tierra descendiendo
A Lafinur y Rojas se veían,
En nube exelsa de esplendor ceñida,

Y del vate el espíritu acogiendo,
Con amoroso acento repetían:
¡Gloria en la muerte al que lloró en la vida!

ADIOS A MI PATRIA

Adios dulce patria, adios que la suerte
Con mano severa me aleja de tí;
Tal vez me condena á nunca más verte,
En tierra extranjera tal vez á morir.

Mas siempre en el pecho tu imagen gravada,
Daré yo á los vientos suspiros de amor,
Suspiros que alivian al alma angustiada
Con fiero infortunio y amargo dolor.

Tus verdes llanuras, tu cielo dorado,
El grato galope del fuerte alazán,
Y el río argentino de naves surcado,
No en climas lejanos mis ojos verán.

Ni el talle divino de tantas hermosas
Que Venus propicia de gracias ornó,
Su rostro formado de nácar y rosas,
Ondeado el cabello de negro color.

Su seno derrama perfume de amores,
Infunde esperanza en tierno mirar,
El suelo que pisan se cubre de flores,
Cautivo se rinde quien vé su beldad.

Mas ¡ay! que una nube cruzando sangrienta
Me roba ominosa tu nítida faz,
Y el noto que ruge presagia tormenta,
Y el pecho batiendo me anuncia mi mal.

¡Dichoso el que nunca recorre los mares,
Ni á frágil barquilla su vida confió!
¡Dichoso el que siempre miró de sus lares
El fuego sagrado que amor encendió!.

A LA MEMORIA DEL GENERAL
DON SANTIAGO LINIERS Y BREMONT

¿Qué fué de aquel francés, noble proscrito,
Que las legiones humilló de Albión,
El que primero al argentino pueblo
Del laurel de victoria coronó?

Los vencidos pendones que él rindiera
En el templo se ven del Hombre—Dios,
Y aún está mutilada la alta torre
Que hízo temblar tres veces el cañón.

Para vencer al Brítano ambicioso
El popular torrente desató,
Y del fiero elemento á los combates
El trono de tres siglos sucumbió.

Ser podía caudillo idolatrado
Del pueblo que su brazo defendió,
Pero firme en la fé de sus abuelos,
A la gloria el martirio prefirió.

Del nuevo culto la deidad terrible
Una inocente víctima pidió,
Y el severo ministro en sus altares
La noble sangre de Liniers virtió.

Así de Roma el implacable Consul
La sangre de sus hijos derramó;
Así el senado de la libre Francia
Al nieto de San Luis sacrificó.

Almas sensibles, no busqueis su tumba
En la ciudad donde Liniers venció,
¡En un campo desnudo y solitario
Su humilde huesa os mostrará una cruz!

Yacen allí sus cinco compañeros,
Fieles como él, murieron por su honor:
Si pronuncia sus nombres el viajero,
Crée escuchar un lúgubre CLAMOR.

LA BANDERA DE LA PATRIA

Al pié de la ciudad cuna de gloria,
Tranquilo y silencioso meditaba,
Pero la cruel memoria
De su adverso destino,
Pronto alejó del alma
La grata paz y misteriosa calma.

Vapor horrible enrojeció la luna,
Y de la noche el estrellado manto
Fatídico ocultó velo de espanto;
Del horizonte en el confín opaco
El trueno sordamente amenazaba,
Y en las vecinas tumbas
El agorero pájaro gemía,
Y horror secreto el corazón sentía.

A la playa se acercó
Magestuoso y noble anciano,
A una peña se apoyó,
De aquesta suerte cantó.

Rota está la bandera vencedora
Del argentino pueblo orgullo y pres,
Y en lugar de las flores de otro tiempo,
La adorna solo el lúgubre ciprés.
Por la seguir en mis tempranos años

Abandoné los goces del amor,
Y á la patria y á Dios juré en el templo
Defender con mi sangre su esplendor.»

¡Oh cuán hermoso de Maipú en el campo
Desplegaste tu lienzo virginal!
Al mirar mis contrarios tus colores,
Bandera, te creyeron celestial.
En mis brazos robustos sustentada
La ciudad de Pizarro te vió ondear,
Y del Inca los nietos pronunciaron:
Sobre sus rotos hierros, ¡libertad!

Esas marchitas rosas que te ciñen,
Bajo otros climas las miré nacer,
Y salpicadas de enemiga sangre,
Las junté con mi mano á tu laurel.
Con su perfume angelical y puro
En mi pecho revive un santo ardor,
¡Doblad ingratos la rodilla ante ella,
Aquí solo hallareis gloria y honor!

¡Ay que no puedan mis cansados brazos
El acero empuñar de libertad!
El viejo granadero de Ayacucho,
Lágrimas solo puede derramar.
Cuando el Eterno piadoso y justo
Dejar me ordene la terrena luz,
Mi yerto cuerpo cubra esta bandera,
Y en mi huesa levántese su cruz.

El viejo trabador bajó la frente
Del ronco pecho despidió un gemido,
Y las ondas del río arrebataron
El laud de sus manos desprendido.

EL PÁJARO DEL MAR

Aquella noche de memoria ingrata
Mar y cielo entre sombras ocultó,
Solo una estrella á ratos despedía
Por entre nubes pálido fulgor.

De las rugientes olas azotada,
Luchando con el viento bramador,
La nave de los hijos de Colombia
Audaz el ancho piélago surcó.

El bronce que á las horas acompaña
La fatídica décima anunció,
Y el blanco paño del bajel soberbio
La estrella solitaria reflejó.

Sobre el árbol mayor deforme objeto
El nauta absorto entonces descubrió:
Era un obscuro pájaro selvático,
Que reposo ó asilo allí buscó.

Tan extraña visión en aquella hora
Llenó mi alma de súbito terror

El espíritu errante ver creía
De alguno que en las ondas espiró.

Era tal vez una ave peregrina
Que la tierra extranjera abandonó,
Para gozar en los nativos valles
La gloria con que Mayo los vistió.

Horrible idea el fiero nauta tuvo
Y la muerte del ave decretó;
Su bárbara impiedad yo le afeaba:
Ni ruegos ni reproches escuchó.

El plomo despidió su arma funesta
Un gemido en los aires resonó;...
Y con sangre las velas salpicando
Sin vida, al mar el pájaro cayó.

No dejará sin pena tal delito
Aquel uno invisible vengador:
Yo ví ¡ay! al rojo fuego levantarse
En el lugar do el pájaro murió.

Calmó el viento y las ondas se aquietaron
El marino su hazaña celebró.
¡Necio contento! á veces la venganza
Es más cruel si dilata su furor.

A LOS PADRES JESUITAS DE BUENOS AIRES

Cuando el tirano su copa
De amarga hiel os prepara
Y de robo y muerte avara
Os circunda su vil tropa,
Y la América y la Europa
Adulan su torpe estrella,
Vuestra santidad descuella
Con arrojo sobre humano,
Y apartais su aleve mano,
Cuando otros besan su huella.

Y yo que al infierno pido
Una Euménide de fuego
Que estampo en la frente luego
Del Régulo aborrecido,
Una guirnalda he tejido
De versos que inspira el cielo,
Y en las alas de mi anhelo
Dignos padres os la envío,
Y que os la ciñais confío,
Cual corona de consuelo.

Vuestros tenaces rivales
Nos cuentan que en otro siglo,
Erais cual otro vestiglo

Que dabais sustos fatales;
Los Reyes como animales
Los tristes pueblos miraban;
Y al ver que los devoraban,
Cetro hicisteis del cayado,
Y á vuestro esfuerzo sagrado
Los opresores temblaban.

Que habeis sido, jesuitas,
Excelsos republicanos,
Y el matar á los tiranos
Que dan penas infinitas,
Como remedio de cuitas,
Al hombre habeis enseñado;
Y su puñal ha afilado
El fuerte tiranicida,
En ese libro de vida
Con que Mariana os ha honrado.

Errante han visto mis ojos
Memorias de inicuo imperio:
Murallas de vituperio;
Campos sembrados de abrojos;
Padrones que dan sonrojos;
Altos muros derruidos; . . . .
Los déspotas fementidos
Que vuestra orden proscribieron
A la América cubrieron
De esos rastros maldecidos.

Mas las vuestras ennoblecen
Cien pueblos civilizados,
Edificios extremados,
Que amor del bien encarecen;
Y aun en el Chaco aparecen,
Zona hoy al hombre robada,
Ruinas de villa encumbrada
Do vuestra piedad curó
Heridas crueles que abrió
De la conquista la espada.

Dejemos de lo pasado
La memoria disputada;
Vuestra gloria acrisolada
Ante el mundo se ha mostrado,
Manteniendo inmaculado
El templo que, impío Rosas,
Con orgías espantosas
Pretendía mancillar,
Colocando en el altar
Sus insignias afrentosas.

Manchado está todo el clero:
El obispo y franciscanos,
Monjas y dominicanos
De ese tigre carnicero
Han seguido el culto fiero.
Su retrato han levantado
Sobre el sagrario velado;
Y á tan vil profanación

Solo el Obispo de Aulón
Cual vosotros se ha negado.

Vuestra humildad ha vencido,
No ante el déspota temblando,
Ni profanos conspirando.
Otro vuestro triunfo ha sido:
De la cruz el diablo ha huído;
Que á Rosas y sus sicarios,
Guía en sus hechos nefarios.
Mostradle siempre la cruz,
Que al reflejo de su luz
Huirán vuestros adversarios.

Hincado en el duro suelo
Bajo el peso de la muerte,
Ha oído el patriota fuerte
Vuestra oración de consuelo;
Y en la noche de desvelo
Que se pasa en la capilla,
Os ha abierto sin mancilla,
Secretos del corazón,
Y en lágrimas de aflicción
Habeis regado su silla,

Y ante el cadáver sangriento
Con dolor arrodillados,
A los verdugos malvados
Movisteis á sentimiento.
Vuestro alto recogimiento
En claros rasgos decía,

Que un mártir allí yacía,
Honor del porteño suelo,
Que su alma volaba al cielo,
Y de gloria se ceñía.

El colgajo envilecido
De la *mazorquera* cinta,
En sangre y oprobia tinta
No llevais en el vestido;
Y vuestro labio no ha sido
Jamás villano instrumento
Del degollador cruento
Que infama y asombra al mundo;
Ni habeis su favor inmundo
Buscado con fingimiento.

Los bárbaros invadieron
El culto Imperio Romano
Y de su hierro inhumano
Las nobles ciencias huyeron;
Los monges las acogieron,
Y se debe á su cuidado
El más precioso legado
De la sabia antigüedad:
Perdida la libertad
La ciencia habeis conservado.

Ese tigre, en su rencor
A la santa libertad,
La docta universidad
Proscribiera con rigor;

Y vosotros con fervor,
Sacerdotes de la ciencia,
Librasteis de su inclemencia
A la tierna juventud,
Y al camino de virtud
La guía vuestra experiencia.

De los griegos y romanos
Democrática doctrina,
Y la elocuencia divina
Azote de los tiranos,
Diligentes vuestras manos
Siembran en sus corazones;
Mañana serán varones
Sabios al par que esforzados,
Y á pueblos esclavizados
Quebrarán sus eslabones.

Tenáz el pueblo conspira
Contra el vil degollador,
Y del Plata al Ecuador
En venganza arder se mira
Todo pecho que respira
Aliento de libertad.
Pastores sois; trabajad
Por auyentar del rebaño
Tigre, que vive en su daño,
Y lo mata sin piedad.

Detenerse en el camino,
Que es grave error advertid;

Dios os grita: proseguid
Vuestro brillante destino,
Y que os mire el argentino
Atropellando rigores;
Que sois sus libertadores;
Y el brillo de vuestra cruz
Disipe el negro capuz
De su noche de dolores.

JÚDAS ISCARIOTE

MELODÍA HEBRAICA

Lívido el rostro y de sudor bañado
Torva la vista Júdas despertaba,
Y el recuerdo de ayer sobre él pesaba
Como de negro ensueño la ilusión.
Ya no era aquel apóstol predilecto
De azules ojos y cabellos de oro,
Sino el perverso que en su estéril lloro
Solo arranca implacable maldición.

Tendió la vista en derredor, y en vano
Buscaba objeto en que olvidar su duelo;
Que en la tierra, en los aires y en el cielo
Fieros testigos de su culpa halló.
Miraba el sol y de rubor ardiendo

Entre el lóbrego soto se escondía,
Y allí las sombras con pavor huía,
Temiendo un invisible vengador.

Secos los lábios, su convulsa planta
Al claro arroyo dirigió, y al punto
Vió en el cristal pintado su trasunto,
Tan espantoso, que dudó si era él.
Erizada la blonda cabellera,
Las mejillas hundidas, y los ojos
Desencajados, como sangre rojos,
Huyó de la onda sin saciar su sed;

Y de su casta esposa los umbrales
Enderezó, y en el hogar postrada
De agudísima pena traspasada
Halló á Rebeca, en férvida oración.
Y se escondió entre el manto con vergüenza
La faz culpable, no la historia acaso
Ella supiese de su horrendo caso,
O leyera en su frente la traición.

Cuando vió á Júdas, Rebeca,
En sus brazos se lanzara,
Y el carrillo le besára
Donde él á Cristo besó.
¿No sabes que al maestro han preso?
¿Que abrumado de baldones
Vá entre escribas y sayones?
Y él, temblando, dijo: nó.

Y el rostro Júdas torcía,
Y su mujer proseguía:

—De la inícua sinagoga
Al sacerdote enemigo
Lo ha entregado falso amigo,
Y por precio de oro vil.
Un apóstol como tú,
De doce que le seguían
Y al mismo plato comían...
Su nombre adivinas... ¿Dí?

Júdas no respondía,
Y su mujer proseguía:

—Dar un ósculo á Jesús
Fué la seña concertada,
Para la infame emboscada
Que el bárbaro preparó;
Y los medrosos discípulos
Huyendo con torpe susto,
Abandonaron al Justo,
Y uno de ellos le negó.

Júdas callaba y gemía,
Y su mujer proseguía:

—Con rudos golpes lo empujan
Al tribunal ominoso,
Y se levanta espantoso
El hombre á juzgar á Dios;

¡Mayor delito en verdad
Que el que lo injuria y le prende,
Fué del traidor que lo vende
Con pérfida devoción!

Y Júdas se estremecía,
Y su mujer proseguía:

—Todo Israel abomina
Tan alevoso delito,
Y ese traidor es maldito
Del mismo á quien se vendió;
Borrón de su estirpe mísera;
Será su nombre un agravio,
Y sonará en todo labio
Sinónimo de traición.

Júdas en rubor ardía
Y su mujer proseguía:

—Escrito está en los Profetas
La traición y el sacrificio,
Pero el horrendo suplicio
Del falso amigo no está,
Porque la natura entera
Será precursor infierno,
Del fuego, insondable, eterno,
Que su alma devorará.

Entonces Júdas tremendo
Gritó con fiero alarido:

—¡El perverso que ha vendido
Al hijo de Dios soy yo!
Y se alejó delirante;
Y desalado corría,
Mientras Rebeca caía
Ahogada por el dolor.

Y él á escape seguía en su carrera
Cual selvático potro roto el freno
Y el pueblo murmuraba: —El Nazareno
Es aquel de su maestro delator.
Tan desgreñado y sucio como su alma
O su razón el crimen le ha extraviado,
O en su oprobio con vino se ha embriagado
Con los treinta dineros que ganó.

Y Júdas el barro hollaba
Su pie y túnica manchando,
Y con ímpetu chocaba,
En las piedras tropezando.

Y los hombres le decían:
—Nazareno tente un poco—
Y los muchachos corrían
Tras él, gritándole: Loco

Pero inmóvil el semblante
Nada veía ni escuchaba,
Y de su sien palpitante
Raudal de sudor brotaba.

Al fin al templo llegó
Y el tribunal congregado
En su vestíbulo halló,
Y á Cristo ya condenado.

A tal vista su razón
A entrar volviera en su quicio,
Triunfando en su corazón
La virtud del negro vicio

Detuvo el pie, y la cabeza
Alzó mirando altanero,
Y mostraba con fiereza
Una bolsa de dinero.

—El testigo escuchad del Inocente,
Vosotros que pagasteis al traidor;
Al que hoy os habla con altiva frente,
Ayer vuestro sumiso delator.
¿No mirais que la espada está pendiente
Del implacable celestial rigor?
Que inícuos sois, y vuestro fallo injusto
A Cruz infame ha condenado al Justo?

« El es el hijo del Señor del cielo;
Para salvar al hombre el escogido;
Hoy de mis ojos que se rasga el velo
Conozco ¡ay! tarde, á quien os he vendido.
Bajo mi planta se conmueve el suelo...
Un perverso cual yo nunca ha existido..

Piedad ¡oh jueces! que tengais os ruego...
Ruge del cráter el eterno fuego.

— De Israel el Mesías suspirado,
El triunfador glorioso de la muerte,
El místico cordero inmaculado,
De la casa de Judá el varón fuerte,
El Rey de Reyes, de la cruz cargado
Su excelsa sangre en ignominia vierte:
Que en nuestro pueblo maldición imprime
Y del pecado al hombre lo redime.

¡A risa con mis ansias os provoco,
Oh mísero de mí!... ¡Dad al impío,
Duro sayón mi cuello!... no estoy loco,
E insulto vuestro infame poderío;
Venganza y odio como premio invoco,
De mi vergüenza y del delito mío:
Llegue pronto el verdugo carnicero,
Os dejo por herencia este dinero.

Los príncipes escucharon
A Júdas con gran paciencia,
Mas con fría indiferencia
Dijeron:... ¿Qué se nos dá?
Y al ver las treinta monedas
Rodar por el pavimento,
Se les vino al pensamiento
Campo de tumbas comprar.

A extranjeros sepultaran,
Porque de la sangre el precio
Tuvieron á menosprecio
En su tesoro guardar;
Y en tanto el culpable Júdas
En su agonía ultrajado,
Vagaba desesperado
Reposo sin encontrar.

Sus sombras tendió la noche
Y judas siguió la vía
Que al Gólgota conducía
Y á la cruz al Redentor;
A intervalos se postraba,
Regando su acerbo llanto
Las huellas que dejó el santo,
En la hora de su pasión.

Y cuando subió al Calvario
Sintió una fuerza invisible
Que le estorbaba terrible
El acercarse á la cruz;
Y oyó retumbar el trueno,
Y vió con mortal desmayo
Las negras nubes el rayo,
Rasgar con súlfurea luz.

Se oían extraños ecos,
Suspiros, preces y lloros,
Dolientes místicos coros

Y pavoroso tropel;
Y armónica y misteriosa
Voz á lo lejos sonaba,
Mientras que Judas luchaba
En incertidumbre cruel.

SALMISTA

Aquel mortal ingrato
Que en paz vivió conmigo,
Que yo creí mi amigo
A quien el pan le dí,
A mí confianza aleve
Me preparó emboscada,
De perdición sembrada
Y en ella yo caí.

ZACARIAS

Y les decía dadme
El precio que halleis justo
Por mi valor robusto
No me le deis sino;
Y en desigual balanza
Infieles lo pesaron,
Y treinta me pagaron
Monedas de traición.

SALMISTA

Del odio evitar fácil
Era la cruel insidia,
Mas no tú atroz perfidia

Mi hermano y mi guardián.
Vivian nuestras almas
En solo un pensamiento
Y unidos, alimento
Partíamos y hogar.

ZACARIAS

Cuando el señor me dijo
Arroja á ese estatuario
Tu expléndido salario,
Su voz obedecí;
Y respirando enojos
Para inmortal ejemplo,
Se lo arrojé en el templo
Al estatuario vil.

SALMISTA

Y de la casa del señor la via
Seguimos juntos en acorde amor;
Venga la muerte y con tenaz porfía
Se dispute él infierno este traidor.

De los profetas la sagrada endecha
Fué para Judas lumbre de esperanza,
Y aunque invocaban celestial venganza
Sonó para él acento de piedad,
Y cayendo de hinojos en el polvo
Con poder sobrehumano se sentía,
Y al través de las sombras descubría
La cruz y su sangrienta majestad.

ISCARIOTE

Tienes abiertos los brazos
No me los cierres á mí,
Déjame que llegue á tí,
Que mis ardientes abrazos
No serán mentidos lazos,
De Judas el traidor beso,
Cuando te entregaba preso:
En mí tu piedad ostenta;
Dadme el dolor que atormenta;
Del crimen quítame el peso.

Absolviste al buen ladrón,
Mas de tu amor mayor prueba,
Tu misericordia llueva
Sobre este humano borrón;
Cubra mi horrible baldón
La sangre que has derramado,
Para lavar el pecado;
Y allá en su congoja el reo
Dirá: en mi perdón yo creo,
Que Judas fué perdonado.

¡Ay! señor, yo te vendí
Sin saber lo que me hacía,
Un demonio me impelía,
Mi culpa no conocí,
Hasta que en manos te ví
De tus horrendos sayones;
Yo por romper tus prisiones

Mi eternidad habría dado,
Y hoy mi sangre derramado,
Jesús, porque me perdones.

Tu suplicio estaba escrito
Siglos antes que mi madre
Unida á mi triste padre
Me concibiera al delito.
¿Pudo mi crimen maldito
Evitar mi voluntad?
¿No era cruel necesidad,
Para el hombre, irresistible?
¿No era un enorme imposible
El evitar mi maldad?

«Fuí como vaso que encierra
Licor de mortal veneno;
Como centella que el trueno
Arroja á poblada tierra;
Como la espada en la guerra
Que empuja brazo cruento:
Privadas de sentimiento
Espada, centella y vaso:
¿Son delincuentes acaso
Del daño de ageno intento?

Mas ¡ay! que mi orgullo insano
Igual á ayer, hoy me ciega,
Y al torbellino me entrega
De impío sofisma insano.

El hombre tiene en su mano
La balanza de su suerte,
Y si la inclina á la muerte,
Del daño á que él no previno
Culpa muy mal al destino
Que nunca vence al que es fuerte.

¿Y este cruel remordimiento
No es mísera vanidad?
¿Si triunfase mi maldad
Padeciera este tormento?
¿Tendría arrepentimiento
Si en este mundo malvado
Mi crimen fuera ensalzado?
¿Elevaría este ruego
Si á voraz eterno fuego
No estuviera condenado?

Mas repentino, horrisonante trueno
Dejó al mísero Judas abismado,
Y de inmenso relámpago alumbrado
El Gólgota tembló bajo sus pies;
Y se creyó sin esperanza réprobo,
Y buscando acabar su desventura,
Del suicida invocó la muerte dura
Y á la garganta se anudó un cordel.

En una rama formidable y alta,
Con el impulso de fatal despecho,
Alzado de la tierra largo trecho

Sin espirar el mísero osciló;
Y torbellino poderoso y raudo
El árbol por sus raíces arrancando,
Chozas, plantas y muros arrasando
En erial aquel sitio transformó.

Obscura tradición con lengua varia
Cuenta de Judas la funesta historia:
Quien lo llama al hablar de su memoria
Del infierno precito habitador,
Por que la angustia en que acabó su vida
Fué rabia del orgullo pisoteado
No el punzante dolor acrisolado
Que respira el contrito corazón;

Pero otros dicen que acogiera el Padre
Su terrible veráz remordimiento,
Que de matarse le privó el intento
Y el moribundo se abrazó á la cruz;
Y que una gota de la sangre mártir
Cayendo de la cruz sobre su frente,
Transformó al miserable delincuente
En aureo arcángel de celeste luz.

JOSÉ MÁRMOL

CANTOS DEL PEREGRINO *

CANTO PRIMERO

Á MI PATRIA

Hijo de la desgracia el PEREGRINO
Ha confiado á los mares su destino,
Y al compás de las ondas y los vientos
El eco de sus tristes pensamientos
Vibrará por el mar. El su grandeza
Cantará entusiasmado: la belleza
De la expléndida bóveda estrellada,
Con el alma ante Dios arrodillada;
Y cantará también sobre los mares
La libertad, su amor, y sus pesares.

---

* Buenos Aires: Mis ojos se abrieron á la luz bajo tu cielo hermoso: y, digno hijo de tus pasadas glorias, se cerrarán acaso bajo el cielo nublado del extranjero.

Pero en mi destierro, tu recuerdo santo se confunde en mi memoria con los primeros besos de mi madre: y, si ambicioso de gloria he buscado con las inspiraciones de mi alma una guirnalda de poeta, es por depositarla á tus plantas: por que tú eres, patria mía, el imán de esas inspiraciones.

Acepta el primer «Canto del Peregrino»: y ¡ojalá que ese recuerdo de tus pasados tiempos y de tu hermoso porvenir, te haga enjugar un instante el llanto de tus desgracias presentes!

Adios, Buenos Aires: orgulioso de mi origen moriré en el destierro, si no puedo algún día respirar en tu seno el aire puro de la libertad: pero mi última palabra será tu nombre; mi último pensamiento será tu imagen.

José Mármol.

Montevideo, Mayo de 1847.

Sigámosle en el mar, doquier existe,
Como las sombras de la tarde, triste,
Y una secreta dulce simpatía
Nos roba su letal melancolía:
¡El! el proscripto trovador del Plata,
Que conducido por la suerte ingrata,
Cinco años ha que su enlutada lira
Bajo extranjero sol triste suspira!

Con él la dulce inspiracion del canto
Nació para cantar el dogma santo
Que inauguró á la luz de la victoria
Ese pueblo, que en brazos de la gloria,
Reventara de un mundo las cadenas,
Con prender el cañón de sus almenas.
Pero helose la voz en su garganta
Cuando, al mover la adolescente planta,
En vez de abierta y espaciosa vía
Al genio, á la virtud y nombradía,
Tropezó de un patíbulo en las gradas
Con la sangre de Mayo salpicadas.

Ya el eco del cañón no se dilata
En las riberas del altivo Plata,
Cuando dora su linfa el sol de Mayo (1)

(1) A costa de nuestro orgullo nacional, diremos al extranjero una palabra sobre ese mes de Mayo que sirve de tema á todos los cantos argentinos. Mayo es para los argentinos, y me atrevo á decir para la América Meridional, un momento perdurable para marcar á las generaciones futuras la época gloriosa en que una generación de héroes osó trozar con el sable la cadena de fierro que unía un mundo á otro mundo.

El 25 de Mayo de 1809 la capital de Chuquisaca dió, por primera vez, la voz de Libertad en el virreinato de Buenos Aires; y los delegados del poder español se rindieron al amago solo de un puñado de animosos chuquisaqueños, que arrebatados por el instinto de la justicia, no se detuvieron á

Con su primero suspirado rayo:
Ya no suenan sus cánticos triunfales:

Ya no escuchan sus santas catedrales
Los religiosos himnos de alabanza
Al Dios que iluminaba la esperanza
En medio de la larga incierta lucha.
Ya en las calles y plazas no se escucha
Del pueblo rey la estrepitosa grita,
Cuando á los rayos de su luz bendita
Festejaba aquel sol que hirió su frente
Con raudales de gloria refulgente:
Ya no oprimen las madres en su seno
Su tierno fruto de esperanzas lleno,
Ni á par del blando maternal arrullo
Lloran sobre su sien llanto de orgullo.

---

medir los peligros de su noble pero arriesgada empresa. La fortuna los abandonó en medio de su grandiosa tentativa; por que los pueblos dormían aún y sus destinos no estaban cumplidos.

El 25 de Mayo de 1810 fué el día señalado por la Providencia para la victoria de la razón y de la humanidad en Sud América; y en él empieza la historia gloriosa de la República Argentina, y de la existencia política de un continente capaz de abrazar, al andar de los siglos, toda la población, la sabiduría y poder de las naciones que hoy nos asombran con su opulencia y su cultura.

En este día se cerró para siempre el libro en que se registraba la sumisión y dependencia secular de los vastos imperios ofrecidos al rey de Castilla por el más intrépido y afortunado viajero que la historia presenta.

¡Prodigio misterioso de la libertad. Los ecos de Mayo, desde las orillas del Plata atravesaron como el rayo por el soplo del Ser Supremo, hasta los confines de la América Meridional; y en el mismo día repercutieron en los pechos varoniles de Santa Fe y Caracas!

Unos y otros dijeron en Mayo «No más esclavitud y coloniaje. No más ignorancia y superstición. No más patrimonio de individualidades. Demos independencia y libertad á nuestra tierra: Dios y sus virtudes darán el porvenir á nuestros hijos». Y Dios oyó y acogió estas palabras.

Los que las pronunciaron las cumplieron fielmente y las sellaron con sangre. Las generaciones que les suceden repiten con ardor el mismo voto, y reciben el legado de Mayo para trasmitirlo á sus hijos.

¡Cuan inmensas fueron ya las adquisiciones derivadas del santo juramento de aquel día, tanto mayores cuanto que no son exclusivas á la América! Es un suceso universal por excelencia, aquel que ha presentado al género humano un mundo nuevo á la libertad y al pensamiento, sofocado por el peso de los siglos entre los límites estrechos del mundo viejo. (Nota del poeta).

Ya el Plata no se enpina del profundo
A ver la Roma del naciente mundo,
Y á sus olas indómitas desciende,
Y en las arenas sin valor las tiende.
Ya en las grietas del Andes no se interna
Derrumbada la nieve sempiterna,
Porque no hay otra vez quien de la cima
La arroje y ledo la montaña oprima (2):

---

(2) El 20 de Enero de 1817, el Ejército Argentino, al mando del general San Martín, salió de Mendoza hacia las cordilleras de Uspallata, Aconcagua y Planchon; y el 11 de Febrero cayó al valle de Aconcagua en el territorio de Chile. Esta empresa gigante como el terreno en que se había ejecutado debía ser coronada por la victoria, como un homenaje debido al genio audaz del general San Martín; y el 12 del mismo mes, las cuestas de Chacabuco sintieron marchar los escuadrones argentinos por una vertiente de sangre enemiga, derramada con denuedo en una de las más hermosas de nuestras batallas.

Pero mucha sangre argentina debía derramarse por la independencia del nuevo mundo; y aun no se habían recogido los frutos de la jornada de Chacabuco, cuando Cancha Rayada dió al ejército del rey una completa victoria. Todo entonces parecía perdido. Derrotado ese ejército argentino, dueños de Chile los españoles, los americanos perdían repentinamente la ofensiva en la cuestión de su independencia. El Perú quedaba inconquistable; las Provincias Unidas, amagadas por el Occidente y por el Norte, habrían tenido que reconcentrar sus medios de acción en su territorio únicamente, y Colombia se habría limitado apenas á una guerra parcial. Toda la América se presentaba en detalle á los ejércitos realistas, y tal situación podía serle funesta en poco tiempo.

Pero peleaba por la causa más santa de los pueblos, y una derrota fué siempre para los patriotas el preludio de una victoria.

El ejército derrotado en Cancha Rayada, fué pocos días después vencedor á las orillas del Maipú. Los chilenos han acusado al general San Martín de haber ejercido actos de despotismo sobre el pueblo, para la reorganización de su ejército. Entre tanto, una batalla era entonces una necesidad de vida ó muerte, y la de Maipú afianzó para siempre la independencia chilena, y volvió la cuestión americana á su verdadero equilibrio.

Libre Chile, ese mismo ejército que había escalado los Andes, atravesó el Mar Pacífico para libertar al Perú, defendido por los más hábiles generales y los mejores soldados españoles que ha tenido la América. La empresa rayaba casi en la temeridad, y la guerra se hizo larga y sangrienta. Pero el ejército argentino fué saludado al cabo con el título de Libertador del Perú.

No hay un palmo de terreno en la América del Sur, antes española, que no haya sido sombreado por la bandera azul y blanca; y—¡cosa original!—no hay un solo estado que haya auxiliado al pueblo argentino, cuando fatigado con los esfuerzos que hizo por la libertad de todos ellos, cayó bajo la mano de fierro del despotismo. Entre tanto, es mas desgraciado Buenos Aires bajo la dictadura de Rosas, que lo eran aquellos bajo el dominio español, cuando Buenos Aires fué en su auxilio.

«Es una cuestión de libertad civil, dicen: y no tenemos derecho de intervenir». Pero, ¿en qué código público se encuentra el derecho que tuvo Buenos Aires para intervenir en la cuestión política de la independencia de los otros Estados? El resultado vino á justificar esa intervención: y el beneficio que Buenos Aires habría reportado del auxilio de sus hermanos.

Ya para el cóndor en la sien su vuelo,
Y ese invasor intrépido del cielo,
Ya no vuela á esconderse entre la nube,
Al ver que raudo de la falda sube,
Labrando las pedrosas cordilleras
Un mundo de guerreros y banderas.

¡Patria! ¡Patria del alma! con tu espada,
El Atlas de la América admirada
Trazaste en la pelea. Repartiste
Los montes y los ríos; y volviste
A reposar la sien en sus laureles.
¡Grande fué tu misión! Grandes y fieles,
La llenasteis vosotros, los que hermosa
Visteis la luz de una época dichosa:
Ya la época pasó!...
Dormid con ella
A los celestes rayos de la estrella
Que alumbrará eternal en la memoria,
La época, con vosotros, y su gloria.

Siguió tras ella, como al claro día
Siguen las horas de la noche umbría,
La época del dolor. Del mundo es esa
La eterna ley que sobre el mundo pesa.
Una edad á otra edad se precipita,

---

habría justificado del mismo modo, y convertido en derecho, la intervención de ellos en su lamentable situación presente.

Mas todo esto es el resultado de la época de transición en que vivimos. Los pueblos de la América conocerán más tarde la necesidad vital de defender y proteger mútuamente sus derechos; y que los principios públicos de la Europa, no son aplicables en muchos sentidos á la América. Esta es una de las razones que han hecho nacer en el autor del PEREGRINO, esa fe robusta en el porvenir americano, que respiran sus cantos. (N. del A.)

Y en el rápido empuje inhabilita
Y destruye y derrumba el edificio
A la edad que pasó grande y propicio.
Su ley es destruir; destruye, mira,
Completa su misión, y alegre espira.

Otra generación viene tras ella,
Y para edificar halla en su huella
Escombros humeantes todavía,
Sin plan, ni base, ni favor, ni guía.

La misión de tumbar solo es de UNA;
La ley de edificar pesa importuna
De diez generaciones en los hombros.
¡Ay de aquella que en medio á los escombros
Nace; al caer el edificio al suelo,
Y entre caos de ¡vivas! y de duelo,
Buscan sus ojos el color del día
Y hallan las sombras de la noche umbría!
¡Ay de la reacción que la atropella!
¡Ay de su porvenir la incierta estrella!
¡Ay de tus hijos, que en furor contínuo,
Cual verdes hojas de tumbado pino,
Sacude oh Patria el vendabal de Mayo!
El quebró con el ímpetu del rayo
La cadena de fierro de dos mundos;
El levantó en sus vuelos furibundos
El porvenir del suelo americano,
Bello como su cielo soberano,
Inmenso cual sus montes y sus mares:

El ungió nuestra frente en los altares
Con las glorias del tiempo venerado:
El nos legó la gloria del pasado,
Y á los hombres que vengan la fulgente
Gloria del porvenir. Pero el presente,
Eco rudo de bélico estallido,
Ultima convulsión, postrer quejido
De nuestra vieja lamentable vida;
Destello fatuo, emanación perdida,
De la pasada edad, que vaga incierto
Entre los miembros de su cuerpo yerto,
Y asusta y cruza con su luz siniestra,
Solo nos cupo por desgracia nuestra.

¡Luchar y padecer!—Es un tributo
Que aún le pagamos á tu edad de luto:
Holocausto de sangre y de reposo
Por las primicias de tu tiempo hermoso;
Y nosotros, sufriendo los rigores
Del crudo tiempo en la estación de flores,
Le rendimos doquier, lejos del Plata,
¡Oh, madre hermosa! sin llamarte ingrata.

Ahí va Cárlos, proscripto y peregrino,
Sobre la popa del nadante pino...
La arpa en las manos, con el alma herida,
Sin patria, sin hogar y sin querida,
A merced de las ondas y los vientos;
Fijos en Dios sus altos pensamientos,
Y con la fe del corazón cristiano
Esperando del mal el bien lejano.

¡Cinco lustros de vida solamente!...
¡Y de tanto sufrir ni el dolor siente!

Un pueblo hermano á su feliz ribera
Llegar proscripto sin hogar le viera;
Y allí un destello de esperanza vana
Profetizó la libertad cercana
De su patria infeliz. Mas ¡ah! ¿la hoguera
Del ángel de la muerte reverbera
Su fuego por el mar? Sobre la espalda
De los cerros los mantos de esmeralda
Cambiaron su color? Piedad, ¡Dios mío!
¡Es SANGRE nada más! El ancho río,
Las colinas, las sierras y los llanos
Sangre muestran doquier. Sangre de hermanos,
Que de inocente ó de malvado pecho
La derraman sus venas, sin provecho
Para la libertad... Del tiempo es ella
No de las lanzas ni sangrienta huella,
Y en el tiempo vendrá... Mas ¡ay! se escucha
Fatídico el cañón, arde en la lucha
El fuego nada más de las pasiones:
¡El Plata es un volcán! los corazones
Rudos palpitan de venganza henchidos,
Y ni de vencedor ni de vencidos
La suspirada libertad se escuda
Entre el caos de la victoria ruda.

¿Qué es del cantor allí?—Dulce suspira
Un himno melancólico su lira,

Y el trueno de la pólvora vibrando
Ahoga el acento melodioso y blando
Como á orillas del mar muere un gemido
De las ondas al áspero bramido :
Como la voz de la torcaz medrosa
Entre las ramas de la selva hojosa,
Cuando los vientos desatados zumban
Y las palmeras con furor derrumban.
¿Qué es el poëta allí? Lo que el navío
Presa de calma sobre mar bravío,
Que combatido del empuje fiero
Y cargado de paño el mastelero,
Fijo y convulso está sobre el abismo,
Luchando, sin andar, consigo mismo.
¡Carlos! es aire para él de vida,
Unica luz, la libertad querida!
Era pesado el aire que aspiraba
Y al alma dentro el pecho sofocaba.
Suspiró entonces con amargo duelo,
Miró del plata el azulado cielo,
Y ocultando en el alma sus pesares
¡Adios! le dijo; y se lanzó á los mares

¡Magnífico Brasil! tú le has mirado
En sus tristes recuerdos sepultado
A las orillas de tu mar tranquila,
De lágrimas bañada la pupila,
Fija del horizonte en los celajes,
O en tus bellos fantásticos paisajes.
Te pronuncia un ¡adios! ¿No ves? su lino

El Fénix desplegó, y el PEREGRINO
Oirá quebrarse en la atrevida proa
Las ondas saludadas por Balboa.
Tibio su pecho cual su tibia brisa,
Ni un suspiro de amor ni una sonrisa
Al dejar tus riberas te regala;
Nadie tampoco con amor exhala
Un suspiro por él: miró tus flores
Y no sabe contar de sus olores.

Ya las olas Atlánticas surcando
La erguida nave, en movimiento blando
Se columpia en el piélago espumoso,
Como cándido cisne majestuoso.
Al sur volviendo la filosa prora
Mira á su izquierda el trono de la Aurora,
Y á su diestra las nubes de occidente,
Coronando de América la frente.

Dadas las velas á merced del viento
Se desliza en el líquido elemento
Como esas blancas ilusiones bellas
Que pasan raudas sin dejar tras ellas,
En el mar de la inquieta fantasía,
Más que un eco espirante de armonía.

Cárlos, en tanto, pálido, sombrío,
Reclinado en la popa del navío,
Está fijo en los vastos horizontes,
Contemplando de América los montes,

Como, bajo un ciprés, frente á una losa,
Llora el esposo la perdida esposa.
Descubierta la sien, flota el cabello
En negros rizos sobre el blanco cuello,
O la pálida frente le descubren
Y con sus hebras otra vez le cubren;
Cual de la selva el trecho despejado,
Por la luz de la luna plateado,
Las movedizas hojas del ramaje
Sombrean con su fúnebre celaje.
¡Silencio! ¿no lo veis? *Cárlos* suspira...
Su rodilla dobló... sus ojos gira,
Rayos vertiendo de celeste lumbre,
Cual si en el alma rica muchedumbre
De fúlgidos diamantes esparcida
Reflejase su luz... Vedle: oprimida .
Tiene su lira en la convulsa mano;
Y animado de impulso soberano,
Hiere sus cuerdas.—¿No escuchais? Su acento
Nos trae vibrando el conmovido viento:

CANTO DEL PEREGRINO

LA AMÉRICA

Dirán: esa tierra inculta se ha vuelto un paraíso.

Ezequiel.—(Cap. XXXVI)

América es la virgen que sobre el mundo canta,
Profetizando al mundo su hermosa libertad;
Y de su tierna frente la estrella se levanta
Que nos dará mañana radiante claridad.

No hay MAS ALLÁ en los siglos á la caduca Europa,
Que al procurar mañana se encuentra con ayer;
Bebió con entusiasmo del porvenir la copa,
Y se postró embriagada de gloria de poder.

La gloria quiere vates, la poesía glorias:
¿Por qué no hay armonía, ni voz, ni corazón?
La Europa ya no tiene ni liras ni victorias:
El canto espiró en Byron, la gloria en Napoleón.

Los tronos bambolean y el cetro se despeña;
Los pueblos quieren alas y se les clava el pie;
El pensamiento busca del porvenir la enseña,
Y no halla sino harapos del pabellón que fué.

Hay tumba á las naciones. Se eleva y se desploma
La Grecia que elevara sus sienes inmortal;

Al mundo hallaba chico para hospedarse Roma,
Después murió en el nido de su águila imperial.

¿Adonde irá mañana con peregrina planta
La Europa con las joyas de su pasada edad?
América es la virgen que sobre el mundo canta,
Profetizando al mundo su hermosa libertad.

¿Qué importan del presente los días lastimeros,
Cuando el pasado es lleno de gloria y esplendor,
Y á quien por vida cuenta los siglos venideros
Que borrarán, pasando, las huellas del dolor?

Salpique á los bridones la sangre de los llanos,
Y en medio á la tiniebla se hieran—está bien:
La niña coje flores, é hiriéndose las manos,
Trabaja una corona para su blanca sien.

Hasta el presente ingrato la servirá de gloria
Cuando los tiempos viva de porvenir mejor;
Pues que verá en nosotros para hermosear su historia
Dramática epopeya que inspirará al cantor.

Quedad entre leyendas y hermosas tradiciones,
España, que dormíais con mundos á los pies;
Quedad como el guerrero que cuenta sus blasones,
Y honrosas cicatrices, cayendo de vejez.

Quedad, altiva Francia: la luz del pensamiento,
Que destellando chispas en vuestra sien está,
Mañana, cuando el tiempo le saque el alimento,
Sobre el naciente mundo la llama prenderá.

Quedad, vieja Inglaterra: ha mucho los *Leopardos*
Encrespan la melena, sin levantar la sien;
Que, al procurar el pueblo de Alfredos y Ricardos,
El pueblo de las *cifras* y mercaderes ven.

Quedad, mundo europeo: ennoblecido padre
De tiempos que á perderse con el presente van;
Quedad, mientras la mano de América mi madre
Recoje vuestros hijos y les ofrece el pan.

¿Qué importa? ¡eh! ¿que importa? Si no vienes de guerra,
Nosotros te daremos donde segar la mies;
Para que nazcan pueblos tenemos, si, más tierra
Que espacio para estrellas sobre las cielos ves.

Tus hijos en nosotros encontrarán hermanos,
El sable se ha tirado después de combatir;
Venid y cultivemos con fraternales manos,
La prometida tierra del bello porvenir.

América no puede ser libre todavía,
Porque su herencia ha sido bastarda oscuridad;
No temas, no; mañana cuando despunte el día,
Fijando sus destinos, verás la libertad.

América que se alza sobre columnas de oro,
América la joya del universo es:
La miro y me envanezco; y al contemplarla, lloro...
¡Sus montes á mis ojos, sus mares á mis pies!

América es el arca que al porvenir humano
Contiene misteriosa y un día se abrirá;

Entonces el Eterno levantará en su mano
La herencia de los hombres que prometida está.

La libertad, el genio, la paz, la poesía,
En tronos de alabastro levantarán la sien;
Y lleno de esperanzas, como la luz del día,
El corazón del hombre palpitará también.

No son dorados sueños de mi alma americana;
Son leyes que promulga para los pueblos Dios,
Escritas en las cosas donde la mente humana
Estudia y desenvuelve profética la voz:

Los Andes cuya frente se junta con el cielo,
Mientras sus plantas de oro dentro del mundo están;
Su cóndor, que se duerme sobre el eterno hielo
Mientras chispea y brama la fragua del volcán;

Las mantas del desierto sin fin, sin horizontes,
Donde discurre el potro sin freno ni señor;
Los vientos sin estorbo; los ríos y los montes
Inmensos, solitarios, sin hielos ni calor;

Las vírgenes llanuras, el oro y los diamantes
Bullendo en el arena de arroyos de cristal;
Los perfumados bosques, y por doquier gigantes,
Con sienes de esmeralda y entrañas de metal;

Quince años de batallas por montes y por llanos,
Un mundo despertando al trueno del cañón;
Quince años de victorias, hasta lavar sus manos
En sangre de opresores los nietos de Colón;

Veinte años lamentables de fratricida guerra,
Para acabar la herencia del español así;
Generaciones nuevas, que al saludar su tierra
La traen las esperanzas y porvenir en sí;

De la caduca Europa la hidrópica colmena,
Que se deshace al peso de su miseria ya,
Y en bandos se avalanzan sus hijos al arena
Que compasiva y rica la América les dá;

Son estos los bellos
Eternos emblemas,
Las ricas diademas
Que tienen escrito
Con lumbre esplendente,
Que en pos del presente
De América oscuro,
Vendrá en lo futuro
La aurora risueña
De la libertad.

En ellas traslucen
Altivos, prolijos,
Los huérfanos hijos
Del inca, los días
Que Dios les reserva
De gloria y de amores
Así que den flores
Las ricas, veladas,
Semillas doradas
De la libertad.

Figuras tan bellas
Irritan la mente
Del pueblo, y en ellas
Se crea impaciente
Celestes visiones,
Que tras las edades,
Y tras las pasiones,
Serán realidades
Que afirmen el trono
De la libertad.

Tuyo es el porvenir, reina del mundo,
Inmenso cual tus montes y tus mares,
Y de esperanzas y de luz fecundo
Cual tu cielo y tus bellos luminares.

Alza la sien orlada con tu gloria,
Y verás tras las ondas del Oceano,
Que el mundo de los reyes y la historia
Cabe entero en el hueco de tu mano.

Tuya es la paz del mundo venidera,
Cuando del genio la defienda el brazo,
Y clave para siempre su bandera
En la cúspide azul del Chimborazo.

Tuya también la dulce poesía,
Virgen como tus ríos cristalinos,
Así que lejos de la noche umbría
Alcen las aves sus celestes trinos.

Cantará, por tus selvas inspirado,
El joven trovador; y conmovido,
Abriendo el inca su sepulcro helado,
Su sombra se alzará con el sonido.

Y los héroes de Mayo que en la cima
Duermen del Andes con su nieve presos,
Al oir los nombres de Ayacucho y Lima,
Pondrán de pie sus entumidos huesos.

Tuya es del porvenir la poesía,
Que del sol á el arena de tus mares,
Todo está misterioso todavía,
Virgen al corazón y á los cantares.

Aun tus bosques, tus ríos y tus seres
No ha sorprendido el ojo del poeta,
Ni el bello original de tus mujeres
Ha encontrado una tinta en su paleta.

Mas brotarán una inspirada frente
Los jardines de América encantada,
Que alumbre el sol ecuatorial ardiente,
O la luna del Plata desmayada;

Cantará de su madre la hermosura,
Hoy con las cataratas en concierto,
Mañana de una selva en la espesura
Con el susurro de la brisa incierto.

¡Ah quién me diera renacer la vida
En esos días de mis sueños de oro

Y escuchar, con el alma enternecida,
De tus poëtas el excelso coro!

Mas ¡eh! no importa. Los escucha, siente
Su voz mi corazón, y yo, mendigo
De patria y libertad en tu presente,
Madre del porvenir, yo te bendigo.

Bendita mil veces la sangre que un día
La selva y el prado y el monte teñía,
Luchando tus hijos y el viejo león:

Bendita la selva y el llano y el viento
Que oyeron del Andes crujir el cimiento,
Al trueno contínuo del rudo cañón.

Benditos aquellos que un mundo nos dieron,
Y en medio al combate, sin vida cayeron
En charcos de sangre posando la sien.

Por ellos alzamos soberbia la frente,
Por ellos decimos: es nuestro el presente,
Y nuestros los siglos que vienen también.

Por eso, bendito quien dice orgulloso:
Nací bajo el cielo de América hermoso,
Y siento, al decirlo, la sangre latir.

¿No veis? ¿No parece que el Andes se empina
Por ver impaciente si el alba ilumina
Los tiempos hermosos que están por venir?

Vendrán, y el infelice
Proscripto Peregrino alza su mano,
Descubierta la frente,
Y de en medio á las ondas del Oceano,
Olvidando el presente,
Madre de lo futuro te bendice.

CANTO SEGUNDO *

Hay una edad en la vida,
Cuyo hechizo y cuyo nombre
Solo los comprende el hombre
Después que pasó la edad.
¡Ay! cuando da solamente
Un recuerdo á la memoria,
Como el sol desde Occidente
Un rayo de claridad.

---

* *Sr. D. Luis L. Dominguez.*

Cada uno de los *Cantos* de este Poema lleva el nombre de alguno de mis amigos, ó el de mi patria: son los títulos de nobleza con que dignifico mi *Peregrino.*

Necesito el nombre de un poeta para condecorar este *Canto*, escrito en el lenguaje íntimo del alma: y Vd. que lo ha honrado tanto con las sentidas estancias que le inspiró su lectura (1), me permitirá escribir el suyo y habrá en una sola página, para Vd., y para mí, el doble recuerdo del poeta y del amigo.

Mármol.

Montevideo, Abril 24 de 1847.

(1) ¡Bello, bello, vive Cristo!
Mil veces bello es tu canto,
Déjame secar el llanto
Que me arrancaste, cantor!
Deja que vuelva á estas hojas,

Edad que, en muchos, tan luego
Como comienzan sus años,
La hieren los desengaños
Y muere casi al nacer,
Quedando el cuerpo en aurora
Y el alma sin ilusiones,
Cual una flor inodora
Con hojas en rosicler.

Edad donde entramos todos
Con los besos maternales
Y los sueños virginales
De la alegría infantil;
Edad de donde salimos
Siempre huérfanos y tristes,
A soñar lo que perdimos
En pesadilla febril.

¡Y dichoso quien no lleva
Incrustado en la memoria,

Y á leer en cada una de ellas
La historia de mis congojas,
Los recuerdos de mi amor.

¡ Aqui hay verdad, aqui hay fuego !
¡ Por Dios, que esto es poesía !
Esto es lo que yo querría
De todo poeta oír.
Parece que estas palabras
Del alma misma han nacido;
Dichoso tú que has sabido
Así al hombre traducir.

Al acabar la primera lectura que he hecho del segundo canto del PEREGRINO, de Mármol, he escrito estos versos.

Luis L. Dominguez.

Montevideo, Abril 23 de 1847.

Un recuerdo de su historia
Torcedor del corazón;
Y al recordar de su vida
La juventud borrascosa,
No siente abrirse una herida
Por negra recordación!

Edad que una mar bravía
En débil barca navega,
Y más con las olas juega
Cuanto es más el huracán;
Y más canta barcarolas
De triunfos de amor y gloria,
Cuanto más bravas las olas
En torno á la barca están.

Edad sin llanto, que vuela
En blanca nube de incienso,
Y siempre horizonte inmenso
Descubre ufana doquier:
Que solo siente desvelo
Por el placer que la espera,
Viendo en la gloria su cielo,
Y su mundo en la mujer.

Unico tiempo que puede
Llamarse vida en el hombre,
Pues no merece tal nombre
El tiempo que viene en pos:
Muerte lenta y fatigosa
De cuanta ilusión florida,

De cuanta ambición hermosa
Nos puso en el alma Dios.

Y todavía es más dura
Esa muerte que camina,
Cuando el hombre peregrina
En su primer juventud;
Y lleno el cuerpo de vida,
El alma desencantada
Está del mundo aburrida,
Presa de su ingratitud.

Entonces solo el recuerdo
De nuestra pasada historia
Nos viene á herir la memoria
En medio á la soledad;
Y echamos tristes de menos
Aquellas tan raudas horas
En que gozamos amenos
Días de felicidad.

Entonces damos su precio
A todo cuanto perdimos,
Y no volverá, decimos,
El tiempo perdido ya.
Y allá en la tarde tranquila
Cuando la mente recuerda
¡Cuántas veces la pupila
Llorando el recuerdo está!

Entonces quedais vengadas,
Vosotras, pobres mujeres,
Que os pagan vuestros placeres
Con largos tragos de hiel.
Angeles en sacrificio
Sobre el pantano del mundo,
Que en el rodar de un segundo
Perdeis las alas en él.

Vosotras, que, si amais mucho,
Os acusa el mundo loco,
En tanto que, si amais poco,
Os acusa el amador.
Vosotras, pobres mujeres
Que tanta lágrima os cuestan
Los más cándidos placeres,
Si son placeres de amor.

Vosotras, tan inexpertas,
Tan tristemente engañadas,
A la fin quedais vengadas
Por el mismo que engañó.
Pues un tiempo al fin vivimos
Tan árido de ilusiones,
Que ansiamos cuanto perdimos
Y el alma desconoció.

Entonces ¡ay! comprendemos
Vuestros nobles sacrificios,
Y aquellos días propicios
De tan rápido existir;

Y el prisma de la distancia
Nos hace veros más bellas,
Y llorar nuestra inconstancia,
Y vuestro amor bendecir.

Porque en aquesta campaña
Que hacemos desde la cuna,
Va de escolta la fortuna
Y de vanguardia el dolor.
Y así, á medida que vamos
Caminando sobre el mundo,
A aquellos que atrás dejamos
Dámosle precio mayor.

Se echa de menos la infancia
En la juventud, y luego
De ésta lloramos el fuego
Cuando extinguirse se ve.
Y siempre yendo más lejos
En el viaje de la vida,
Niños, jóvenes y viejos,
Lloramos por lo que fué.

El sol que claro alumbrara
La senda del Peregrino,
Se oscureció en su camino
Al punto de amanecer:
Y acaso allá en su memoria,
Sin haber nunca engañado,
Suele mezclarse á su historia
La imagen de una mujer.

—

En las llanuras solas
Vibrado había el último sonido
De la inspirada lira, y conmovido
Lo hizo rodar el mar sobre las olas,
Bañado de armonía
Los mil colores de la luz del día:

Guardaba el sol los rayos de su frente
En las doradas nubes de Occidente,
Y un crepúsculo incierto
Daba su luz al piélago desierto.

La brisa de la noche
Tendió después sus alas al espacio,
Y á la par que en los ámbitos vagaba
De su inmenso palacio,
Las nubes y las ondas agitaba;

Y la bizarra nave,
Dividiendo colinas ondulantes,
En su curso suave
Formaba en pos de sí y á sus orillas
Alfombras amarillas
De fugitivos granos chispeantes.

Y el joven *Peregrino,* reclinado
En la elevada popa, contemplaba
La onda que fugitiva se alejaba,
Llevando de su pecho lacerado
Los amargos recuerdos del pasado

Que en la mísera vida
Por talismán secreto, indefinible,
Más al dolor el corazón anida,
Cuando en hora apacible,
Irritada la sien y el pecho yerto,
Vemos el mar, las nubes ó el desierto.

Dios en sus insondables creaciones
Para cada dos almas tiene un molde;
Al punto de nacer el molde quiebra,
Y de las almas corta
Una sútil imperceptible fibra;
Y arrojadas después al laberinto
De la vida y el mundo, á que al instinto
Cada una de ellas su sendero siga,
Cada cual busca por distinta huella,
De las almas, aquella
Que el mismo soplo de existencia abriga.

El hallarla es el bien sobre la tierra;
Y el tormento mayor que el alma encierra,
Es vagar peregrina,
Mirando una por una,
Sin hallar en ninguna
La que en el temple de su amor se afina.

Pero Cárlos la halló. Mujer hermosa
En el virgíneo seno la encerraba
Como al perfume la pintada rosa.
María ¿dónde estás? ¿dónde se fueron

Los célicos momentos de ventura
Que nuestras almas apurar supieron ?

¿Los recuerdas, mujer? El tiempo adverso
Rodaba sin poder á nuestros ojos,
Y mustio el sol ardiente,
Y mustio el universo,
Lo que no era el amor eran despojos
De una otra creación indiferente.
Y en tus ojos los suyos embebidos,
La fantasía y la pasión tranquilas,
Callaban los sentidos,
Y conversaba el alma en las pupilas.

No había entre los dos sino el presente;
Que no hay para el amor tiempo pasado
Ni porvenir, cuando á la par se siente
Confundirse el aliento enamorado.
Con el fuego del alma se evapora
La amarillenta nube
Que el cielo del pasado descolora,
Y á un soplo del amor, desecha sube
La condensada niebla
Que el horizonte del futuro puebla.
¡Ay del que en brazos de mujer querida
Piensa en mañana y el presente olvida!
¡Ay del que mira la azucena en broche
Y osa pensar lo que será en la noche!

¡Que fuera, sí, del corazón humano,
Si en medio del placer pensar debiera
Que al rodar un minuto,
Esa chispa ligera
Del tiempo inexorable
Vase á perder en el eterno luto!
¡Que fuera si en los brazos reclinado
De su ídolo adorado,
Por el ebúrneo cuello
Derramando su espléndido cabello,
Matizados de nieve presumiera
Los rizos de la negra cabellera,
Y á par de la vejez mirase luego,
Yerto también del corazón el fuego!

El amor atesora
Como las flores, fugitiva aurora;
Tiene un sol que le abate y acongoja,
Y una noche también que le deshoja.

Ven á mis brazos, ven: yo quiero en ellos
Vivir soñando en ilusión florida,
Pues soñar es vivir, y son los bellos
Sueños del corazón los que adormecen,
Y el desierto embellecen
Do errante vaga la infecunda vida.
Ven á mis brazos, ven: que parta el rayo
Y rudo quiebre el pedestal del mundo,
Que yo á tu lado, en celestial desmayo,
A Dios no veré tanto en los enojos

Que la tormente apura,
Como en la lumbre pura
Que brota el fuego de tus dulces ojos.
Así en instantes de pasión decía
El joven trovador á su María,
Imprimiendo en su frente
Y en su preciosa boca el labio ardiente.

Y luego su cabeza
Con vértigos de amor buscaba el seno
Que de suspiros lleno
Con fuerza palpitaba,
Resaltando del ángel la belleza,
En quien la vida al corazón bajaba,
Y, sin sangre el semblante,
Contrastaba en la pálida mejilla
El azabache de sus tiernos ojos
Con el brillo azulado del diamante;
Ojos que de placer se adormecían;
Miradas que de amor desfallecían.

¡Como era entonces bella!
¡Como sublime resaltaba en ella
Esa lucha del alma y los sentidos,
Esos esfuerzos santos, escondidos
Del alma en lo profundo,
Con que defiende su perfume de ángel
La tímida hermosura sobre el mundo!

¡Como era entonces bella!
Para su copia fiel no alcanza el arte,

Que al pincel faltaría
De sus tintas de luz la mejor parte:
Para dar á sus ojos la dulzura,
Y el cincel del romano quebraría
Los detalles del mármol florentino
Antes de dar al cuello y la cintura
La gracia leve y el contorno fino,
Antes de dar al seno
Las redondas ebúrneas proporciones
Que, cual ondas de leche en mar sereno,
Al respirar ondulan suavemente,
Dejando trasparente
El movimiento blando
De su sangre en las venas circulando.

Crepúsculos, callad: callad, estrellas,
La historia de dos almas que vosotros
Y los cielos no más han conocido.
Para amar y sufrir nacieron ellas
En un mundo de amor desconocido,
Donde la luz del día
No penetró jamás. La noche umbría,
La luz crepuscular desconsolante
Y el fugaz soplo de la vida errante,
Testigos fueron de su amor un día.

Si la vista profana
El misterio alcanzó de sus amores,
Algo alcanzó de Dios. ¡Ay no confundan
El terrenal amor de alma liviana

Con el amor de Carlos. Cojan flores
Y coronen la sien de su María,
Pura como el albor de la mañana,
Como el rocío de la noche fría
Sobre las hojas de una flor!
                    Ninguna
Más pura y virginal entre los brazos
Suspiró de un amante. Más amada
No hubo tampoco criatura alguna;
      Ni más libre de lazos
Hubo mujer al mundo más ligada.

¿ Bendición sobre tí! Yo te procuro
Como el huérfano niño á su amorosa
Y virginal hermana. Al pecho mío
Llega tu voz amante, como llega
Un consuelo de Dios, cuando depliega
Su melodiosa voz órgano santo
En el sagrado templo, y sube el canto,
Entre nubes de incienso á los altares,
Eclipsando los pardos luminares.

Eres mi Dios, mi hermana, mi querida,
Y mi esposa también. Palabras santas;
Dádivas del Señor para la vida,
Puras como las lágrimas del niño,
Tiernas como los besos de la madre;
Palabras, sí, que el corazón no miente,
      Riquezas de cariño
Con que adorna mi amor tu blanca frente.

¿Qué tengo yo sin tí? penas y llanto;
Llanto frío, infeliz, sublime y santo,
Porque lloro de amor. Tú mi primera
Impresión en la tierra, tú tendiste
Mano de compasión al Peregrino,
Y tierna y hechicera:
Ven hacia mí, dijiste,
Arrojando una flor en su camino.
¿Y olvidarte podré? ¡Mujer hermosa!
No se olvida la fuente del desierto
Que nos calmó la sed, ni la primera
Sonrisa del amor.

Así decía
El joven trovador á su María,
Y de placer lloraba,
Y en sus amantes brazos la estrechaba;
Y al mirarla tan bella, conmovida
Como la sensitiva al tacto humano,
Estrechando su mano,
Repetía su voz: Luz de mi vida:
¿Quién mas bella que tú? ¿Quién mas querida?
Al mirar tu beldad siento mi pecho
Para mi amor estrecho;
Y mi voz de mortal, débil y fría,
Para decir te adoro,
Derramando á tus pies ardiente lloro.

Y María temblaba,
Y Carlos en sus brazos la estrechaba.

Porque ese Carlos, insondable foco
De perpetua inquietud y de inconstancia
Que allá en su joven pensamiento loco
Ama para olvidar, y se recrea
　　En desechar la idea
Que antes buscaba el corazón con ansia;
Alma que vive en perdurable hastío,
Por largas horas de martirio llenas,
Que al lado del calor percibe frío,
Y en medio del placer inventa penas;
Que vuela, busca, ve, toca, delira,
　　Y cuando está en su mano
La posesión de lo que inquieto aspira;
　　Por algo más lejano
Su veleidoso corazón suspira.
Que por estar en su alma las pasiones,
Envidia los tranquilos corazones,
　　Como al gozar sociego
La fiebre envidia de amoroso fuego;
Esa alma chispa, exhalación de rayo,
Sin rumbo cierto entre la noche umbría,
　　Se convirtió en desmayo
Ante el célico amor de su María.

No era ese amor frenético y ardiente
　　Que arrebata la calma,
Más que del corazón de los sentidos:
Era esa tierna abnegación del alma,
Que ni siente placer, ni dolor siente,

Sino en el alma del objeto amado:
Era ese amor de Dios sobre la tierra
Lo que el bardo infeliz tuvo y encierra.

Y ¿durará ese amor? Es muy sublime,
Para que dure mucho, el entusiasmo
Todo deja de ser, y en los amores
Solo el materno amor jamás perece.
El amor degenera: á sus ardores
Sigue la calma, y en la calma luego
La amistad aparece,
Mas duradera si con menos fuego.

El corazón es árbol de afecciones
Que florece en diversas estaciones:
Hoy se agostan sus flores,
Y otras mañana lucen sus colores.
Ley de inconstancia, triste,
Pero ley eternal de cuanto existe.

Esa misma María,
Sin olvidar á Carlos, quizá un día
Sienta en su corazón inquietud nueva;
Y el mismo Peregrino,
Sin olvidarla—pues jamás se olvida
La primer falta ni el amor primero—
Allá en los giros de su errante vida
Halle quizá otra flor en su camino;
Y él ama todavía
Con entrañable amor á su María.

¿Por qué se mira pálida su frente,
Y húmeda la pupila,
Fija en la última luz que el occidente
Derrama apenas por la mar tranquila?
¿Qué linea cruza sobre el alto cielo,
Desde el bajel hasta el lejano suelo?
¿Qué tierra estará allí? ¿Qué larga vía
Le aparta del lugar do su inclemencia
Radiante ostenta el luminar del día,
Y do convino la obstinada ciencia
De pensador profundo
Hacer mitades del tarraqueo mundo?

¡Ah! esa enlutada nube
Que mira, en el confin del Plata sube.
Allí Montevideo...
Y el Peregrino al occidente mira,
Porque en su misma latitud respira.

Allí Montevideo:
Tierra del Plata do pisó extranjera
Toda la patria de la opuesta orilla,
Cuando en su misma tierra alzada viera
Sobre su noble frente la cuchilla;
Cuando huyó del recinto de su gloria,
Llevando la memoria
De sus tiempos benditos
En dos generaciones de proscritos.

Eres, tierra Oriental, la historia viva
Del llanto y los pesares

De esas generaciones arrancadas
De sus patricios lares,
Por las manos de fierro
Del despotismo en sangre salpicadas ;
Y de la llama activa
Y secreta de su alma, también eres
El libro en que ha guardado su destierro
Sus tan cortos instantes de placeres.

Cuando la libertad les vuelva un día
De su patria infeliz los brazos bellos,
Serán pocos aquellos
Que no lleven prolijos
Dulcísimos recuerdos de alegría,
Entre muchos recuerdos punzadores:
Eres de unos, la patria de sus hijos,
Y muchos, en el alba de su vida,
Sus primeros amores
Recordarán en tí y á su querida.

Allí Montevideo:
Ciudad que guardas su perdida amante,
Bajo tu misma latitud respira
El peregrino errante;
Y en medio de los mares,
Te recuerda su amor y sus pesares.
¿No lo veis? ¡Una lágrima! ¡Suspira!
Escuchad, escuchad... pulsa su lira.

CANTO DEL PEREGRINO

Á MARÍA

La misma línea del cielo
Cubre tu frente y la mía:
¿Qué haces ahora María
Mientras suspiro por tí?
Esos instintos secretos
De los corazones que aman,
¿A ver el mar no te llaman,
Pensando, María, en mí?

María, mi dulce amiga,
Mi angel de luz en la tierra,
¡Cómo en mi pecho se encierra
La imagen de tu beldad!
¡Cómo estás en mi memoria,
Cual un destello divino,
Que va alumbrando el camino
De mi negra adversidad!

El precio de tus amores
¡Cómo conozco en la ausencia!
Tienes toda mi existencia...
¡Bendita seas de Dios!
Fuiste mía por el cielo,

No eres mía por el mundo,
Mi corazón sin segundo
Te dice, del mar: ¡adios!

¡Y tan lejos! ¡sin oirnos!
No, María, habrá momentos
Que puedan los pensamientos
Del uno al otro volar;
Que conversemos en calma
Un lenguaje delicioso,
Que el corazón misterioso
Solo alcance á interpretar.

En medio á la triste noche,
Mira, mi bien, las estrellas,
Mis ojos también en ellas
Se fijarán con amor.
Su dulce trémulo brillo
Me recordará tus ojos,
Tus repentinos sonrojos,
Tus gracias y tu pudor.

Propicio á nuestros amores
A ellas nos concede el cielo,
Como un espléndido velo
En la frente de los dos;
Mientras faltes á mi vista,
Como en un espejo terso
Te veré en el universo,
Y escucharé hasta tu voz.

Tu voz en el blando arrullo,
De la brisa entre las hojas,
O en el plácido murmullo
Que hace el arroyo al correr;
Y aquel sello indefinible
Del pudor sobre tu frente,
Lo veré en esa apacible
Lumbre del amanecer.

En las sombras de la noche
Recordaré tus cabellos,
Y en los crepúsculos bellos
Tu meláncolica tez;
Veré en la tímida luna
El candor de tu semblante,
Y, cuando el sol se levante,
De tu sien la esplendidez.

Pondré rosas en mi seno
Para aspirar tu fragancia,
Y entonces ¿qué es la distancia
Si allí tu aliento también?
¡Allí! donde tu cabeza
Se inclinó pura y serena,
Cual la más blanca azucena
Que se dobla en el edén.

María, todo ha pasado,
Todo es recuerdo y despojos,
Pero no llanto ni enojos,
Sino valor quiero yo;

Tu alma semeja la mía
En las pasiones valiente,
Ten tan soberbia la frente
Cual la que el cielo me dió.

¿No has visto las recias olas
Rodar con ímpitu horrible,
Y la roca inconmovible
Su tenaz choque burlar?
Así es bello ver los golpes
Sucesivos de la suerte,
Y el alma, constante y fuerte,
Golpe por golpe parar.

Vive feliz en el mundo
Hollando flores tus pasos
—Si puede en el mundo, acaso,
Ser feliz una mujer—
No me recuerdes, María,
Quiero feliz tu destino,
Y el que cupo al Peregrino
Tiene llanto en el placer.

Yo que he visto, una por una,
De mi esperanzas las flores,
Ir perdiendo sus colores
Y acongojarse en su albor;
Yo que llevo el desencanto
Fijo, entrañado en la vida,
Como el dolor de la herida,
Como en la llama el calor;

Yo que volviendo á los hombres
Por un agravio otro agravio,
Tengo la risa en mi labio
Y el llanto en el corazón,
Sufriendo sobre mi rostro
Falsa y alegre careta,
Por esconder del poeta
El sello de su aflicción;

Yo que en el mar de este mundo
Dejo nadar mi barquilla,
Sin curarme de la orilla,
Oyendo al viento bramar:
Conservaré tu memoria
En lo íntimo de mi pecho,
Hasta que quede deshecho
Mi batel sobre la mar.

Solo te pido á estas hojas
La última gota de llanto,
Y quema luego este canto
Con lágrimas de los dos,
Unico ser que desmayas
La fuerza del alma mía:
¡Te quiero tanto María!
Bendita seas de Dios.

CANTO TERCERO *

PRIMERA PARTE

En medio de las sombras
Enmudeció la voz del PEREGRINO,
Y el rumor de las ondas solamente,
Y el viento resbalando por el lino,
    Sobre el Fénix se oía,
Que, como el genio de la noche, huía
En las alas del viento tristemente,
    Alumbrando sus huellas
Sobre el azul y blanco las estrellas.

    En el siguiente día,
    El Fénix navegaba
Sobre las ondas que el silencio turban
De la tranquila Pampa: EL PEREGRINO,

---

* *Al señor don Valentín Alsina.*

Su afectísimo amigo y compatriota.

José Mármol.

Julio de 1847.

Acabamos de ver, en la entrega tercera de la América Poética, algunos fragmentos de este canto, que en el Janeiro, dimos en manuscrito al distinguido editor de esa obra. Después hemos hecho algunas ligeras alteraciones en el texto, que no hemos tenido tiempo de transmitir al editor de la América; y de aquí resulta la diferencia que se hallará entre algunos de nuestros versos que él nos ha hecho el honor de publicar, y los que aparecen en esta edición.—EL AUTOR.

Montevideo, Junio 1847.

Con los brazos al pecho contemplaba
Los mares y los cielos de su patria.
Y acaso recordando,
Estaba, y comparando
La tropical naturaleza hermosa,
Que bajo un sol abrasador rebosa
De alegre poesía,
Con el frío y adusto mediodía.

¡Qué bello es al que sabe
Sentir con la natura,
Pasar al mediodía
Del circo tropical;
Y comparar el cielo
De la caliente zona,
Con el que tíbia pinta
La luz meridional!

¡Las trópicos! radiante
Palacio del Crucero, (1)
Foco de luz que vierte
Torrentes por doquier;
Entre vosotros toda
La creación rebosa
De gracia y opulencia,
Vigor y robustez!

---

(1) Constelación del Sur.

Cuando miró imperfecta
La creación tercera,
Y decretó el diluvio
Desde su trono Dios,
Naturaleza llena
De timidez y frio,
Huyendo de los polos
Al trópico subió.

Y cuando dijo: basta,
Volviéndola sus ojos,
Y decretando al mundo
Su nuevo porvenir:
Alientos de su boca
Los trópicos sintieron,
Y reflejarse el rayo
De su miralla allí.

Entonces como premio
Del hospedaje santo,
Naturaleza en ellos
Su trono levantó,
Dorado con las luces
De la primer mirada,
Bañado con el ambar
Del hálito de Dios.

Y derramó las rosas,
Las cristalinas fuentes,
Los bosques de azucenas,
De mirtos y arrayán,

Las aves que la arrullan
En melodía eterna,
Y por su linde ríos
Mas anchos que la mar.

Las sierras y los montes
En colosales formas,
Se visten con las nubes
De la cintura al pie.
Las tempestades ruedan,
Y cuando al sol ocultan,
Lo mira de los montes
La esmeraltada sien.

Su seno engalanado
De primavera eterna,
No habita ese bandido
Del Andes morador,
Que de las duras placas
De sempiterna nieve,
Se escapa entre las nubes
A desafiar el sol.

Habitan confundidos
La tigre y el jilguero,
Tocanos, guacamayos,
El león y la torcaz.
Y todos, cuando tiende
Su oscuridad la noche,
Se duermen bajo el dátil
En lechos de azahar.

La tierra de sus poros
Vegetación exhala,
Formando pabellones
Para burlar al sol;
Su luz no necesita,
Pues tiene del diamante,
Del oro y del topacio,
Magnífico esplendor.

Naturaleza virgen,
Hermosa, radiante,
No emana sino vida
Y amor y brillantez;
Donde cayó una gota
Del llanto de la aurora,
Nace una flor, y de esta
Nace un jardín después.

Así como la niña
De quince primaveras,
De gracias rebosando,
De virginal amor,
No bien recibe el soplo
De enamorado aliento,
Cuando á su rostro brotan
Las rosas del pudor,

¡Los trópicos, el aire,
La brisa de la tarde,
Resbala como tíbio
Suspiro de mujer;

Y en voluptuosos giros
Besándonos la frente,
Se nos desmaya el alma
Con dulce languidez!

Mas ¡ay! otra indecible
Sublime maravilla
Los trópicos encierran,
Magnífica: la luz;
La luz ardiente, roja,
Clarísima, brillante,
En ondas se derrama
Por el espacio azul.

¿Adónde está el acento
Que describir pudiera
El alba, el medio día,
La tarde tropical,
Un rayo solamente
Del sol en el ocaso,
O del millón de estrellas
Un astro nada más?

Allí la luz que baña
Los cielos y los montes,
Se toca, se resiste,
Se siente difundir:
Es una catarata
De fuego, despeñada
En olas perceptibles
Que bajan del cenit.

El ojo se resiente
De su punzante brillo,
Que cual si reflejase
De placas de metal,
Traspasa, como flecha
De imperceptible punta,
La cristalina esfera
De la pupila audaz.

Semeja los destellos
Espléndidos, radiantes,
Que en torbellinos brota
La frente de Jehová
Parado en las alturas
Del Ecuador, mirando
Los ejes de la tierra
Por si á doblarse van.

Y con la misma llama
Que abraza, vivifica
La tierra que recibe
Los rayos de su sien;
É hidrópica de vida,
Revienta por los poros,
Vegetación manando
Para alfombrar su pie.

Y cuando por las tardes,
Al soplo de la brisa,
Se parten las montañas
Flotantes de vapor,

Las luces son entonces
Vivientes inflamados,
Que en grupos se amontonan
A despedir el sol.

Enrojecidas sierpes
Entre doradas mieses,
Caracoleando giran
En derredor á él;
Y azules mariposas
En bosques de rosales,
Coronan esparcidas
Su rubicunda sien.

Y más arriba, cisnes
De espléndido plumaje
Nadando sobre lagos
Con lindes de coral,
Saludan el postrero
Suspiro de la tarde
Que vaga como el pardo
Perfume del altar.

La tarde, que aparece
Mirando las estrellas
Que asoman indecisas
Con pálido color,
Como las tiernas hijas
En torno de la madre,
Cuando recibe su alma
La mano del Señor.

Si en peregrina vida
Por los etéreos llanos
Las fantasías bellas
De los poetas van,
Son ellas las que brillan
En rutilantes mares,
Allá en los horizontes
Del cielo tropical.

Allí las afecciones
Se avivan en el alma;
Allí se poetiza
La vida y el amor;
Allí es poëta el hombre;
Allí los pensamientos
Discurren solamente
Por la región de Dios.

Un poco más, y el mustio
Color de las estrellas,
Al paso de la noche
Se aviva en el cenit,
Hasta quedar el cielo
Bordado de diamantes
Que por engarce llevan
Aureolas de rubí.

Brillantes, despejadas,
Inspiradoras, leves,
Parecen las ideas
Del infinito Ser,

Que vagan por el eter
En átomos de lumbre,
Así que de su mente
Se escapan una vez.

Y en medio de ellas, rubia,
Cercada, transparente,
Con iris y aureolas
Espléndidas de luz,
La luna se presenta,
Como la virgen madre
Que pasa bendiciendo
Los hijos de Jesús.

Así como el entusiasmo
Muere al paso de la vida,
Y el calor de las pasiones
Con los años se resfría,
De los trópicos perdemos
La opulenta perspectiva,
Si descendiendo pasamos
Al cielo del Mediodía.
Aquí la naturaleza
Cambia de aspecto y de vida,
Bajo otro sol y otro cielo,
Con otros tesoros rica.
No es ya la joven alegre
Que voluptuosa suspira:
Es la valiente amazona
Indómita y atrevida;

Y bajo su fuerte imperio,
En el corazón palpitan,
No los ensueños bordados
Con flores de fantasía,
Sino robustas pasiones
Armonizadas al clima,
Y pensamientos nacidos
De innata melancolía,
Prodigios son misteriosos
Que la esperiencia concilia,
Los eslabones secretos
De esa cadena infinita
Con que se anudan los hombres
Al sol que en su cielo brilla,
Al agua que ven sus ojos,
Y al aire y tierra que habitan.

Al pie de los cocoteros
Y las piñas amarillas,
De los pájaros pintados
A la dulce melodía;
Bajo los mares de fuego
Que el horizonte iluminan,
Y del hálito caliente
De la perezosa brisa,
La vida no está en el alma,
Ni está el alma con la vida.

Parece que el mismo fuego
Que á la tierra fecundiza,

Agosta la flor del alma
En su primer lozanía;
Parece que faltan fuerzas
A la mente adormecida,
Porque la gastan voraces
Los sentidos cada día.

Bajo el cenit del Mediodía
Es lánguida la luz y desmanada,
Al sol el ojo altivo desafía,
Y se clava en su frente la mirada.

Siempre de azul y blanco el firmamento,
Como de una mujer la azul pupila,
Nos despierta en el alma el sentimiento,
Si en el caos de la pasión vacila.

Baja el sol á su alcázar de occidente,
Sin esplendor de nubes, silencioso,
Llevando alguna vez sobre su frente
Una corona de oro luminoso;

Y su pardo crepúsculo, agorero
De vendabal y tempestad lejana,
No toca el corazón, toca severo
Los pensamientos de la mente humana.

Las hebras del cabello, húmedo el viento
Agitan sin cesar; rugen las olas,
Invadiendo con ímpetu violento
Por las rocas estériles y solas.

Escuadrones de pájaros salvajes
Huyen buscando sus ocultas breñas,
Negras como el color de sus plumajes,
Entre los antros de las duras peñas.

Relincha el potro en la desierta pampa,
Fijos los ojos en el sol poniente,
Y el duro casco con fragor estampa,
La crín volando de su altiva frente.

Se anublan los cercanos horizontes,
Toda naturaleza desfallece,
Y á la par de los cielos y los montes,
El alma taciturna empalidece.

Muere lento el crepúsculo del día
Con el color de la torcaz pintado,
Y de él en pos llega la noche umbría
Sobre el desierto pabellón toldado.

Reina la noche al fin, y de improviso,
Un relámpago súbito ilumina
El postrimero rayo, que indeciso
Queda del sol en lámpara argentina.

Y del negro seno
De la nube errante,
Un sordo truëno
Retumba distante,
Vibrando en el aire
La tierra y la mar.

Se rompen las fuentes
En el firmamento,
Y el agua á torrentes
En brazos del viento
Desciende, sin rumbo,
Del viento á la par.

Contínuo truëno
Distante retumba,
Y el viento sin freno
Los álamos tumba,
Los sauces desgaja,
Deshoja el ombú:

Doquier ilumina
Relámpago activo,
Y el cielo fulmina
Sus rayos doquiera,
Hendiendo la esfera
Su rápida luz.

¡Magnífico: las rocas estériles y solas
En medio de la noche bramando el huracán!
¡Magnífico: el ruído gigante de las olas
Cuando á romperse rudas contra la roca van!

¡Magnífico: las nubes que raudas se atropellan
Llevando entre su vientre la tempestad veloz;
Los rayos que la frente del pedernal estrellan,
Y el trueno que revienta de su fulgor en pos!

¡Y es bello meditar á los reflejos
De una lámpara triste, en climas tales,
Oyendo el trueno retumbar de lejos,
Y quebrarse la lluvia en los cristales!

Entonces grandioso se inspira un pensamiento
Que sale entre palabras de idioma celestial,
Como al lanzar la fuente su vómito violento
En hebras lo deshace de líquido cristal.

Y las ideas al calor responden
Que guarda el corazón porque son bellas,
    Y grandiosas aquellas
Que en la nocturna lobreguez se esconden.

El genio duerme cuando nace el día,
Y alza sus alas en la noche umbría,

La noche es para el alma creadora
Lo que es al fuerte labrador la aurora.

En medio á las sombras el recio pampero
Despliega sus alas y en ímpetu fiero,
Destroza las nubes, y en negros pedazos
    Las toma en sus brazos,
Y al lóbrego oriente las tira por fin.

El cielo se limpia, y en mantos azules
Cubiertos por ondas de nítidos tules,
Pajizas estrellas de brillo indeciso
    Vense de improviso,
Aquí solitarias y en grupos allí.

Y del sonoro río embravecido
O de la oscura sien de una colina,
Con palidez el rostro embellecido
Muestra incierta la virgen argentina,

Cual en cita nocturna niña hermosa,
Oculta en el jardín tímidamente,
Sale andando con planta recelosa,
Ardiendo el corazón, yerta la frente.

Algún fragmento de rasgada nube
La envuelve en su carrera, y la mirada
Pretende adivinar por donde sube,
Si alcanza un rayo de su luz velada.

Así cuando en el seno de una bella
Una flor divisamos entre encajes,
Pensamos descubrir el trono de ella
Al través de los cándidos celajes.

Con gracia y majestad lenta camina,
Despejada y gentil la augusta frente,
Y cuando más bellísima ilumina,
Se esconde entre las nubes de repente:

Cual suele una mujer enamorada,
Después de ciego, voluptuoso instante,
Pálida, bella, tierna, avergonzada,
Esconder en sus manos el semblante.

Y de la noche fría,
La luna y las estrellas
Apáganse las huellas,
Porque despunta el día
Sus claridades bellas

Y asoma en el oriente
La luz de la mañana,
Tan pura, tan lozana,
Como en virgínea frente
La palidez temprana.

Sus carmesíes tintas
Asoma en pos la aurora,
Y luego con distintas
Arreboladas pintas
Su bella sien colora.

Pálido rayo alcanza
Las hojas de las flores,
Cual suele á los amores
Llegar una esperanza
Para calmar rigores.

Y en rosas purpurinas
Que asoman de su broche,
Vacilan peregrinas
Las gotas cristalinas
Del llanto de la noche.

La pájara entumida
En el mojado nido,
Siente la luz querida
Que á despertar convida
Su cuerpo adormecido,

Y del nido á la rama,
Con trinos de alegría,
Salta contenta, y llama
Al pájaro á quien ama,
Para cantar al día.

Con ágil cuerpo blando
La cabra trepadera,
Rocío destilando
De su vellón, saltando
Corre por la pradera.

Corre, vuela, y liviana
Sobre la sierra sube,
A contemplar ufana
De la fresca mañana
La arrebolada nube.

Sale el toro sediento
Del bosque á la laguna:
Bebe, y luego contento
Escoje aquel sustento
Si este otro le importuna.

Corre el potro en el prado,
Y de repente vuelca
Su cuerpo, y agraciado,
Sobre el pasto nevado
Contento se revuelca.

Y á saludar el día,
Con el día despierto,
También con alegría,
Sin sentir embarazo,
Sale el rey del desierto
Jugando con su lazo.

Hasta que al fin su esplendorosa frente,
Bajo pomposo pabellón de grana,
Muestra desde las puertas del oriente
El poderoso rey de la mañana:
Y con los rayos de su luz fulgente,
Los valles y las rocas engalana
De esa naturaleza árida, fría,
Bajo el cenit azul del mediodía.

¡Veneración en tí, tierra sagrada,
Sin montes de oro; poderosa en gloria!
No iluminó tu frente la mirada
Brillante del Señor; abrió la historia
A las altas naciones reservada,
Y el ángel escribió de la victoria:
TUS PUEBLOS CRECERÁN BAJO MIS ALAS,
TIERRA DESNUDA DE RIQUEZA Y GALAS.

SEGUNDA PARTE

Y el *fénix* navegaba
Bajo ese cielo azul del mediodia,
Sobre las ondas que el silencio turban
De la tranquila pampa. El Peregrino,
Con los brazos al pecho, contemplaba
Los mares y los cielos de su patria:

¡Su patria! ¡Buenos Aires!
La altiva emperatriz del ancho Plata;
La mejor perla que en su sien ostenta
La hermosa virgen que dará su mano,
En dulce enlace al porvenir humano!

¡El molde de los fuertes corazones!
¿Dónde están sus guerreros afamados,
Sus virtuosos varones,
Y sus dias dorados
Por la luz de la gloria iluminados?
¿Por qué surgieron del cegado abismo
Sus antiguos tiranos,
Y en la noche, otra vez del fanatismo
Engrillaron sus manos,
Y en rencorosa saña
Mancharon en su frente los laureles?

Llora, patria infeliz, tus siglos crueles....
Esa es la herencia de tu madre España.

En su arrogante vuelo,
Al águila alcanzó tu mortal flecha;
Murió en la nube, y te dejó en el suelo
El nidal con sus hijos.

Al trono de los reyes
Tumbó doquier el plomo del combate,
Pero del tiempo el poderoso embate
No tumbó todavía
El fuerte alcázar de tus viejas leyes.

Ese pueblo tan fiero
Si lo busca en la lid el extranjero,
Y que á su patria en llamas prefiriera,
Primero que rendir la azul bandera,
Más que en rudo quietismo
Sufre los amos que improvisa él mismo,
Y, en medio á los escombros
Que acumulan al pie sus propias manos,
Lleva sobre sus hombros
Con mansedumbre extraña,
Victoreando y contento á sus tiranos:
Eso, patria Argentina, eso es la España.

Ese viejo que miras con enojos
A la extranjera luz cerrar sus ojos,
Y que adusto rechaza

Cuanto los lindes de su ciencia pasa,
Avido de metal, de genio pobre,
Venas sin sangre, corazón de cobre,
Terco en ideas, en pasiones duro,
Poniendo al pueblo con sigilo y maña
De fanatismo y opresión un muro,
Eso es el fraile de la antigua España,
Que, el Escorial dejando,
Disfrazado pisó nuestras arenas,
Y apellidóse Aranas ó Anchorenas.

Los españoles reyes
Jamás alzaron su apocada frente,
Para ver tras las ondas del océano,
Aquel naciente mundo americano
En que incrustaban sus caducas leyes.
Esclavo eternamente,
En su ciega ambición le presumieron;
Y, en error sin segundo,
La voluntad de Dios no comprendieron
En el mismo aislamiento de ese mundo (2)

---

(2) ¡ Y qué ! ¿creéis que El hiciera
Ríos cual mares, y mineros de oro,
Y llanos de verdura deliciosa,
Y las brisas fragantes del desierto,
Y ese risueño azul de nuestro día,
Y esas mujeres del amor tesoro,
Para solo saciar la codiciosa
Sed de un imperio á las virtudes muerto,
Pero vivo al placer y altanería ?
No ; que cuando la mano
Se abrió del Dios bondadoso y soberano,
Y puso, entre las nubes de occidente,
A su América, pura é inocente.
Dijo : «Bendito suelo,
Tú, del mundo caduco y envidiado,
Serás la primavera y el consuelo,
Cual es el hijo al padre ya cansado.»

Juan María Gutiérrez

(Canto premiado en el certamen de Mayo).

Alado el pensamiento,
Para su propia gloria
Ninguno levantó, y en el futuro
Vió ese cambio de mapas y de historia,
Que trae el tiempo poderoso y lento
En su curso de siglos inseguro.

Y en vez de padres que educaran hijos
Para el saber y la virtud un día,
Fueron solo prolijos
En su larga y pesada tiranía:
Por tres siglos cortaron el oceano
Entre Europa y el mundo americano,
Dejando solamente,
Como seguro puente,
El manto real do España se escurría,
Y ufana nos traía
En nombre de la Cruz el fanatismo,
Y en nombre del poder el servilismo.

Y cuando el Andes sacudió su espalda,
Y arrojó, como polvo, de sus hombros,
Reyes, cadenas, ignominia y duelo,
Sin dejar una flámula española
Bajo el hermoso americano cielo,
Miró, empero, en su falda,
Ensangrentada y sola,
De un trono de tres siglos los escombros.

Los cantos de victoria;
La salva del cañón en las almenas;
La España derrotada; un pueblo joven

Que palpaba sus miembros sin cadenas;
Y esa voz **¡libertad!** dulce, atractiva,
Que embriaga el corazón con magia activa,
    En risueño alboroto
    Alucinar supieron
A los bisoños pueblos, que creyeron
Rota la tradición porque fué roto
    Al vigor de su mano
El yugo férreo del monarca hispano.

Mira tu error en tí, patria guerrera,
Madre que un mundo de su entraña diera:
¿Crees que los sables de Junín segaron
Las raíces que en siglos se internaron?
    No: la sangre que corre
Empapando las sierras y los llanos,
Sin que ni ardiente sol ni viento borre
    La mancha enrojecida;
Esa lucha de libres con tiranos,
En quince años de horror envejecida,
    Esa es la lucha extraña
Con que combate tu naciente vida
La vida férrea de la antigua España.
....

Venciste al español, pero tu vida
Es de revolución por todo un siglo:
Es la lucha fatal de dos creencias,
De dos tiempos, de dos inteligencias
    Que la América anida.

Todavía hay España entre nosotros,
Y la habrá mucho tiempo, aún cuando dora
El sol de independencia nuestra aurora,
Como mucho después que asoma el día
Guarda el campo la nieve de la noche
Y el sueño los sentidos todavía.

. . . .

Mas del caos de fraticida guerra,
Una generación se ha levantado
Limpia, cristiana, de esperanzas llena,
Como en sangrienta tierra,
Palenque de combate encarnizado,
Nace sin mancha cándida azucena.

Por los rayos de su época alumbrada
En tu noche sombría,
Ha comprendido su misión sagrada,
Y émula de la gloria y nombradía
De sus heroicos padres, con la mente
Conquistará laureles en la patria,
Como aquellos, al golpe de sus lanzas,
Con brazo firme y corazón valiente.

De esa generación el Peregrino
Verde vástago es; en noche umbrosa
Fué de sangre la pila de su frente,
Y desterrado de su patria hermosa,
Va de su época ingrata en el camino
Viendo secarse en la estación florida
Las esperanzas verdes de la vida.

¡Desde el mar, y muy lejos de sus rocas,
Ha conocido Carlos
Los cielos de su patria!
¡Calma, mi Dios ¡La brisa sobre el lino
Pliegue sus alas, y se clave el pino
Sobre el tranquilo mar! ¡Ellos son, ellos
Los cielos de su patria, puros, bellos,
Como esperanzas cándidas del alma
En el primer amor! Mi Dios, la calma
A los vientos y al mar, del Peregrino
Te pide el corazón . . . . Deja que mire
Por la postrera vez, quizá, los cielos
Que alumbraron su vida y su destino;
Que bajo de ellos con placer respire
El aire que de niño respiraba;
Que mire el sol que calentó su frente,
La luna y las estrellas y los velos
De nácar y zafir que contemplaba
Arrullado del Plata dulcemente!
Que pase por su sien la misma nube
Que por la sien de Buenos Aires pasa,
Y que el suspiro que en el aire sube,
Lo respire también su dulce patria!
¡Miradlo! tiembla en su pupila el llanto,
Y mirando á su patria exhala el canto:

CANTO DEL PEREGRINO

A BUENOS AIRES

I

Son estos los mares que besan su planta,
Son estos los cielos que doran su sien:
¡Allí Buenos Aires, el águila esclava
Que hendía altanera las nubes ayer!

¡Oh patria! tus días de gloria pasaron,
Pasaron las horas benditas de Dios;
Tus hijos proscritos el pan ablandamos
Con lágrimas tibias de ingrato dolor!

Así lo quisieron... ¡Silencio! del alma
Se legue al olvido la fuente del mal:
Si nada nos queda de bien ni de patria,
Feliz del que puede tu cielo mirar!

¡Tu sol! ¡tu horizonte! ¡tus nubes! ¡son ellas,
Tus nubes pintadas de plata y zafir!
¡Oh madre! ¡Si al hombre faltara la ciencia,
Sabría al mirarlas que estabas allí!

Al ver estos cielos, á mi alma dirían:
Nosotros te dimos la luz al nacer

Nosotros velamos tu patria argentina,
Y en olas de lumbre bañamos su sien.

¡Cuan bellos tus mares! ¡Cual alzan henchidos
De orgullo sus ondas, valiente su voz!
¡Oh! yana en vosotros al suelo argentino
Vibrando en las olas mi lúgubre ¡adios!

¡Oh mar! si en la tierra proscrito me aguarda
Sepulcro extranjero sin llanto ni cruz,
Subleva tus ondas, allí está mi patria,
Mis miembros helados arrójale tú.

Mas ¡eh! ¿no habrá un día justicia del cielo,
Que puedas ¡oh madre! tus hijos mirar?
¿También un sepulcro proscritos tendremos
Que pedir á extraños, cual hoy un hogar?

¿La nube del crimen que cubre tu frente
No habrá de romperla la mano de Dios?
¿Las manchas de sangre que el suelo enrojecen
No habrá de extinguirlas benéfico sol?

¡Oh patria! lo espero. Tú lloras el llanto
Que vierte del cielo la aurora al nacer,
Con él reverdecen las flores del campo,
Y al rey de los astros anuncia con él.

En tanto, doquiera verán á tus hijos
Sin caer abatida la sien al dolor,
Que el pecho orgulloso del nombre argentino
Ni sufre desmayo diciéndote ¡adios!

II

Venid, proscriptos, con la sien orlada
Del infortunio santo que la oprime,
Y hablemos de la madre abandonada
Que allá sin hijos en cadenas gime;
Y una lágrima al párpado asomada,
Que la desgracia al corazón exprime,
Mezclemos al contarnos de su historia
La oscurecida fugitiva gloria.

Si, ¡adios! dijimos á la patria bella;
Venid en derredor de mis canciones,
Y suspirando el corazón por ella,
Hablemos de su gloria y sus varones,
Del Plata hermoso que sus lindes sella
Con gigantes y ricos eslabones,
De nuestro bosque y su flor mimosa,
De nuestro cielo y de la pampa hermosa.

Yo soy el trovador que las inciertas
Huellas de mi destino voy siguiendo,
Y que al sentir las esperanzas yertas,
Pulso mi lira y las percibo hirviendo:
Canto, y veo las tumbas entreabiertas;
Los incas á sus hijos bendiciendo;
Y, levantando el porvenir la frente,
Iluminar de América el oriente.

Venid; el arpa que tomé en mis manos,
Cuando del Plata abandoné la arena,

Tiene una maldición á los tiranos,
Que en sus bordonas ásperas resuena;
Y una voz *¡libertad!* que á mis hermanos
De sacro fuego el corazón les llena,
Porque ellos, como yo, secan el llanto
Con el calor del patriotismo santo.

Cuando la frente os rinda la fortuna,
Yo rasgaré del porvenir los velos,
Y á vuestros hijos en su pobre cuna,
Les contaré de Mayo y sus abuelos.
Y cuando triste la extranjera luna
Con su pálida luz bañe los cielos,
Las sombras llamaré, con la arpa mía,
De los que habitan ya la tamba fría.

El brazo al cuello de la tierna esposa,
Reclinado el infante en la rodilla,
Nos encuentre la tarde silenciosa
De ageno mar en la desierta orilla;
Y ocultando á la amiga cariñosa
La lágrima que empaña la mejilla,
Enviemos á la patria un pensamiento
Sobre las alas de extranjero viento.

Y en acentos sensibles y prolijos,
Antes de dar nuestra cabeza al sueño,
Hablemos de la patria á nuestros hijos,
En derredor del encendido leño;
Ellos, en su alma los acentos fijos,
Cuando el pueblo infeliz no tenga dueño,
Irán ¡oh patria! á presentarte helados
Los huesos de tus viejos desterrados.

CANTO CUARTO *

Caro lector, que descansemos quiero
(Si lees á cansarte, lo que dudo)
De escribir y leer tan lastimero
Verso, de risa y de placer desnudo:
Del primero, el segundo y el tercero
Me ha fatigado tanto el son agudo,
Que quiero en este, el cuarto de los cantos,
Olvidar tanto afán en versos tantos.

Una palabra: si te llamo *caro*,
Sinónimo no es esto de *querido*,
Pues si he de hablarte con verdad y claro,
Que á pocos quiero yo ten entendido;
Ni por prurito de imitar el raro
Lenguaje de los clásicos, he sido
Tentado de llamarte cortesmente:
Caro, amigo, benigno, complaciente.

Nada de eso, por Dios: caro te digo
Porque me has de costar caro algun día;
Y tanto, que á ti mismo por testigo
Pone de su verdad la musa mía:
Tú solamente gastarás conmigo

---

* *Al señor Juan María Gutiérrez.*

Su afectísimo amigo:

José Mármol.

Montevideo, Julio de 1847.

El precio de un volumen, y á porfía,
Yo gastaré contigo cuerpo y alma,
Salud, paciencia, bienestar y calma.

¿Sabes tú lo que cuesta un libro impreso,
A su infeliz autor? Más te valiera
Ser marido tres veces; dar un beso
A niña de treinta años y soltera;
Amar bien á los hombres, y por eso
Darles en amistad tu alma sincera;
Ser revolucionario con esclavos,
Testarudo en hacer de siervos, bravos;

Más te valiera, en fin, nacer dos veces;
Buscar á un español á horas de siesta;
Enprender un negocio con ingleses;
Hacer con porfiados una apuesta;
Hablar y no gritar con portugueses;
Pues todo esto, lector, menos te cuesta
Si quieres escribir, que ver tu escrito
Salir en libros mil del manuscrito.

Primero el impresor, casta judía
Que quiere por papel plata contante,
En ajustar el precio vase un día,
Y un año vase y la obra va adelante.
Los cajistas después....¡Oh! la ironía,
El sarcasmo del libro más tocante:
Adonde hallan *aflige*, ponen *dije;*
Y el pobre autor corrije que corrije.

Y después ¡ ay ! ¡el crítico severo!
¡Y sobre todo, aquellos literatos
Que solo han hecho un prólogo ligero
De una obra por hacer; y los sensatos
Y moralistas luego; y luego el fiero
Gramático, empleando sus conatos
En probar que, pues hay ripio y pleonasmo,
El autor es un bestia que da pasmo.

Y luego, y luego, y luego: y hasta el diablo
En el babel de críticos se cuela,
¿Aquese tonto ves que ni un vocablo
A medio deletrear supo en la escuela?
Pues hasta él, lanzando su venablo,
En criticar el tipo se consuela.
Jura el autor callarse como un plomo,
Y escribe el juramento y va á otro tomo.

Pero si al corazón el libro toca,
Ya tiene protección. ¡Salud, mujeres!
Si, yo veo la risa en vuestra boca,
Al hablaros de amor y de placeres;
Si de mi lira el ¡ay! tierno provoca
Vuestro dulce sentir, divinos seres,
¿Que me importa la crítica importuna
Ni la estrella sin luz de mi fortuna?

¿Qué mayor galardón para el poeta,
Mientras la envidia de morderle cuida,
Que estar una mujer leyendo inquieta
Sus versos, ya por el jardín perdida,

Ya de su lecho en soledad secreta,
Entre las colgaduras escondida,
Casi desnuda, pálido el semblante,
Y el libro junto al seno palpitante.

¡Oh! si en ese momento de embeleso,
Yo hasta vosotras penetrar pudiera,
Como el soplo profético y travieso
Llegaba á las Sibilas de otra era,
Con que placer os pagaría un beso
Por cada perla que en los ojos viera;
Otro por cada verso; y todos juntos
Y otros mil, por las comas y los puntos!

No me violentaría, yo os lo juro;
La gratitud es en el alma mía
La virtud favorita, y si perjuro
Con alguna mujer he sido un día,
Fué por este mi amor eterno y puro
Que con todas y más se quedaría
Al verlas en el mundo despiadado,
Siempre infelices en cualquier estado.

¡Oh! y cuan clara y feliz fuera mi estrella
Si hallara en tal instante por lectora,
De esas tantas del siglo alguna bella
Que, presa del dolor que la devora,
Huye del mundo la espinosa huella,
Y triste, y sin futuro y pensadora,
Ve, doncella, en la ley del matrimonio,
Con Georges Sand, la firma del demonio!

O algunas de esas otras desgraciadas
Que el material esposo no comprende,
A que por ley del mundo estan ligadas:
--Bárbara ley, que al alma desatiende—
Y solas, y al tirano abandonadas,
Con lágrimas su pecho se defiende,
Pidiendo de rodillas al destino
La ventana y la daga de Antonino. (1)

O alguna de esas mil viudas juiciosas
Que lloran su viudez porque estan viudas,
Y al acostarse, huérfanas y hermosas,
Rezan por el difunto en voces mudas,
Y, al despertarse y contemplar las rosas
De su mejilla, entre esperanza y dudas,
Rezan por los que habitan este mundo,
Páramo eterno del dolor profundo.

Mundo inhumano, digno de anatema,
Fábrica del dolor y del destino.
Teneis razón, querubes sin diadema,
Que del Edén perdisteis el camino,
Y os he de hacer un mundo en un poema,
Cuando toque su fin mi PEREGRINO:
Un mundo tal que, cuando Dios le vea,
Envidia sienta en su inefable idea.

Será el globo de placas de esmeralda,
Para que andando, contempleis de paso

(1) Personajes de Alejandro Dumas. (N. del A.)

Si van bien los encajes en el halda,
Y el atacado del botín de raso:
Tendrá de luz espléndida guirnalda,
Pero en cuatro horas llegará á su ocaso,
Porque el amor se duerme con el día,
Y se despierta con la noche umbría.

Tendrá por bosques encantadas grutas
De jazmines y rosas y azucenas,
Y árboles muchos de pintadas frutas,
Con la virtud de la manzana llenas;
Y por estrechas y escondidas rutas,
Casi á la vista del mortal ajenas;
Se hallarán, pabezadas de coronas,
Glorietas do no quepan tres personas.

Habrá en ellas magníficas pinturas,
Representando en trajes y en costumbres
Las bíblicas hermosas criaturas,
Presidiendo Raquel la muchedumbre.
Y de fuentes clarísimas y puras,
Que atornasole la escondida lumbre,
Caerá en cálices de oro cincelado,
Fermentando al caer, champaña helado.

Pues tendrá nuestro mundo primoroso,
De vino el mar y de café los ríos,
Dos cosas que en concierto delicioso
Hacen con el amor sublimes tríos
Y de arroyos de giro caprichoso

Bajo doseles de arrayán sombríos,
El agua de Colonia en las orillas
Invadirá por bosques de pastillas.

Será movido el mundo por un viento
Tan tranquilo, que apenas se adivine,
Y que al tocar el claro pavimento,
Cuando el día las grutas ilumine,
Esparza en delicioso encantamiento
Sonidos de arpa, que al vibrar se afine
De Donizetti en la alta fantasía,
De Bellini en la dulce poesía.

Mas nuestro nuevo mundo necesita
Un nuevo ser de cosas y de leyes,
Y á mi mente también se precipita
Un bosquejo de códigos y reyes,
Cuya grandeza y novedad me incita
A sacar (como hacían los virreyes
De mi abuela la España), en un segundo,
Todo el tesoro de mi nuevo mundo.

LEYES FUNDAMENTALES DEL ESTADO:
Primero: Será un reino indivisible,
Democráticamente gobernado
Por mujer, sin parientes, y elegible.

Segundo: Abolición de lo pasado,
Declarando por siempre inadmisible
Cuanto hicieron los hombres, que no hicieron
Sino enredar el mundo que les dieron.

Tercero: No cuadrando á nuestros días
Sino la libertad y el sentimiento,
Y para obstar viudeces y porfías,
Se derroga la ley del casamiento.

Cuarto: El empleo de las viejas tías
Se destierra con ellas á un convento,
Y cesará la maternal tutela
Desde que salgan las hijas de la escuela.

Quinto: No siendo militar la gloria
De aqueste reino, de hoy en adelante,
Exigirá la reina una memoria
A ciertos generales, y al instante
Disolverá, sin derrota ni victoria,
Cuanto ejército de hombres se levante.

Sexto: CONSTITUCIÓN: ley soberana:
Cada uno hacer lo que le dé la gana.

¿Que tal el mundo? Apenas un diseño
Os he dado esta vez, pero otro día,
Dueño del tiempo y de mi mismo dueño,
Concluido os lo dará mi fantasía
En un poema, mi palabra empeño,
Mas primero os exijo garantía
De hacerme consejero sin segundo
Del monarca mujer, sino, no hay mundo.

Entretanto, mujeres que venero,
Deidades del más santo paganismo,
Semidiosas ó diosas por entero,

Del más sublime y rico orientalismo,
Yo que tanto os procuro y tanto quiero
Vuestro mágico dulce magnetismo,
Yo pongo de mi musa los despojos
Bajo la tierna luz de vuestros ojos.

Cual las huérfanas flores del desierto
Veladas por la luz de las estrellas,
Les ofrecen del cáliz entreabierto
Todo el aroma que se esconde en ellas:
Cual del sol en ocaso un rayo incierto,
Débil se ampara de las nubes bellas,
Y forma luego espléndidos paisajes,
Difundido en sus diafanos celajes...

Parémonos, por Dios, mi lector caro,
Y cojamos el hilo de la historia,
Que tal como soy yo, no fuera raro
Se perdiese el asunto en mi memoria.
A los veinticinco años no hay amparo
Contra una imagen bella, aunque ilusoria:
La sangre hierve entre las venas loca,
Como el champaña que en el cáliz toca.

Mas ¡ay! diez años más y ya la vida
Es una pobre cosa, bien pensado;
Es una luz crepuscular tendida
Sobre horizontes á medias alumbrado,
Do la luz por la sombra perseguida
Va perdiendo su brillo entre el nublado;
Es un linde entre el Eden y el Infierno,
Con un arpa de un lado y de otro un cuerno.

Y volviendo al principio de este canto,
Quise decirte allí, y hora lo digo,
Que despues de apurar lo serio tanto,
Es ameno reir, y si consigo
(Si tu sabes llorar) secar tu llanto
Con decir vaciedades, yo me obligo
A escribir cien octavas, cuando menos,
En versos de aire, pero versos buenos.

La rima es para mi tan fácil cosa,
Que no me cuesta tanto, te lo juro,
Como á otros dictar en mala prosa
Peores ideas en lenguaje impuro:
Es en el mundo la querida hermosa
En cuyas gracias el deleite apuro,
Que pródiga en su amor, si la provoco,
Me da tesoros y los juzga poco.

Con dos botellas de cerveza blanca,
Y algo de mal humor, la musa mía,
En buen palenque, con nobleza franca,
A cuanta musa existe desafía.
¿Este cartel la vanidad arranca?
¡Y bien! dinero, hazañas, jerarquía,
¿No son de ostentación medios diversos?
Yo no se que ostentar, y ostento versos.

Y escucha: esta inconstancia en mi poema,
Al grotesco saltando de lo serio,
No es tanto inspiración como sistema,
De lo que, ya lo ves, no hago misterio.

El mundo es una orquesta, el cambio un tema:
Una orgía vecina á un cementerio:
Una luz y una sombra: anda; detente;
Asi es el mundo y quien lo niega miente.

El que quiere en el mundo hacer mañana
Lo que hizo ayer y hoy, está perdido:
En la inconstancia, la constancia humana
Encuentra su verídico sentido.
Cambiar es ser constante: esta es la sana
Verdad que la experiencia ha recogido;
Las cosas son las inconstantes, ellas:
Mas no nosotros al seguir sus huellas.

Se adopta una política calmante;
Una belleza nuestro amor provoca;
Pues se con la política, constante,
Y más constante con la linda boca.
La política se hace intolerante,
Y la bella después te sale loca:
¡Que diablos! arrojarlas al olvido,
Es ser constante con el buen sentido.

Hablar de amor constante y perdurable
Es virtud de los tontos y las feas,
Y de hombres que obediencia impermeable,
Constantes al poder, ostentar veas,
Huye, caro lector, huye incansable
Si alejarte de hipócritas deseas;
Y algo más, porque tales en el seno
Llevan sangre de hiel, alma de cieno.

Esos altos y humildes servidores
Que viven en redor de los tiranos,
Mitad leales y mitad traidores,
Parte de tigres, parte de gusanos,
Te cuentan en secreto los dolores
Que les causan los grillos en sus manos.
Rompedlos—les decis—¿ Cómo? ¡ Que ofensa!
¿ Y la fe ?—¿ Y la constancia ? ¿ Y la vergüenza ?

Yo esclavo solamente del buen gusto,
El cual por excelencia es inconstante,
He querido cambiar el tono adusto
Por un tono más dulce y mas picante.
De las reglas del arte no me asusto,
Porque el arte soy yo. Tengo bastante;
Mi regla, es la que arregla por fortuna
Mi vida y mis poemas sin ninguna.

Así la vida, el mundo, así los días,
Cambios de horas, de giro, de pasiones;
Así las infinitas armonías;
Así el aire, la luz, las estaciones,
Todo, en fin, en eternas graderías
De diversos y unidos eslabones,
Es un constante giro de inconstante
Manera de vivir en un instante.

¡Gloria y veneración á las mujeres!
Pues nadie sabe aquesto cual las bellas.
¡ Artistas inventoras de placeres,
Genios de la inconstancia todas ellas!

¡Bendición á vosotros, tiernos seres,
Volubles cual la luz de las estrellas,
Que de vuestra inconstancia indefinida
Saqué el DIVINO INFIERNO de la vida. (1)

Pero bien (me dirás), puedes si quieres
Cambiar de estilo y tono de repente,
Pero de asunto no, si no prefieres
Hacernos un babel impertinente.
Tienes razón, lector, y más tuvieras
Si dijeras también que hasta el presente
Maldito lo que he dicho en este canto
Con ser, caro lector, que he dicho tanto.

Pero también es cosa meritoria
Hablar sin decir nada muchas veces:
Es talento tan raro, que en su historia
Hablan de él con asombro los ingleses.
Fué del genio de Cromwell de alta gloria,
Cuando callar quería sus dobleces,
Hablar como un francés en las tribunas,
Y dejar á los lores en ayunas.

Pero ¡ay! ¡de Buenos Aires los archivos
No legarán mi crónica al futuro!
Y á mi genio entre muertos y entre vivos
Nadie lo ha de aplaudir, á buen seguro,
Bien que de ora, á los sabio smas activos,
Yo, con don Pedro de Angelis, les juro,

(1) EL DIVINO INFIERNO; nombre de un poema escrito por el autor del PEREGRINO, que aun no se ha publicado. (N. del A.)

Que á los archivos hallarán de modo
Que con ver los estantes vean todo.

Es justo, pues, hablar del PEREGRINO,
Anudar canto á canto con sistema,
Y no volver por Dios al desatino
De jugar con los versos y el poema;
Que muchos, por jugar en el camino
(Tomaremos los ángeles por tema)
Pierden el rumbo, y ofuscados luego
Pierden cuanto hay por el maldito juego.

Ocupemos el cuarto de los cantos
En hablar del bajel y su equipaje,
Que es, por cierto, el bajel, uno de tantos
De los que tienen parte en este viaje.
Hasta hoy, vive Dios, de los más santos
Que se han hecho en tan frígido paraje,
Pues ya estamos, lector, sobre la pampa,
Do vino Rosas á buscar su estampa.

Hablemos de ese pobre PEREGRINO
Que en los albores de su edad florida,
No tiene bien, ni patria, ni destino,
Ni el seno virginal de su querida;
Que ha visto oscurecerse su camino;
Y que algún sol benéfico á su vida
Se cansó de esperar días y meses,
Como á don Sebastian los portugueses.

Ese hombre joven, aburrido, triste,
Que ni espera, ni goza, ni delira,

Que no tiene mas bien de cuanto existe
Que las bordonas de su agreste lira,
A cuyos tonos ni su patria asiste,
Ni el corazón de la beldad suspira,
Y se pierden en huérfano concierto,
Cual los trinos de una ave en el desierto;

Qué vió romperse al deleitar su boca,
El cáliz del placer entre su mano,
Y luego, cual las ondas en la roca,
Recias batir su corazón lozano,
Penas, pasiones, esperanza loca,
Y ese tropel de vientos tan tirano
Que habita y se confunde y se dilata
Bajo la ronca tempestad del Plata;

Donde la flor mas bella se aniquila
Antes de dar el cáliz su perfume;
Donde la luz mas fúlgida vacila,
Y con su propia llama se consume;
Donde al llegar las madres á la pila,
Que en agua santa la esperanza asume,
Al presentar un niño y darle nombre,
Lágrimas vierten porque el niño es hombre;

Donde el alma está vieja á los treinta años,
Blanco el cabello y pálida la frente;
Donde brota la tierra desengaños,
Y sangre el suelo y pólvora el ambiente;
Donde el padre y el hijo son extraños;
Y la virtud y el vuelo de la mente,

Y el amor á la patria, son delitos
Que hacen tumbas, cadenas, ó proscriptos!

¿Volvemos á lo serio?—me olvidaba,
Perdón, lector—yo debo en este canto
Hacer cual Larra, que á la España daba
Bajo alegre careta el triste llanto.
Porque, al fin, esa España que él amaba,
Y el Buenos Aires á quien amo tanto,
Bien pueden escuchar del mismo modo,
Pues tienen sello de familia en todo.

Ya pues, hablemos del bajel que habita
El héroe Peregrino de mi historia:
Ser de forma y color: ser que palpita,
No bella creación de la memoria,
Cual si dijera: la amistad bendita,
La constancia en amores, ó la gloria.
Ser de carne, de huesos y de venas,
Materiales como alma de Anchorenas.

Ser que ha estudiado el universo externo,
Y el otro que hay del alma en lo profundo,
Y luego creyó en Dios y en el infierno
Viendo los cielos y mirando el mundo;
Que conoció una vez el amor tierno,
Y ha conocido diez el furibundo,
Lo que quiere decir que, en once amores,
Ha tenido uno malo y diez peores.

Ser que gustó del vino y de las bellas,
Del café, de la música y las flores;

Filosóficas cosas todas ellas
Que hacen tanto más bien cuanto mejores:
Y si hoy le cansan música y botellas,
Y el café le hace mal, mal los amores,
Suya será la culpa, que tan pronto
Se cansó de ser sabio y se hizo tonto.

Pues no es *valle de lágrimas* el mundo,
Como dice la Salve—nada de eso—
Es teatro magnífico y fecundo
De placeres, de risas y embeleso,
Donde un año se va como un segundo,
Y donde no hay hastío, ni hay exceso:
Lo malo es que no se entra sin *entrada*,
Y á nadie se la dan sino comprada.

No hay oro y no hay teatro—esto es lo cierto—
Sin entrada se quedan en la calle;
Y después ¡ay! del páramo desierto!
¡El ciego mundo! ¡el lacrimoso valle!
Qué valle, ni qué ciego, ni qué tuerto;
Echese á si la culpa quien mal se halle,
Que á mi me haría el mundo Papa y Santo
Si yo tuviese lo que vale tanto.

¡Pobre de Rosas si en mi mano fueran
Cien talegas de plata mejicana,
Que en concierto de diez, diez veces dieran
Serenatas al pie de su ventana!
Y pobres cuantos muros existieran
De poder, de virtud, de gloria vana,

Si, para divertirme unos instantes,
Pudiese apedrearlos con diamantes!

Bien, pues: el Carlos del romance mío,
Es cual lo he retratado en este canto,
Donde yo—narrador prosáico y frío—
Por esto ó por aquello he entrado tanto.
Uso ministerial fué este desvío:
Recordé al pecador y olvidé al santo,
Tal es mi Carlos que, al placer ageno,
Va sobre el *fénix* para el mar chileno.

El *fénix* es un barco nuevo y viejo,
Nuevas las velas, pero viejo el casco,
—De lo que ni censuro ni me quejo
Porque no solo el *fénix* da este chasco—
Pero su andar en popa le festejo,
Y justo en compararlo me complazco,
Con un vieja que remilga el talle
Cuando cree que la siguen por la calle.

Pero fuerte, eso si. Bien que hasta ahora
Virgen va de peligros y huracanes,
Cual aquella legión restauradora
Que por laureles dió á sus capitanes,
Fósiles raros de color de mora,
Y de algun pampa los sagrados manes,
No con acero ni con plomo muerto,
Sino muerto de viejo en el desierto.

Su bandera es chilena—esto me encanta,
Pues sé que Chile y Carlos son gemelos:

Vistosas flores de vistosa planta,
Cuyas raíces están por muchos suelos.
Carlos nació cuando entre gloria tanta
Nació la libertad bajo los cielos
Bellísimos de Chile, bajo el rayo
Que daba el sol del pabellón de Mayo.

Noruego el capitan—Jhompson se llama;
Tendrá como treinta años: alto, grueso;
Rubio cabello, piel como una llama,
Y redonda la cara como un peso;
Derecha la nariz, de roja trama,
E hidrópico de rhom, corto el pescuezo;
Ojos chicos y azules, pero vivos
Y en desconfianza y en mirada activos.

Las cuatro quintas partes de su vida
Ha pasado en el mar bien divertido;
Y quedose á la fin de la partida
En animal anfibio convertido,
Esta es chanza del mar muy conocida:
Igual prodigio fuera repetido
En el señor Mackau, que llegó un día
Animalmente hasta la patria mía.

Jhompson, pues, como el mar, ruge, atropella,
Corre, brama, destroza, moja y arde;
Inventa con el diablo una querella,
Y hase de su valor soberbio alarde.
Asi es el mar—un potro que domella,
Y lo monta el muchacho mas cobarde:

Gigante que hace ruido con los brazos,
Y solo agarra tantos ó yerbazos.

En cuanto á su cïencia, no es por cierto
Nuevo Draker ni nuevo Magallanes,
Ni un continente encontrará desierto,
Si acaso no le dan los huracanes
Contra una rocas al buscar un puerto,
En fin, es de esos muchos capitanes
Que, como muchos generales, anda
A la merced de lo que Dios le manda.

Pero Jhompson, al cabo es un buen hombre;
Es sin lluvia ni rayo un fuerte trueno.
Quiere con gritos obtener renombre:
¿Y de Jhompsons no vive el mundo lleno?
En los hombres de tierra es solo un nombre
La franqueza leal, pero en el seno
De los hombres de mar, es verdad lisa,
Sin doblez cual su enojo y cual su risa.

Siempre honrado y sincero es un marino,
Y en los peligros siempre generoso:
Con la misma verdad que ofrece vino
Ofrece una puñada sin reboso;
Y fiado á los brazos del destino
De tres cosas no más es ambicioso:
De ver el puerto, de gastar su plata,
Y de volver borracho á la fragata.

Embozado en su capa, envuelto el cuello
En cachemira que á su bien amada

Velaba en otro tiempo el seno bello,
A media noche, con la brisa helada
Que conmueve en sus sienes el cabello,
Oyó Carlos de Jhompson la cansada
Historia de sus viajes y amoríos,
Debidas sus proezas á sus bríos.

Y después de reir de la inexperta
Alma cándida y niña del marino,
De popa á proa la húmeda cubierta
Pasea silencioso el Peregrino
Ante esa inmensa soledad desierta,
Con los golpes de mar crugiendo el pino; (1)
Hasta que asoma entre la niebla umbría
La débil claridad de un nuevo día.

Y con éste, el concierto de preguntas
De treinta pasajeros al piloto,
Una á una insufrible, y todas juntas.
¿Cuántas millas anoche? ¿Algo se ha roto?
¿Vese tierra? Allí están, ¿no son las puntas
De Malvinas aquellas? y no hay coto
A tanto preguntar, si no se empieza
Por decir que el almuerzo está en la mesa.

---

(1) Les nuits passées au milieu des vagues sur un vaisseau battu de la tempéte, no sont poin stériles pour l'ame, car les nobles pensées naissent des grands spectacles. Les étoiles qui se montrent fugitives entre les nuages brisés, les flots étincelants autor de vous, les coups de la lame qui font sortir un bruit sourd des flancs du navire, le gémissement du vent dans les máts, tout vous annonce que vous étes hors de la puissance de l'homme, et que vous ne dépendez plus que de la volonté de Dieu. L'incertitude de votre avenir donne aux objets leur véritable prix : et la terre, contemplée du milieu d'une mer oraguese, ressemble á la vie considéré par un home qui va á mourir. (N. del A.)

Chateaubriand.

¡Qué micelanea de hombres y mujeres!
¡Qué Babel por fracción y por entero!
Lector, si allí tu vas, allí te mueres;
Mira, allí va un ministro brasilero,
Con sesenta ó mas años si tu quieres,
Apuntando prolijo el derrotero,
Para enviarle después al Instituto,
De su humilde saber humilde fruto.

Allí un doctor en leyes, peruviano,
¡Gran profesión en el Perú, por cierto!
Lo mismo es cazador en el oceano
O pescador de red en el desierto,
Va con un hijo comilón, malsano,
Sucio, tonto, durmiéndose despierto,
Y á quien doctor en cánones desea
Hacerlo el padre cuande grande sea;

Allí, con su mujer, su queso y vino,
Va un genovés, navegador tan ledo,
Tan guapo, según él, y tan marino,
Que á Gama y Nelson compararle puedo.
Mi buen Giaccomo, al dulce florentino,
Y al fuerte de Jerez grato les quedo,
Ya no hay más, es verdad, pero te juro
Que era el Jerez de lo mejor y puro.

Allí van ¡esto sí! van comediantes,
¡Esta si es buena gente en buen oficio!
A donde ellos están hay abundantes
Momentos de placer, que, excepto el juicio,

Todo sobra á estos reyes ambulantes,
Siempre francos, alegres y en desquicio;
Cómicos son los lances de esta vida
Cuando se tiene el alma desabrida.

Bougainville, La Pérouse, Cook: muy bueno;
Yo veré vuestros mapas otro día—
Mi bravo Franklin, esperad, sereno
Mañana admiraré vuestra osadía
De jugar con el rayo y con el trueno—
Herschel, después; la noche está sombría—
Mi querido Bonpland, tengo embarazo
De acompañarnos hoy al Chimborazo:

Atrás toda la ciencia. Atrás la historia
Con su filosofía impertinente,
Para probarnos que la humana gloria
Pasa como los sueños de la mente.
Atrás la inspiración y la memoria,
Atrás el hombre con su voz doliente;
Que todo esto, ó es farsa ó es veneno
Que está enojada el ánima en el seno.

En esas horas en que sufre el alma,
Y hay veneno sutil en cada fibra
Y hay en el corazón salvaje calma,
No es con la ciencia, no, que se nos libra
De estado tan cruël, él se nos calma
Con un vaso de ponche, que equilibra
El placer y el dolor, y más nos sana,
Si es en reunión de vagos charlatana.

¡Mala moral! ¡Ideas perniciosas!
¡Qué diablos! no soy yo quien las concibe:
Es la naturaleza de las cosas,
Y leyes fijas porque el hombre vive.
Si ellas son sin moral y contagiosas,
No es la culpa de aquel que las escribe;
El mira el mundo, y lo que el mundo enseña,
O lo apunta ó lo copia ó lo diseña.

Carlos en medio, pues, de tanta gente
No deja de pasar alegres ratos;
Y los instantes son, precisamente,
En que los pensamientos mas ingratos
Se agolpan como llamas en su mente;
Entonces busca los amables tratos
De los francos y alegres comediantes,
Zozobrando el bajel y ellos cantantes.

Allí vé á un rey de Atenas en camisa:
A Escipión masticando unas galletas:
Comiendo *charque* á la princesa Elisa,
Y á la amante de Eneas en chancletas;
Y todo esto por fin, le causa risa,
Porque también son hombres los poetas,
Y en vez de echarse al mar y darse muerte,
La da cansando un puntapié á la suerte.

Cuán rara y caprichosa es la fortuna!
Entre esa multitud á quien aleja
De si la sociedad, porque importuna
Su vanidad, cuando su tez refleja

Como un cristal de transparente luna
Que ante su propia espectación la deja,
Carlos, en otros días del pasado
Encontró el corazón más delicado.

Así entre nubes se divisa un rayo
Desprenderse de pálido lucero
Entre las noches lúgubres de Mayo,
Cuando bate sus alas el pampero;
Así entre el arrayán del Uruguayo
Suele ver admirado el pasajero,
La blanca flor del aire derramando
En hálitos de amor su aroma blando.

Celina, el corazón del Peregrino
Te consagra un recuerdo de los mares,
Donde, en pos de su bárbaro destino,
Ya no lleva más bien que sus pesares;
Recuerdo de aquel tiempo cristalino
Perfumado de aromas y azahares,
En que su hermosa juventud se abría
Para morir al despuntar el día.

Pero ¡cuanto episodio majadero!
¡Cuantas cosas he dicho y cuanto callo,
Por no poder decirlas como quiero!
Y en este oscuro laberinto me hallo
Por darte gusto á tí, crítico fiero,
De quien ya escucho el tremebundo fallo,
Que condena á galeras mi poema
Por faltarle *unidades* y sistema.

Algún amigo mío—¡como es pura
Y noble la amistad en sus deseos,
Y fuerte, vive Dios, cual la armadura
Que disfrazó á Ricardo en dos torneos!—
¿Qué es sin amigo humana criatura?
Ostras sin Rhin, sandwich sin burdeos:
Usa de vez en cuando una careta,
Pero esta es chanza que á ninguno inquieta.

¡Viva mil siglos la amistad! Sin ella,
El mundo fuera un ambigú sin pabo.
Mas, ¡ay, amigos mios! por la estrella
Que guió los tres reyes, por el bravo
Arcángel San Miguel, y por la bella
Virgen que nunca he visto y siempre alabo,
Os pido que llegueis á conocerme,
Y que nunca mintais por complacerme.

Yo soy un hombre que tranquilo rompo
Desde que niño fuí, cuanto he querido:
Primero mis cometas y mi trompo;
Mi cartilla después y mi vestido,
Y mi lengua después, y escribo *pompo*,
Y el consonante á *trompo* se me ha ido:
Después mi corazón en mil pedazos,
Y del mundo después todos los lazos.

Amo á mi patria; la justicia adoro;
Amo la libertad hasta el delirio;
Tengo en el porvenir, mis sueños de oro;
Sufriera por mi Dios hasta el martirio.

Amo hasta el polvo, pero nunca imploro,
Del jardín del amor ni un solo lirio,
Que yo también, al fin, una por una,
No quiero de sus flores á ninguna.

¿Me traicionan? muy bien: venga la mano.
El tiempo de Luis IX me incomoda,
Y ni papista soy ni luterano.
Soy un hombre, no más . . . así . . . á la moda:
Propio para soldado; franco y llano,
Y que á todo en el mundo se acomoda.
¿Mandais quemar mi pobre Peregrino?
Allons diner; las paces con el vino.

Y luego, antes de un mes, otro poema.
Otra vez criticais y otra vez brindo;
Y cada cual porfiando con su tema,
O al fin vosotros me arrojais del Pindo
O yo os regalo en él, de mi diadema,
Una hoja de laurel, y al fin os rindo.
¿Quién ganará? Veremos; por ahora
Veamos qué hace Carlos á esta hora.

Hora de media noche; hora tranquila
Y lúgubre en el mar y en las aldeas,
Donde en pos de cenar, dormir se estila
Sin pensar en ventanas ni azoteas.
Hora boba en el mar porque no asila
Ni una sombra de amor si amor deseas
Ni una de esas (hechura de los reyes)
Orgías de mucho vino y pocas leyes.

Esta es la hora de la vida en tierra:
Hora de intervención y de invasiones
Contra el principio de la buena guerra
Y el derecho de paz de las naciones.
¡Oh, si saliera el sol cuando la tierra
Pide á su media noche los crespones!
Hora sublime, en nombre de los sabios,
Gracias y bendición te dan mis labios.

Tu sola has hecho más por los humanos
Que cuantas leyes hay y cuantas glosas
De los libros sagrados y profanos,
Desde que hay humanidad, leyes y cosas.
Pero todo esto en tierra — en los oceanos,
Por desgracia de tí, no hay mas hermosas
Que las salvajes ondas, cuyo ceño,
Si lo vé el corazón le inspira sueño.

No es la hora, en el mar, del sentimiento,
Como es aquella en que se apaga el día,
Pero es hora sublime al pensamiento
Y á los vuelos de la alta poesía.
La vasta soledad, la sombra, el viento,
Chocando en el bajel la onda bravía,
Dan á la mente indefinible esencia
De religiosidad y de conciencia.

Un rayo incierto de lejana estrella,
Que se quiebra en las ondas blandamente,
Es un alambre eléctrico que aquella
Pone entre Dios y el hombre de repente.

¡Grandeza del Eterno: santa y bella
Sombra del cuadro que inventó su mente!
El Peregrino tu grandeza admira,
Y entre sombras y mar pulsa su lira

CANTO DEL PEREGRINO

LA NOCHE OSCURA

I

Noche, misterio, soledad del alma
¿Quién habita tus ámbitos profundos,
Que en hálitos de amor vierte la calma
Por los perdidos solitarios mundos?

¿Qué ángel en proscripción sus alas tiende
Cuando oculta su frente el rey del día,
Y silencioso los espacios hiende
En nube melancólica y sombría?

¿Qué magnífica campana el sueño advierte
Del Supremo Hacedor, que á sus acentos
Se apagan, como el soplo de la muerte,
Las luces y las ondas y los vientos?

¡Noche, magnificencia indefinida!
¿Qué humano corazón no ha suspirado

Sintiendo el peso de la ingrata vida
En tu templo sin límites, sagrado?

¿Quién no ha pensado en Dios cuando derramas
Tu balsámica faz sobre los cielos,
Y á la conciencia á confesarse llamas
Bajo el crespón de tus oscuros velos?

¿Quién te mintió jamás; qué labio humano
No te contó del corazón la historia,
Y algún pesar recóndito y tirano
Que vive torcedor de la memoria?

¿Quién no ha sentido algún remordimiento
Bajo tu imperio, dí, noche sombría?
¿Quién no te hizo un noble juramento?
¿Quién no le ha roto con la luz del día?

¡Noche, consolación! la vital trama,
La bañas de un amor puro, sin nombre.
¿Por qué en su torpe confusión te llama
Madre del crimen la impiedad del hombre?

Tú no lo inspiras, no; si acaso alguna
Fuerza extraña de su alma se lo inspira,
No serán tus estrellas, ni tu luna,
Ni la sombra sin fin que absorto mira.

Te busca el criminal porque, alma insana,
Es cobarde si el brazo es temerario:
Pero también un templo se profana,
Y no es padre del crimen el santuario.

Si de sangre infeliz ves una mancha,
Y torpes manos que el puñal oprimen,
¡Ay, que también á una beldad se mancha,
Y lo bello jamás inspira un crimen!...

Tú no lo inspiras, no; tu sacra sombra
Tan solo el canto y el amor inspira,
Que siempre inquieto el corazón te nombra,
Y el son escuchas de la blanda lira.

¿Qué poeta sus cantos inmortales,
Su ardiente inspiración, su tierno acento,
No ha debido á tus sombras sepulcrales,
Madre del corazón, y el pensamiento?

¿Qué amante corazón no ha palpitado
Entre los brazos de su bien querido,
Por tu silencio bienhechor velado,
Por tu sombra benéfica escondido?

Por sorprender á la insondable nada,
Dijo Dios: «Haya luz» y la luz fuera;
Y midió de una vez con su mirada
El lugar de los mundos en la esfera.

Y por mirar al alma en su misterio,
«Haya tiniebla», dijo, y de repente,
Alzó la noche su eternal imperio
Y vió al alma del hombre transparente.

Paz de los mundos; soledad del alma:
Yo venero tu oscuro sacro manto,

Porque siento con él nacer mi calma
Y la sublime inspiración del canto.

En tus velos la historia de mi vida,
Con sus penas, su llanto y sus amores,
Desde mi juventud vive escondida,
Coronada de espinas y de flores.

No hay un solo recuerdo en mi memoria
Que no se enlace con tu nombre luego,
Y á tí también te deberé la gloria
Si alguna vez á conquistarla llego...

Espíritus sin cuerpo, misteriosos,
Que respirais las auras de la noche,
Y bajais á las flores silenciosos
A desplegar las hojas de su broche;

Sílfides que tocais á mis cristales,
Vagorosas en mil nubes de niebla,
Y me cantais en himnos celestiales
Los palacios y el Dios de la tiniebla;

Fantasmas sin color ni forma humana
Que sorprendeis mis ojos de repente,
Y en diáfana y fugaz sombra liviana
Al pasar junto á mí tocais mi frente;

Almas en confusión que por las salas
Correis del eter, á la vista mía,
Y el aire que agitais con vuestras alas
El calor tibio de mi rostro enfría;

¡Salud todos, salud! sois mis hermanos,
Mis hijos y mi ser... sabeis mi vida
Con su ambición, su amor y sus arcanos,
En sus dorados sueños sorprendida.

¡Ay cuántas veces de improviso os llama
Solitaria mi voz, y en torno mío,
Relámpago veloz el aire inflama,
Y muere y queda lóbrego el vacío!

¡Y una voz y mil voces se difunden
En tristes ayes y cantares bellos,
Y seres impalpables se confunden
Revolviendo en mi frente los cabellos!

Y á su tacto se agolpan á mi mente
Escuadrones de altivos pensamientos,
Y arde como volcán mi joven frente,
Y ondulan como el mar mis sentimientos.

Y cayendo en raudal celeste riego
Sobre mi herida fantasía inquieta,
Escribo con febril desasosiego,
Y soy bueno y sé amar y soy poeta.

Bendición, sobre tí, del alma mía,
Madre sensible y del amor y el canto:
¡Ay! quien pudiera detener el día
Bajo las orlas de tu negro manto!

II

Adonde del impío que con blasfemo pecho
De su Hacedor reniega por renegar de sí,
Id, genios de la noche, y del impuro lecho,
Atónito arrastradlo para que tiemble aquí.

Aquí, donde perdido desaparece el mundo
Llevando hasta la nada la humanidad en pos,
Y en medio de las sombras y el piélago profundo
Se encuentran con el alma, la eternidad y Dios.

Aquí, donde el orgullo se postra de rodillas,
En medio á las grandezas del infinito Ser,
Que ostenta sus más altas sublimes maravillas
En la extensión que abraza su celestial poder.

Aquí, donde es un hombre lo que átomo invisible
Movido en estas ondas, dentro esta inmensidad;
Sintiendo estos abismos en su inquietud terrible,
Y el silbo de los vientos bajo esta oscuridad.

Y aquí donde es un hombre, porque su Dios lo manda,
Como su Dios potente, como su Dios, un Dios,
Y en medio de los mares y de las sombras anda
Burlando de los vientos el ímpetu veloz:

¡La sombra solamente! ¡la que anunció el diluvio;
¡La que vendrá á los mundos con el clarín final!
No vaga en el espacio ni fugitivo efluvio
Que anuncie la existencia del lampo universal.

¡Las sombras y las olas! fantasmas y vestiglos
Los ojos y la mente por el espacio ven.
¿Son estos los abismos do los errantes siglos
Del tiempo desprendidos al caducar caen?

¿Acaso los ruïdos gigantes que me aterran,
En el caos de siglos los alaridos son
De las generaciones que entre la nada encierran
Con su virtud, su crimen, su tiempo y su misión?

¿Y las que ayer cayeron se agolpan y preguntan
Si de la herencia suya se conservó la fe,
Y las que se despeñan su vanidad insultan
Sardónicas gritando: ¿vuestro legado fué?

¿Acaso es de su reino la lóbrega caverna
Que habitan los etéreos espíritus del mal,
Después que han apagado la mágica linterna
Que alumbra de su paso la huella funeral?

¿De aquí salen, acaso, para el desierto campo,
A convertirse en lenguas de fugitiva luz,
Y en medio á los sepulcros, al oscilar el lampo,
En lívidas visiones en torno de la cruz?

¿Acaso ese ronquido que por las ondas vibra
Se escapa broncamente del pecho de Satán,
Que al sueño, entre las sombras, impávido se libra
Mientras las ondas rudas sobre su frente dan?

¿Acaso de estas ondas bajo la mole inmensa
De ese ángel maldecido se esconde la mansión,

Y con su lecho de olas el renegado piensa
Burlar hasta en los rayos su eterna maldición?

¿Incierta peregrina por tan oscuras salas
De los antiguos bardos el ánima tal vez,
Y agita por el eter sus vaporosas alas
En medio de la densa, tranquila lobreguez?

¿Acaso todavía la humanidad contemplan,
Y cuando de las nubes á saludarla van,
Se miran, y en su mano las liras se destemplan?
¿Homero, entre las sombras suspiras con Ossian?

Pasad del pensamiento, pasad, pasad, delirios,
Que al desplegar mis alas entre ilusiones ví...
Pasad, abismos, genios, fantasmas y martirios...
No hay más que la grandeza del Hacedor aquí.

Señor, yo te comprendo: tu espíritu divino
Por la creación derramas en hálitos de amor:
La luz, la noche, el viento, la mar, la rosa, el pino,
Y el hombre y el insecto, todo eres tú, Señor.

Señor, yo te comprendo: te siento entre mí mismo;
Te miro en una gota del llanto matinal;
Te encuentro de estos mares en el oscuro abismo;
Te gozo en las delicias del beso maternal.

Te siento en mi conciencia; te toco entre las flores,
Te escucho cuando ruge la ronca tempestad;
Te veo cuando asoman los plácidos albores;
Y ante tu faz me postro bajo esta oscuridad.

Que vengan donde pulso las cuerdas de mi lira,
Para saber que es eso que apellidamos Dios;
Para adorar su risa, para temblar su ira,
Para postrar el alma y enmudecer la voz.

Noche—misterio—soledad del alma,
Yo venero tu oscuro sacro manto,
Porque siento con él nacer mi calma,
Y la sublime inspiración del canto.

Por los mares atlánticos mecido,
Y el arrullo del viento y de las ondas,
Pulso mi triste lira conmovido
Bajo tus negras cavidades hondas.

Mañana en otras tierras peregrino,
La yerta tumba extinguirá mi canto;
Pero, atraído de tu imán divino,
Mi sombra se alzará bajo tu manto.

CANTO QUINTO

La tarde era tranquila. Silenciosas
Las olas con placer se deslizaban
Por los flancos del *fenix,* que impelían
Del grato abril las auras de la pampa.
Olas teñidas con azul celeste,
Y como el cielo que las cubre, claras;
Que todo el mar de la templada zona

No tiene de cruel sino la fama
Que pregonan los tímidos viajeros,
Cuando se ofusca de pavor su alma
Al mirarse en las ondas que atropellan
Del patagón las solitarias playas.

El cielo estaba limpio. Majestuoso
El sol para su ocaso caminaba,
Dorando con su luz los horizontes,
Y de la mar el manto de esmeralda.
Multitudes de pájaros gigantes,
Negros como la noche ó como el alba,
Blancas sus plumas, sobre el mar caían,
Y á la popa del *fenix* se agolpaban.
Seguíanlo un instante, y de repente,
Levantando del mar sus grandes alas,
Volaban al oeste fugitivos
Para alcanzar el sol sobre la pampa,
Donde el cañón del Plata todavía
No ha violado la paz de sus moradas (1)

Todo era triste, religioso, dulce.
Es la hora en el mar que más nos habla
En mudo melancólico lenguaje,
El idioma benéfico del alma.
Es la hora en el mar, del sentimiento,
Hora en que desfallece la esperanza
Como el sol en su ocaso tristemente,

(1 Le bruit des combats n'a point encore epouvanté notre solitude,—(Tasso.—Jerusalen delibrée.)

Como la luz crepuscular que exhala;
En que solo se avivan los recuerdos
Tristes de lo pasado; en que las almas
En los brazos caen de la memoria,
Sin valor y sin fuerzas desmayadas.

Hora en que el navegante retraido,
Reclinando la sien sobre las tablas,
Tiene fijos los ojos en el cielo
Y conversa tranquilo con el alma;
O con secreta voz, para sí mismo,
Algún romance de su patria canta:
Palabras que aprendió de su querida
O de los tiernos años de su infancia. (1)
Es la hora del mar. Por solo ella,
Bien se puede arrastrar la dura saña
De las bravías ondas y los vientos,
Cuando las recias tempestades braman.

Es la hora de amar, (2) ¿Quien navegando
Bajo nubes de arminio, derramadas
Sobre infinito manto de zafiro,
Cuando del sol el horizonte guarda
Sus postrimeros pálidos fulgores,
No suspiró por la mujer amada?

---

(1) Horas tan dulces de la tarde, que despertais los recuerdos y enterneceis el corazón de aquellos que recorren los mares, el primer día de sus tiernos adioses; que bañais de amor al peregrino temblando al son de la campana de vísperas, de quien la voz parece llorar el día que espira. ¿Es una ilusión acaso, que la razón rechaza con desdén? No, ciertamente; nada muere sin excitar algunos recuerdos melancólicos (BYRÓN.—don JUAN).

(2) Ave María, es la hora de la plegaria; Ave María es la hora del amor; Ave María, puedan nuestras almas elevarse hasta tí y hasta tu hijo. BYRÓN. —Don Juan.

¿No oyó á su corazón decir latiendo:
¡Si ella estuviera aquí! y entusiasta
La fantasía, con pensarlo solo,
Al par del corazón soñó mirarla,
Los rizos agitados por la brisa,
En los amantes brazos reclinada?

Son misterios del alma indefinibles,
Ese imán, esos lazos que nos atan
Cuando ama el corazón, á ciertas horas
A ciertas perspectivas encantadas.

Las horas indecisas de la tarde
En que la naturaleza arrodillada
Ruega al Dios de los mundos que la vuelva
Esa luz bienhechora que se apaga,
Y en dulces melancálicos suspiros
Parece que en el éter se derraman
Sus místicas plegarias, difundiendo
Paz y consolación para las almas,
Solo el amor y religión inspiran,
Solo de amor y religión nos hablan!

Esas tranquilas horas de la noche,
Cuando la luna en el cenit descansa
Sobre plumas de cisne su cabeza
Y bella y melancólica derrama
Espirales de luz pálida y débil,
Cual suele una mujer abandonada
Ir noche á noche á reposar la frente
Sobre el mármol que cubre de su falta

La yerta cifra, y de su amante el crimen,
Y solitaria y lívida suspira,
Solo el amor y religión inspiran,
Solo de amor y religión nos hablan!

¡Las colinas, las aguas del arroyo,
Los prados con sus mares de esmeralda
Y los anchos oceanos, cuando apenas
Sus olas muellemente se levantan:
Solo el amor y religión inspiran,
Solo de amor y religión nos hablan!

¡Bello y grande es correr sobre las ondas
Donde el alma sin límites se explaya,
Y ver la luna, el sol, y las dudosas
Horas de los crepúsculos, que bañan
Con sus pálidas luces tristemente
Del oceano la ondulante espalda!
¡Y sentir de las olas el murmullo
Tranquilo y misterioso, como el alma
En esas horas lánguidas, que late
Con las luces y el mar armonizadas;
Y sentir por la frente deslizarse
Los hálitos del mar en tiernas auras
Refrescando la sien enardecida,
Como el aliento de mujer amada
Cuando duerme y suspira en nuestros brazos:
Al mundo criminal, y al cielo casta!

¿Cómo entonces se afinan en el pecho
Las cuerdas del amor! ¡Cómo en el alma,
Vive la fe de un Dios que la examina!
¡Cómo la eternidad se muestra y habla!
¡Cómo entonces se eleva el pensamiento
Más allá de la vida y de los vanos
Fantasmas de la mente; y las pasiones
Cómo en vez de crüeles se hacen blandas!

Todas las concepciones de la mente
Son grandes en el mar y son cristianas.
Las más ricas creaciones de los genios,
Son debidas á él. Byron es nada
Despojado de Harold, y necesita
Surcar los mares de la Europa y Asia,
Para crear sus seres inmortales
Entre los brazos de las ondas bravas.
La voz de Chateaubriand se olvidaría,
Puede ser, sin sus *Mártires* ni *Atala*,
Y solo los cantó después que dijo
¡Adios! del mar á su adorada Francia,
Y las olas atlánticas mojaron
De ese cóndor francés las blancas alas.

Es grande Ulises por el mar vagando;
Y el latino cantor su Eneas lanza
Al valladar inmenso de los mares,
De tierra en tierra mendigando patria.

Todo es grande en el mar, todo es sublime
Como las ondas de su hinchada espalda,

Como el rugido de sus hondos senos,
Como su inmensidad, como su saña.

Y es fuerza que así sea. No se mira
En redor sino á Dios, en las más altas
Ideas de su mente; y ante ellas,
En la contemplación reposa el alma,
La humanidad y el mundo se divisan
Por el prisma que forja la distancia,
Como á la gota de agua y sus insectos
Por el vidrio que el físico prepara.
Lo individual se olvida ó desvanece
Y solo en abstracciones se levantan
Los vuelos de la mente, comparando
La grandeza de Dios que la anonada
Y el átomo que olvida su miseria
Y osa volar sin fuerzas y sin alas.

Tan solo el corazón desciende al mundo,
Al mundo del recuerdo y de las ansias,
Y tierno y melancólico suspira
Por su Dios, por su amor y por su patria.

Y Carlos ¡ay! mi joven Peregrino,
Alma por excelencia infortunada,
Mezcla de león y tórtola que abriga
Hombre que si en titán se trasmudara
Y de lo alto del trópico mirase
La tierra por sus mares inundada,
Y rodando á sus polos en las ondas
Los montes, las naciones y las razas,

Como el padre del Arca se hincaría
En un místico canto á dar las gracias
Al dueño de la luz, diciendo ledo:
« *Así, sea, Señor*, aquí está mi alma ».
Y hombre que sin querer empalidece
Conmovido al aliento de las auras;
Que una lágrima empaña su mejilla
Cuando débil la luz del sol se apaga,
Y vaga una sonrisa por sus labios
Así que asoma (como virgen casta
Con su pálida tez y ojos brillantes,
Que mueve apenas la indecisa planta
A encontrar á su amante, y su mejilla
Más se colora cuanto más avanza)
La blanca luz del alba en el oriente,
Y en pos de ella la aurora iluminada!

Y á Carlos, ¡cuántos pensamientos bellos
No le ha inspirado el mar! ¡Cómo su alma
Se ha gozado con él! ¡Cómo han caído
Lágrimas de sus ojos, solitarias,
A perderse en las ondas, cual se pierde
En un mar de rigores su esperanza,
Que tantos años suspiró á la orilla
De la felicidad que ambicionaba
Como un ángel sin alas sollozando
Junto á las puertas del Edén cerradas.
¡Cuántos otros como él sobre los mares
Al mismo tiempo su infortunio cantan! (1)

(1) Nosotros nos embarcamos para Chile el día 17 de Febrero de 1843: y días antes supimos que nuestro amigo el señor Gutiérrez debía salir de

Laureado cantor de nuestro Mayo (1)
Varela, Alberdi, que la suerte ingrata
Por diferentes mares os conduce
En igual tiempo, con igual desgracia,
Como arrastra también al peregrino
Lejos muy lejos de la dulce patria,
Hermanos en virtud y en sufrimientos,
Hermanos en valor y en esperanzas,
También alguna lágrima ha caído
De vuestros ojos por la patria amada,
Al cruzar solitarios los oceanos
En busca siempre de extranjeras playas;
También inspiraciones atrevidas
Habreis debido al mar, cuando calladas
Las horas de la tarde hayan movido
De vuestro genio las hermosas alas!

Marsella para Montevideo en el mes de Marzo. Nuestro querido Alberdi había salido de Janeiro para Chile pocos días antes que nosotros; y cuando escribíamos este canto á principios de Abril, enfrente á las costas patagónicas, suponíamos al señor Varela en viaje de Europa para Montevideo, como lo estaba efectivamente.

(1) En los primeros días de Mayo de 1841 el jefe político de Montevideo invitó á los poetas á solemnizar el gran día de la América, con una de esas lisas espléndidas con que los griegos imortalizaban sus genios y sus glorias.

Una comisión crítica debía laurear con el premio acordado, aquel canto que más correspondiese al programa y las reglas de crítica que la comisión se impusiese á si misma.

Llegó el día inmortal y se inmortalizó un joven.

Nuestro distinguido amigo el doctor don Juan María Gutiérrez recibió el premio del vencedor, los aplausos del pueblo, y los abrazos de sus amigos que desde una tierra extranjera le dieron las gracias á nombre de su patria por la página de oro que acababa de regalar á su naciente literatura.

La comisión acordó el premio al que más lo merecía. No conocemos en toda la poesía española una obra que, considerada por su mérito artístico, presente la perfección y el gusto que el canto á Mayo del señor Gutiérrez; y á excepción de algunas estancias del Olmedo no hay en la lira Americana una inspiración patriótica que le parezca, ni un cuadro filosófico que le rivalice.

Es lo más acabado que en poesía ha presentado hasta hoy la literatura americana en español.

Guardadlas dentro del alma;
Guardadlas, que vendrá un día
En que á la fortuna impía
La postre su mismo afán;
Y nuestra sien levantemos
Más orgullosa y más noble,
Como se levantó el roble
Que lo inclinó el huracán.

¡Día eterno de venganza!
¿De venganza? ¡de justicia!
En que la mano propicia
De Dios escribe la ley;
Y en que del labio de un pueblo,
Con la balanza en la mano
La escuche hincado un tirano,
En medio de su sierva grey.

Hemos visto, los proscritos,
Nuestros juveniles años,
Bajo los cielos extraños
Deslizarse á la vejez;
Hemos perdido las claras
Horas de nuestra existencia,
Batallando sin clemencia
La miseria y la altivez.

Hemos visto uno por uno,
Como en otoño las hojas,
Caer al plomo ó las congojas
Nuestros hermanos doquier,

Hemos cubierto su tumba
Con tierra del extranjero,
Sin lápida ni madero
Para el polvo guarecer.

Hemos visto á nuestros padres,
Mas de dolor que de viejos,
Decirnos: « ya no más lejos,
Me falta la fuerza ya;»
Y bendiciendo á sus hijos
Pasar su alma á otras mansiones
Como el sol á otras regiones
Cuando en la tarde se va.

Hemos visto al infortunio,
En cuanta faz el destino
Puede lanzarlo al camino
Del hombre en la adversidad;
Que hasta la fuente del llanto
Agotando en sus enojos,
Arrebató á nuestros ojos
La postrer felicidad.

Hemos hecho — es menos fuerte,
Infierno, el tormento tuyo —
Abnegación del orgullo
Si el honor supo quedar;
Que luchando brazo á brazo
Con la misería la vida,
Cuando se cierra una herida
Queda otra para cerrar.

Y la esperanza, ¡ay! de todos,
Astro de aureola esplendente,
Nunca nos mostró su frente,
Sino en incierto trasluz,
Cual estrella que á la tarde
En oriente se divisa,
Resplandeciendo indecisa
Entre la sombra y la luz.

—

Patria, reina del Plata: Aguila fuerte
Que ayer en el plumaje de tus alas
De la España y de Albión viste las balas
Envolverse y caer sin ofenderte.

Y bien, madre de glorias, hemos visto
Arrancar de tu sien, palma por palma,
Con más espinas traspasada el alma
Que en la sangrienta cruz la sien de Cristo.

Hemos visto triunfante tu tirano
Al carro atar tu frente sin guirnalda,
Y á los golpes del látigo, tu espalda
Sangre brotar para teñir su mano.

Hemos visto sumirte embrutecida
En un abismo de ignorancia y crimen,
Y al son de las cadenas que te oprimen,
Sin osarlas quebrar dormir tu vida.

Y hemos visto también del Continente
Los pueblos por doquier tender las alas,

A recibir las prometidas galas
Del rico porvenir que alza su frente.

Y de la libertad la trompa de oro,
Anunciar en la choza y los palacios
Que de hoy más en su trono de topacios
El labrador y el rey forman su coro.

Y hemos visto también que no limita
En el siglo la vida de tu llanto,
Pues esos niños que acaricias tanto,
La sangre llevan de la grey maldita.

Y una generación como una madre,
Cnando el alma y el cuerpo tiene impuros,
Nunca se reproduce en hijos puros
Aún cuando el tiempo á mejorarlos cuadre.

Mas si no de salud, pueblo argentino,
El día vengador no está distante,
En que se embote el golpe de diamante
Que descarga en tus sienes el destino:

En que fulmine de venganza un rayo
El dueño de la luz desde su trono,
Y de rodillas, al vibrar su tono,
Se postren los apóstatas de Mayo,

Y tus proscritos la justicia eterna
Venguen más que tus penas y tu yugo,
Cuando al cortar el cuello á tu verdugo
Laven la mancha de tu frente tierna.

Y ante la ley á compasión agenos,
(Porque es alguna vez tal virtud crimen)
En cuantos hoy tu libertad oprimen
El fallo de la ley cumplan serenos.

No desconfíes, no; vendrá esa hora,
Como tras largo estío,al suelo en llama,
En fuentes de relámpagos derrama
La tempestad su lluvia bienhechora.

Hombres de nuestro tiempo, conocemos
Que el bálsamo eficaz para tu herida
Está en la sangre de tu propia vida,
Y con tu mismo humor te curaremos.

Y habrá en tu cenit tempestad y rayo
Que purifique al aire y limpie el cielo,
Para que en blanco y azulado velo
Se extienda el iris con la luz de Mayo.

Ese día vendrá; lo espero. Entonce,
Vosotros que en los brazos del destino
Vais doquier, cual mi joven PEREGRINO,
Oponiendo al dolor pecho de bronce;

A quienes desde el mar he dirigido
Estas palabras huérfanas de nombre,
Pero hijas, sí, del corazón de un hombre
El más infortunado y ofendido;

De quien solo á su patria llanto debe
Y la da con amor sus bellos años,

De quien solo á los hombres, desengaños,
Y del dolor sin odio el cáliz bebe;

Vosotros, hallareis al PEREGRINO
Cuando la libertad os llame al Plata,
Y de esas horas en que el mar retrata
La vaga incertidumbre del destino,

Cuando al límite el sol de dos regiones,
Medio oculto en el mar, para una espira,
Y á punto de nacer otra lo mira,
Todos os contareis las impresiones.

Ya del ansiado río en las arenas
Al claro de la luna, en noche hermosa,
Ya en el hogar, junto á la tierna esposa,
Con la amistad de las comunes penas;

Y una lágrima acaso... Basta... ignoro
Como he dejado deslizar mi pluma,
Y de penas pintar tan larga suma
Queriendo hacer llorar porque yo lloro.

Quise solo de un mar dar un saludo
A vosotros que veis mares diversos,
Y he escrito ¡vive Dios! doscientos versos,
En cosas que mejor es estar mudo.

¡Episodios! manía de mi musa
Que enlazada anda siempre á mi manía
De libertad para la patria mía,
Cosa que ni la entiende ni la usa.

Sabe hoy de ella como sabe el necio
De los autores que ignorante cita:
¡Oh Corneille! ¡oh Voltaire! ¡oh Byron! grita,
Y al oirse silbar grita mar recio.

Su nombre, ¡oh, eso sí! de gente en gente,
Cual de champagne en líquidos cristales
Se deleitan los labios virginales
En la aromada espuma solamente.

Y vaya esta figura en verso tierno,
Porque al fin es mi patria de quien hablo,
Que sino habría dicho: como el diablo,
Nombrando á Jesucristo en el infierno.

Mas de mis episodios insufribles
Tiene la culpa mi adorada rima,
Que caprichosa mis caprichos mima
Con encantos á mi alma irresistibles.

En la noche jamás tomé la pluma
Habiendo antes pensado, y con la aurora
No la dejó jamás sin que sonora
La rima me embriagara en buena suma

De deliciosos versos los oídos.
Son para mí la dulce melodía
Con que Platón al despuntar el día
Llamaba sus discípulos dormidos.

Un verso dulce, espirituoso, terso;
Si ser dueño de todo yo pudiera,

Quiero decir, si soberano fuera,
Cambiaría dos hombres por un verso.

Por amor á la rima es que amo tanto
A todas las mujeres que son bellas,
Porque una de la otra, y todas ellas,
Los consonantes son de un solo canto.

No te rías, lector, todo consuena:
Una hermosa mujer no es otra cosa
Que el consonante puro de otra hermosa,
Cual la palabra *agena* con la *buena.*

Diversas nada más las iniciales;
Negros, azules, tiernos, brillantinos,
¡Qué diablo! todos son ojos divinos,
Con un mismo poder en sus finales.

Unos hieren el alma poco á poco,
Otros, con más poder, súbitamente;
Pero todos acaban igualmente
Por nos dejar el pensamiento loco.

Y por ella también en este canto
La estricta regla de unidad se olvida,
Que á imitación de viuda condolida
He soltado la risa en pos del llanto.

¡Ah! tengo dos razones; y es la una,
Que de todas los reglas más en regla,
La única que poseo es la que arregla
Mi vida y mis poemas sin ninguna.

Y á fe que es la mejor por todos lados;
Y es la mejor porque la siguen todos,
Desde el diluvio hasta los viejos godos,
Señores bien en regla desreglados.

Mas ¡las reglas! ¡ah! ya. Cosas del mundo
Un poema un poema, hombres los hombres,
Y todos los demás nombres y nombres
Más estéril, al fin, el más fecundo:

Más allá de la muerte, los rigores
De Nerón, Roma maldecir debía,
Pues bien, murió Nerón y al otro día
Sobre su tumba se encontraron flores.

Mi segunda razón (razón y media):
Que quise hacer lo que en Madrid se estila,
Que dan, por si se anubla la pupila,
Un sainete después de una tragedia.

Mas diré mi creencia llana y lisa:
La digestión del español es buena,
Y antes de divertirse con la cena,
Su estómago preparan con la risa.

¿Y dónde hemos dejado el PEREGRINO?
Contemplando en el mar la luz sombría
Que deja el claro luminar del día
Al terminar su espléndido camino.

Mentira pasajera de una llama
Que se ha extinguido ya... así una risa

En un pálido rostro se divisa,
Rota ya del placer la frágil trama.

¿Mas por qué asoma al contemplar la tarde
Una gota á su lánguida pupila,
Que en el párpado trémula vacila
De sensibilidad haciendo alarde?

¿Por qué?—Porque las horas
De Carlos son aquellas
En que la tarde vierte
Su parda claridad,
Y aquellas en que bañan
La luna y las estrellas
De pálidos colores
La quieta inmensidad.

Con ellas enlazada
La historia de su vida
Suspira al contemplarlas
Su triste corazón,
Y escucha por el éter
La voz de su querida
En la primer palabra
De su primer pasión.

De aquella criatura
Destellos de los cielos,
Aurora que asomaba
Con la postrera luz,
A repetir temblando

Su amor y sus recelos,
Ante la faz sagrada
De misteriosa cruz. (1)

Y todo cuanto bello
Lo encadenó á la vida,
Las horas de la tarde
Le traen al corazón...
La luz se desvanece,
Y pulsa conmovida
La lira, de las ondas
Al misterioso son.

CANTO DEL PEREGRINO

CREPÚSCULO

Con el color de la torcaz y el lirio
Tranquilas nubes el espacio pueblan,
Y allá el confín del horizonte inundan
Ondas de fuego que en la mar reflejan.

Guardado el rostro en azulados velos
Cae á su ocaso la vital lumbrera,

(1) Esta estrofa bien puede pasar en calidad de enigma para el lector; yo me contento de ello, pues debo hacerlo así. Sin embargo, si hay en el mundo una sola persona que lo comprenda, mi deber y mi corazón habrán cumplido sus deseos.

Pero el cabello destrenzado flotan
En sierpes de oro sus brillantes hebras.

Púrpura y oro en el ocaso brillan
Entre celajes de enlutada niebla,
Como entre el manto de la negra duda
Los bellos sueños de la edad primera.

Púrpura y oro en el ocaso brillan;
Y frente á frente de la luz postrera,
Paso tras paso, con semblante adusto,
La oscura noche al firmamento trepa.

Así las esperanzas alumbraron
Mi joven corazón; y así con ellas
La gloria y el amor se reflejaban
Sobre las flores de mi incierta huella.

Así vino después, como la noche,
El desencanto á oscurecer la senda;
Y de gloria y de amor y de esperanzas
Un crepúsculo vago se conserva.

CANTO DEL PEREGRINO

DESENCANTO

I

Mi sueño de oro
En noche ingrata
¡Ay! fué del Plata
La libertad;
Y de mis ansias
El paraíso
¡Ay! fué el hechizo
De la beldad.

II

Mas ¡ay! mi patria
Recuerda apenas
Que entre cadenas
Su cuello está;
Y acostumbrada
La sien al yugo,
Ni á su verdugo
Maldice ya.

III

Mas ¡ay! el astro
De mis amores,

Sus resplandores
Oscureció,
Y entre las sombras
Del desencanto,
Mi postrer llanto
Se deslizó!

IV

El alma tibia,
Floja la mente,
Indiferente,
Muevo mi pie,
Que en lo mas hondo
Del pecho mío,
Dejó un vacío
Mi yerta fe.

V

Cual verde rama
Que el viento quiebra
Y en débil hebra
Cayendo está,
Así mi vida
Se tiene leve
En soplo breve
Que vuela ya.

VI

Y no del Plata
La luna hermosa,

Dará en mi losa
Pálida luz;
Y no en mi pobre
Tumba extranjera
Habrá siquiera
Benigna cruz.

VII

Bello es el mundo,
Bello es el día,
Y al alma mía
La eternidad,
Alma que late
Desencantada,
En su rosada
Temprana edad.

Y el arpa del PEREGRINO
Enmudeció *el desencanto*,
Interrumpido su canto
Por un ¡ay! del corazón...
Descansó el rostro en sus manos,
Y desagotado el seno,
Alzó la sien más sereno
Y cantó, en lúgubre son

Canto sentido, del alma,
Imágen fiel y sombría
De la palidez del día
Que vió morir en el mar;

Canto del que todo ha visto
Desparecer paso á paso,
Como se ve en el ocaso
La lumbre crepuscular:

CANTO DEL PEREGRINO

Á EMILIA

En cada instante de la triste vida
Hemos dicho un ¡adios! á una esperanza:
Todo es ¡adios! ¡adios! y no se alcanza
Sino en la tumba el postrimer ¡adios!

Esta palabra en el dintel del cielo,
Nos la sentencia el Dios que nos destierra,
Y la vamos diciendo por la tierra
En cada paso con oculta voz.

Todo es ¡adios! en el presente, todo;
Y la vida vasalla del pasado,
No tiene más derecho consagrado
Que el del *recuerdo* para más llorar.

Emilia, ¿donde estás? Tu pobre hermano
Ya no parte contigo su destino,
Y huérfano, infeliz y peregrino,
Suspira solo sobre el ancho mar.

Voláronse los plácidos momentos
De nuestra infancia y juventud tranquila,
Y el llanto nos empaña la pupila
Sin que uno al otro consolando esté.

¡Ay, cómo te preciso! más que nunca
Pesa en mis hombros mi cansada frente,
Y solo en torno mío extraña gente
Mi alma doquiera suspirando ve!

¡Cómo he sufrido, Emilia! ¡cómo sufro
Con este desamor amargo y frío,
Que contemplo doquier en redor mío,
Sin ver mis lares ni escuchar tu voz!

¡Cuan amargos, injustos desengaños!
¡Cuánto mi corazón ha suspirado!
Y tú no lo sabrás, pero ¡ he llorado
Con agrio llanto tu postrer adios!

Y más y más la fortuna,
Siempre ensañada conmigo,
Vame llevando consigo
¿Adonde, hermana? no sé.
Hoy por el mar batallando
Con viento y olas bravías,
Mañana por cerranías,
Por los desiertos después.

¡Ah, hermana mía! ¡si vieras
Que pálida está mi frente,
Cómo enseña transparente

La llaga del corazón!
!Qué marchito mi semblante!
¡Qué blancos ya mis cabellos!
¡Ay hermana! ¿que es de aquellos
Dulces instantes de amor?

Pasaron ya. ¿Los recuerdas?
Pobres nacimos: ninguna
Sonrisa de la fortuna
Nos acarició jamás;
Pero el pan de nuestra madre,
Con su desvelo comprado,
Comíamos á su lado
Sin lágrimas que enjugar.

Pronto llevónosla el cielo,
Pura, santa, idolatrada,
Y en orfandad desgraciada
Quedamos niños los dos.
¡Como era buena! lloremos,
Lloremos siempre, mi hermana,
Aquella madre tan sana,
Tan pura de corazón.

¡Aquella madre que al vernos
Pasar tan pobres la vida,
Iba á llorar escondida
Por no causarnos pesar!
¡Ay, cuántas veces dormidos
Nos besaría en el lecho,

Hinchado de llanto el pecho
Y el labio sin murmurar.

Solos quedamos, y vimos
Nuestros juveniles años,
Siempre en medio á los extraños
Viviendo para los dos;
Pero á lo menos tu risa
Con otra risa se hallaba,
Y mi lágrima encontraba
Otra lágrima de amor.

Perdí mi patria. La vida
Comencé del peregrino;
Vida errante, sin destino,
Sin horizonte, sin fin;
Y en ese infortunio santo
De los proscritos, ¡cuan bella
Resplandecía mi estrella
Desterrado junto á tí!

Tú consolabas mis penas,
Tú del futuro me hablabas:
Ay, hermana, te engañabas,
Y me engañaba también;
Pero á lo menos tu acento
Era puro y cariñoso:
Sobre el cáncer sanguinoso,
Dulce, balsámica miel!

¡Y tu amor! amor de hermana,
Unico santo en la tierra:

Gota de ambar que se encierra
En el cáliz de una flor;
Amor puro, generoso,
Inmaculado en las venas,
Sin restricción, ni cadenas,
Y eterno en el corazón.

¡Amor de hermana! ¿cual otro
Más dulce tiene la vida,
Cual afección más sentida,
Ni mas íntima su fe!
¿Qué placer no se transmite,
Qué sinsabor ó despecho
No es magnético en el pecho
Fraternal de una mujer?

¡Mi pobre Emilia! ¡tan lejos!
¡Horas de vivir tan largas,
Penas tan hondas y amargas,
Tanto hastío, tanto mal!
¡Sufrir tanta indiferencia,
Ingratitudes, falsía,
Sin que mi sien pueda un día
En tus brazos descansar!

Tú no me vendes, no engañas
Mi corazón inocente,
Ni manchas mi pura frente
Con la calumnia ¿es verdad?
¡Oh, nunca, nunca! En el mundo,
Donde lloro desvalido,

¡Tú sola me has comprendido,
Y tú me quedas, no más! (1)

Como yo nadie presentó á los hombres
Un corazón más cándido ni puro,
Ni más limpia de mancha, en tiempo impuro,
Nadie tan poco mostrará la sien.

Con raudales de amor el pecho mío
Del corazón las fuentes inundaba,
Y del polvo hasta el sol se derramaba
Siendo mi gloria y religión, querer.

Mas ¡ay! hermana, me avergüenzo acaso
Del excesivo amor del alma mía.
No puede aborrecer, pero está fría,
Desencantada, sin poder amar.

Esos hombres que claman entusiastas
El fraternal amor que en su alma sienten,
Todos mienten, hermana, todos mienten
Cálculo siempre, pero amor jamás.

Nunca mi corazón buscó los hombres
Sin encontrar ingratos. Un amigo
Tuve de la niñez; yo le bendigo,
Y no recuerdo su inconstancia, no.

Ni un hálito de amor debo á mi patria,
Y todo cuanto soy debo á mi mismo;

(1) Ma soeur au nom des dieux ne m'abandonnez paz.—(CORNEILLE.—Ariane).

Fué de grillos mi cívico bautismo,
Y solamente mi esperanza Dios.

Seguiré los reflejos de mi estrella
Sin referir á nadie mi destino,
Y el que quiera alcanzarme en mi camino,
Las flores coja que dejando iré.

Si no me inspira el hombre ¿qué me importa?
Yo tengo el mar, las nubes y los vientos,
Y un eterno jardín de pensamientos,
Rica corona de mi joven sien.

Ahí está Dios, y América la virgen;
El Andes y su cóndor y su hielo,
Imágenes poéticas del cielo
Con que á la bella libertad pintó.

Ahí está el porvevir. En él mi patria,
La patria rica de opulenta gloria,
No ese rincón ingrato á la memoria
Que baña el Plata con vergüenza hoy.

Pues hay inspiración, venga la lira;
Yo viviré burlando mi destino,
Y el que quiera alcanzarme en mi camino,
Las flores coja que dejando voy.

¡Adios! mi adorada, mi síncera hermana;
¡Adios! y á tu amigo no olvides jamás;
Quien sabe si acaso te cuentan mañana
Que solo en el cielo mirarme podrás.

Yo sé que mi vida se exhala marchita
Cual flor en desierto que el sol abrasó;
Yo sé que la llama que el alma me irrita
Las fuentes de vida temprano secó.

Quien sabe qué tierra me cubre extranjera,
Quien sabe si tiene mi tumba una cruz
Que en medio á la noche la parda lumbrera
Alumbre tranquila con pálida luz.

¡ Feliz si entibiara la cruz de mi fosa
El sol que en mi cuna doraba mi sien!
¡ Feliz si á su lado creciera una rosa
Del agua del Plata regada también!

No olvides, Emilia, jamás, á tu amigo,
Y ten, si le nombras, orgullo de tí.
¡ Ay! si alguien llevara mi nombre consigo
No herede mi suerte pero mi alma sí!

¡ Adios! mi querida, mi síncera hermana,
De en medio á las hondas te envío mi ¡ adios!
Si nunca nos une la suerte tirana,
Que el mundo te quiera, bendígate Dios.

CANTO SEXTO

Á LA LUNA

Duerme tranquilo el mar sueño profundo,
Sin que agite su sien brisa importuna,
Y se levanta la redonda luna,
Como el ojo de Dios mirando al mundo.

Un finísimo rayo de su frente
Llega trémulo al borde del navío,
Y en la espalda del líquido sombrío
Se mueve cual bellísima serpiente.

Al astro envuelve cenicienta nube,
Y de la lumbre de su frente luego,
Más el reflejo que la sombra sube,
Y el linde dora en espiral de fuego

Sigue trepando en carro de diamantes
Al cenit de la bóveda azulada,
Y la sierpe se expande, y transformada
Queda en lago de chispas rutilantes.

¿Qué mágico pincel pintar podría
Un solo rayo de su luz hermosa?
¿En que tinta el color encontraría
De un arrebol entre una nube umbrosa?

Si el dulce ruiseñor de *Los Consuelos*
Pisara este bajel, él te cantara,
Tímida virgen, en los altos cielos
De suspiros y lágrimas avara.

Y á su voz de letal melancolía
Murmurara de amor el mar sombrío,
Y en torno se agolparan del navío
Los peces á la dulce melodía.

¿A quien buscas, viajera de la noche,
Sobre este llano de aridez eterna,
Do nunca al rayo de tu luz tan tierna
Abre una flor su perfumado broche;

Do nunca una beldad triste suspira
De su balcón en las heladas rejas,
Y al dar al viento sus sentidas quejas
Alza sus ojos y tu rostro mira;

Do nunca una mujer junto á una losa
Hincada llora á su perdido fruto,
Pagando el triste maternal tributo
Bajo tu luz tranquila y misteriosa;

Donde no hay sino espacios infinitos,
Brisas que corren las llanuras solas,
Y el lúgubre quejido de las olas
Bajo los rayos de tu luz benditos?

Gracias, ángel que velas los pesares,
Casta beldad de adormecidos ojos,

Tú calmas dulcemente los enojos
Del viajador errante de los mares.

El conmovido mar se magnetiza
Tocado apenas por tu blanco rayo,
Y al contemplar su lánguido desmayo,
Pliega sus alas con temor la brisa.

Como genio del mar, el bajel vuela,
Murmurando las olas mansamente;
Y el triste marinero alza la frente
A ver tus rayos en la blanca vela.

¡Bendita, entonces, tu tranquila lumbre,
Del sol ardiente pálida memoria!
Ella trae de nuestra misma historia
Recuerdos mil en grata muchedumbre.

Uno derrama silencioso llanto,
Otro canciones de su patria canta;
Pero todos *recuerdan*, virgen santa,
En el bajel bajo tu dulce encanto.

Ya estás en el cenit; bendita seas.
Ya iluminas la cien del Peregrino:
Ya escucharás su amor y su destino,
Cuando en tu rostro sus miradas veas.

Oye, casta beldad perla del cielo,
El ¡ay! de un corazón que Dios no quiso
Que el molde original en que le hizo
Diese otro semejante al triste suelo.

Oye de su dolor las justas quejas
En el albor de su infelice vida,
Y toque y cierre su profunda herida
El dulce rayo que de Dios reflejas.

Aquí desde un bajel perdidos llora
Amor y patria y juventud temprano;
Y al arrullo del viento y del oceano,
Pulsa su lira y la esperanza implora.

Es benigna tu luz, cual la mirada
De tierna madre y desgraciado hijo;
Ven, y en su pecho su dolor prolijo
Cálmale con tu luz inmaculada.

Su amante madre le robó la muerte;
A su tierra natal, la tiranía;
Y del mundo también, la hipocresía
Robó su amor y su temprana suerte.

Huérfano, como el lirio del desierto,
Lo abrasa el sol y el viento lo deshoja:
Ven, blanca luna, ven, y su congoja
Hable y suspire con tu rayo incierto.

A LAS ESTRELLAS

EN EL MAR

Sobre la mar tranquila,
Suavemente vacila
La blanca luz de la lumbrera hermosa;
Rutilan las estrellas,
Y el mar á todas ellas
Las duplica en su frente majestuosa.

Allí están chispeantes
Los fúlgidos diamantes
Del manto azul, del César de los cielos,
Con quienes los querubes
Juegan entre las nubes
Sus luces apagando con sus velos.

Allí está ese misterio
Del eternal imperio
En todo su esplendor y poesía;
Allí están los puñados
De mundos inflamados
Que tiró Dios sobre la noche umbría;

Allí están como fueran
Cuando junto cayeran
A la urna sin fin del universo;

Cual serán en la hora
En que anuncie sonora
La trompeta final el día adverso.

Allí están sin asiento,
Por el divino aliento
Suspendidos en medio del espacio,
Y con magia encantada
Arrastrando imantada
A la mente sus rayos de topacio.

¿Qué magnético encanto,
Irresistible y santo,
Hay en vosotras, trémullas estrellas,
Que robais con cariño
Las sonrisas al niño
Y al anciano recuerdos y querellas?

¿Qué relación existe
Entre este mundo triste
Y vosotras, alegres y radiantes?
¿Qué tiene vuestro rayo
Con el mortal desmayo,
Con las penas del hombre palpitantes?

Decidme: vuestra lumbre
De grata mansedumbre
¿Tiene algo de común con los mortales?
Vuestros rayos supremos
¿Acercan los extremos
Del hombre y de los seres divinales?

O cual dicen las fablas
De las antiguas hablas
¿Sois de todos clarísimos destinos,
Y cuando nace un hombre
Lleva un astro su nombre,
Y le marca en la tierra su camino?

Si lo sois, descubridme
El misterio, y decidme
Cuales los astros son de los tiranos:
¡Y podré, aunque de lejos,
Maldecir sus reflejos,
Ya que no sofocarlos con mis manos!

Y señaladme cuáles
Con rayos virginales
Son los que alumbran la virtud sagrada,
Para poner mis sienes
A recibir los bienes
De su divina lumbre inmaculada;

Enseñadme cual fuera
Quien á mi patria hiciera
Surgir brillante de su noche umbría,
Para clavar mis ojos
En su rayo, y de hinojos
Veneración rendirle el alma mía;

Y cual la roja estrella
Que sus rayos destella
En su senda de lágrimas ingrata,

Para pisar contento
Sus rayos un momento
En el agua ó cristal que los retrata.

Y del triste destino
Del pobre Peregrino
¿Cuál es, decid, la inapiadada estrella?
¡Ay! será aquella acaso
Que se hunde en el ocaso,
Las ondas de la mar tocando en ella!

Cuantas veces al lado
De su ídolo adorado,
Allá en las noches de su patria hermosa,
«Esa es nuestra» decía,
Enseñando á María
En el cenit azul, la más preciosa!

Y fijando, la bella,
Sus ojos en la estrella:
«Que velen nuestro amor sus resplandores»
Decía, en embeleso,
Recibiendo en un beso
El premio á sus angélicos amores.

¿Dónde están las dulzuras
De esas horas tan puras
Deslizadas en tiempo cristalino?
¿Donde el bello tesoro
De los delirios de oro?
¿Dónde la juventud del Peregrino?

¿Dónde está la querida
De su temprana vida?
¿Dónde en el cielo la preciosa estrella?
¡Ay! ¿será aquella acaso
Que se hunde en el ocaso
Las ondas de la mar tocando en ella?

Viene el día:
Quieto el cielo,
No hay un velo,
Ni un indicio
De impropicio
Vendaval.

Fresca brisa
Mueve el pino,
En camino
Balanceando,
Coqueteando,
Con el mar.

Olas levas
Con espumas,
Como plumas
De rizada
Nacarada
Redondez,

A los bordes
De la nave,
En suäve

Curso llegan,
Y se pliegan
A su pie.

Y del barco
Por las huellas
Cantan ellas
Dulce canto,
Como llanto
De torcaz,

O murmuran
De que aliente
Quien valiente
Turbe el sueño
Halagüeño
De la mar.

Ya vese
Que sube
La nube
Que forman,
De pardos
Colores
Vapores
Del mar.

Y hendiendo
La fina
Neblina

La vista,
Se puede
La frente
De oriente
Mirar.

Un tenue
Rosado
Pintado
Se mira
Al borde
Lejano
Del llano
Del mar.

Y un arco
De plata
Dilata
Sus luces
En débil
Anillo
De brillo
Fugaz.

Aun en tinieblas
Tristes y solas
Sobre las olas
Corre el bajel.
Un día nuevo
Ya se divisa,

Y fresca brisa
Viene con él.

Es la paloma
Que se despierta
Y corre incierta
Por ver el sol;
Es el jilguero
Del oceano,
Que canta ufano
El arrebol.

En el velamen
Y los cordajes,
Forma paisajes
La media luz:
Son la arboleda
Del mar desierto,
Do asoma incierto
Débil trasluz.

Sobre la popa
El Peregrino,
Ve el matutino
Suave color;
Su mies el alma;
Su hoz los pesares;
Y es de los mares
El labrador.

El alba una por una
Apaga las estrellas,
Y pálida la luna
Desmáyase con ellas;

Y al borde de occidente
Corre á ocultarse fría,
Por no mirar la frente
Del que ilumina el día.

Él que la da un tesoro
De pura luz preciosa,
Llega en su carro de oro
Para mirar su hermosa,

Pero es mujer la luna,
Y es como tal ingrata,
Sin compasión alguna
Con quien mejor la trata.

Cual de virgínea frente
La juvenil tersura,
Se esparce en el oriente
Bellísima blancura.

Un rayo de la aurora
La nitidez esmalta,
Y el cielo se colora
Y el agua se esmeralta.

La nave está plateada
Con un reflejo vago,

Y muellemente nada
Cual cisne sobre un lago.

Y el joven Peregrino
Contempla indiferente
Un día sin destino,
Una alba sin oriente.

Sus ojos al ocaso
De vez en cuando gira,
Pero aún el tardo paso
De la tiniebla mira.

¿Qué quiere tras las solas,
Las únicas tinieblas?
¿Qué maga de las olas
Procura entre las nieblas?

¿Qué inspiración creadora
Su ojo en el mar procura,
Que no está de la aurora
Bajo la luz tan pura?

¡Ay, que en la ciencia sabe,
Y en el latir del pecho,
Que no pasó la nave
La altura del Estrecho;

Y que la mar quebrada
Que al occidente viera,
Bien cerca y bien amada
Le anuncia una ribera!

Mudo su labio luego
Y hablando el corazón,
Reza en secreto un ruego,
En tímida oración:

ORACIÓN DEL PEREGRINO

¡Gloria, Dios, que de tu boca
A los hálitos fecundos,
La nada brotara mundos
Y las tinieblas la luz!
¡Gloria á tí, gloria á tu hijo,
Que en horas de sed y muerte,
Vino á darnos agua y suerte
Con la sangre de la cruz!

Bajo las bóvedas puras
Del templo de la mañana,
Postrada mi alma cristiana
Sube á tí mi corazón;
Y en medio á los valladares
Solísimos de un oceano,
Escucha, Dios Soberano,
Mi purísima oración.

Perdón, Señor, para aquellos
Que olvidan tu santo nombre,

Y tu bendición al hombre
Que te busca en su orfandad.
Tus ojos vuelve á este mundo
Que rueda en tiniebla umbría,
Y llegue á la patria mía
Un rayo de claridad.

Luz á mi patria, Dios bueno,
Y el fuego de tu mirada,
Sobre la tierra yermada
Seque la sangre infeliz.
Paz y amor en mis hermanos;
Odio y penas al olvido;
Abrazo al que fué vencido;
Abrazo al que fué feliz.

En sola una sien fulmina
El rayo de tu venganza,
Pues si tu perdón alcanza
Fuera un crimen tu perdón.
Los árboles lloran sangre,
Las rocas del Plata gimen:
Señor, por tan negro crimen
No ruega mi corazón.

Y mientras llegan los días
De paz y de amor benditos,
Vela, Señor, los proscritos
En su santo padecer.
Que unos al hielo del tiempo,
Y otros al de sus congojas,

Todos van viendo las hojas
De la esperanza caer.

Niños dejamos la patria,
Y vamos llegando á viejos,
Siempre en borrasca y más lejos
Del puerto de salvación.
Nos va cubriendo uno á uno
La tierra del extranjero:
¡Ay! ¡que la fe no es de acero!
Tennos, Señor, compasión.

Queremos paz y justicia:
¿No somos, Señor, cristianos?
Maldecimos los tiranos:
¿No os complacemos, Señor?
Gloria ¡Dios! pues si el destino
Todo á mi patria ha robado,
Tu bondad le ha conservado
En nosotros el honor.

Y á mí que en batirme se place el destino,
Cual baten la nave los vientos y el mar;
A mí que me cansa mi errante camino
Sintiendo la fuerza de mi alma cesar;

A mí, Dios bendito, tus justos enojos:
Yo sé que no es mucha mi humana virtud;
Castiga mi vida, más no mis despojos,
Te pido en mi patria mi pobre ataud.

—

Abrió el alba sus puertas de plata
Sobre goznes de perla y topacio,
Y mostró de la aurora el palacio
Sostenido en las olas del mar.

Sus jardines de luces esparcen
Muchedumbre de rayos por flores
Que matizan con tenues colores
De los cielos el limpio cendal.

Olas y olas; y espacio doquiera,
Y en el centro del mar una pira
Cuya llama en boreales espira,
En el cenit y el fondo del mar.
Salve, espléndida virgen del día,
Maravilla que el mar atesora:
¡Ay, si el genio del mar se enamora,
En su amante tu rara beldad!

Eres bella mirada en los campos,
Entre cuna de bosques y lomas,
Mas, ¡cómo eres sublime si asomas
Sostenida en las olas del mar!
¿Quién os pinta las mil espirales
De esos juegos de luz diferente,
Cual las aguas de artística fuente
Que se escapan en giro fugaz?

Allí están los colores del iris,
Allí brillan del ópalo aquellos,
Reflejando su luz todos ellos
En la hermosa esmeralda del mar.

Te descubres y el alma se alegra,
Y en secreto se expande la vida,
Pues en tí y en las flores se anida
Misterioso un aliento vital.

¡Ay de aquel que al mirarte no siente
De esperanzas y amor un destello,
Y de Dios no comprende lo bello
Cuando doras los cielos y el mar!
Son los lazos del hombre y el ángel:
De la aurora los bellos colores,
La armonía, la tarde, las flores,
Y la casta y risueña beldad.

¡Salve, salve, magnífica aurora,
Cabellera de alado querube
Que esparrama sus rizos y sube
De bañarse en el centro del mar!
Allí está un laberinto de rosas,
Allí cisne en lago azulado;
¡Salve, salve, bosquejo alumbrado
Del jardín primitivo de Adán!

Que no invada tu plácido alcázar
El soberbio monarca del día,
¡Ay, que entonces la bella arquería
Cae deshecha en las olas del mar!
Que sus rojas oleadas de rayos
No derrame en tus suaves jardines,
¡Ay, que entonces los blancos jazmines
Y las rosas, quemadas serán!

Sí, conserva tu ramo de luces
En su hermoso jarrón de esmeralda,
Y una flor llevará á su guirnalda
Quien recoge las flores del mar.
Quien, con alma y con ojos cansados,
Teme al sol y las sombras adora,
Y la luz la procura en la aurora,
O en la tarde, la noche al llegar.

Ya la cándida luz de la mañana
Despareció en los límites de oriente,
Y en su pomposo pabellón de grana
Descubrió el sol su poderosa frente.

Ya perdiose la plácida y tranquila
Cambiante luz de la risueña aurora;
Y al fijarse en oriente la pupila,
Herida por el sol, trémula llora.

Así se desvanece el puro y tierno
Primer albor del corazón humano,
Cuando de las pasiones el infierno
Alza en el alma su poder mundano.

Eres creador, oh sol; en tu camino
Hombres y mundos con placer te miran
Gracias por los demás: El PEREGRINO
Solo canta tus rayos cuando expiran.

Ama la tarde como busca y ama
En pudorosa virgen la tristeza;

Y á su alma choca tu radiante llama
Como mujer de lúbrica belleza.

Foco eterno de luz, padre del día,
El mundo adora tu esplendente huella;
Gracias por los demás. CARLOS daría
Cien soles como tú por una estrella.

Ostenta el genio sus lujosas galas
En el tranquilo reino de la noche;
El amor y la fe baten sus alas,
Y abre la flor su delicado broche;

CARLOS contempla en tu brillante imperio
La inspiración de su alma sin colores,
Llorar su amor la ausencia del misterio,
Y heridas por tu luz morir las flores.

Es un hombre no más bajo tu lumbre,
Y en medio de la noche es un poeta:
Lo arrastra con tu luz la muchedumbre,
Y es solo y ángel en la noche quieta.

Jamás le diste inspiración ninguna,
Ni hojas de mirto á su secreta historia,
Y debe al rayo de la blanca luna
Mucha felicidad y mucha gloria.

Pasa sobre el cenit, rey de los astros,
Baña de luz tu espléndido camino,
Que no echa flores en los claros rastros
El oscuro y altivo PEREGRINO.

CANTO DEL PEREGRINO

SÚPLICA

Espíritus del alma que conducis la mente
Con misteriosas alas más lejos del presente,
Más lejos de las cosas que nuestros ojos ven;
Y donde ya la lumbre del porvenir vacila,
Y donde con su rayo no alcanza la pupila,
Llegais y con vosotros el ánima también:

Venid, y arrebatada mi herida fantasía,
Que llegue en vuestras alas hasta la patria mía
Tras las oscuras rocas que miro en confusión:
Son ellas de mi patria la poderosa mano
Que en el confin detiene las ondas del oceano
Para escudar los prados que habita el patagón:

Arrebatadme el alma para poder, de hinojos,
Reverenciar la tierra que niegan á mis ojos,
Empero que es mi patria, la dicha de mirar,
Y pueda con la mente palpar estos parajes,
De virgen poesía, magníficos paisajes,
Que están tras de las rocas que miro desde el mar;

Y pueda con la mente mirar en sus regiones
Aquellos colosales soberbios patagones,
Sin freno dominando su indómito corcel;

Y cual la rauda flecha de su carcax de cuero,
Y cual las raudas alas del silvador pampero,
Pasar de los desiertos el último dintel.

En su tostada frente las coloradas plumas
Y piedras cristalinas que cubren las espumas
Del mar que se derrama por el estrecho allí;
En el nervoso brazo la desmedida lanza
Que mata con el peso, cuando á tocar alcanza,
Y en los desnudos hombros el ancho *quillapí.*

Y verlos en la tarde, cuando la tribu acampa
De soledad rodeada sobre la inmensa pampa,
Huyendo á su presencia los potros y el yajá;
Y verlos, sin cuidarse de huella ni de rastro,
Confiados en su marcha, del brillo de algún astro
Que asoma y con su rayo la brújula les da.

Y verlos levantarse, con su salvaje calma,
Y al lomo de sus potros cual á segura jalma,
Saltar y estar el hombre clavado al animal;
Y luego como el viento cruzar rápidamente
Su patria los desiertos, do queda solamente
De América, su madre, la forma original.

Su patria, los desiertos, de cuya vasta orilla
No osó ir mas adelante la gente de Castilla
Para matar sus hijos en nombre de la cruz;
O acaso para darles la lengua en que no escucho
Ni el arte ni las ciencias, y que dejó por mucho,
Por único recuerdo de bienes y de luz.

Y pueda con la mente llegar hasta la roca
Donde se quiebra el Andes y en el estrecho toca
De su cadena inmensa como último eslabón;
Y ver sobre la tierra donde nací á la vida
La frente de los Andes, quebrada y abatida,
Rindiendo á los desiertos honor y admiración.

Y pueda, de una en otra, por las montañas largas
Que el rayo de la aurora reciben en sus bargas,
Correr las cordilleras que por mi patria van;
Hasta que llegue al pico soberbio de Aconcagua
Donde fermenta eterno, dentro profunda fragua,
Para quemar las nubes el sin igual volcan.

Y cerca de los cielos, del cráter á la orilla,
Sobre la eterna nieve, doblada la rodilla,
Saludaré entusiasta la patria en que nací;
Y lleno de recuerdos é inspiración entonce,
Pulsando las bordonas de mi laud de bronce,
La gloria de sus armas le cantaré de allí.

La gloria que el reflejo de sus fulgentes brillos
Deslumbrará en diez siglos el león y los castillos
Que el godo levantara por símbolo español,
Cuando al brillar el oro del estandarte ibero
Los otros apagaban su brillo pasagero,
Cual hacen las estrellas al asomar el sol.

Que porque son doradas las hojas de su historia
Mostrando en cada letra de su opulenta gloria
Que en españolas venas no hay sangre sin valor,

Fué grande de mi patria la coronada hazaña
De haber hecho pedazos el pabellón de españa,
Cercada de adalides del castellano honor.

Mirad de esa Aconcagua sobre el cristal de hielo,
Do paran sin aliento los cóndores el vuelo,
La conocida huella del argentino pie.
Corred para mirarla también en Uspallata,
Que no es al argentino la cordillera ingrata,
Como los anchos valles que el occidente ve.

Sobre ella palpitaron valientes corazones,
Marchando por la nieve soldados y cañones,
Haciendo entre las nubes el pabellón lucir.
Y encima de los Andes, con hecho sin segundo,
Jugando iba mi patria del porvenir de un mundo
Los dados que debieran la suerte decidir.

Afronten mis pupilas el descubierto rayo
Que se quebró algún día sobre el fusil de Mayo
Que hería de los cielos el transparente tul;
Y atónitas contemplen los hondos precipicios
Por do bajó al impulso de santos sacrificios,
Para cubrir ingratos el pabellón azul.

Desde Aconcagua puedan los ecos de mi lira,
A Chile, que grandezas y libertad respira,
De Chacabuco hablarle y hablarle de Maipú;
Y un eco discurriendo del Andes por la cima
Repita, entre cien otras, las de Ayacucho y Lima,
Mezclando entre victorias, Colombia y el Perú.

¡Mas, eh, la patria mía se paga con su gloria!
Fué sola en otros tiempos, y sola en la victoria
Mañana á sus tiranos abatirá la sien...
Yo cantaré en la cumbre de los altivos Andes
La fe que sostuviera los corazones grandes
De los que ya á sus plantas los luminares ven.

Yo cantaré victorias sin pronunciar enojos:
Yo miraré los pueblos sin fluminar mis ojos,
Que tras la cordillera sobre la mar están,
Y el porvenir de todos saludaré en la cumbre,
Bañado de otros tiempos en la fulgente lumbre,
Mientras despido aquellos que túrbidos se van.

Y en tanto que mi lira sobre Aconcagua loa
Los pueblos que salpican las ondas de Balboa,
Por el clivoso hielo mi espíritu escurrid;
Y baje la montaña por la argentina grieta
Que toca con sus valles Mendoza, la coqueta,
Bajo el dosel dormida de su frondosa vid.

Y allí sobre los campos por bendición opímos,
Cubriendo mi cabeza dulcísimos racimos
Y oyendo de las fuentes la armónica inquietud:
Mirando por el Andes bajar la caravana,
Y entrando por el llano la tropa tucumana,
Con cuerdas de mi patria resonará el laud.

Y acaso á sus sonidos la esbelta mendocina,
Con sus cabellos negros y tez alabastrina,
Del trovador al lado se acercará gentil;

Y juntos, y á la sombra de perfumada parra,
Se pierda entre las hojas el son de una guitarra
Pulsada dulcemente por manos de marfil...

Espíritus del alma, llevadme todavía
Más lejos, sí, más lejos, que hoy quiere el alma mía
Correr sobre mi patria y en ella respirar;
Llevadme, que son muchos mis años de proscrito,
Los años que las playas del extranjero habito,
Las puertas de mi patria rondando sin entrar.

Llevadme, que es amarga la miel del extranjero,
Sus días no son claros ni el aura lisongero,
Sus frutas son muy agrias y pálida su flor;
Llevadme, que en su aurora, mi vida se acongoja
Perdiendo cada día su flor, hoja por hoja,
Que se las lleva el soplo del frío desamor.

Paseadme por los valles, y al claro de algún astro
Mostradme esas lagunas, cual platos de alabastro
Con aguas que se entibian al pie del Limarí.
Llevadme hasta la Arauca sin miedo que peligre;
Que el *tigre de la pampa* mató al *llanero tigre* (1)
Hiriéndole dormido, con rudo frenesí.

De Catamarca rica, de Salta la gloriosa
Llevadme hasta los bosques donde la luz se embosa,
Bañadme en esos ríos que incógnitos están.
Con flores de cien prados tejedme una guirnalda,

(1) Quiroga : era llamado vulgarmente en las provincias: El tigre de los llanos.

Y pues estoy dormido con sueños de esmeralda,
Bajadme á los jardines del fértil Tucumán.

Del naranjal espeso bajo la fresca sombra
Dormido reclinadme sobre la blanda alfombra
De dardos que codician las jarras del Edén;
Y cuando me despierten las aves bacanales,
Cubierto me contemple por dulipán y chales
De azahares que cual lluvia del naranjal caen.

Y en tanto que en las ramas murmuran las palomas,
Y los jilgueros trinan en las doradas pomas,
Y están las mariposas besando el alhelí,
Presenten á mis labios la perfumada mora,
De la colmena blanca las mieles que atesora,
Jugosos arrayanes y el dulce *piquillí*.

Y vibrará mi lira dulcísimos sonidos,
Que embriaguen cual embriaga los ávidos sentidos
La lúbrica belleza que ostenta Tucumán;
Jardín con laberintos de luces y de grutas
Donde se guardan flores y pájaros y frutas,
En mesas de esmeralda que las praderas dan.

Llevadme; que yo pueda gozar en la belleza
Del único tesoro de la naturaleza
Que al suelo de mi patria le regalara Dios;
Y allí bajo tan dulces y suaves impresiones
Olvide mis pesares, y sienta mis pasiones
Hablar al pecho mío sin tan pujante voz.

Un poco más de vuelo, y en vuestras raudas alas,
Y revestida el alma de flores y de galas,
Por compasión llevadme donde mi cuna fué.
Y cual se olvidan quejas á la mujer querida
De sus amantes ojos bajo la luz de vida,
Mis años de destierro, mi llanto olvidaré.

Bajad por las corrientes que el Paraná desata,
Y la hallareis á orillas del caudaloso Plata
La música escuchando de su gigante voz.
Allí do se contemplan los claros horizontes
Y la mirada hiende sin tropezar con montes
Que tuerzan á los vientos en su ímpetu veloz.

Allí donde levanta su frente descubierta,
Como águila parada sobre extensión desierta
Que mide con sus ojos el circular confin;
Como de extensa plaza sobre el marcado centro,
Para mirar si llega quien le vendrá al encuentro,
Pasea sus miradas el noble paladín.

Del alto San Isidro sobre las verdes lomas,
Do llegan de sus bosques rodando las aromas
Y del jazmín del aire la esencia virginal,
Sus diez y nueve torres descubrireis sombrías,
Como fantasmas negros que de las ondas frías,
Levantan de improviso su cuerpo colosal.

Allí está Buenos Aires; el vaso de esmeralda
Que guarda transparente las joyas y guirnalda
Que relumbraron antes en la Argentina sien.

Allí está mas hermosa con su desgracia misma
La inconsolable viuda que en su dolor se abisma:
El ángel que ha dejado las puertas del Edén.

De allí se levantara la estrella que siguieron
Por montes y desiertos los pueblos que salieron
A ver el nuevo Cristo del mundo de Colón,
Y siempre caminando tras su fulgente rayo,
El Cristo descubrieron que les predijo Mayo,
En cunas de banderas, al lado del cañón.

Y todos el bautismo tomaron en la fuente
Que el Plata les llenara con rápida corriente,
Y toda fué bendita la americana grey;
Y fuera para todos su religión segunda
La *libertad* del Plata, benéfica y fecunda,
Su nuevo Jesucristo, su prometido rey.

Velando de la patria la sacrosanta pira,
Los triunfos del guerrero cantaban en la lira
Los bardos inspirados bajo la patria luz;
Y allí está el primer templo que al porvenir recuerda
Donde vibró primero la americana cuerda
Los verdaderos nombres de libertad y Cruz.

Con blancas vestiduras y celestinos lazos
Las madres levantaban sus niños en los brazos
Para cantar á Mayo cuando naciera el sol,
Y allí fué la primera generación que toma
De libertad y glorias americano idioma,
Su corazón pasando por límpido crisol.

Allí venid conmigo, bellísimos delirios;
Yo quiero iluminarme con su millar de cirios
En medio de la santa grandiosa catedral.
Yo quiero pues que vuelvo junto á mi tierna madre
Dar gracias de rodillas al justiciero padre,
Donde mojó mis sienes el agua bautismal.

Salid de la memoria recuerdos punzadores,
Yo quiero dentro el alma fraternidad y amores
Cuando hoy toca mi planta la tierra en que nací.
Al pie de la columna de nuestro Mayo santo,
De paz y de esperanzas elevaré mi canto...
Señor, mi pecho late, la inspiración en mí!

Venid en torno mío, bellísimas mujeres
En cuya boca juegan la risa y los placeres,
En tanto que en el pecho cobíjase el pudor;
De quienes la cintura las sílfides envidian,
Y cuyo pie las gracias por conquistarle lidian,
Y cuya tez da celos al matinal albor.

Venid é iluminadme con la pupila negra,
A cuyos dulces rayos el corazón se alegra,
Como á la luz que vierte la luna sobre el mar.
Venid, hijas del Plata, con ramos de jazmines
Y rosas que en la tarde tomais de los jardines
Que vuestras lindas manos se esmeran en regar.

Venid y coronadme—Yo soy el PEREGRINO,
Que, andando en otras tierras en pos de su destino,
Cantó de Buenos Aires las glorias y el honor.

Venid, y vuestros ojos con su apacible lumbre
Inspiren á mi lira preciosa muchedumbre
De acentos perfumados con ámbar del amor.

Yo he visto en mi destierro mujeres hechiceras,
Mas, recordando luego del Plata las riberas,
He dicho entusiasmado: «más lindas son ALLÍ»:
Las rosas he tenido de espíritu el más blando:
Llevarlas quise al pecho, y el pecho suspirando
Me ha dicho « de ALLÍ » quiero más tarde un alhelí.

Contadme sin misterio vuestra pasión secreta
Y os formará romances mi mente de poeta,
Y encontraré en vosotras lo que perdiera yo;
Que, apenas de mis años en la estación florida,
Al sol del infortunio se acongojó mi vida,
Como silvestre lirio que el huracán dobló.

Y luego al separarnos os pediré una rosa,
Cuando mi sien descanse bajo temprana losa
A orillas de ese Plata que heló mi juventud;
Mas no de vuestros ojos os pediré una perla,
Creríame infelice dentro mi tumba al verla,
Y yo pido á mi patria siquiera mi ataúd.

Espíritus del alma que conducís la mente
Con misteriosas alas más lejos del presente,
Más lejos de las cosas que nuestros ojos ven,
Venid, y con mis sueños de lirios y amapolas,
Llevadme hasta esas rocas que miro tras las olas,
Son rocas de mi patria: la patria es el Edén.

CANTO UNDÈCIMO

AL BRASIL

I.

En medio de la bóveda celeste,
Como globo de fuego chispeante,
Vierte océanos de lumbre rutilante
El sol enrojecido del Brasil.

La nube con estambres carmesíes,
Diáfano forma y vaporoso velo,
Que vaga muellemente por el cielo
En un día magnífico de Abril.

La frente del Janeiro, iluminada,
Parece que se eleva con los montes
A contemplar los rubios horizontes
Que circundan las sierras y la mar.

Cual asamblea extraña de gigantes
Con fibras de metal, piel de esmeralda
Las montañas contemplan en su falda
La señora imperial velada estar.

La brisa con el ámbar perfumada
De una vegetación que en ser eterno

No le importa de estío ni de invierno,
Los perfumes esparce del jazmin.

Y la inmensa bahía, la primera
En bellezas, en lujo, en mansedumbre,
Como un cristal la enrojecida lumbre
Refleja por su líquido sin fin.

Sobre ese mar sin ondas muellemente
Una graciosa nave se desliza,
A quien la tibia perezosa brisa
Va llevando á las puertas de la mar;

Y en el mástil los linos suspirando,
Ora se hinchan al viento, ora se abaten,
Y en el rebelde lienzo libres baten
La flámula y las cuerdas sin cesar.

Parece que la nave amedrentada
Al rumor de las ondas del océano,
En ese de cristal dormido llano
Quisiese su carrera detener;

O que Dios á la brisa adormeciendo,
Dijese al navegante que suspira:
« Sal paso á paso y contemplando admira
« Esta magnificencia de mi ser.

« Esta bella guirnalda americana,
« Hipérbole de lujo y fantasía
« Que en mi pasmosa creación un día
« Reveló mi entusiasta inspiración ».

Y es en verdad la hipérbole del cielo
Cuanto el Brasil en su Janeiro encierra,
Desde la luz del sol hasta en la tierra
La eterna colosal vegetación!

Y ¿quien va en esa nave que tranquila
Surca el límpido arroyo de cristales,
Para luego quebrar las colosales
Soberbias hondas del pujante mar;

Como al salir de la niñez la vida
Por el canal de mansas afecciones,
Surca luego en el mar de las pasiones
Naufragando y luchando sin cesar?

¿Quien dice adios al paraíso bello
Del mundo americano? El PEREGRINO,
El hijo predilecto del destino,
El artista que lleva el huracán,

El que ha dos años sobre el mar dejamos
Arrullado por roncas tempestades,
Y que hoy vuelve al altar de sus deidades
Que en viento y olas con su mente van.

Ya está sobre los mares; ya habita en su elemento
Ya marca en las arenas sus garras el león;
Ya el aguila recorre, mecida por el viento,
Y atropellando nubes, su cóncava región.

Su corazón salvaje se expande dentro el pecho
Por respirar la brisa valiente de la mar;
Sus ojos se dilatan para salvar el trecho
Que puede uu horizonte del otro separar.

A su alma en el oído reconcentrada afina
Para del mar el rudo concierto percibir:
Su frente descubierta sobre la borda inclina
Para la blanca espuma de la onda recibir.

Ya está sobre los mares. Ya envuelven su camino
Los vientos, los abismos, las tempestades: bien.
Salud, benigna estrella; ya puede el PEREGRINO
Bajo tus dulces rayos adormecer la sien.

Ya puede, desprendidos sus lazos con el mundo,
Volar á los espacios su espíritu hasta Dios:
Ya bátenle los vientos, y sobre el mar profundo
Ya mira de una nube la tempestad en pos.

¡Salud, obras gigantes de la naturaleza!
¡Salud, de los oceanos tranquila soledad!
El hombre ante vosotros inclina la cabeza
Y al genio reverencia de la divinidad.

Y el mundo desparece; la humanidad se abisma,
Se borran los recuerdos, extínguese el dolor;
Y solamente vagan los ojos en un prisma
De eternidad y calma, felicidad y amor.

Al viajador errante ¡oh mar! de tu desierto
Sin que lo sepa su alma, le sirve de crisol,

Y ante la fé se inclina, purificado y cierto,
Al claro de los astros ó al descender el sol.

El hombre, ese rebelde proscrito sobre el mundo,
Que aún no ha reconciliado la sangre de la cruz,
Se sublimiza, si ama, y en nuevo ser fecundo,
Se torna á las regiones de su primera luz.

Pues bien: en tus espacios, sobre tu blando llano,
De tu silencio eterno bajo el extraño imán,
Es fuente de afecciones el corazón humano,
Y los recuerdos dulces en primavera están.

Allí ve entre las nubes, bajo la triste luna,
La fugitiva sombra de su primer amor;
Y el maternal acento que le arrulló en la cuna
Percibe de las olas y el céfiro al clamor.

Allí llevan suspiros las alas de la brisa;
Allí ven las estrellas la lágrima brotar;
Allí tranquilos ojos en éxtasis divisa
La tarde que desmaya sus luces en el mar.

Es ese amor del alma dulce, tranquilo, santo,
Que mezcla en la memoria la tierra y el Edén:
Que sublimando al hombre con su divino encanto
La culpa de profano le borra de la sien.

¡Oh mar! También el hombre se eleva hasta los cielos
Cuando en gigantes alas el pensamiento va,
Y en medio á tus desiertos das pábulo á los vuelos
Del genio que en su cárcel por caducar está

Las roncas tempestades vibrando por tus ondas
Cuando revienta el trueno del huracan en pos:
Las olas que vomitan tus cavidades hondas
Para apagar los rayos en su ímpetu veloz:

Tu inmensidad desierta, sin luz, sin horizontes,
Do al brillo de improviso relámpago fugaz
Se miran solamente los movedizos montes
Que ruedan al empuje del huracan tenaz:

Todo esto, es para el alma, lo que es para el acero
La misteriosa mágia del poderoso imán:
Lo que es el cañonazo para leal guerrero
Que descuidado duerme cuando la seña dan.

En altas concepciones vagando en los espacios
El alma se levanta como la mar, sin ley,
Del trueno y de los rayos recorre los palacios,
Y se hace, como el viento, de los espacios rey.

¡Ah, pueda el Peregrino de nuevo sus pasiones
Y el temple de su mente sobre la mar medir.
¿Dos años lo agostaron? ¡Eh! no; hay corazones
Que acaso en el sepulcro se escuchará latir.

Ya está sobre los mares. Ya habita en su elemento,
Ya marca en las arenas sus garras el león.
¡Que bellos son los astros y el ancho firmamento
Mirados de la nave que impele el aquilón!

Adios, Janeiro hermoso... del bardo PEREGRINO
Te lleguen en las olas los ecos de su voz...

La página más bella te debe su destino...
Adios, Río Janeiro, CINCO DE ENERO, adios.

Cuando ha dos años, dijo: «Janeiro, yo te dejo».
Y se lanzó á los mares, sin fe en su porvenir,
Por ti de amor sentía ni un pálido reflejo,
Y tibio cual tu brisa te saludó al partir. (1)

Empero, no fué injusto con tu sin par grandeza
Y saludó entusiasta tu cielo tropical;
Cantó lo portentoso de tu naturaleza
Y veneró en tu suelo la mano celestial. (2)

Los mares le cerraron su caprichoso paso
Y el hado entre los vientos lo recondujo á tí.
¡Ay, cuantas impresiones á este hombre del acaso,
Janeiro reservabas para hospedarlo así!

II

En vosotras montañas,
Que con un sol de llamas en la frente
Y el fuego del metal en las entrañas,
Parece que del suelo de repente

---

(1) . . . .
Tibio su pecho cual su tibia brisa
Ni un suspiro de amor ni una sonrisa
Al dejar tus riberas te regala.
Nadie tampoco de dolor exhala
Un suspiro por él.... Miró tus flores
Y no sabe cortar de sus olores....

(CANTO PRIMERO)

(2) Descripción de la naturaleza tropical.—(CANTO TERCERO).

Os escapais, para pedir á prisa
A los cielos un hálito de brisa,
Alguna vez, oculta por las yedras,
Una letra hallarán en vuestras piedras.

El pie del PEREGRINO
Ha tocado la sien de vuestras moles,
Y más arriba de las densas nubes
Ha dormido á la sombra de algún pino
Bajo un cielo bordado de arreboles,
Su sueño acariciando
El plácido murmullo
De la brisa en las palmas resbalando,

O el armónico arrullo
De las fuentes corriendo cristalinas
Con bulliciosa voz por mil canales,
Y en hebras serpentinas
Por entre los sahumados vegetales,
O al tocante y agudo
Silbido de las sierpes escondidas,
Bajo el leve dosel de hojas caídas
Que al rodar turban el silencio mudo;

Y al llegar á su oído
De montaña en montaña el ronco trueno
Rodando en compasadas vibraciones,
¡Cuantas veces ha visto conmovido
Sin mancha el cielo iluminar sereno,
Y cual negras visiones
Que velan de los montes la cintura,

Rodar las nubes destilando el agua,
Y entre los velos de su niebla oscura
Prender los rayos en etérea fragua!

¡Volar desde la falda
Las espantadas aves á la cumbre,
Y sobre las coronas de esmeralda
Beber del sol la brillantina lumbre,
Mientras que al pie de la montaña quedan
Oscuras nubes que tronando ruedan!
¡Muchas veces, así, llena de espanto,
En sublime abstracción se escapa el alma,
Y en un cielo sereno
Vaga la mente en religiosa calma
Por no escuchar del seno
En rudas vibraciones
La tormenta infeliz de las pasiones!..

Arquerías de espléndidos torrentes
Que coronais la sien de la Thijuca (1);
Pintoresca cascada

---

(1) La Thijuca es la montaña más elevada de las que están á la vista del Río Janeiro. Pertenece á la Serra do Mar, cadena de montañas del litoral del Brasil que corre casi paralelamente á la costa del Imperio, al N. E. de Río Janeiro, inclinándose hacia el Río doce y terminando cerca de Bahía por los 12º 58' de L,

Es de esta montaña que se precipita la cascada de su nombre, cuyas aguas son recogidas en el Corcobado por el costoso acueducto del Janeiro que las lleva á la fuentes de la ciudad.

Yo conozco bien el flanco vulnerable que presentará á la crítica la parte descriptiva de este canto. Sé que acusará de excesivo el entusiasmo con que pinto las bellezas de algunos cuadros de la naturaleza en el Brasil. ¿Como hablar de la Thijuca cuando existen los Andes; de la cascada de aquella, cuando existe la del Niágara?

En efecto, considerada por su tamaño, la Thijuca con sus 2.300 pies ingleses sobre el nivel del mar, está en proporción de 1 á 10 con la montaña de Aconcagua por ejemplo, en los Andes argentinos, que tiene 23.000 pies sobre el nivel del mar; el más alto volcán que existe sobre el globo.

Y la cascada de la Thijuca desaparece al recuerdo de la del Niágara, cuyo estruendo, como dice Heredia, es una tormenta para muchas leguas en

Fuente de cien arroyos y cien fuentes,
Reverencia y loor á tu grandeza,
Y á tu sublime bello
Que hace inclinar del hombre la cabeza
Enseñando de Dios el sacro sello.

¡Oh! si en rápidas ondas,
Ese arco colosal de agua y colores
Que formas al lanzar tu torbellino,
No se precipitara en las montañas,
Y de una en otra cavidades hondas
No corriese apagando los rigores
Del fuego tropical en las campañas,

---

derredor, y cuyo arco, como dice Chateaubriand, es un cielo de agua para el que se coloca bajo de él.

Pero la imaginación no mide las bellezas por el tamaño de los objetos, ni la novedad por la superioridad de ellos sobre otros de su rango. La belleza de los objetos físicos de la naturaleza y aun la sublimidad misma, nace de cualidades bien distintas de las proporciones del tamaño, y una belleza trae siempre en si misma el sello indefinible de una grandeza superior á todas, la grandeza de la creación. La novedad de los objetos no está tampoco en su originalidad propia: está en la imaginación del que los contempla. Sobre la corteza de la tierra nada hay nuevo, nada superior, sino comparativamente. La novedad nace para el hombre, á la contemplación de un objeto, de la no recordación de otros iguales. Y para un hijo de Buenos Aires, cuya mirada está habituada á sumergirse en los horizontes, atravesando la inmensidad de los desiertos sin encontrar más obstáculos que los accidentes de la atmósfera, son una novedad, sin duda, las montañas que hacen alzar su cabeza sobre los valles del Brasil, no importa que no la alcen tanto como las de Pichincha, de Cayambé ó del Chimborazo.

Y si belleza puede entusiasmar la imaginación de un hombre, hasta el extremo que él saque á los objetos de su orden natural para engrandecerlos, á esa Thijuca, esa cascada que parece un chiche de mujeres si se recuerda las descripciones de las vertientes del Atlas, los torrentes de Escocia, ó del Niágara y Tekuendama, en América, son acreedoras al más alto grado de aquel entusiasmo. Ninguno de los viajeros europeos que ha visitado el Janeiro, ni aun aquellos que se han empeñado más, (por ese prurito de despreciar á la América que respira tanto en las obras de sus visitadores de Europa) en presentar bajo feos colores la fisonomía del Brasil, se han atrevido á negar el bello sorprendente de la naturaleza del Janeiro.

Los mismos William Guthrie y después Hyacinthe Langlois, que corrigió la obra de geografía de aquel, que contiene lo peor que se ha escrito sobre la América Meridional en geografía física descriptiva, como en política é historia, no puede menos de hacer la declaración siguiente.

«Se sale apenas del laberinto perpetuo de la capital de este joven imperio (el Brasil) y cuando los cuadros más seductores vienen á herir nuestras miradas: la naturaleza embellecida con todos sus tesoros parece enriquecerse más todavía á medida que se avanza en el país. De cualquier punto

Y dando vida en la caldeada roca
Al rudo vegetal y al yermo suelo,
Como el soplo de Dios baña la esfera
De mundo en mundo, y cuanto raudo toca
Vive y forma la eterna primavera
De la pasmosa creación del cielo,
¡Ese arco cristalino
Reflejaría, acaso,
La descubierta sien del PEREGRINO
Cuando la vez primera lo admiraba,
En momentos que el sol desde el ocaso
Sus postrimeros rayos apagaba,
Y el lánguido color de los topacios,
Matizaba el zafir de los espacios,

«elevado se descubre en todo su esplendor la bahía sembrada de islas esme«raltadas, al puerto cubierto de un bosque de mástiles, la ciudad y sus al«rededores: el aspecto verdaderamente mágico de tantos objetos bellos y «variados, dan origen á sensaciones tan dulces y deliciosas, que el hombre «se encadena á pesar suyo como clavado al lugar que ocupa, tan grande es «y magnífico el cuadro brillante que se desenvuelve á sus miradas sorprendidas!»

No es el tamaño, pues, es la belleza de esas montañas, la variedad de sus formas ligeras y graciosas, su pintoresca vegetación que no cede jamás al influjo de las estaciones, y que como un manto de flores cubre esas montañas que á cada giro del ojo ofrecen un panorama diferente y poético: es esa abundancia de la naturaleza que rebosa vida y opulencia por doquiera: es esa animación constante que rodea la naturaleza del Janeiro, lo que ha movido el entusiasmo del PEREFRINO. Y es sobre esas montañas, á la contemplación de esa poesía de la naturaleza, y al arrullo de esa armonía eterna de fuentes y de hojas que ruedan de monte, en monte, sobre las alas de la brisa, que él ha escrito muchos de sus versos y que ha repetido más de una vez estas palabras de Lord Byrón:

«En momentos como estos es cuando nos encontramos menos solos que «nunca; es entonces que se despierta en nosotros la conciencia íntima de lo «infinito. Este sentimiento purifica y enmudece todo nuestro ser. Es á la «vez el alma y la fuente de una melodía que nos recuerda la armonía eterna «y reparte un encanto nuevo sobre cada objeto; encanto que hiere á los «hombres con una arma material. Cuán bella era la idea de los primeros «Persas, de elevar sus altares sobre las cimas de las montañas, y de rogar al «Eterno en un templo sin aparato y sin murallas, mirando como indignos «de él los monumentos religiosos que la mano de los hombres construyera!

«Comparad la tierra y el aire, esos templos de la naturaleza, á vuestras «columnas, á vuestros templos griegos ó góticos, y ya no encerrareis vues«tras plegarias en lugares tan limitados.»

Montevideo, Noviembre de 1846.

Y en el arco ruidoso y movedizo
Relumbraba del ópalo el hechizo!

Allí, y en esa hora
Melancólica y dulce de la tarde,
Viendo lánguidamente
Morir del sol el amarillo rayo,
Viendo en el trono de la ausente aurora
Mostrar la noche su severa frente,
En medio de ese tímido desmayo
De la naturaleza, cuando mira
Nacer la noche y que la tarde expira,

Allí, la alma embriagada,
Respirando una brisa perfumada
Con los dulces alientos de las flores,
Que no ha tocado el ¡ay! de los dolores,
Y que parece, cuando el rostro toca,
En vez de brisa, el aliento de las puras
Seráficas criaturas
Que en las nubes de perlas y zafiro
Exhalan tiernas de su dulce boca,
Allí, sobre la cumbre de esa tierra
Que ha visto deslizarse uno por uno
Los siglos de la tierra
Sin conservar el rastro de ninguno,

Sobre aquesas montañas
Que cual fibras de vida los metales
En mineros sin fin forman su entraña,
Como forman las venas

De su pecho y sus miembros colosales
    Los ríos desprendidos
    Que llevan confundidos
El oro y los diamantes por arenas;
    Allí, sobre su frente,
Ese arco estrepitoso del torrente,
Y al poder de tan fuertes impresiones
    El joven PEREGRINO
Ha sentido tal vez revelaciones:
Mezcla de mundanal y de divino,
Pero sublimes, cual sublime viera
La cascada, los montes y la esfera.

El comprendió quizá que sobre el mundo
No se ha perdido todo, cuando queda
Dentro del corazón rayo fecundo
De inmaculada fe... fuente do pueda
Tomar el corazón dentro sí mismo
De la conciencia espiritual bautismo.

Se abrillantó el recuerdo en su memoria;
Sintió el eco de Dios en la conciencia;
Y patria y madre y religión y gloria
Dibujaron un prisma en su presencia.

    Y al rumor del torrente,
Y á la postrera luz del tibio día
    Sintió que le decía
El corazón latiendo dulcemente:
«Aun necesito *amar*»...; ¡palabra santa!

¡Ósculo que se dan reconciliadas
La humanidad y el alma entusiasmada!

Mas ¡ay! esa palabra dentro el seno
Vierte oculta la vida y el veneno.
Es la revelación indefinible
De esas almas que viven de armonía
Por su secreta condición sensible;
Y es ¡ay! para la humana criatura,
En su misión de llanto y de agonía,
Su sensibilidad, su desventura.

¡Insondables misterios
De eso que llaman corazón del hombre!
¿Por qué esos espectáculos salvajes
De la naturaleza en sus imperios:
Esos cuadros sin nombre,
Panorama de luces y paisajes;
Ciertas horas, los montes, el océano,
Todo lo que sorprende en la natura,
Hace amar y temer al pecho humano
Levantando hasta Dios su criatura?

Ello es así; parece que la vida
De su materia débil asustada
A la faz de las grandes creaciones,
Corre á buscar guarida
Al centro de los otros corazones,
O ante el Supremo Ser desalentada,
Como tímida virgen, sorprendida
En medio á su jardín por la tormenta,

De otra niña hasta el brazo,
O al amoroso maternal regazo
Corre y temblando sus temores cuenta.

Ello es así: marchad en el desierto,
Contemplad la grandeza de los mares
O paraos en la sien de una montaña,
Y un místico concierto
De recuerdos, de afectos y pesares,
Os toca el corazón con voz extraña.
Contemplad un cadáver,
O escuchad la fatídica campana
Que al expirar el día,
Llama al templo de Dios la alma cristiana
Para el lleno de amor *Ave Maria,*
Y vuestro corazón, en lo profundo
De su ser misterioso, ama y padece,
¡Porque nada en el mundo
Ante los ojos del mortal perece,
Sin robar un suspiro, sin que triste
Perezca repitiendo
Que morirá también cuanto hoy existe!

Espléndida cascada, en el estruendo
De vuestro torrentoso torbellino
Que magnetiza el corazón del hombre,
Escapado en la voz del PEREGRINO
Para siempre jamás perdióse un nombre....
Pero al menos mezclóse la armonía
De tu grandiosa orquesta,
En los palacios que abrillanta el día,
Donde vese de Dios la eterna fiesta.

Mas de ese nombre vivirá una letra
Oculta por tí misma entre las rocas,
Que si en tu raudo torbellino tocas,
Ni sin quebrar tu rayo el sol penetra,
Como bajo las bóvedas del templo,
A la luz de los pardos luminares
Viven en los altares
Palabras santas de amoroso ejemplo.

¡Ah, no llamen profano
El labio mío, no, cuando confundo
Un recuerdo de Dios y otro mundano!
Esa mezcla de barro y de divino
Que apellidamos *hombre* sobre el mundo,
Magnifica en el lodo su destino,
Cuando en medio á la espléndida grandeza
De las obras de Dios, tierno se inflama
A esa chispa vital que amor se llama,
Y que al aliento del Señor prendida,
Velar por su pureza
Es la misión celeste de la vida!

¡Ay! quien no sabe amar, de Dios no sabe,
Ni en su pecho glacial la virtud cabe!
¡Y, cómo el pensamiento arde y delira,
Y, cómo el corazón enamorado
Al palpitar suspira
Bajo esa luz del trópico tostado!
¡Y, cómo esa ciudad que ora me inspira,
Contiene entre sus límites de cerros
Cuanto el trópico ostenta por belleza

En su fértil gentil naturaleza!
Quien no ha visto la luna levantarse
Sobre la aguda sien del Corcobado,
Y con su luz de plata iluminarse
Esa llanura de cristal bruñido,
Que un pedazo del mar forma escondido,
Acariciando apenas
Del bello Botafogo las arenas (1):

---

(1) La bahía de Río Janeiro divide esta ciudad de la de Nictheroy (ó Playa Grande, capital de la Provincia, con una anchura de 3 á 3 1/2 millas. Las montañas del Janeiro y de Nictheroy, que no son sino eslabones de la bahía. El cerro llamado Pan de Azúcar y los últimos declives del Corcovado, son los que, de la parte del Janeiro entran más hacia aquella, y desde el plantel de la ciudad váse prolongando hasta ellos un semicírculo, sobre el valle natural de las montañas. En él se encajona un remanso de las aguas de la bahía más tranqnilas aun en este segundo receptáculo.

Este lugar es el que tiene el nombre de Botafogo (lanza fuego). Nombre que se comunica también á su playa, donde estan los más bellos edificios de la ciudad y en que hacen su recidencia habitual los individuos del Cuerpo Diplomático.

Pero ¿por qué al lugar más pintoresco que tiene allí la naturaleza, se ha bautizado con un nombre tan antipático y tan poco análogo, sobre todo? No es extraño que yo no pueda determinar su origen, cuando de los mismos brasileros no hay ninguno que lo conozca; como sucede con casi todos los nombres de sus localidades, de quienes la tradición portuguesa no les ha dejado el por qué de sus nombres.

Veamos lo único que hemos hallado escrito respecto al de Botafogo.

«Doblando la fortaleza de San Juan, encuéntrase el seno de agua que se «engolfa en la tierra y forma una playa circular, que vemos hoy toda guar-«necida de casas habitadas. Llamóse primero de Francisco Viejo, nombre «del colono que allí tenía su habitación, y después mudó su nombre por de «Botafogo, que igualmente será tal vez el nombre de algun otro habitante de «ese lugar, ó de algun heredero del mismo Francisco Viejo, que quien sabe «si tenía también aquel otro nombre».

Por lo que se vé que con esta historia no quedamos más ilustrado que sin ella.

La poesía quiso hacer su historia á su manera y la hizo de este modo:

Esta penha redonda, alta é pontada,
Soster parece á Capricornea zona:
A Pyramide de Egypcia mais aguda
D'elle á vista se abate, é desabona.
Ou he de madre terra á lingua muda,
Do Mundo antigo maravilha nona,
Ou foi, segundo os Gregos e Romanos,
Pão de Assucar do Chá dos Centimanos.

Tomando sim os monstruosos Brontes
De Baccho ó Chá na Liparea cópa,
Bicaram contra ó Ceo soberbas frontes:
E qualquer joga as armas com que topa;

Quien de ese lago la tranquila brisa
Impregnada de esencias no ha gozado
Al claro de la luna, que matiza
Con sus pálidos rayos las extrañas
Sombras y media luz de las montañas,
Ese no ha visto en la natura el sello
De la melancolía y de lo bello.

Era una noche plácida y serena
Como frente de virgen adormida;
La luna en el cenit pálida y llena

Com as chicaras lhe atiram de õcos montes,
Cahe na Asia ó Tauro, e os Pyrineos na Europa,
E o Pão de Assucar, como mais ligeiro,
Na faz cahio do Rio do Janeiro.

Seu cume excelso sempre fumegante
Apparece por vezes inflammado:
Raios trisulcos lanca-lhe ó Tonante,
Neptuno ó tem bramindo rodeado.
E, ou por jazer debaixo algun gigante,
Qu'inda chammas vomita exasperado,
Ou dos relampos pelo assiduo jogo,
Chama-se á curva praia *Bota-Fogo.*

La poesía, pues, ha tenido que valerse de una extravagancia para interpretar el nombre de Botafogo; pero esa alegoría nos deja tan en tinieblas respecto al origen de aquel como la historia de Francisco Viejo.

Del cerro de Pan de Azúcar, de que tanto partido saca el poeta en esa alegoría para hacer un nombre de situación el de Botafogo y que á la puerta misma del Janeiro parece el centinela que vigila la corona Imperial, un escultor ingeniero ofreció á don Pedro I hacer una estatua que representase un gigante armado. Al principio la idea hubo de adoptarse, pero desechóse luego por los gastos que la empresa exigía.

Una tarde paseaba yo á caballo en la Playa Bermeja que está al pie de este cerro y por la primera vez se me refirió alli ese pensamiento; y confieso que ese atrevimiento del arte me dejó aturdido, fuese porque la inmediación á que yo me encontraba del cerro aumentaba su magnitud á mis ojos, fuese porque no tuve el tiempo suficiente para meditar sobre los medios que hacen posible tal empresa. Bien, esto fué á la tarde; pero á la noche refame de mi aturdimiento y del gigante armado, cuando en un volúmen leía lo siguiente:

«Strasicrates, ingeniero al servicio de Alejandro, ofreció á éste hacer del monte Athos una estatua que lo representase. Esta enorme figura debía tener en su mano izquierda una ciudad con diez mil almas de población, y en la derecha un vaso donde los diversos torrentes de la montaña se reunirían para formar un río majestuoso.»

Si en ofrecer no hay ni inconveniente ni atrevimiento, es preciso confesar que Strasicrates ha sido el hombre mas generosamente pródigo del mundo.

Montevideo, Noviembre de 1846.

Alumbraba el espacio
Con el pajizo rayo del topacio,
Con no sé qué de animación y vida
Sobre su melancólico semblante,
Y entre el iris boreal de órbitas bellas,
Lanzaban rutilante
Las trémulas estrellas
El rayo azul del fúlgido diamante.

Una leve barquilla sobre el lago
Se deslizaba al cariñoso halago
De la aromada brisa,
Como en finos cristales
La gota del rocío se desliza
Tocada por las auras matinales,
O, en más dulce cariño,
Por el aliento angelical de un niño:

En ella el PEREGRINO, y á su lado,
A la argentada claridad se vía
Una mujer en cuya frente pura
Reflejábase el rayo de una estrella;
O más bien de su célica hermosura
Una luz celestial se desprendía.

Desde la sien más pálida y más bella,
Con el color del ébano el cabello
Caía en rizos espléndidos al cuello,
Do el aura suave á conmoverlos llega,
Y en el hombro de Carlos se inclinaba,
Cual una flor que el céfiro doblaba,

Una cabeza de moldura griega;
Mientras sus negros y rasgados ojos,
Do brillaba una lánguida pupila,
Clavaba su mirada en las estrellas,
En contienda tranquila
Cambiando el rayo de sus luces bellas,
Mientras de amor y de suspiros lleno
Blando latía su redondo seno
Velado por la blanca vestidura
Que cual diáfana niebla lo cubría,
Y entre una negra cinta se escurría
En torno á su finísima cintura.

Pero ¿en esa visita misteriosa
Del amor, á la hermosa
Naturaleza tropical, venía
De la felicidad la clara estrella?
¡Se puede ser feliz con ser amado,
Y por el mismo amor ser desgraciado

Una nube importuna,
De misteriosa huella,
Eclipsó el rayo de la parda luna;
Y al virar la barquilla
Para la opuesta orilla,
Se apartaron dos rostros y cayeron
Lágrimas que en el lago se perdieron.

III

Desde la altura tropical admira
¡Oh Janeiro! la espléndida grandeza

Que bajo el arco ecuatorial empieza.
Y acaba en el confin del Uruguay.

Y tú, reina apulenta de ese vasto
Jardín de luces, pájaros y fuentes,
Selvas, montañas, flores y vertientes
Donde bullen diamantes y metal,

Luego, con vanidad, gira los ojos
De un polo al otro, para ver que el mundo
Nada tiene más rico ni fecundo
Que tú, bello y magnífico Brasil.

Guirnalda de mil flores que corona
De la virgen América la frente,
Y á que no ha dado precio esta inocente
Heredera feliz del porvenir;

Eres, Brasil, el Indo Americano,
Sin el soplo maléfico de Java,
Y en lo que Italia su belleza acaba
Comenzar puedes la belleza tú.

Puedes sin miedo desafiar la Europa,
Cuadros midiendo con los cuadros tuyos,
Y cuando se hable de los grados suyos,
Parte cuarenta de distinta luz.

Puedes, Janeiro, miniatura bella
De cuanto ostenta el Brasiliano suelo
Hablar de los encantos, sin recelo,
Que pintó ufana la Natura en tí.

Puedes llamarte la primera joya
En la corona de tu rico Imperio,
Y llamarte también, de un hemisferio
El lujoso y espléndido jardín.

Si de la vida la materia ruda
Se queja de tu sol enrojecido,
El espíritu, ageno del sentido,
En vez de quejas, alabanzas dá.

Al paraíso si volviera el hombre,
Algo de que quejarse encontraría,
Y esclavo de su inercia llamaría
Moliciosa la tierra celestial.

Bajo tu sol y al soplo de tu brisa
Es verdad que la vida se esparrama,
Pero si el alma con tesón la llama
Vuelve llena de hechizos y de amor,

Cual agua de un arroyo desbordada,
Sobre los planos valles y las selvas,
Vuelve otra vez sahumada en madre-selvas
Al canal del arroyo que dejó.

Carlos ha respirado entre la nieve
Bajo el día sin sol del yerto Polo,
Y ha meditado en él, tranquilo y solo,
Concentrado en el alma su existir.

Pero nunca su espíritu ha sentido
La actividad febril, la poesía,

Que sintió al rayo del rosado día
Que abrasa las arenas del Brasil.

Puedes, Janeiro, hablar de tus encantos;
Mas cuando, ufano, tu retrato hicieres,
No olvides el contar que tus mujeres
Mujeres nuevas en el mundo son:

Que es el tipo, mas puro, americano;
Su corazón, la hechura de su clima;
Y su pupila que al mirar lastima,
Una llama espiral del corazón.

Mujeres de tez morena
Y ojos de negra pupila,
Que con azul aureola
Cual negro diamante brilla;
Y cuando mira, parece
Que la mirada suspira,
Diciendo que está en el alma
La tentación escondida;
Ondas de negro cabello
Abultan su sien altiva,
Y la espiral de los rizos
Por los hombros se desliza.
Ancho y derramado el seno,
Late contando que abriga
Un manantial de deseos
En voluptuosa armonía;
Y en él, veladas por nubes

De encajes y muselinas,
Dos ondas de un mar de leche
Si no se ven se adivinan.
Gasas como niebla leve
Que al solo aliento se agitan,
Ciñen su fina cintura
Con tanta coquetería,
Que de las ocultas formas
La redondez se adivina;
Y la mirada se escurre
Por esas nubes malditas
Que nunca el viento se lleva
Y que á un suspiro se agitan:
Mirada que bien comprenden
Las hadas, y en su sonrisa,
Y en un nuevo movimiento,
Su curiosidad castigan.
Posadas en sus divanes
De plumas y sedería,
Haciendo burla del aire
Con abanicos de la India,
Y embriagadas con la esencia
De rosas y clavelinas
Que en la atmósfera impregnada
Ni un débil soplo aniquila;
En palabra y movimiento
Perezosas y aburridas,
Teniendo miel en el labio
Y en las posturas malicia,
Como si á mengua tuvieran

Emplear la palabrería;
Mujeres que á su albedrío
Con los ojos magnetizan;
Mujeres así, en el mundo,
Al extraño que las mira
Si ellas dicen: «Brasilianas»
El las presume Odaliscas,
Que del Oriente escapadas,
Llenas de encanto y de vida
Corrieran al nuevo mundo
Tras su libertad querida,
Dejando entre los serallos
Cadenas y cachemiras,
Mas trayendo su belleza,
Su amor y su poesía.

Que los rayos del genio de la Europa
Penetren la tiniebla americana,
Mas la mujer que nazca brasiliana
No la toquen jamás.

Cuando ella sus costumbres aniquile,
Cuando se haga europea, en ese día
Para siempre perdió su poesía
El sello original.

Perdió también su corazón la fuerza;
Perdió sus llamas de pasión el alma,
Que en esa fría y aparente calma
Queman su corazón.

En su abandono y soledad secreta, (1)
La brasiliana, en apariencia esquiva,
Goza jugando con la llama activa
De misterioso amor.

---

(1) Se ha escrito algo y se ha hablado mucho sobre la clausura en que viven las brasileras; sobre la dependencia casi de esclavas en que están de sus maridos; y últimamente sobre el espíritu de su sociedad.

Los que han escrito no se han tomado el trabajo de averiguar la parte de apariencia y la parte de verdad que hay en las costumbres brasileras; su origen primitivo, las causas locales que contribuyen á ellas y las modificaciones que han sufrido por el tiempo y el progreso incesante del Brasil, y últimamente por la nueva existencia política de este que ha contribuido á modificar y á ir desligando poco á poco la tradición portuguesa. Y desde las ventanas de un hotel, y en veinte días de residencia han juzgado y sentenciado la mujer brasilera sin mas datos que su ausencia de las calles y celosías de sus balcones. Los que hablan solamente, no hacen sino repetir lo que han leído con algo más que agregan de su derecho irresponsable.

Hago al lector la justicia de creerlo instruido del grado de civilización del Portugal desde los tiempos en que se hizo dueño del Brasil, hasta aquellos en que vióse obligado á entregarlo á su existencia propia y á la civilización del siglo XIX, para ahorrarme el trabajo y el disgusto de indicarle el rango social y la cultura á que pudo elevar á la mujer brasilera, esa Metrópoli, que por una ley aprobada en el consejo de la Corona, obligaba á pasar á Lisboa todos los brasileros que llegasen á adquirir en su país una fortuna que pudiera exonerarlos de su trabajo personal. Pero me detendré un poco á examinar las causas de aquellas costumbres que en la mujer chocan mas al extranjero y que nace de las localidades y del carácter mismo brasilero.

Es cierto que en el Brasil la mujer es menos espectable que en cualquier otra parte del mundo civilizado. Es cierto también que la apariencia de sus casas indica algo de clausura y encerramiento; es cierto también que el carácter de la brasilera tiene poco de cumunicativo. Y por último, es cierto también que el extranjero transeunte goza bien poco de los placeres inocentes que nacen en otras partes del trato franco de la sociedad.

Pero está muy lejos de ser verdad, que el retraimiento de la brasilera sea una imposición despótica de los hombres; que sus ventanas cerradas, que originan tantas críticas, sea un resultado de aquella imposición; qne lo poco comunicativo de su carácter nazca de un espíritu agreste é incivilizado, y que los pocos goces del extranjero en la sociedad brasilera, sea el resultado de la falta de atractivos en ella.

La brasilera se presenta pocas veces en los paseos públicos ó en las calles de la ciudad. ¿Luego sus maridos las encierran? no; *luego* ellas son las hijas, bien disciplinadas de su clima; este es el verdadero *luego*.

En las ocho ó diez horas del riguroso calor del día nada prefiere, la mujer brasilera, á la sombra de sus habitaciones y á la levedad de sus trajes caseros; y en aquella y con estos ella evita la poca galantería de su clima, y defendiendo de él la suavidad de su cútis, ella se ocupa de la educación de labor ó en su educación de inteligencia. Durante las dos únicas horas de la tarde, en que puede, sin el inconveniente del sol presentarse en los paseos públicos, ella se ocupa en preparar su nueva toilet para hacer en su salón los honores de una sociedad de la cultura mas aristocrática y refinada que puede darse.

Ella es poco comunicativa; cuesta mucho para ganarse su confianza; generalmente se le observa circunspecta y aun desdeñosa. Estas mujeres entonces no son amables, tienen hasta miedo de conversar con los hombres, dice el extranjero, que se roza apenas media docena de veces con ellas. Pero esas mujeres son amables y á nadie temen, sin embargo. Sea efecto

Por celosías escondida pierde
Del extranjero la fugaz sonrisa,
Y no en sus ojos al pasar divisa
Tributo á su beldad;

Pero tras ellas, de su pecho cuenta
Por los latidos el feliz instante,

---

del retraimiento en que viven como resultado siguiente de su clima, ó sea por uno de esos rasgos característicos que se notan en la fisonomía de cada pueblo, la especialidad del espíritu en la brasilera, es la melancolía, ó si es demasiado fuerte esta palabra, una especie de suave reconcentración. Y hay también en ella, y que le hace mucho honor, un alto grado de desconfianza en el atractivo de su sociedad, originado por las críticas constantes, y la mayor parte inmerecidas, que de ellas hace el viajero europeo, que luego se las manda de Europa como un galante recuerdo, de las distinciones que mereció ó mas bien que no mereció.

Desengaños continuos de esta especie han hecho á la brasilera justamente desconfiada del extranjero.

Pero uno llega, él trae una carta respetable de recomendación para una familia notable en el Janeiro, ó es presentado á ella por una persona de la relación de esa casa. El marido ó la esposa, reciben al caballero con afabilidad: presentándolo en seguida á todas las personas de la familia, y al despedirse le dicen: «todas las noches á tal hora tomamos nuestro té, ó en tal noche de la semana recibimos á nuestros amigos». Este caballero ya tiene entrada franca en esa casa á las horas ó en el día en que se le ha prescripto. El puede venir á ese salón, donde gozará de los encantos de la música, de la conversación general, y de una sociedad escogida y de buen tono, pero por mucho tiempo debe repugnarle cierta circunspección que parece exclusiva para con él. Se le está observando: se está clasificando por sus acciones, por sus palabras, su origen, su educación y sus habitudes. Al cabo de ese tiempo si esa observación da un resultado desfavorable al caballero, aquella circunspección se aumentará y él se verá en la necesidad de abandonar esa relación, y en este caso la culpa será de él. Si por el contrario, él ha ofrecido con su comportación una garantía de sus condiciones morales, el retraimiento desaparece y él viene á ser casi un miembro de la familia; y en todo cuanto constituye el solazamiento de ésta, su familiaridad es sin límites; porque la familiaridad entre los hombres de buena educación y de buena moral, nunca pasa con las señoras los límites de la urbanidad y de la decencia.

No hay entonces nada mas ameno que el trato de la brasilera. Su belleza es reanimada por una imaginación fecundísima, y los caprichos de su imaginación siempre son acompañados de esa timidez que nace de la suavidad ó melancolía de su espíritu.

Su educación es mas de labor que de inteligencia. Ellas no ofrecen la amenidad literaria de la mujer francesa; pero ofrecen con su gusto y habilidad sorprendente en la música, el hechizo de la italiana.

Si el filósofo las contempla él halla grandes vacíos todavia, en el ser social de la mujer brasilera, si las observa el poeta él halla un bellísimo tipo de mujer. El halla sobre todo el pábulo mas activo de las fuertes pasiones y al ejercicio de la sensibilidad en ese mismo modo de ser y de vivir de la mujer brasilera.

Yo por mi parte no solo he hallado reprochables las críticas que de ella se han hecho, porque no aplaudo jamás lo que carece de justicia y de verdad, sino que he sentido algo de compasión por aquellos á cuya imaginación nada ha hablado la mujer brasilera.

Montevideo, Noviembre de 1846.

En que los pasos de su tierno amante
Dichosa escuchará.

Si á ese momento la costumbre veda,
Ella con cintas y pintadas flores
Tiene en secreto para hablar de amores,
Idioma que formó.

Y el amor siente como siente el rostro
El sol que rojo hasta la tierra quema:
Y cambia solo en ambición suprema
La vida por amor:

Se muestra poco, mas se muestra nueva,
Valor al mismo retraimiento dando:
Es una estrella que, de vez en cuando,
Aparece y se va.

Que los rayos del genio de la Europa
Penetren la tiniebla americana,
Mas la mujer que nazca brasiliana
No la toquen jamás.

Luces vagas y sombrías
Un salón iluminaban,
Mientras los rayos estaban
Quemando las celosías.

Y entre la luz y la sombra,
El lujo, el gusto y la gracia,

Respiraba aristocracia,
Desde el techo hasta la alfombra.

En un diván amarillo
Se reclinaba una hermosa,
Trabajando primorosa
Con plumas, un canastillo:

Y acariciaba tranquila
De vez en cuando los ojos,
Cual si hubiese algo de enojos
En su lánguida pupila.

Suelto el cabello á la espalda,
Desnudos los lindos brazos,
Y atando celestes lazos
El blanco tul de la falda,

La celosía sombreaba,
Su aroma daba una rosa,
Y trabajaba la hermosa,
Y al canastillo mojaba.

Cuando el salón pisó, y al lado de ella
Un caballero saludó á la bella.

—¿Luisa, llorabas quizá?
—¿Yo? no; Eduardo, yo no lloro
—Tú tienes algo.
—Un tesoro.
¿No ves? plumas del Pará.
—Tú te burlas.

—Tú también.
—¿Estás quejosa de mí?
—No puedo decirte *sí.*
—Cuán pálida está tu sien.
—Más el alma.
—Sales poco.
—¡Para qué!
—Para gozar,
Para ver, para danzar.
—Gracias.
—¿Y el piano?
—No toco.
—Qué, ¿no bajas al salón?
—¿Vienes tú á él?
—No he podido.
—Bien, el piano me ha aburrido.
—¿Y el canto?
—¿Y nuestra canción?
—¿Sabes que me ausento, Luisa?
—¿Tú?
—Sí.
— Y á donde?
—A viajar.
—Bien.
—Pero en ti he de pensar.
—Bien.
—Mas, ¿por qué esa sonrisa?
—Es de placer; ¿no lo crees?
¡Tú vas á ser tan dichoso!
(Y enrojecióse su semblante hermoso,

Y el canastillo resbaló á sus pies.)
—Luisa, tu mandato aguardo.
—¿ Ya ?
—Me apuran los momentos.
—Eduardo: ¿y tus juramentos?
—Adios, Luisa.
—Adios, Eduardo.

Y él se fué, y Luisa quedóse
Con los ojos en la alfombra.
Fuese aumentando la sombra,
Y la rosa marchitóse.

Un día á la puerta toca
Eduardo, y pregunta: ¿y Luisa?
Y le responden sin prisa,
¿Quién?»—Luisa.—¡Luisa, está loca!.

Cuenta, pues, ¡oh Janeiro! tus mujeres
En el rico jardín de tus encantos,
Que ellas son las primeras entre tantos,
Y ellas lo fueran aunque más tuvieres.

Muchas veces, plebeyos y señores,
Manchan ó niegan al contar tu historia,
De tu primer Emperador la gloria,
Llamándole liviano en sus amores.

Mas ¿qué eran sus amores? El destino
Natural entre un hombre y unas bellas,
Si está el hechizo y el amor en ellas,
Y él es hermoso, rey, valiente y fino.

Su primera virtud—yo escribiría—
Fué el querer, como quiso á la belleza:
Pláceme un rey que por amar empieza
Y se jacta, como hombre, de hidalguía.

Para dar á su Amelia su pañuelo,
De sus reales manos desprendido,
Ante un inmenso pueblo sorprendido,
Su rodilla juntaba con el suelo.

Era un astro, ese rey, que en otra esfera,
Y en derredor girando de otro anillo,
Al resplandor de su fulgente brillo
Al mundo todo iluminado hubiera.

Da su acusada liviandad al lado,
Sabrían todos repetir prolijos,
Que abdicó dos coronas en sus hijos
Para ponerse un casco de soldado.

Al contar sus nocturnas aventuras,
Dirían: « Desde el trono brasiliano
Fué á restaurar el trono lusitano
Con un puñado de hombres y armaduras. »

Al referir sus citas y estocadas,
Academias y leyes mostrarían;
Y envanecidos de su rey dirían:
Son obras por su genio improvisadas.

El rey, dictaba leyes justiciero
Y velaba la gloria brasiliana;

El caballero, al pie de una ventana,
Se confiaba en el temple de su acero.

Rey, conquistó la gloria y la grandeza;
Hombre, ante una mujer se descubría...
Su primera virtud, yo escribiría:
Fué el querer, como quiso á la belleza.

Mas no fué rey de Europa, y son agenas
A la gloria, por tanto, sus acciones;
Pero pueden ser glorias y blasones
De Versalles los bailes y las cenas.

Rey de veinte años, con rosario al seno,
Y que huye y teme el femenil encanto:
Puede la iglesia al fin llamarle *santo*,
Pero el pueblo jamás llamarle *bueno.*

El tiempo que se empeña con locura
En cambiarnos las cosas y los nombres,
Hoy apellida hechura de los hombres
Lo que llamaba ayer del cielo hechura.

Y era bien se educase entre los frailes,
Ayer el niño rey, *hijo del cielo;*
Hoy, que el tiempo lo llama *hijo dcl suelo*,
Es mejor que se eduque entre los bailes.

Hay mucho de esperanza y garantía
En las almas vivísimas y abiertas;
Pero en aquellas que se esconden, yertas,
Hay no se qué de ingrata profecía.

Cuenta, pues, oh Janeiro, en tus bellezas
Esas mujeres de tu rey queridas ;
Y si tus bellas y tu rey olvidas
Háblanos de tu genio y tus riquezas.

Cuenta tus acueductos y castillos,
Tus templos, tus jardines y arsenales,
Tus fuentes, y palacios imperiales,
Llenos de novedad y á par sencillos.

Cuenta que tu progreso se descubre
Al través de la sombra lusitana;
Como vése la luz de la mañana
Entre la sombra que el espacio cubre.

IV

Esos pasados siglos de ignorancia
En que á la España y Portugal les plugo
De sus colonias educar la infancia
Con duro azote y afrentoso yugo,
Conteniendo del genio la arrogancia
Con el hacha ó la soga del verdugo,
Apocaban la mente americana
Y la flor se agostaba en su mañana.

Era un mar sin rumor ni movimiento
Dormido en su extensión lánguidamente,
Pero que al soplo de improviso viento
Alzaría sus ondas prepotente;

Y vino el vendaval, y fué violento
El choque de las ondas en la frente
De las soberbias rocas, conmovidas,
Y quebradas al fin, y sumergidas.

El castellano león enfurecido
Sus garras con valor clavó en la tierra,
Es MÍA, dijo; pero al fin vencido
Dejó la arena de sangrienta guerra.
El eco del cañón fué repetido
Por los llanos, los ríos y la sierra,
Y despertó la mente americana
En lo que antes fué inercia castellana.

Mas débil Portugal, ó generoso,
No osó clavar con lanzas tus cadenas,
Y compraste, Brasil, tu ser hermoso.
Sin derramar la sangre de tus venas.
Te falta el brillo militar, glorioso,
Que abrillanta del Plata las arenas;
Pero á la sombra de tu paz bendita
Tu genio al porvenir se precipita.

Puede ser que en los giros de tu vida
Sientas alguna vez no haber crecido
Sobre tierra con sangre humedecida,
Por las revoluciones sacudido:
Que esa lucha violenta, envejecida,
Que escandaliza al mundo sorprendido,
Es, empero, el crisol que la futura
Existencia del Plata nos depura.

Pero hoy levantas tu tranquila frente
Medio siglo adelante en tu camino,
Y al soplo bienhechor de tu presente
Florece para el mundo tu destino.
Del brillo de la Europa refulgente,
Ha visto entusiasmado el PEREGRINO,
Reflejar los destellos en tus sienes,
En dulce agüero presagiando bienes.

De las leyes en la órbita sagrada
Do el pueblo tiene sus derechos fijos,
Ha visto, la justicia respetada,
Campear el pensamiento de tus hijos;
Y á tu querida libertad, velada
Por los esfuerzos y valor prolijos
Del venerable anciano, y del que empieza
A mostrar el poder de tu cabeza.

Ha visto de las ciencias y del arte
Amaneciendo en tí la hermosa aurora; (1)

---

(1) En efecto el sol de la civilización es anunciado en el Brasil por los albores mas risueños. Tres ó cuatro años no bastan muchas veces para conocer con exactitud la índole, la moral, las costumbres y las interioridades de la vida doméstica en un pueblo, cuyo estudio sirve después para justipreciar la relación entre él y sus instituciones su política, y el carácter de transición ó de aplomo de su existencia moral y de su civilización. Pero tres ó cuatro semanas pueden bastar muchas veces para adquirir un conocimiento casi perfecto de su cultura y de su progreso en sus manifestaciones visibles.

Un hombre un poco familiarizado con la sociedad, dos minutos después de haber pisado el umbral de una casa, comprende la clase, la educación de sus dueños, por el simple examen de lo que se le presenta á la vista. Del mismo modo, cuando un viajero se desembarca en una capital, ya está bajo el imperio de sus ojos la civilización de sus habitantes, en sus manifestaciones materiales.

Yo tendré el gusto de transcribir aqui lo que ha escrito bajo este mismo pensamiento el señor don M. de A. Porto Alegre, una de las capacidades mas distinguidas que hoy tiene el Brasil, como poeta; y al cual, en esta última dote, se puede considerar en primer rango, por su fuerza descriptiva,

Y de tu juventud la mejor parte
Que del arte y la ciencia se enamora;
Y á la mente afanada en coronarte,
Que agita en sí la inspiración creadora,
Brotando nueva flor y nuevos gajos
En cada sol que alumbra sus trabajos.

---

por la valentía de sus imágenes. y mas que todo por el tinte de localidad y expresión brasilera de que abundan sus obras. El dice así:

«La primera cosa que el viajero encara, es el terreno en que pisa y los edificios que lo circulan; y en este primer paso encuentra ya un documento que prueba exuberantemente el estado del gobierno de aquel país; y la suerte y condición de sus súbditos: si los caminos y las calzadas son buenas, el gobierno vigila y entretiene la prosperidad material, y ya ve el viajero una realidad de civilización en el pensamiento que lo domina y rige, y una señal de prosperidad incontestable, pues que hay mas dificultad en juntar y nivelar las piedras, que en amontonar palabras y discursos que alucinan á veces una generación entera, sin que ella pueda entretanto legar un solo monumento de progreso á las generaciones que la suceden.

El mayor ó menor grado de urbanidad en los empleados públicos, algo indica del regimen gubernativo del país; y su mayor ó menor diligencia, el estado de la marcha del gobierno en los negocios públicos.

Si luego concurre al teatro, el viajero tiene á sus ojos todas las clases de la sociedad, en una arena donde se aprueban ó reprueban ideas con señales estrepitosas, que no dejan duda sobre la impresión que ellas hacen. Si oye el viajero, por ejemplo, que el público tributa aplausos á un cantor desafinado, sabe de improviso que ese público no está educado para la música, que no siente todavia la perfección en la combinación de los sonidos, que las leyes de la armonía y melodía no son conocidas aun de la mejor parte de esa sociedad.

Las decoraciones, y todo el mecanismo del escenario le muestran el grado de las artes y la mayor ó menor inteligencia en ellas.

En los siguientes dias el viajero continúa sus pesquizas visitando los monumentos, los edificios públicos y establecimientos de instrucción. Si los halla en perfecto estado y sin un carácter melancólico propio á la decadencia; si sus paredes y pavimentos denotan aseo y reparos frescos, si hay actividad en los empleados, si hay vestigios de aumento, coge entonces un testimonio irrefragable de prosperidad intelectual y del celo del gobierno por el progreso de las luces.

La visita á los templos, le dará cuenta del estado moral de la sociedad; y el examen de ellos, en su carácter arquitectónico, punta segura para apreciar las artes, la riqueza y el mayor ó menor entusiasmo, por las ideas religiosas. Y aun la música que escucha en el templo, puede servirle de clave por el carácter artístico de su composición, para conocer el grado de creencia y el espiritualismo de esa sociedad. ¿Porque una música sensual no puede ser acogida por un pueblo delicado en su espiritualismo religioso; y por que hay entre las melodias y las ideas de los himnos sagrados, aquella ligazón y armonía, que existe en las obras del arte, á que llamamos carácter dominante, y que es siempre el denunciador del pensamiento íntimo que le produjo. etc.»

Bien, pues, yo encuentro en la capital del Brasil todas las manifestaciones externas de una sociedad en progreso y que ya tiene acumulados gran parte de los elementos que servirán en adelante á su completa civilización.

Yo miro la actividad material abriéndose paso por en medio á los inconvenientes de la naturaleza misma. Las montañas se desmoronan; el hacha las hiende y abre calles á través de ellas para facilitar el comercio: los caminos se extienden, se ramifican y se mejoran por todas partes: los edifi-

En justo empeño y pensamiento sano,
Con la Europa, sin celos ni querella,
Extendidos ha visto en el oceano
Los brazos tuyos y los brazos de ella:
Llegarte frutos del saber humano,
Frutos mandarle de tu industria bella,
Y en esos cambios de progreso, leales,
Dentro tus pueblos pulular caudales.

---

cios se multiplican; se abandona la vieja y pesada forma arquitectónica, introducida por los portugueses, y se adopta para ellos la forma ligera y graciosa de la arquitectura moderna.

Yo miro en una ciudad que no puede decirse propiamente que tiene pasado, monumentos de arte de buen gusto y de suma utilidad pública, Un acueducto que podría honrar á cualquiera de las capitales europeas, por el inmenso trabajo y los cuantiosos gastos que ha demandado Fuentes públicas en todas las plazas y calles de la ciudad (a). Un jardín botánico primorosamente atendido y cultivado. Tres teatros, uno de los cuales podría ser una buena sala de ópera en París ó en Lóndres. Veinte y tantos templos (b) que se mejoran y se enriquecen artísticamente cada día.

(a) Ya no existe uno de los trabajos hidráulicos mas útiles que ha tenido el Río de Janeiro: un conductor que desde la orilla del mar en la plaza del Carmen llevaba á los navegantes las aguas de un abundante Chafariz por espacio de algunas toesas hacia el mar, para impedir el trabajo de desembarcar las pipas. El Chafariz y el conductor fueron mandados construir por don Luis de Vasconcellos y Souza que con patente de 40. Virrey llegó al Janeiro y tomó posesión de la Capitanía el 5 de Abril de 1779.

Todo el Janeiro está lleno de monumentos que recuerdan la memoria de este hombre, el mejor de sus vireyes. Fué el fundador del Paseo Público: hizo abrir la linda calle que hoy se llama das Carrecas y á quien dió entonces el nombre de Rua das Bellas Noites: la fuente que existe hoy en esa calle es también obra suya como muchas otras.

Era tal el entusiasmo del Virrey Vasconcellos por los edificios públicos que hizo construir una hermosísima casa para cuidar y disecar en ella los pájaros del Baisal, que por orden de la Corte, se enviaban al Gabinete de Historia Natural de Lisboa. Esta casa sirve desde 1814 de Erario y Casa de Moneda.

El nieto suyo actual Encargado de Negocios de Portugal en el Janeiro debe pasear con cierto orgullo las calles de esta ciudad.

(b) No hay sin embargo, en el Janeiro una catedral digna de la ciudad. En 1837 se hizo catedral á la iglesia de N. S. del Rosario; pero por quejas elevadas á D. Juan V. por la Hermandad de San Benito, S. M. ordenó al obispo que se escogiese un lugar para construirse una catedral digna de tan vasto imperio. En 1747 se escogió el terreno en que debía alzarse el templo de San Sebastián y en 1749 púsose la piedra fundamental de ese edificio. En 1752 paráronse los trabajos y no continuaron hasta 1796. Al año siguiente suspendiéronse de nuevo y lo que debió ser las naves de la catedral hoy son las aulas de la Escuela Militar.

Se determinó por catedral, en orden regia de 1808 la iglesia llamada antes de las Carmelitas calzadas, Capilla Real durante el reinado de D. Juan VI y conocida hoy con el nombre Capilla Imperial.

Ganar tus hijos sin perder aquellos,
Y la industria llegar á tus arenas
A enriquecer y mejorar los bellos
Frutos de bendición de que estan llenas;
Y más altiva levantar por ellos,
¡Oh Brasil! tu bandera en las almenas,
Que bajo el sol del siglo en que vivimos
Solo en el genio y la virtud subimos.

Tomo otro camino de estudio, y me encuentro con una Universidad en cuyos bancos se sientan anualmente de 800 á 1000 estudiantes: con una academia de medicina y ciencias naturales donde una juventud entusiasta hace brillantes progresos, en la medicina especialmente: con una Academia de Bellas Artes, que al fin de cada año pone en pública espectación las obras de sus alumnos, de los cuales manda el gobierno á estudiar tres años en Europa, á aquellos que hayan al fin de cada año llenado las condiciones de los estatutos académicos: con un Instituto Histórico Geográfico, que con una laboriosidad constante, hace el Brasil y á la ciencia los mas importantes descubrimientos: con una Academia Militar (c) y otra de marina en las cuales y con especialidad en esta última, la juventud tiene un entusiasmo remarcable por sus estudios. Cuando, en fin, yo miro bibliotecas con cien mil volúmenes, museos públicos y gabinetes particulares de física, de mineralogía, etc., y que todo esto se mueve y se investiga diariamente por las manos de la juventud, yo puedo decir entonces al Janeiro sin temor de ser desmentido, y con el solo examen de cuanto acabo de bosquejar apenas:

He visto de las ciencias y del arte
Amaneciendo en tí la hermosa aurora.

Cuando en un examen mas serio y detenido quiero estudiar la sociabilidad brasilera en su más alta expresión, y veo en ella un orden constitucional bien sostenido, sí no puedo decir bien experimentado; una monarquía representativa, la más democrática del mundo, defendida por un partido de orden é interesado á todo precio en la conservación de la paz, una constitución que determina con precisión los deberes y los derechos del gobierno y del pueblo, y una libertad que es, sin disputa, un hecho positivo y no una teoría de escritores; cuando veo á un gobierno que se empeña, en abrir á la industria nacional todos los canales posibles de su mejora y que facilita con las garantías y la equidad la introducción de la industria, del comercio y del capital extranjero; cuando veo en esa sociedad la actividad mercantil é industrial creciendo por días y derramando en todas las clases el bienestar y la abundancia; cuando miro, en fin, el orden, el trabajo y la libertad esparcidos sobre los hombres, y empeñados todos en la conservación de estos elementos que hacen la felicidad individual y el engrande-

(c) La Academia Militar fué creada por carta regia de 4 de Diciembre de 1810, gobernando todavía D. Juan VI como príncipe regente y siendo su ministro el Conde de Linhares.
En 1832 fué reunida la Academia de Marina á la militar, más en 1834 fué nuevamente separada, como existe hoy.—(Véase el Ostentor Brasileiro).

Un poco más, y en su constante anhelo
La industria de la Europa habrá podido
Victoriosa alcanzar sobre tu suelo
Lo que la libertad no ha conseguido.
Mañana, si, por bendición del cielo,
No será ya tu fruto humedecido
En su flor, en su tallo, en su simiente,
Con el sudor de la africana frente.

---

cimiento de una nación puede decir entonces al Brasil, sin temor de ser desmentido.

Sea que á la sombra de tu paz bendita
Tu genio al porvenir se precipita.

Esta ligera enumeración de los elementos de civilización y de progreso con que cuenta el Brasil, y que no puede desenvolver en la estrechez de este trabajo, dá á conocer de parte mía, que no ignoro los continuos reproches que se hacen al Brasil sobre el atraso de su sociedad y que he querido prevenir la censura de mis versos, en aquellas personas que toman una página francesa como un capítulo de las escrituras.

Si en vez de un cuadro descriptivo de un poema, hubiese querido escribir una obra crítica sobre la sociedad brasilera, hallaría en ella de cierto, un campo vasto para la censura, y ¿ qué mucho que me ofreciera ese campo una sociedad que no cuenta treinta años de existencia política, y que ha vivido más de dos siglos en la vida de las colonias ? ¿ qué mucho, cuando las naciones europeas mismas, en el vuelco de las revoluciones y los siglos no han acabado de depurarse todavía en el crisol de tres rangos de civilizaciones distintas ? y ¿ que mucho, sobre todo, si para medir la civilización brasilera, tomaba por pauta la civilización de la Francia ó de la Inglaterra, como hacen desacordadamente los escritores europeos que transitan por la América ?

Mucho tiene la sociedad brasilera de criticable, mucho en las costumbres de sus hijos especialmente; muchos son los trabajos y trastornos por que tiene que pasar todavía para purificarse; puede que hasta un riego de sangre sea necesario algun día para que el arbol de su civilización dé en última sazón sus frutos exquisitos. Pero mucho tiene ya de adelantado; mucho de civilización y mucho más adelante marcha de lo que equivocadamente creen algunos. En América es de los primeros en la escala de las naciones, y en la América del Sur el será, antes que ninguno otro Estado, el emporio de la riqueza y del comercio.

Por otra parte, yo, por sistema, he querido en este cuadro de mi poema presentar, aunque en grandes rasgos, lo que he hallado de bello y aplaudible en el Brasil. La ingrata misión de descubrir á la censura sus lados vulnerables la dejó con gusto y sin esfuerzo á los escritores europeos.

Es el tributo de gratitud que pagó al Brasil por los dos años que he residido en él en mi ya tan larga proscripción, y que no he tenido embarazo de confesar otra vez, que ellos han sido los dos años menos azarosos de mi vida después que el suelo de la Patria me fué vedado, por una política que aún no he perdido el derecho de excomulgar.

Ageno de toda pretensión, he esperado decir adios al Brasil para pagarle aquel tributo.

Escritor en un periódico literario del Janeiro, no sacrifiqué consideración

Esa palanca del poder humano
Que hoy suple al hombre y avasalla al mundo,
Dará su libertad al africano
Con más provecho que el saber profundo:
Do había sien esclavos, una mano
Bastará sola, y bastará un segundo
En lo que antes el negro consumía
De fuerza ruda y de dolor un día.

El hombre libre rasgará la tierra
Para echar la simiente perfumada,
Y con la industria y libertad en guerra
Será aquella por estas conquistada;
Y cuanto jugo, y cuanta savia encierra

---

ninguna á la independencia de mis opiniones, y más de una vez afronté sin temor la suceptibilidad nacional. Ausente del Brasil, yo le envío hoy este canto. de mi PEREGRINO y no doy á los Brasileros esta ligera explicación por que ni un instante haya puesto en duda ni su liberalidad, ni su respeto por la emisión del pensamiento; no, yo le cedo de buen grado este honor al señor Capitán de Mar y Guerra don Pedro Ferreyra de Oliveira ex comandante de la Estación Naval Brasilera en el Río de la Plata.

A este caballero le cupo la honra, hace tres meses, de venir por su propia cuenta á poner en problema la liberalidad Brasilera en un país extranjero. Desconociendo que en su posición tan espectable, sus acciones refluian más ó menos en honra ó en perjuicio del crédito de su Nación, desconociendo el espíritu de libertad y tolerencia de que con tanta justicia, blasonan sus compatriotas: desconociendo, en fin, hasta los derechos que en ese caso le correspondían, él dió orden para que no fuese transportado al Janeiro en embarcación Brasilera el autor del PEREGRINO, solo porque en el canto anteriormente publicado yo atribuia menos talento al actual monarca Brasilero que el que atribuia á su ilustre padre.

El señor Ferreyra se imaginó á caso algun ascenso ó alguna sonrisa de favor por su injustificable celo; pero olvidó que hay defensas tan intempestivas é hiperbolicas, que más ridiculizan que defienden y que estaba en presencia de una población extranjera que no tenìa obligación de creer más ilustrados á los brasileros, que lo que era quien al frente de su escuadra los presentaba en partes sobre las aguas del Plata: y olvidó también que el autor del PEREGRINO no pasaría en silencio un hecho que, si bien no podía calificarlo como una ofensa personal, era un desmentido, á lo menos, á cuanto ofrecía hablar en honor de los Brasileros en el canto mismo que dió origen al proceder del señor Ferreyra, que ha servido solo para el ridículo y la mofa de la población de Montevideo, y de los mismos marinos de las estaciones extranjeras. ¿Que afan no tendrian los Almirantes franceses ó ingleses si hubieran de estar leyendo las obras de los viajeros para permitirles ó negarles pasaje en los paquetes de sus respectivas naciones?

Montevideo, Noviembre de 1846.

Le será por el arte arrebatada,
Y en tus opimos y sabrosos frutos
Darás al arte y libertad tributos.

Con este nuevo cauce de riqueza:
Con la industria de Europa entre tu mano,
Adios, Brasil, te pierdo en la grandeza
Del porvenir del mundo americano...
No diviso en los siglos tu cabeza...
¿Imperio? ¿Estados? me pregunto en vano.
No sé qué serás tú; sé solamente
Que alzarás, grande, tu soberbia frente.

¿Quien divisa de América la estrella?
¿Quien no ve en el futuro su reflejo?
¿Quien no la mira iluminando bella
Con torrentes de luz al mundo viejo?
Lánzate en pos de su fulgente huella,
Lánzate al porvenir, y alli te dejo;
Que alli la vista del mortal deslumbra
El mar de luz que fúlgido relumbra.

V

Sobre aquese fecundo
Suelo de vida que se ofrece al mundo
Como flor en pimpollo todavía,
        Amortiguar sabía
Ese dolor que lo consume lento,
El héroe de mis versos un momento.

Una naturaleza
La más rica y variada en su belleza
Encontraba doquier, bien; de su vida
La primera querida
Fué la naturaleza, y hasta ahora
El no puede decir: fuémė traidora.

Ella siempre le guarda una sonrisa;
Renueva sus encantos á sus ojos;
Anima la expresión de su semblante,
Y siempre la divisa,
Sin fingida alegría y sin enojos,
Mostrarse bella y cariñosa amante

Ella conoce bien lo más sensible
Del corazón de CARLOS, y su mano
Pulsa diestra las cuerdas de esa lira
Que responde apacible
Al amor, á la gloria, á cuanto humano
Y celestial el corazón aspira.

Ella toda su mente,
Y la chispa impaciente
Del genio salta y resplandece el alma,
Que siente vida, inspiración y fuego,
Sacudiendose luego
Del peso rudo de su estóica calma.

Ella tiende su diestra
Y orgullosa la muestra
El libro azul y verde que contiene

La profunda y primer filosofía
Que desde el primer día
Escrita por su Dios el hombre tiene.

Si; CARLOS, como Byron, bien pudiera
Decir, que unas montañas, un desierto,
Un mar, una pradera,
La han enseñado más que todo cuanto
En los libros ha visto y descubierto
Por más que fueran su primer encanto.

Un libro lo envanece; una montaña
Lo humilla y lo confunde á su presencia.
¿Cual de los dos engaña?
No sé.—Yo me presumo en armonía
Con mi tenue tejido de existencia,
Cuando humillo ante el sol la mente mía.

Newton y Galileo
Hacen á CARLOS Dios sobre la tierra;
Y luego á la manera del caldeo,
Sube á la cresta de empinada sierra
Para medir en su órbita algun astro;

Pero al seguir su luminoso rastro
Cree ver seis caracteres en el cielo,
Dos palabras: ¿POR QUE?, y fría y muda
En su perenne duda
Su alma cae sin alas sobre el suelo.

En su mano la frente,
El se abisma en los libros de la ciencia,

Y al misterio vital baja su mente
En pos de las lumbreras de experiencia.
Todo ha visto, tocado y comprendido;
Mas su mano á la vez siente un latido
En la frente sobre ella descansada;
Es una arteria,—bien; más **¿Por qué** late?
Y la mente se abate
Entre el caos de su insondable nada.

Pero ¡ay!, tras el ¿POR QUE? que le aniquila
En la naturaleza,
Ve de su alma la fúlgida pupila
Otra palabra, **Dios**; y á su grandeza,
Ni teme, ni pregunta, ni vacila.

¡Lee por doquiera **Dios**! y lo respeta,
Y este es el gran secreto
De las inspiraciones del poeta,
Que va á buscar en la Natura, inquieto,
La concepción del cuadro y la paleta.

Es Dios el entusiasmo que le anima;
Es la abstracción de su constante duda;
Es la verdad que con su luz lastima
Y hace dar un gemido á la conciencia.

De vanidad y de ficción desnuda
Dice el alma: *no sé;* sé solamente
Que ruje una tormenta con violencia
Y que voy yo tras ella con la mente.

—

Luces, montañas, bosques y llanuras
Que bajo el arco tropical formando
Laberintos sin orden y en montones,
Pareceis las inmensas miniaturas
        Del infinito bando
De las bellas gigantes creaciones;

Tempestades del trópico, que raudas
Venis, pasais, y apareceis más luego,
En el curso de un día ó de una hora,
Ya con el brillo de inflamadas caudas,
        Ya sin su mar de fuego,
Ya mudas, ya con lengua tronadora;

Salud todos, salud. El PEREGRINO
Es demasiado diestro en vuestro idioma
Para no haber gozado de su gracia...
Ese idioma se aprende del destino,
        Si de niños nos toma
Y nos hace marchar con la desgracia.

CARLOS ha padecido demasiado,
Para dar á su vida un alto precio;
Y cuanto brinda de placer el mundo
De verlo y de gozarlo está cansado,
Para no sentir ya cierto desprecio
Por toda flor de su pantano inmundo;
        Y joven todavía
Ya de su juventud se acabó el día.

Trévol marchito, el delicado aroma
Su sensibilidad, conserva apenas,

Pero ella es lo bastante— Es en el hombre
El oído que escucha vuestro idioma
Dulce, de amor, consolador de penas...
Gracias, Naturaleza, ¡ay! vuestro nombre
Es el nombre divino
De la querida leal del PEREGRINO.

Al contemplaros él, radiante y bella,
En vuestro rico y fúlgido palacio
Do el Crucero destella
Rayos de oro que alumbran el espacio,
No solamente religiosa calma
Y un hálito de Dios sintiera su alma,
También bello y ufano,
Sintió hablar á su orgullo americano.

Bajo el Crucero, CÁRLOS no ha podido
Preguntar á Venecia, qué se hiciéron
De su tiempo florido
Los trece siglos que al león oyeron
Rugir con libertad, dejando al mundo
Desde San Marcos en pavor profundo,
Como en cien barcarolas
El gondolero en sus canales solas.

Ni como Harold, á la augusta Atenas,
Preguntar por los sabios ciudadanos
Con almas puras, de coraje llenas,
Al contemplar las manos
De la Grecia infeliz entre cadenas.

Ni ha visto en Waterloo desparramada
La ceniza del águila francesa,
Que ayer sobre las nubes remontada
Al peso descendió de su grandeza.

Ni como Chateaubriand, quebrando yedras,
Ha examinado las ocultas piedras
Del romanesco Oriente,
Para encontrar los héroes de la historia
En las perdidas tumbas de su gloria,

Ni en fragmentos de mármol, encubierto
Por el crecido musgo, ha descubierto
En la Roma presente,
De la pasada Roma los ejemplos,
En rotos dioses y arruinados templos.

Ningún lugar ha traído á su memoria
Un recuerdo brillante
De la pasada gloria
Que ha llevado del mundo el tiempo errante.

Ningún lugar contó á su fantasía
En las antiguas hablas
De la Mitología,
Guerras y amores, religión y fablas.

En ningunas arenas
Bañadas por las olas,
Ha visto aquellas que escuchaban solas
De Penelope las sentidas penas.

Él no ha reconocido
La peña de Vulcano,
Ni á la musa de Lesbos percibido,
En los montes á orillas del oceano.

Sobre la cima de ninguna sierra,
Ha visto de los dioses el asiento,
Do á su potente voz el rayo, el viento,
Se despeñaban en tronante guerra.

En ningún monte el célebre Parnaso;
En ningún mar bañarse la Mañana;
En ningún bosque de la hermosa Diana
La huella ha visto del ligero paso.

Nada de esto ha tocado de repente
La memoria una vez del PEREGRINO;
Pero, ¿acaso lo siente?
No; que cosa más bella en su camino
Ha visto entusiasmado,
Y al mirarla su frente ha descubierto.
Él, sus brazos al pecho, no ha mirado
Á un noble anciano en el sepulcro, yerto;
Ha contemplado un niño
De riente faz y virginal cariño.

Genios sublimes del antiguo mundo,
Abrid sepulcros y cabad cimientos,
Y con saber profundo
Habladnos de los viejos monumentos.

Levantad los sudarios
Que cubren del pasado la grandeza,
Y en la misión tan útil de *anticuarios*
Mane palmas sin fin vuestra cabeza:
En la América mía
Vuestra misión muy poco ganaría.

Perdón. De gloria os mostrará diez siglos
Habidos en diez años solamente.
¡Oh! no penseis que la irritada mente
Se imagina fantasmas y vestiglos.
Es todo realidad. Solo un cartucho
Quemado sobre el campo de Ayacucho,
Vale algo más que toda la metralla
Que gastó Francia en su mejor batalla!

Si la grandeza militar se estima
Por lo que de ella al porvenir le toca,
Cabe bien Austerlitz dentro la boca
De un cañón de Junín, ó Maypo, ó Lima.
Cualquier bala del campo americano
Le vale más al porvenir humano,
Que de este siglo todas las medallas
Que recuerdan de Europa cien batallas.

En nuestro mundo, el monte y la pradera
Tocan árido, pobre é infecundo
El antiguo pasado con su mano,
Pero, ¿cuánto daría vuestro mundo
Por un poco siquiera
Del porvenir del mundo americano?

Aquí si se contempla una llanura
No se cree oir un canto de victoria,
Ni ver de Jerges la sangrienta huella:
Mas se adivina una época futura
En que al aliento de la humana gloria
Veránse pueblos levantarse en ella.

Al contemplar un monte
No se piensa escuchar dioses ni amante,
Pero se piensa ver el horizonte
A través de su cuerpo de gigante,
Cuando el arte y la industria con sus brazos
Partan las cordilleras en pedazos.

El río, el monte, el llano,
La piedra, las arenas, cuanto existe,
Son aquí joyas del futuro humano:
Joyas con que la América se viste,
Y virgen y radiante y poderosa
Presenta al porvenir su mano hermosa.

¡Salud, joya del mundo, el PEREGRINO
Siente demasiado alta su cabeza
Cuando á los pies de tu sin par belleza
Te ofrece de rodillas su destino.

Bastante se ennoblece y abrillanta
Bajo la lumbre suave de tus ojos,
Para envidiar del Asia los despojos
Ni cuanto Europa envanecida canta.

Al pintar tu hermosura
Lo inspira y alza lo sublime de ella,
Y con solo seguirte, virgen pura,
El se baña en los rayos de tu estrella.

¡Salud, ricas coronas
Para la blanca frente de la hermosa,
Tejidas desde el Plata al Amazonas
Por la mano del cielo primorosa!

Salud, Janeiro,—primavera eterna,—
Rosa nunca sin sol, siempre aromada,—
Tú le enseñaste al peregrino errante,
De su América tierna
Una belleza más en el semblante,
Un rayo más de luz inmaculada.

Al mostrarle tu frente al PEREGRINO
Purificaste, acaso, el pensamiento
Que en embrión contenía su cabeza,
Sobre el alto destino
Que jugará en el mundo la grandeza
De lo que tiene americano asiento.

Él no lo duda, no; él cree y se fía
En la eterna armonía
De las obras de Dios sobre la tierra:
Y cuando ha visto los ópimos dones
Que derramó á montones
La mano del Creador sobre tu frente,
Ha visto tras los siglos, con su mente,

En genio y paz y en libertad prolijos
La futura grandeza de tus hijos.

Él no te olvidará. ¿Él? ¿Quién olvida
El lugar que en la vida
Nos dió un poco de calma y de ventura?
¿Quién olvida la palma del desierto
Que en el camino incierto
Nos guareció del sol que nos quemaba?
Tú le distes un dia á quien llamaba,
Su *día de oro*... Deificado día,
Que él adora en sublime idolatría.
Adios Río Janeiro; del bardo PEREGRINO
Escucha, va en las ondas, el eco de su voz:

CANTO DEL PEREGRINO

ADIOS AL JANEIRO

La página más bella te debe mi destino,
Adios, Río Janeiro; CINCO DE ENERO, adios.
. . . .
No tengo yo ni patria, ni amigos en el mundo
Y allí donde palpita mi corazón feliz,
Mi pecho de recuerdos y gratitud fecundo,
Al despedirse deja su bendición allí.

No tengo por riqueza sino mi triste lira,
Que canta cuando llora mi triste corazón ;
Llevad brisas del Norte los tonos que suspira,
Adios, Río Janeiro; CINCO DE ENERO, adios.

La patria en que he nacido cantando sus victorias
Se levantó en los brazos del genio militar;
Bajo la paz mañana la esperan otras glorias
Y las orladas sienes elevará inmortal.

Su abrazo es el más noble, su mano la más fuerte,
¡Que marchen abrazados, el águila y el sol!
La paz es para entrambos la egida de su suerte,
Adios, Río Janeiro; CINCO DE ENERO, adios.

CANTO DUODÉCIMO *

En muda soledad duerme tranquila
Cual postrado león, la mar sonora,
Y allá en el horizonte su pupila,
Cual risueña beldad, muestra la aurora.
El primer rayo de su luz vacila
Y apenas de la mar la espalda dora;

* *Al Sr. Dr. D. Francisco Pico:*

El amor á la patria—el infortunio del proscrito, la esperanza en el porvenir—son flores y espinas que ha brotado el corazón de Vd. desde su más temprana juventud.

Una amistad la más pura y desinteresada hace mucho tiempo que nos une.

En este *Canto* hablo de patria, de infortunio, de porvenir; ¿querrá el proscrito y el amigo aceptar este homenaje pobre de una amistad rica de cariño y consideración?

José Mármol.

Montevideo, Julio 19 de 1846.

Pero llegan en pos y en muchedumbre
Rayos y rayos de brillante lumbre.

Huye la oscuridad y huye el sosiego
De la ofendida mar que hincha su espalda,
Y allá en el horizonte ondas de fuego
Disputan á la mar las de esmeralda;
Hasta que bordan opulentas luego
Del astro rey la fúlgida guirnalda,
Que en su llama inmortal al mundo absorbe
Como la luz de Dios absorbió al orbe.

Con la brisa del Norte hinchado el lino
Se desliza el bajel rápidamente,
Como la vida al soplo del destino
En el mar de las cosas y la mente.
En la popa, su vista el PEREGRINO
Tiene fija en las nubes de occidente;
Baja sus ojos y las ondas mira;
Y como lleno de dolor suspira.

¡Un suspiro!... ¿y por qué? ¿Carlos acaso
Tiene algo de común con los dolores
Ni la felicidad? ¿Ya en el ocaso
Su estrella no apagó sus resplandores?
Indiferente al infortunio, el paso
No mueve por do quiera, sin amores,
Sin dar al ruido mundanal un eco
Su corazón desencantado y seco?

¡Ay! ese corazón fué tan á prisa
Despeñado en los piélagos del mundo,

Que si mira el pasado, en él divisa
Un largo siglo de dolor fecundo!
Se acabó para Carlos la sonrisa,
Y, escondido del alma en lo profundo,
Coge allí la raíz de sus dolores
Y la pone en su lira en vez de flores.

Él fué para los hombres, franco y bueno;
Noble su corazón cual la nobleza;
Pero existía un cáliz en su seno
Y una chispa del genio en su cabeza.
Le llenaron el cáliz de veneno;
La chispa hirió del mundo la corteza;
Y él dijo al contemplarlo, fríamente:
«Nos miraremos, mundo, frente á frente».

Y después, desatando sin recelo
Del mundo y del espíritu los nudos,
Cual noble caballero, que en el duelo
Deja su brazo y corazón desnudos,
Tras de la tempestad remontó el vuelo
Del infortunio al ¡ay! sus labios mudos,
Comenzando esa vida, ese romance
Que ojalá nadie á comprender alcance.

Esa vida, ese cúmulo de escenas,
Donde el drama del mundo ha conocido
Y donde todo, sin excluir las penas,
A excepción del honor, ha consumido.
¿Cuáles dichas de amor le son agenas?
¿Qué hiel del infortunio no ha bebido?

¿Qué lágrima ha quedado en su pupila?
¿A qué se lanza ya, ni en qué vacila?

¿Acaso los recuerdos todavía
Arrebatan á su alma ese suspiro?
¿Del cielo tropical el claro día
Viene á su mente á perturbar el giro
De las negras ideas? ¿Su alma umbría
Se alumbra con el rayo de zafiro
Que el Crucero en su espléndido palacio
Vierte en hebras de luz sobre el espacio?

¿Acaso su inmortal CINCO DE ENERO (1)
Ese suspiro lánguido arrebata
Y recuerda con él su amor primero,
Y esa mujer hasta con Dios ingrata
Para entregarle el corazón entero,
Esa mujer cuyo recuerdo mata,
Porque, al verla una vez, el alma expira
Si lejos de ella y de su amor suspira?

Aquella á quien un día el PEREGRINO
Dijo: «Adios! yo te he amado hasta el exceso;
Mi amor primero te guardó el destino.

---

(1) Después de su viaje al mar del Sur, volvió el PEREGRINO á la Ciudad de Río Janeiro, donde permaneció dos años; los más tranquilos, y aun podemos decir, los más felices de su vida. El canto undécimo del poema está consagrado á su recuerdo del Brasil; y á arrebatar, en cierto modo, algunas ideas falsas y desfavorables que existen en general sobre la sociedad Brasilera; como también, á revelar esa naturaleza magnífica, rica en novedad y poesía, con que ha engalanado Dios ese pedazo de suelo americano.

Entre aquellos recuerdos, hay un día que á menudo se nombra en ese canto—el 5 de Enero, á quien llama el PEREGRINO «su día de oro»—un recuerdo individual, pobre para los otros si se quiere; pero rico tesoro para el corazón del PEREGRINO, á quien es preciso perdonar que se ocupe de algunos recuerdos propios de él, por lo mucho que se ocupa y sufre por los recuerdos agenos.

Toma, guarda también mi último beso;
Si te hallare otra vez en mi camino,
Entonces te diré con embeleso:
Si conoces el sello de tu boca
Ven, y mi labio con tu labio toca».

No, no es esa quien ora de su pecho
Arranca ese suspiro; la ama tanto,
Que el corazón en lágrimas deshecho,
O sueños de placer, en vez de llanto,
Nunca á su imagen y á su amor estrecho,
Nunca suspira, pues su dulce encanto
Es guardar cuanto fué y es de su bella,
Sin que robe un suspiro el nombre de ella.

Esas ondas que mira el PEREGRINO
¿No sabeis cuales son? Son las del Plata;
Y esas nubes que el rayo matutino
Sobre el cenit azul blancas dilata,
Do descubren el Cabo Cisplatino
Cuya sombra en las olas se retrata,
¿Comprendeis el suspiro? Al sur, la nube
De las riberas de su patria sube.

Si al extranjero que aprendió la historia
De estos pueblos, las ondas de su río
Inspiran un recuerdo en su memoria,
Triste como el crepusculo del día,
Al que en ellas nació, cuando la gloria,
Que al nacer expiró, también nacía,

Oh, que no inspirarán, si acaso siente
Sensible el corazón y alta la mente!

El PEREGRINO sus miradas gira:
A su izquierda la patria. *Allí está ella*,
Dice; y las nubes y las ondas mira,
Por distraer el alma de la huella
Que labra la vergüenza... El aura aspira
De la patria oriental... Sus rocas, bella
Baña la luz del sol... mas ¡ay! le muestra
Que también hay tiranos á su diestra. (1)

De un hombre que en el Plata fué su cuna,
Sus esperanzas y su fe primeras,
Es por cierto, gran Dios, bella fortuna
Estar del río entre las dos riberas,
Y saber que á la vez en cada una
La barbarie despliega sus banderas;
¡Y que en aquella ó en aquesta orilla
A su garganta espera la cuchilla!

Es cierto, sí; mi pobre PEREGRINO
Bien habrá de mover su mundo interno,
Al contemplarse sobre débil pino
Navegando á la entrada de un infierno;
Bien puede meditar sobre el destino,
Los fallos de Satán ó del Eterno,

---

(1) EL PEREGRINO entraba al Río de la Plata el 17 de Abril de este mismo año, tiempo en que el general Oribe era dueño de casi todos los departamentos de la República.
Por esta fecha vése también que el PEREGRINO no tiene el don de la oportunidad para hacer sus viajes.

A la vista de pueblos y señores
Que dejó malos y los ve peores.

Su madre patria allí, y allí su hermana...
Hay parientes, por Dios, que más valiera
Llorarlos muertos en su edad temprana.
Y esa madre de hermosa primavera,
Y esa joven tan pura en su mañana,
El triste viajador verlas quisiera
En aqueso que llaman en la historia
No tumba, sino templo de la gloria.

¡Argentino! por Dios y por mi vida,
Que este mundo no es hoy una gran cosa;
Si no se llama cosa desmedida
Ciervo vivir de tiranía odiosa,
O arrastrar vagabunda y desvalida
Una existencia oscura, fatigosa:
Dos extremos, los únicos al hombre
Que lleva de Argentino el triste nombre.

Antes era otra cosa; antes valía
La pena de llevar una estocada
El decir con orgullo y bizarría:
Nací argentino y en mi patria amada
No hay ya ni esclavitud ni tiranía;
Y en la frente del hombre inmaculada,
Donde la libertad graba su sello
Deslumbra un rayo de esperanzas bello.

Pero antes, esa patria, en vez de yugo,
Laurel tenía y palmas en la frente;
En vez de miserables y verdugo,
Hombre de honor y corazón valiente;
Y en vez del vicio cuyo amargo jugo
Hoy nutre sus entrañas torpemente,
La miel de la virtud nutria el seno
De amor, nobleza y esperanzas lleno.

Entonces á la luz del claro día
Se conquistaban glorias inmortales,
Y el corazón en ecos repetía
Las voces de los cánticos triunfales;
Entonces por la patria se moría,
Y eran templos las urnas sepulcrales;
Entonces ¡ay! las madres envidiaban
La suerte de los hijos que espiraban.

Entonces en la lid nuestros guerreros
Dirigían al pecho castellano,
Como leales y nobles caballeros,
La punta de su sable americano;
Entonces se envainaban los aceros,
Y al vencido infeliz, la propia mano
Del vencedor cuidaba de su herida,
Al que no quiso matar, dándole vida (1).

---

(1) Hemos dejado en el Janeiro muchos de nuestros papeles, y sentimos no tenerlos presentes para ilustrar esta nota con algunos hechos históricos de la guerra de la Independencia, notables por su nobleza.

Pocas guerras han existido más encarnizadas, más de conciencia, que la que, por espacio de 15 años, han sostenido sobre nuestro continente los españoles y americanos; pero pocas también más llenas de actos bizarros y generosos.

Por ejemplo—durante el sitio de los castillos del Callao, el General San

Entonces el anciano, cuya noble
Frente, al peso del tiempo ya se abate,
Cual viejo y fuerte deshojado roble
Que resiste del viento el duro embate,
Escribía la ley, cuando el redoble
Convocaba sus hijos al combate,
Y ellos le daban patria con la guerra,
Y el viejo á ellos, ley para su tierra.

Entonces en las bóvedas del templo
La palabra de Dios repercutía,
Y la virtud de Cristo era el ejemplo
Que el sacerdote al pueblo descubría;
Entonces esta lira que yo templo
A la voz de mortal melancolía,
Otros templaban á la dulce y bella
Voz de la libertad, en redor de ella,

Entonces el labrador, cuando el arado
Volvía á levantar dejando el sable,

Martín ofrecía los hospitales de la Ciudad de Lima á los heridos y enfermos de la Plaza, inhabilitada para atenderlos, y muchos españoles, no menos generosos que su enemigo, aceptaban la oferta; pasaban á Lima; y restablecidos, pasaban á sus filas si así lo querían.

Pero no se crea que solamente con enemigos comunes se tenían estas consideraciones. Uno de los generales españoles, gravemente enfermo, aceptó del general argentino la oferta de pasar á curarse á Lima, donde se le arregló una casa, y donde asistido por oficiales del ejército patriota, se restableció: y pidió y obtuvo su pasaporte para España después que los castillos fueron tomados.

Las crueles pero imperiosas exigencias de la guerra obligaron, por más de una vez á la adopción de medidas rigurosas; pero esto era el resultado de las circunstancias más ó menos premiosas, pero no de la índole de la guerra ni del carácter de los americanos.

El cuchillo, la traición y todos esos medios bárbaros y reprobados que hoy se emplean en nuestras guerras civiles son la invención exclusiva, y por consiguiente moderna entre los argentinos del general Rosas. Son su obra, y aunque somos sus enemigos, jamás desconoceremos en él como en nadie lo que sea parte de su genio.

De su esposa y sus hijos rodeado
A la puerta del rancho miserable,
Ricas cosas contaba entusiasmado,
Todas de patria y gloria memorables;
Sin miedo de negar ó dar renombres,
Porque entonces los hombres eran hombres.

Entonces eras tú, pueblo argentino,
Grande como los Andes y el océano,
Y á la luz de tu fúlgido destino
Alumbrabas el mundo americano
Derramando en tu espléndido camino,
Como Dios las estrellas con su mano,
Chispas de libertad, rayos de gloria,
Desde el carro veloz de la victoria.

Rodaban de los Andes de repente
Torrentes de guerreros á su acento,
Para caer cual rayos en la frente
De un trono con dos mundos por cimiento;
Como al eco de Dios, en llama ardiente,
Cayeran en raudal del firmamento
Nubes y nubes que el cenit desploma
En la réproba frente de Sodoma.

Y á sus plantas tiraba hecha pedazos
La cadena de fierro de dos mundos,
Que cayeran del cielo sin más lazos
Que aquellos del amor, y los profundos
Mares que los estrechan con sus brazos,

Por más que sus desiertos infecundos
Donde todo se pierde ante los ojos,
Parezcan separarlos con enojos.

Y cambiaba del hombre los destinos
Levantando una virgen de esperanza,
Como alza Dios los rayos matutinos
Y cambia el huracán por la bonanza.
Y abría de un futuro los caminos
Donde una nueva humanidad se lanza,
Como hizo Dios al presentar la oliva
Dentro del arca á la familia viva.

Entonces al sepulcro caminaba
Paso á paso el guerrero, y de su frente
La aureola el sepulcro iluminaba,
Y el más allá de la futura gente:
El sol así, cuando su marcha acaba
Lleno de magestad en occidente,
De su tumba los bordes ilumina
Mientras á otra región su luz camina.

En fin, la vida y aun la misma muerte
En los pueblos del Plata, para el hombre
Eran entonces envidiable suerte:
Vida era gloria, y muerte era renombre.
Pero á esa patria, valerosa, fuerte,
Llena de gloria y opulencia y nombre,
Rica de corazón, rica de espada,
¿Sabeis ahora lo que resta?... ¡Nada!

Parece que su frente hubiera sido
Por la vara de un mágico tocada,
O la trompeta de Josué sentido,
Al mirarla tan rápido postrada.
Parece que algun soplo desprendido
De las egipcias playas, abrasada
Su admósfera dejase, y de repente
Postrado hubiera la marchita frente.

Todo, todo pasó: gloria, opulencia,
La virtud misma del hogar no existe,
Y las horas las cuenta la existencia
Por los golpes del fierro que resiste;
La propia flor de la beldad su esencia
Ha perdido y su brillo, mustia y triste,
Encerrada con hálitos impuros
De la barbarie entre los altos muros.

Apenas esa patria que derrumba
Más y más cada día el despotismo
Y besa más la mano que la tumba
Cuanto más la despeña en el abismo,
Apenas, como el polvo de una tumba,
Tiene flores que brota de si mismo:
Tiene ella por el mundo algunos hombres
Celosos de sus glorias y sus nombres

Que han bebido la hez de la amargura
Bajo el pálido sol del extranjero,
Y consuelan su misma desventura
Con hablar á su patria dulce agüero:

Que bajo suelo extraño sepultura
Dan á sus viejos padres y al guerrero,
Y les dicen: «Quedad, hasta que un día
Lloremos ¡ay! vuestra ceniza fría»;

Que ven nacer sus inocentes hijos
Sin nacer en la patria de su padre;
Y en vez de maldecir, hacen prolijos
Que al empezar á hablar la llamen MADRE:
Y siempre en Dios y en la esperanza fijos,
Cuando á su patria la bonanza cuadre,
Ven que el dolor y la vejez los labra,
Sin decir de Escipión la cruel palabra. (1)

Aquesto y nada más, patria argentina,
Queda de tu pasado y tu grandeza;
Es el último rayo que ilumina
Del sol que abrillantaba tu cabeza.
Pero lejos de tí su luz camina
Sin animar tu lívida belleza:
Esa que abrigas torpe muchedumbre
Nada conserva de tu antigua lumbre.

¿Nada?... ¡Oh, es mucho *nada!* Tiene menos
Esa gente en el vicio embrutecida:
Tiene acreedores de piedad agenos,
Tiene la humanidad, que sorprendida,
Y los cielos también de pasmo llenos,
La piden cuenta, y en rigor debida,

(1) «Ingrata Patria, no tendrás tú ni mis cenizas», (inscripción hallada sobre la tumba de Escipión el Africano).

De esos largos escándalos salvajes,
Con que al mundo y á Dios comete ultrajes.

Cuenta que has de pagar, redil de esclavos,
Pueblo sumido en lodazal del crimen,
Espúrea raza de los hombres bravos
Que hoy en la tumba de vergüenza gimen.
¡Ah, bien las pagas ya!... Sientes los clavos
Y el son de las cadenas que te oprimen;
Dentro del corazón la verdad sientes,
Y nuevo Galileo, crées y mientes.

Diputados, ministros, generales,
¿Que haceis? corred: el bruto tiene fiebre.
Arrastrad vuestros hijos virginales
Como manjar nitroso á su pesebre.
Corred hasta las santas catedrales,
A vuestros pies la lápida se quiebre,
Y llevad en el cráneo de Belgrano
Sangre de vuestros hijos al tirano.

Que su carro triunfal vuestras esposas
Arrastren otra vez: dadlas al bruto
Para que os honre, si las halla hermosas,
Con daros de su raza un noble fruto.
¿De qué no es amo y digno vuestro Rosas
Si le disteis la patria por tributo?
Gracias, señores, gracias por la gloria
Que dejais de nuestra época en la historia (1).

---

(1) En 1839, un carro triunfal donde iba colocado un retrato de D. Juan

Envidiasteis tal vez á los campeones
Que llamáronse *célebres* un día,
Y al nivel de esos ínclitos varones
Os quiso levantar vuestra osadía.
Y en efecto, tan altas ambiciones
Se os han llenado ya, y en demasía;
Pues la fama, con nombres y apellidos,
Os llama los más *célebres bandidos.*

Generales, ministros, diputados,
Grande es vuestra misión en vuestra era;
Y si por buena ley moris ahorcados,
Ni admirable tal vez ni extraño fuera
Que allí vuestros cadáveres colgados
Quedasen, como ejemplo al que los viera,

Manuel Rosas, ha paseado las calles de Buenos Aires.

Las guarniciones de ese carro eran unas cintas blancas y punzóes, y cuatro señoras que se mudaban de cuadra en cuadra, tiraban de ellas. Estas señoras eran las esposas de los generales, de los ministros, de todos los principales magnates del general Rosas.

Dos hileras de hombres cerraban los flancos de la comitiva de damas; los unos con su espada de soldado á su cintura; los otros con su bastón de magistrado en la mano. Estos hombres eran los maridos de esas damas.

A estos hombres nos hemos dirigido:

¿ Son demasiado acres nuestras palabras?

Empezaron por envilecer la patria, después se envilecieron y prostituyeron ellos, esto era lógico. Envilecidos, esclavos llenos de zozobras y de miedo, para mejor adular á su señor, envilecieron á sus esposas, esto era lógico. ¿ Será mucho que por miedo también las convirtieran en Mesalinas, quienes las convirtieron en mulas? No, no habría de qué sorprenderse.

Por otra parte, si nuestras palabras son agrias, téngase presente que los hombres que de conciencia, por convicciones, hacemos la guerra á Rosas y á sus amigos, se la hacemos de frente, de muerte, como nos la hacen á nosotros, mientras seamos enemigos, y así es como se sostiene, á lo menos, como se ha debido sostener, nuestra guerra. Cuando algunos de esos hombres ha vuelto en sí, y se ha alistado en nuestras banderas para trabajar por la libertad de la patria de todos, ninguno de los enemigos del tirano le hemos cerrado nuestros brazos. Cuando los que le quedan le abandonen, olvidaremos todo, porque ninguno entonces tendrá el derecho de fiscalizar su pasado, si trabajan por el porvenir. No es, pues, el rencor, sino el espíritu de la guerra actual el que dirige las palabras y las acciones de los enemigos de Rosas. Espíritu que han marcado primero Rosas y sus amigos.

Del modo como se hacen inmortales
Los célebres, los altos criminales.

¡Oh Rosas! No la prensa y la tribuna
Del Brasilero, GRANDE, solamente
Te llamará, eso no. También hay una
Joven y noble y argentina frente
Que hoy se levanta, y sin temor ninguno
Te llama grande, FUERTE, OMNIPOTENTE,
Y asi te llama ante la luz del día,
Que es frente sin doblez, porque es la mía.

Y asi te llamo, para orlar de gloria
Esa patria infeliz á quien adoro;
Que destinada en su naciente historia
A escribir con valor páginas de oro,
Primero bien la grandeza en la victoria,
Después de inteligencia un gran tesoro,
Y á tí después te levantó en sus manos,
El mas grande de todos los tiranos.

¿Quien más que tú fué grande en osadía?
Escupes en la frente de la Europa,
Y ese mundo de regia gerarquía
Te brinda luego de amistad la copa.
Y pisas del bajel en que la envía
El pabellón de la soberbia popa:
Gracias, Rosas; mi nombre de argentino,
Que el de enemigo tuyo antes me vino.

Ese nieto imperial de veinte abuelos,
Hijo pigmeo de gigante padre,

Manda tender del águila los vuelos
Luego que al potro de la pampa cuadre,
Y tú, rama del pasto de los suelos,
Gaucho sin Dios ni ley, de oscura madre,
Haces que lleve un puntapié consigo,
Y te llame el monarca: GRANDE AMIGO. (1)

Uno que es más que tú, transformó un día
En estatua de sal una belleza;
Y tú, mayor que él en fantasía,
Has tenido el capricho en tu cabeza
De hacer de una nación de nombradía
Un pantano cubierto de maleza,
Y de un millón de seres racionales
Número igual de estátuas animales.

Estátuas con resortes; tú las tocas
Y ellas corren, se paran, lloran, cantan,
Les das de latigazos, y más locas
Saltan, gritan, te aplauden y se encantan;
Y al ruido el infierno abre sus bocas

---

(1) «S. M. el Emperador del Brasil y el gobierno encargado de las R. E. de la Confederación argentina se unen en alianza ofensiva y defensiva contra el poder y autoridad que ejerce Fructuoso Rivera en la república del Uruguay y contra los rebeldes de la provincia del Río Grande del Sud y contra los partidarios del dicho caudillo y de los mencionados rebeldes».

(Art. 1º del tratado de 24 de Marzo de 1843), «... las tropas imperiales que entrasen al territorio de la República Oriental del Uruguay se pondrán á las órdenes del general de las Fuerzas Confederadas». (Período del art. 6).

Este tratado, presentado en proyecto por el Plenipotenciario Argentino en la Corte del Brasil, el 5 de Febrero, y celebrado el 24 de Marzo, se envió á Buenos Aires, ratificado por S. M. á recibir la competente ratificación del Gobierno Argentino, como se previene en el art. 13 del tratado. Rosas *no quiso* ratificarlo.

Este notable asunto, que es ya propiedad del público, no lo queremos comentar, tanto porque nos llevaría á consideraciones bien detenidas, como él lo merece, cuanto porque muy poco podríamos decir después de los ilustrados artículos del *Comercio del Plata* en los números 6, 8, 11 y 14 de Noviembre de 1845 á que nos referimos.

Y hasta Satán y el Tártaro se espantan,
Que á tantos á la vez ni Satán mismo
Enloqueció jamás en el abismo.

Gracias, Rosas: mi mente de poeta
Busca la novedad, y cada fibra
Siento del corazón latir inquieta
Por toda voz que de ignorancia libra;
Y tú eres á mi oído una trompeta,
Que en ecos claros me repite y vibra:
Que si tú no eres *grande,* pocos reyes
Y pocos hombres hay que no son bueyes.

Ah, Rosas, si mi joven PEREGRINO,
A quien haces viajar pobre y errante,
Te encuentra alguna vez en su camino,
Habeis de ser amigos al instante.
Puede ser que se canse el argentino
—Tú apuestas á que no—y ¡ay! su gigante,
Viaje por el Brasil ó por la Europa...
Si te halla Carlos chocareis la copa.

Y gran cosa por Dios mirar sería
Conversando el demonio y un poeta
En una noche de tormenta, umbría,
Con voz pausada, con pupila inquieta,
A la pálida luz de una bujía,
Entre misterio y soledad secreta,
Acariciando cada cual á solas
El oculto puñal ó las pistolas.

Y descubriendo de tu mundo interno
Esos cóncavos senos del delito
Que abrió en tu corazón el mismo infierno
Para vaciar la rabia del precito,
Y mostrando el *por qué* del odio eterno
Que fulminó tu corazón maldito,
Saber Carlos entonces el enigma
Para cantar su horrible paradigma;

Y al oscilar la luz sobre tu frente,
Las sombras de tus víctimas pasando
Contemplase el poeta, y de repente,
El trueno en los espacios retumbando,
Y de cien rayos á la llama ardiente,
Ver con arpas de fierro negro bando
De bardos de Luzbel, á roncos gritos
Cantar tu maldición y tus delitos;

Todo esto para Carlos bien seria
Espectáculo ameno – escena rara
Del drama de su vida—y bebería
Contigo dos botellas, cara á cara,
Sin miedo y con placer. ¡Cuanto sabría!
¡Tú que enseñas tan bien, con voz tan clara!
Mas ¡ay! no te he de hallar; y grande y fuerte,
Seguirás en tu cátedra de muerte.

¡Cuanto no has enseñado y puesto en duda!
¡Cuanta filosofía no has dictado
De ficción y oropel siempre desnuda!
Las cosas como son has enseñado;

La ley de Dios para la tierra, muda;
Bajo el látigo el hombre arrodillado;
Y que todo es ficción cuanto decimos
Del palabrero siglo en que vivimos.

Una cosa más práctica la mente
Te debe todavía, y es el modo
De comprender de América el presente
Y su modo de ser y sufrir todo;
Pues, libre un poco más, toda su gente
Cual la que mandas tú, duerme en el lodo;
Erial de los alcaldes y virreyes
Do plantaron el bosque de sus leyes.

Hay coincidencias raras en la vida
De los célebres pueblos. Cuantos males
Ha sufrido la España en su caída
Los debe á esos magníficos caudales
Que le enviaba la América oprimida;
Y ésta debe de llantos sus raudales
A las manos que España le mandaba
Para coger el oro que encerraba.

Yo miro levantarse soberana
De Wáshington la patria, como el astro
Que del pálido oriente en la mañana
Se alza dejando iluminado rastro:
Miro su libertad virgen y ufana
Despeñarse en su carro de alabastro,
Atravesar los piélagos profundos,
Y en sus hombros después volver con mundos.

Yo miro del Brasil brotando lumbre
La razón y la industria palpitantes,
Como brotan en rica muchedumbre
Sus arenas el oro y los diamantes:
Y allí su libertad en regia cumbre
Fascinar con sus ojos rutilantes,
Cual fascina su monte y su pradera
Con su eterna y lujosa primavera.

Y yo miro tambien que donde el carro
De la España rodó sobre la tierra
Inmensa de Cortés y de Pizarro
Hay solamente esclavitud y guerra,
Pueblos sumidos en inmundo barro
Que estremecen los llanos y la tierra,
Recibiendo en la punta de las lanzas
De la alma libertad las esperanzas.

Salud, Duque de Rivas. Eres hombre
Que dijiste verdad en ecos llanos,
Cuando dijiste, por negarnos nombre:
Españoles sereis, no americanos...
He aqui la verdad por más que asombre,
La verdad que descubre cien arcanos,
El prolijo compendio de una historia
Que ya cuenta más lágrimas que gloria.

Aquí hay España, si; pero no aquella
España de los ínclitos varones
Que por su Dios y por su patria bella,

De Cristo y de Castilla los pendones
Al rayo divinal de clara estrella
Y al soplo de sus nobles ambiciones
Desplegaban doquier, y el mundo todo
Seguía el carro del triunfante godo;

Mas no la España que de su alta frente
El dulce rayo del saber fecundo,
Llena de Majestad su luz fulgente,
Brillaba por el ámbito del mundo;
Y cual fuera en las lides imponente
De sus armas al golpe furibundo,
Fuera después, al golpe de su acento,
Bizarro paladín del pensamiento.

Esa España su gloria nos daría;
Y el alma de Colón al vernos grandes,
Nuestra madre inmortal bendeciría
Desde la sien de los soberbios Andes,
Y á su virgen espléndida diría:
«Para que al mundo en lo futuro mandes,
Cuando te hallé desnuda entre las olas,
Te cubrí con banderas españolas».

Mas era su poder, poder del suelo;
Humana creación que al fin perece,
Y debía brillar como en el cielo
Exalación que brilla y desparece;
Y cuando tras del mar alzóse el velo
Y á sus ojos la América se ofrece,

Sobre los campos de Rocroy caía (1)
La última luz de su rosado día;

Y sumergióse luego en el torrente
De las edades, y dejó en la historia
Las huellas de sus pasos solamente,
Que también pasarán con su memoria;
Hasta que al fin la venidera gente
Pierda hasta el nombre de su antigua gloria,
Yerta en el panteón de las edades
Con sus hombres, sus siglos, sus ciudades.

Y en el Tajo, el Sena, el Rhin, en cuyas olas
Al son guerrero de su trompa un día,
O al eco de las liras españolas,
El nombre de la España se aplaudía,
Perdidas de su sien las aureolas,
Y las lluvias de luz y de armonía,
No sabrán de sus liras ni su trompa,
Ni que hubo España de envidiable pompa.

De su caos los siglos se desprenden,
Llegan, ruedan, levantan en sus manos
Generaciones, mundos, y descienden
De la honda eternidad á los arcanos,
Asi del hombre las pasiones hienden
Por esos del placer goces mundanos,

(1) Ou sont les vieilles bandes espagnoles qui avaient mis la main dans tous les grands événements des siècles précédents, qui avaient fait les destinées de l'Europe? elles son mortes á Rocroy. (Coussin, Histoire de la Philosophie).

Roban la aroma de la flor, y luego
Vuelven al corazón marchito el fuego.

Tienen y nada más sobre este mundo
Una nación, un siglo, un hombre, un día;
Y el antes y el después es infecundo
Tiempo que habita entre la nada umbría.
Ya es la memoria en su caos profundo
Al Partenón y al Capitolio fría;
Y de Venecia apenas los canales
Hablan de Bucentauro y Carnavales.

Y la grande misión, el siglo bello
Terminaban de España: á su cabeza
Había orlado ya con todo aquello
Que puede dar de grande la grandeza;
Y sobre el viejo mundo puesto el sello
De su genio, su lanza y su nobleza,
Cuando un hombre, en los siglos sin segundo,
Pidióla un barco para darla un mundo.

Suele haber en la suerte un mal sentido
Que no sabe dar precio á los momentos.
Antes, un siglo, el genovés nacido,
La España hubiera puesto los cimientos
A un nuevo porvenir; habría sido
El orbe avasallado á sus acentos,
Y el cataclismo que tumbó su frente
Deshecho por su mano omnipotente.

Y si un siglo después nace y le muestra
Este mundo Colón, ya no lo toca:

El galo y el bretón ponen la diestra
Y sus muros de bronce en nuestra roca. . .
¡Ay! la fortuna de hoy menos siniestra
Fuera para nosotros, y más poca
Servidumbre á la España costaría
Este mundo encontrado en fatal día.

No habrían derramado al suelo hispano
Esas brillantes lluvias de tesoros
Las nubes del cernit americano
Para agostar la flor de sus decoros,
Para embriagarlo y enervar su mano,
Para hacer que brotara de sus poros,
Desde Felipe hasta Fernando, males,
En tres siglos á España tan mortales.

Eso es lo que hay aquí. La España muda,
La que tres siglos de fatal memoria
Bajo el peso gimió de ambición ruda,
Llorando apenas su perdida gloria
Alguna lira de temor desnuda,
—Lágrima santa que guardó la historia—
O la voz de alguna alma sin mancilla,
Junto al fuego ó al pié de la cuchilla.

La España con que luchan todavía
De sus hijos de ahora el genio y brazos,
Sin poderla vencer en su porfía,
Ni con rayos del genio ni á balazos:
En la que el fraile pertinaz porfía;
La que ese Rey con cetro hecho pedazos

En tenaz ambición mueve y ensaña,
Contra la nueva floreciente España.

Eso tiene este mundo americano
Como fibras de vida dentro el pecho,
Desde el florido suelo mexicano
Hasta la estéril roca del estrecho:
Absolutismo, siervos y tiranos;
Farsas de libertad y de derecho;
Pueblo ignorante, envanecido y mudo;
Superstición y fanatismo rudo.

Eso tienes, América. Responde,
¿Cuál es tu porvenir? quita un instante
Tus ojos de la urna en que se esconde
De tus glorias el tiempo de diamante;
Deja tu noble vanidad, y ¿dónde,
Dime, se aclara el *más allá,* que errante
Busca inquieta y tenaz la mente mia
Entre las nubes de tu noche umbria?

Deja tu gloria en la nevada cumbre
De los altivos Andes, frente á frente
Con la posteridad brotando lumbre,
De mar á mar, en fúlgido torrente;
Deja también la rica muchedumbre
De las verdes promesas de tu mente,
Y mirando tus *hombres,* lo que ignoro
Revélame, por Dios, que yo te adoro.

¿Cuál es tu porvenir? ¿Por qué camino
Despeñada mi mente en lo futuro

Encontrará de América el destino,
Atravesando siglos, como el puro
Rayo del sol nadando brillantino
De nube en nube en el cenit oscuro?
Habla: los Andes, y la mar, y el viento—
No ves?—se postran á esperar tu acento.

Yo sé que serás tú la flor mas blanca
En el jardin del porvenir humano;
Y que en tu cielo el Hacedor estanca
Las lluvias que abrirán puro y lozano
Tu cáliz virginal; y al orbe, franca,
Olas darás de tu ambar soberano;
Yo sé que tus destinos son estrellas,
¿Más cómo, madre, dí, rodarán ellas?

¿Habrá sobre tus hombros, algún día,
El manto azul de Césares, acaso,
Y espléndido y brillante, madre mía,
En tapiz regio marcarás el paso;
Y tu primera estrella mustia y fría,
Llevada por el tiempo hasta el ocaso,
Habrá dejado apenas por memoria
El nombre de la *República* en la historia?

Pero, silencio....la tormenta ruje,
Y á los golpes del rayo de repente
En su cimiento de oro el Andes cruje...
Tu sabrás qué poner sobre tu frente
Cuando en el cielo el iris se dibuje...
Entre tanto, esta chispa que mi mente

Acaba de arrojar, hoy no se mire:
Que en la posteridad luzca ó espire.

Entre tanto, también con tus cadenas
Queda ¡Oh Plata! y tus crímenes prolijos,
Como Saturno, de tus propias venas
Tragándote voraz los tiernos hijos:
Tendido en tus bellísimas arenas
Queda en sangre no más tus ojos fijos;
Como el boa del indo harto de entrañas
Postrado queda entre aromadas cañas.

Queda por medio siglo todavía,
Pobre patria argentina, sin guirnalda,
Sin luz, sin genio, aletargada y fría,
Brotando las heridas de tu espalda
La sangre que nutrió tu tiranía;
Y cuyo rostro el monte hasta la falda,
Las piedras, los desiertos, cuanto existe,
Conservarán enrojecido y triste.

Queda hasta el más allá, donde el destino
De América revele los arcanos,
Y con ellos también, suelo argentino,
Los tuyos que el futuro entre tus manos
Conserva todavía; y el camino
Por que transitas hoy y esos tiranos,
Sean en colosales dimensiones
Cuadro de novedad é inspiraciones.

—

Suspira El Peregrino, y de la nave
Vuelve del sur la vista conmovida,
¿Cómo no suspirar, cuando no cabe
Dentro del pecho tan ingrata vida;
Cuando pasan los años y no sabe
Sino que pasan sin curar la herida;
Cuando en su mente ¡ay! todo concentra,
Y á nada y nadie su memoria encuentra?

Cuando á los hijos del honor divisa
Condenados de Tántalo al suplicio;
Y mira en el tirano la sonrisa,
Y á ellos ahondar su propio precipicio;
Trabajar con valor, y más á prisa
Que el ariete se alzó, ser el desquicio;
¡Cuando vé por doquier tiendas y lanzas,
Y por doquier perdidas esperanzas!

¡Y siempre bajo el sol del extranjero,
Y siempre el pan de la miseria amargo!
Carlos ¡ay! tiene el corazón de acero
Para llorar por él; pero, ¡es tan largo
El tiempo que ha corrido lastimero
Sobre tanto infeliz; y el triste cargo
De llorar su dolor es tan sagrada,
Tan hermosa misión de alma inspirada!

Allí están unas rocas—¡Sufre tanto
Al volver á mirarlas de este río
Regadas por la sangre y por el llanto,
Bajo un cielo tan lúgubre y tan frío....!

Allí donde otra vez su primer canto
Como al alba del ave el primer trío
Saludó el porvenir, fija su frente
En las rosadas nubes del oriente...!

Allí donde en el alba de su vida
Se abrió la flor de sus afectos pura,
Y vió la primer hoja desprendida
Al primer temporal de desventura....
Allí conoció su alma sorprendida
Su luz vital y su misión futura....
Allí vió descubierto su camino,
Allí dió el primer paso El Peregrino.

¡Allí están esas rocas orientales
Do le arrojaran de su patria bella
Esos raudos furiosos temporales
Que deshojaran la guirnalda en ella!
¿Y cuándo? Cuando apenas virginales
Veía Carlos los rayos de su estrella;
¡Cuando daban apenas entre amores
Sus diez y ocho años las primeras flores!

Y ya cárcel, cadenas y destierro....
Amor, placeres, juventud perdida;
Y ya la sin piedad mano de hierro
Del infortunio taladrar la vida;
Y ya el primer dolor, el primer yerro,
La primer falta, la primer caída;
¡Y ya, en cuerpo infantil, alma enlutada,
De pasión en pasión ir despeñada...!

¡Y ya saber odiar. . .y entre despojos
Dejar la patria por la vez primera
Sin brotar una lágrima sus ojos!. . . .
¡Y ya con alma noble y altanera
Soportar desengaños y sonrojos,
Pisando sin hogar patria extranjera!. . . .
Pasad tristes recuerdos de la mente
Allí están esas costas del oriente

Bellas como su nombre; allí su falda
Besan del río y de la mar las olas,
Y las cumbres bordadas de esmeralda
El ambar de la flor esparcen solas,
Cual si el aura que agita su guirnalda
Impregnada de esencia de amapolas
Adormeciera desmayado al hombre
Dentro de ese jardín bello hasta en nombre

En esos campos el corcel de Carlos
Cien veces estampó sus herraduras
Cuando quizo el poeta contemplarlos,
Lleno, por tradición, de su hermosura,
Y pudo en sus bellezas admirarlos
Y más que en su belleza en su ventura,
Que eran felices ¡ay! pues más que flores
Brotaban libertad y paz y amores.

¡Oh! esos campos son fértiles y bellos
Cual corazón de quince primaveras!
De la alta bendición vense los sellos
En la vegetación de sus praderas;

En el millar de arroyos que por ellos
Serpean entre blancas primaveras,
Como arterias de un cuerpo derramando
Vital licor en movimiento blando.

Y en esas mil espléndidas cuchillas
Risas de gracia y aromadas flores,
Que en medio de la mies son amarillas
Nubes que flotan ricas de colores;
Y cuando hiela Julio sus orillas
Y el pampero desata sus rigores,
Son las oscuras y robustas ondas
Que en el centro del mar se alzan redondas.

¡Ay! en ellas la brisa era tan pura,
Tan grata para el alma del proscrito,
Que al ver su patria bajo nube oscura,
Atmósfera de sangre y de delito,
Ciudadano del mundo, á la ventura,
Salió á buscar el hálito bendito,
Soplo puro de Dios, dulce, sin nombre,
De la suprema libertad del hombre.

¡Ay! entonces ese hálito de vida
Refrescaba la sien del uruguayo,
Y esa patria—esa rosa desprendida
De la corona virginal de Mayo—
Desplegaba sus hojas engreída
Del alma libertad al dulce rayo;
Y en la más joven de sus tiernas hijas
Tenía Mayo sus miradas fijas.

Llena de fuerza y de temor desnuda,
Arrebatar al Plata parecía
Todo su porvenir en solo un dia.

La industria de la Europa en raudas alas
Miraba la infeliz Montevideo
Llegar para cubrirla con sus galas.
Era el bello festín de su himeneo
Con el progreso, en las brillantes salas
Del arte, de la ciencia y del deseo:
Pues cuanto pudo ambicionar su mente
Allí tenía para orlar su frente.

Atropellando las soberbias olas
Del Plata, dilataba sus cimientos;
Y en las rocas estériles y solas
Improvisaba ricos monumentos;
Y en ellos y doquier, las aureolas
De las artes burlaban los momentos;
Y eran, al contemplarla, recordadas
Las fabulosas grutas encantadas.

La libertad cubría su cabeza
Con su manto de luces, y atraídos
Por el tocante imán de su belleza
Los hijos del honor—los escogidos
Paladines de la última nobleza
De la argentina patria—conmovidos,
Llegaban á guardar bajo ese manto
Sus bellas esperanzas y su llanto.

Un coro de poetas esparcía
Su música inefable para el alma,
Regalando en su dulce melodía
Para el inquieto corazón la calma;
Porque es lluvia de Dios la poesía
Que al pecho del mortal la fiebre calma;
Irresistible y santa cual la pura
Lágrima virginal de la hermosura.

Ellos, con arpas de marfil, el lloro
Del proscrito calmaban y sus penas:
Ellos la libertad con trompa de oro
Anunciaban al pueblo entre cadenas;
Y sus almas de fúlgido tesoro
De inspiración y de armonía llenas,
Saludaban también el primer rayo
Que anunciaba en oriente al sol de Mayo.

Y la felicidad lluvia de flores
Derramaba también sobre la frente
De esa ciudad, que, rebosando amores,
Era en verdad, belleza del Oriente.
Un tulipán de espléndidos colores,
Que á la orilla del Plata de repente
Se levantaba á seducir los ojos,
Y á dar al corazón goces y enojos.

Pues era un carnaval de mil placeres,
Que por primer imán de todos ellos,
Tenía sus bellísimas mujeres
Con seno de jazmín, negros cabellos

Y ojos que procuraban por quehaceres
Quemar al corazón con sus destellos.
¡Clima frío, salud; salud, hermosas!
Sois lo que hay de ese tiempo y esas cosas.

La sangre ha enrojecido las campañas
De esa patria que fióse en la fortuna:
Los hijos han rasgado las entrañas
De la madre infeliz, y en cada una
Levantan el laurel de sus hazañas.
Pueblo del Plata, al fin; fuerte en la cuna
Y apenas joven, en vejez de males,
No deja de su fuerza ni señales.

Esa patria tan bella en su regazo
Ahogó su tierna libertad querida;
Como madre inexperta, que en su brazo
Su primer hijo sofocó dormida.
En un solo momento ha roto el lazo
Con su prosperidad, y en larga vida
El yermado jardín no tendrá flores,
Ni el tulipán espléndidos colores.

Una lluvia de lágrimas la tierra
Ha bebido mezclada con torrentes
De la sangre vertida en torpe guerra;
Y rotas del dolor todas las fuentes,
Esa patria oriental ora no encierra
Sino del mal los fúnebres cimientos,
Que esa lluvia de llanto es esperanza
De una flor que se llama la venganza.

Ah! cuando á ese miserable plugo,
(Moderno don Julián, con rabia extrema) (1)
Vender la patria al extranjero yugo,
No adivinó que él mismo su anatema,
Su nombre de traidor y de verdugo,
Entregaba también como el emblema
Con que habrá de indicarlo á la memoria
De la futura gente nuestra historia.

Y que una maldición sobre su nombre
En la posteridad se grabaría,
Y que al pasar junto á su tumba el hombre
Sus ojos con horror apartaría.
No habrá, no, quien mirándola se asombre
De hallar en derredor flores un día,
Que el alma tigre de Nerón le cupo,
Mas sus caprichos de virtud no supo. (2)

Pero esa patria en su dolor aun halla
Almas de libertad y valor llenas,
Como en sangriento campo de batalla

---

(1) Respetamos la historia española; creemos creer con ella que el conde D. Julián entregó su patria á los moros. Pero, ¿quién sabe si este desgraciado cuya traición fué revelada primeramente por los historiadores moriscos que han podido escribir bajo inspiraciones de su odio á la España, fué arrastrado á ese crímen por el despecho de una ofensa, la más acre al corazón de un hombre, como lo cuentan las crónicas españolas; y como tan noblemente, tan lleno de generosidad, el Sr. D. Miguel Agustín, Príncipe 10 ha proclamado á la faz de la historia y de la tradición española; y entonces hacemos nosotros una ofensa al soldado español escribiendo al lado de su nombre el nombre de Oribe, que para entregar su patria á Rosas, no ha tenido otra causa que una miserable ambición de caudillo y una sed implacable de sangre.

(2) Al siguiente día de la muerte de Nerón se hallaron algunas flores esparcidas sobre su tumba; y los comentadores de este fenómeno lo han explicado por algunos rasgos del carácter individual del tirano, que lo hacía algunas veces prodigar oro y beneficios sobre aquellos de sus esclavos que menos podían esperar su recuerdo, por su nulidad ó por su clase, eran puramente *caprichos* del tirano. Algunos de esos beneficiados derramó esas flores. ¿Quién derramará flores sobre la tumba de Oribe?

Suelen verse silvestres azucenas,
Que no ofendió el rigor de la metralla
Ni salpicó el torrente de las venas...
Y el heroísmo de D'Assas tuvieron (1)
Y á su alma los pueblos respondieron.

Mas ¡ah! la herida es honda: muchas veces
Verá el ombú reverdecer sus hojas,
Y las praderas renacer las mieses,
Antes que veas tú las manchas rojas
Desparecer del suelo, antes que ceses
En la recordación de tus congojas;
Antes que bebas del placer la almibar
Sin que tenga una lágrima de acibar.

He aquí el Plata con sus dos riberas;
He aquí alzado el velo del presente,
Y á la vista las horas lastimeras
Que ruedan de sus pueblos en la frente,
Como sombras que pasan agoreras
De un tiempo cada vez más inclemente;
He aquí la verdad, amarga y dura,
Más la verdad, al fin, sagrada y pura.

No hay misterios al ojo del poeta
Dueño del corazón, donde la vida
Guarda de todo la raíz secreta.

---

(1) El coronel D'Assas, en ocasión de hallarse de jefe de avanzadas del ejército Francés, fué en la noche sorprendido solo, al reconocer las centinelas. Algunos enemigos le pusieron las armas al pecho diciéndole que comprase su vida con el silencio: «—A las armas», gritó D'Assas—fué asesinado, pero libró al ejército de la sorpresa. La historia Francesa perpetúa este nombre benemérito.

La dulce rosa que al amor convida
Y la amarga cicuta que la inquieta
Pasión del odio y la venganza anida,
Nacen del corazón: ¡ah! no hay arcanos
A quien lo tiene entre sus propias manos!

El mal está en el hombre, no en las cosas;
Y eso que llaman en el mundo estrellas,
Hado, fortuna, suertes veleidosas,
Son invenciones de la mente bellas
Con que las almas cubren afanosas
Los errores y vicios de sus huellas.
La fortuna es el hombre, y el abismo
De sus males, también, el hombre mismo.

No hay fortuna ni estrella para el Plata;
Son sus hombres, no más, sus propios males;
Está en su alma la llaga que los mata.
Ausentes de sus rayos divinales
De la fe y la virtud, en noche ingrata
Se pierden en las sendas fraternales,
Y todos marchan de distinto modo:
Falta la religión y falta todo.

Cuando el tiempo en su mano poderosa
Haya llevado al fondo de su abismo
Una generación ya cancerosa,
Y que el tiempo á la vez traiga en sí mismo
Otra, que sienta en su alma la preciosa
Y purísima luz del cristianismo,

No habrá un astro de más sobre los cielos,
La paz de Dios habitará estos suelos.

He aquí el Plata; su PASADO hermoso
Es de eterno valor rica simiente:
Su FUTURO es el árbol majestuoso
Que alzará de ella su verdosa frente.
¿No conoceis la tierra que el valioso
Germen de ese árbol guarda? Es el PRESENTE.
Y aunque es verdad que la semilla encierra,
Es nuestro tiempo de hoy tan solo tierra...

No son del corazón ocultas penas
Que vibran en las cuerdas de la lira,
Cuando estas voces de congoja llenas
Bajo del patrio sol triste suspira;
Es que un rumor escucha de cadenas,
Truenos del cañón, gritos de ira,
Cuando al dejar el mar siente las olas
Bramar del Plata en las arenas solas.

Es que hay un no se qué de pesadumbre
En las auras que vagan sobre el Plata;
Un no se qué fatídico en la lumbre
Que en el cenit azul el sol dilata;
Un no se qué de vaga muchedumbre
De ideas, que en el alma la más grata,
La mas bella esperanza desvanecen
Y los dorados sueños oscurecen.

No es el alma, es el tiempo en que vivimos
El que vibra en la lira sus rigores.

¿Si hasta la luz que alumbra maldecimos
Cómo cantar el ámbar de las flores?
Si el mismo porvenir que bendecimos
No nos guarda su luz ni sus amores,
Si hasta la fe en el alma se aniquila,
Y hasta el llanto se agota en su pupila!

Ved á Carlos; el tipo, historia pura
Del alma de mil otros peregrinos,
Él no canta su propia desventura,
Él cruza de su tiempo los caminos
Y es el ángel que espía la amargura
Los ayes y los sueños cristalinos
De sus hermanos, y en su triste lira
Hace á todos hablar cuando suspira.

Y bien ¿qué tiene aquí? Dejó este río
Huyendo de su atmosfera pesada;
Ha sufrido dos años el hastío
De una existencia lánguida, cansada;
De la orfandad y desamor el frío,
Su alma por las pasiones abrasada;
Y surcado la mar errante y solo
Desde el sol tropical al yerto polo.

Ha sorprendido al mar en su misterio,
La luna, las estrellas, los albores,
La oscuridad entre su mismo imperio,
La tempestad y el rayo en sus rigores.
La luz, la nube en su palacio eterio,
En todos sus secretos y esplendores

Ha visto y ha cantado la grandeza
De una virgen feliz naturaleza.

Ha cantado al arrullo de los mares
A su Dios, á su patria, á su querida,
Nuevo Harold en alma y en pesares, (1)
Ha comprado con fibras de su vida
Una bella corona de azahares.
Y bien, ¿cesó el dolor? Brota la herida
Más y más sangre, y al volver al Plata
El agudo dolor más lo maltrata.

Planta exótica en su época maldita,
Con la posteridad vive su mente;
Y allá en la luz del porvenir bendita
Un rayo busca su abatida frente.
Escuchad ¿no le veis? Su sien marchita
Se anima y se colora de repente:
Sobre las ondas sus miradas gira
Y, volando el bajel, pulsa la lira:

CANTO DEL PEREGRINO

AL PLATA

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante,
Y atropellen tus ondas el pino:
Es un hijo del suelo argentino
El que vuelve tus ondas á ver,

---

(1) *Childe-Harold.* Poema de Byron.

Que el pampero sacuda sus alas,
Que las nubes fulminen el rayo:
Una hoja del árbol de Mayo
Es quien pasa rozando tu sien.

Brazo hercúleo del cuerpo argentino
A la saña del alma responde,
Si el rigor en el alma se esconde,
No desmienta su brazo el rigor.
Se la imágen del tiempo presente
Y alborota tus ondas ¡oh Plata!
Mira mi alma cuan bien lo retrata
Desafiando tus ondas mi voz.

¿No escuchais ese ronco bramido
Que estremece el desierto y la sierra?
¿No sentís que se rasga la tierra,
¿No sentís un torrente bramar?
¿En un mar de pasiones y sangre,
Sin orillas, ni luz, ni horizontes,
Donde absorta la sien de los montes
Mira rayos y pueblos rodar?

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante,
No desmientas tu tiempo inclemente
Y salpiquen tus ondas mi frente
Conmoviendo la nave á mis pies.
Ese mar de pasiones y sangre
Mi barquilla también arrebata;
¿Qué me importan tus ondas ¡oh Plata!
Si aún aquellas no abaten mi sien?

De ola en ola mi frágil barquilla
Bogará por el mar iracundo;
Si me cupo esta suerte en el mundo,
Adelante, surquemos el mar.
Mi alma tiene la fe del poeta,
La esperanza me templa la lira,
Ese mar con su furia me inspira,
Y á su estruendo mi voz se alzará.

De mi frente las nítidas flores
Por los vientos verá desprendidas,
Y hasta el fondo del mar sumergidas,
Sin llorar al decirlas adios.
Tumbarán mi barquilla las olas
Y caerá dentro el mar sin enojos,
Pero sé que al cerrarse mis ojos
Queda abierta en mi nombre otra flor

Hincha ¡oh Plata! tu espalda gigante;
Que fulminen las nubes el rayo;
Una hoja del árbol de Mayo
Es quien pasa rozando tu sien.
¿La borrasca me espera en la orilla?
Pues no duerman tus olas en calma.
¿Tempestades esperan á mi alma?
Pues sacude también mi bajel.

No me asustan la orilla ni el río;
Yo me voy más allá de mis años,
Y entre cielos y mundos extraños

Vivo tiempos que están por venir.
Que haya sangre también en tus olas,
Que salpique su espuma mi frente:
Mira ¡oh Plata! cual vuela mi mente,
Oye ¡oh Plata! tu tiempo feliz.

—

El ángel del futuro de hinojos en oriente
Espera el primer rayo del venidero sol
Para decir al hombre del viejo continente:
La aurora se levanta del mundo de Colón

Mañana de esa aurora los rayos en el monte,
Los rayos en las ondas, los rayos por doquier,
Harán sobre los cielos, magnífico horizonte
Que bañará radiante de América la sien.

Mañana en esos rayos ¡oh Plata! de repente
Descenderá del cielo la bendición á tí,
Y entonce el viejo mundo te gritará: Detente
Mis razas arrebatas, mi genio y porvenir.

Y seguirán tus ondas tirando en las arenas
Las ciencias y las artes cual perlas de la mar,
Y de hombros y de industria y de virtudes llenas
Suplicarás el árbol frondoso de la paz.

Y al empinar tu planta sobre tu propio abismo.
Podrás girar altivos los ojos en redor
Sin encontrar esclavos ni rudo fanatismo
Ni enrojecida huella de bárbara ambición.

¡Ay triste del que osare sobre Argentina frente
Alzar de los tiranos el látigo otra vez!
Sacudirás tus ondas y al eco solamente
El hacha del verdugo le abatirá la sien.

Cargado de recuerdos y vanidad entonce
Ofertas y amenazas y naves burlarás,
Y ¡ay! triste para siempre del extranjero bronce
Que osare en las riberas del Plata retumbar

La Libertad hermosa se bañará en tus olas,
El aire de su vida lo aspirará de tí,
Y en tus riberas antes tan áridas y solas
Tendrá para dormirse su célico jardín.

Y enamorado el hombre de su sin par belleza,
El labrador sus flores derramará á sus pies;
Y el alto pensamiento mirando su cabeza,
Del genio en la batalla te buscará el laurel.

Y poderoso entonce y entusiasmado y libre,
¿Qué mano entre las nubes eclipsará tu sol?
¿Quién alzará la frente cuando tu acento vibre,
Y cien ciudades hagan el eco de tu voz?

Cuando á tu ¡alerta!, grite la Patagonia ¡alerta!,
¡Alerta! el viejo Chaco, y ¡alerta! el Paraná,
Y la nación levante su frente descubierta
Diciendo con sus bronces al enemigo; ¡Atrás!

--

Gozaos en la tumba, héroes de Mayo,
El árbol que plantasteis dará fruto,

Cuando asome en oriente el primer rayo
Y huya la noche con su triste luto.

¡Oh! ese tiempo vendrá. Semeja ¡oh Plata!
Los temporales de mi tiempo yerto...
Mi voz, con tus bramidos arrebata..
Adelante, bajel; vamos al puerto.

A DIOS

Señor, no te profana
Al hablarte de amor mi voz mundana,
Porque yo sé que con tu mismo aliento
El fuego enciendes que en mi pecho siento.
La cristalina gota
Del llanto matinal sobre las flores,
El pequeñuelo arbusto
Besando el mar desde la peña rota,
Al expirar el sol los mil colores
Que huyen la noche con su ceño adusto,
De los niños la risa y las congojas,
De las palomas el sentido arrullo,
La música del céfiro en las hojas
Y el cristal de una fuente y su murmullo,
Fueran siempre, Señor, al alma mía
El terso espejo do tu imagen vía,
Do mis ojos, Señor, te contemplaran

En tu esencia de amor y de pureza,
Como el trueno y el sol me revelaran
Tu eminente poder y tu grandeza.

Pero nunca jamás te hallé más bueno,
Ni más sublime en débil criatura,
Que al sentir en mi seno
Este mar de inquietudes y ternura.
Hoy no vivo por mí...vivo en la vida
De una mujer que á revelarme vino
La esencia celestial que hay escondida
En cuanto es obra de tu ser divino.

Hoy sé que puede un corazón humano
En otro corazón sentir sus penas,
Y en la leve presión que hace una mano
Trasmitirse la savia de las venas.
Hoy sé que puede la abrasada boca
Ceder el agua en medio del desierto;
Por evitar un ¡ay! darse una vida;
Y adorar cuanto mira y cuanto toca
Bella y amante la mujer querida.

Esa tu mente fué, Dios generoso,
Cuando ese imán pusiste dentro el seno
Que arrastra misterioso
Un ser hacia otro ser, de encantos lleno.
Y eso es, mi Dios, lo que en mi pecho siento
El calor mismo de tu mismo aliento;
Y no á tu grave magestad profana
Al hablarte de amor mi voz mundana.

Si tú me has dado lo que siente mi alma,
Si tú me has dado la mujer que adoro,
Haz que yo goce en calma
Su dulce amor, mi celestial tesoro.
En plácido sosiego
Hazla mía no más...solo con ella,
Más te veré, señor, cuanto más bella
La halle á la luz de mi amoroso fuego.

Una cabaña en las desiertas islas
Del alto Paraná, seráme un Eden,
Si allí en mi seno su cabeza hermosa
Tiernos mis ojos contemplarla pueden.

Sentada en mis rodillas,
Coronada de flores,
En la tarde tranquila y silenciosa,
Del río en las orillas
Tú escucharás, Señor, nuestros amores
En las voces sentidas
De dos almas en una confundidas.

Ella no inspira sino amor del cielo,
Porque tanto de cielo representa
Que á veces creo que remonta el vuelo
Y en ángel ó en perfume se me ausenta.

Ella no exalta, no, mi fantasía;
Ella hiere, Señor, con magio encanto
La sensibilidad del alma mía,
Como la luna sobre el mar las olas,

Como en el templo el religioso canto,
Como en lo espeso de las selvas solas
La música del viento
El quejido de amor de las palomas,
Y el penetrante aliento
De las auras besando los aromas.

Ella es la imagen que formó mi mente
Allá en mis creaciones de poeta,
Cuando de mi alma ardiente
La inspiración secreta
Me hiciera imaginar lo que no vía
En mi ambición de amor y poesía.
Ella no siente sino amor del alma,
Y pudorosa y tímida y amante,
A mi sensible voz pierde su calma,
Pero en su virgen seno,
De sueños de ángel y suspiros lleno,
La flor de su virtud queda fragante.

Mujer de corazón, ama y padece;
Y en su mismo sufrir su amor se excita,
Como abre y enrojece
La rosa con el sol que la marchita.

Mujer en su belleza,
Y ángel en su bondad y en su pureza,
Aun no comprendo si en mi amor profundo;
Me vence el cielo, ó si me vence el mundo;
Solo sé que contento,
Cuando á su lado estoy, más pienso en ella

Que en los ardores que en mi pecho siento,
Aun cuando la amo tanto y es tan bella.

Dame dicha, Señor, en mis amores;
Dame paz y sociego;
Que á tanto amor son tantos los rigores,
Que á tí levanto mi sentido ruego.
A tí, á quien no profana
Al hablarte de amor mi voz mundana,
Porque yo sé que con tu mismo aliento
El fuego enciendes que en mi pecho siento.

EL CANTO DE LA PATRIA

EL POETA MÁRMOL AL POETA MITRE

Ya las nubes del Plata al fin se doran
Tras larga noche de tiniebla umbría,
Y á la luz del suspirado día
Los pueblos cantan, los tiranos lloran.

Ya la patria del genio y las victorias
A su trono inmortal radiante sube,
Envuelta, como en blanca y azul nube,
En la bandera de sus viejas glorias.

Madre ardiente de amor, yerta al encono,
Del Plata al Andes sus miradas gira,
Y á un solo pueblo envanecida mira,
Que en su hombro de titán sostiene el trono.

El destino solícito levanta
A sus ojos el velo del futuro,
Y ella, al través del horizonte oscuro,
Ve el porvenir y su grandeza canta:

Allá está iluminada por el divino rayo
Que brota la mirada dulcísima de Dios
La interminable senda que me enseñara en Mayo
Cuando sonó á mi oído su omnipotente voz.

Allá está atravesando del tiempo las regiones
Surcada de los siglos por el gigante pie,
Cubierta con los restos de cien generaciones
Que vánse trasmitiendo la herencia de mi fe.

Allá está la corona del genio americano,
Y el libro del destino, bajo región de luz:
Regalos á la esposa del porvenir humano,
A la heredera rica del mundo y de la cruz.

El porvenir la espera. Allá está y se levanta
La lumbre que ilumina de América la faz.
Marchemos adelante de su atrevida planta;
Sobre el pasado ingrato, resignación y paz!

Aquí, dentro mis rios que riegan las entrañas
De un mundo y le difunden la vida y robustez,

Sobre mis anchos prados, al pie de mis montañas
Que dora de mis astros la clara brillantez;

Aquí no he respirado, después que sonó ingrata
De la vergüenza mía la bárbara señal:
Las olas no llevaron mi lágrima en el Plata
Ni el viento de la pampa mi queja maternal.

Y errante peregrina, viví con el tesoro
De los recuerdos bellos de mi rosado albor,
Cuando se abrió en la historia la página de oro
Que recibió mi nombre con su inmortal honor.

En lágrimas bañada, y ahogada en mi delirio
Dentro del pecho mío la dolorida voz,
De hinojos he pasado las horas de martirio
Pidiendo por mis hijos la caridad de Dios.

Mi sed amortiguaba en los torrentes fríos
Que de la sien del Andes espléndidos caén;
Y allí los pasos vía de los guerreros míos
Marcando sempiternos la empedernida sien.

Mi lecho eran los campos que hubieron por alfombras
Las rotas armaduras del duelo colosal;
Y allí me rodeaban las impalpables sombras
De los que al caer oyeron mi cántico triunfo.

Por guardarme el sueño entre mortuoria pompa
Velaban silenciosas su inmenso panteón;
Pero soñando oía de la guerrera trompa
Los vibradores ecos, y el trueno del cañón.

La noche fué muy larga, pero sonó la hora
De la justicia eterna y el rayo descendió:
Iluminó la esfera la llama vengadora,
Y la proterva frente del bárbaro rompió.

Abriéronse los muros del templo maldecido;
Los ídolos cayeron de su sangriento altar;
Pero el espeso polvo por vientos sacudido
Encegueció á mis pueblos al procurarme hallar.

Al fin nos encontramos, y cerco diamantino
Me forman con el alma que les tocara yo:
Nos vemos á los rayos del Sol de mi destino;
El polvo de sus ruinas se levantó y cayó.

¡Adios para el pasado! Allá está y se levanta
La lumbre que ilumina de América la faz,
Marchamos adelante de su atrevida planta,
Tras el pasado ingrato, fraternidad y paz!

¡Al porvenir seguidme! la luz lleva en su mano
Mostrando de la senda la hermosa libertad,
Si halláramos de paso que crece algún tirano,
Al águila en el huevo de paso reventad.

Buenos Aires, Octubre 21 de 1860.

EN EL ALBUM DE LA Sta. PILAR GUIDO *

EL DIA DE SUS 15 AÑOS

Inocente Pilar, mi tierna amiga,
Sobre tus sienes su invisible mano,
El Padre de los cielos te bendiga
Desde su trono de oro Soberano.

Hoy el Sol de tu vida se levanta;
El alba ya pasó. Brilla en tu oriente
Magnífica su luz, deslumbra, encanta
¿Nunca una nube eclipsará su frente?

¡Ah, quien pudiera detener la noche
Que los años traén, yerta y oscura;
Y bajo eterno sol guardar en broche
La delicada flor de tu hermosura!

Ríe, canta feliz; sean tus horas
Gotas de agua de fuente cristalina;
Y sea de placer si inquieta lloras,
Tórtola de las selvas argentinas.

Guarda en tu corazón, tan inocente,
Por largo tiempo la infantil sonrisa;
Y al adormirse tu virgínea frente
Sueña por tu jardin lirios y brisas.

---

* Cop. de la colección de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Bibl. del Senado Nacional.

De hora en hora, tan libre como hermosa,
Juega con tus canciones y tus galas,
Como juega la blanca mariposa
De flor en flor sin espinar sus alas.

Y como ella se escapa de los suelos
Embriagada del ambar de las flores,
Tu alma de serafín alce sus vuelos
Para beber de Dios luces y amores.

CRISTOBAL COLÓN

Dos hombres han cambiado la existencia
De este mundo en los siglos peregrino:
El labio de Jesús le dió otra esencia,
Y el genio de Colón otro destino.

Completaron de Dios la mente misma
A inspiraciones de su amor profundo:
Uno del alma iluminando el prisma,
Otro haciendo de dos un solo mundo.

Ángel, genio mortal, que no has logrado
Legar tu nombre al mundo de tu gloria,
Que ni ves en su suelo levantado
Un pobre monumento á tu memoria;

¡Ah, bendita la pila do tu frente
Se mojara en el agua del bautismo,

Y el ala de tu genio amaneciente
Se tocara en la unción del cristianismo!

Angel, genio mortal, yo te saludo
Desde el seno de América, mi madre;
De esta tierna beldad que el mar no pudo
Robarla siempre á su segundo padre.

La hallaste, y levantándola en tu mano
Radiante con sus gracias virginales,
Empinado en las ondas del oceano
Se la enseñaste á Dios y á los mortales.

Despues de Cristo, en el terráqueo asiento,
Siglo, generación, ni raza alguna
Ha conmovido tanto su cimiento
Como el golpe inmortal de tu fortuna.

A su grandeza un siglo era pequeño;
Y en los futuros siglos difundida
Es el eterno tiempo el solo dueño
De tu obra inmensa en su grandiosa vida.

Tú como Dios, al derramar fulgentes
Los mundos todos en la oscura nada,
Al *más allá* de las futuras gentes
Diste sin fin tu América soñada.

En cada siglo que á la tierra torna,
La tierra se columpia y paso á paso,
Su destino la América trastorna,
Y muda el sol su oriente en el ocaso.

Obra es tuya, Colón: la hermosa perla,
Que sacaste del fondo de un oceano,
Al través de los siglos puedes verla
Sobre la frente del destino humano.

El ángel del futuro rompió el lazo
Que á las columnas de Hércules le ataba,
Y saludó en la sien del Chimborazo
Los desiertos que América encerraba.

No de la Europa quebrará la frente
El rudo potro del sangriento Atila,
Pero ¡ay!, el tiempo en su veloz corriente
Mina el cimiento donde ya vacila.

El destino del mundo está dormido
Al pie del Andes, sin soñar su suerte;
¡Falta una voz bendita que á su oído
Hable mágico acento y le despierte!

¡Un hombre que á esta tímida belleza
Le quite el azahar de sus cabellos,
Y ponga una diadema en su cabeza,
Y el manto azul sobre sus hombros bellos!

Si no te han dado monumento humano,
Si no hay COLOMBIA en tu brillante historia,
¿Qué importa? ¡eh! tu nombre es el oceano,
Y el Andes, la columna de tu gloria.

¿Qué navegante tocará las olas
Donde se pierde la polar estrella,

Sin divisar en las llanuras solas
Tu navío, tus ojos, y tu huella?

¿Sin ver tu sombra, allí do misterioso
El imantado acero se desvía,
Y un rayo de tu genio poderoso
Que va y se quiebra donde muere el día?

¿Quién, al pisar la tierra de tu gloria
No verá en sus montañas colosales,
Monumentos de honor á tu memoria,
Como tú grandes, como tú inmortales?

¡Salve, genio feliz! mi mente humana
Ante tu idea de ángel se arrodilla,
Y de mi labio la expresión mundana
Ante tu santa inspiración se humilla.

Por un siglo tus alas todavía
Plegadas tén en los etéreos velos
De donde miras descender el día
Hasta el cristal de los andinos hielos.

Baja después. De la alta cordillera
Los ámbitos de América divisa;
Y, como Dios al contemplar la esfera,
Sentirás de placer dulce sonrisa.

El ángel del futuro á quien sacara
De los pilares de Hércules tu mano,
Te mostrará Colón, tu virgen cara,
Feliz y dueña del destino humano.

Vuelve después á tu mansión de gloria
A respirar la eternidad de tu alma,
Mientras queda en el mundo á tu memoria
Sobre el Andes eterno, eterna palma.

Montevideo, Octubre 12 de 1849.

ADIOS A MONTEVIDEO

Adios voluptuosa coqueta del Plata
Que lloras y cantas á orillas del mar;
Y el mar en sus brazos te besa y retrata
Sobre olas azules tu nítida faz.

No en vano quisieron señores de antaño,
Robarte de niña y esclava te hacer,
¡Mas ¡ay! que llegaron al Plata en su daño
Los regios piratas que huyeron después!

Yo sé que no es mucho tu amor á los míos,
¡Vejeces de Artigas, caprichos no más!
Vendrán otros tiempos de menos desvíos
Y mas reflexiva tu amor nos darás.

Un vértigo agita tu joven cabeza,
Y hoy vives con risas y llanto á la vez;
Beldad que en el mundo sus horas empieza,
Ingrata por gusto de verse querer.

Dejemos al tiempo. . . por mí, yo te quiero,
Y el alma me duele diciéndote ¡adios!

De amor y placeres copioso venero,
¿ Por qué no te llaman: *Oriente de amor?*

Si valen tus hombres, ni sé, ni me inquieta.
Mas ¡ay! lo que valen tus hijas, lo sé.
Sus ojos hirieron mi ser de poeta,
Jugando con mi alma su fe de mujer.

Mis bellos veinte años su jardín abrieron
En medio á tus hijas de talle gentil,
¡Nací tan sencible! ¡tan lindas nacieron!
¡Qué hacer! dí las flores de todo el jardín.

Las ví tan hermosas que, la culpa es de ellas
Si á todas no he dado recuerdos de amor;
Que es poco galante doncel que entre bellas
Ofende á las otras con una excepción.

Y sólo advirtiendo que mi ofrenda pura
No todas querían ingratas tomar,
Venguéme de todas, hasta la locura,
Queriendo una sola de tanta beldad.

Verdad es que sola por todas valía,
Que es bien el llamarla: belleza ORIENTAL;
Mas de aquel oriente do Mahoma envía
Huríes que sobran al jardín de Alá.

¡Qué noches! ¿recuerdas? la veían mis ojos
Mas linda que miro la estrella y la flor,
Mas llena de encantos, de amor y sonrojos
Que asoma en verano la luz del albor.

Su esbelta figura, sus negros cabellos,
Sus ojos más negros, su pálida tez,...
¡Por Dios, que pasaron momentos tan bellos!
¡Por Dios, que no pueden volver otra vez!

Adios voluptuosa coqueta del Plata;
De en medio á las ondas te envío mi adios.
El alma que abrigo jamás será ingrata,
Y pues fuí dichoso, ¡bendígate Dios!

A ROSAS

EL 25 DE MAYO DE 1843

I

Miradlo, sí, miradlo. ¿No veis en el oriente
Tiñéndose los cielos con oro y arrebol?
Alzad, americanos, la coronada frente,
Ya viene á nuestros cielos el venerado sol.

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo,
Que nuestros viejos padres desde la tumba ven:
Aquellos que la enseña de Mayo con su brazo
Clavaron de los Andes en la nevada sien.

¡Veneración! las olas del Plata le proclaman,
Y al Ecuador el eco dilátase veloz.
Los hijos de los héroes ¡veneración! exclaman,
Y abiertos los sepulcros responden á su voz.

II

¡Sus hijos! ¿por qué huyeron de sus paternos lares
Cual hojas que se lleva sin rumbo el huracán?
¿Por qué corren proscritos, sin patria y sin hogares,
A tierras extranjeras á mendigar el pan?

Y al asomar de Mayo las luces divinales
¿Por qué ya no se escucha la salva del cañón,
Los ¡vivas! de los libres, los cánticos triunfales,
El aire entre las ondas del patrio pabellón?

La cuna de los libres, la emperatriz del Plata,
¿Por qué está de rodillas sin victoriarte ¡oh sol!
Por qué, como otros días, sus ecos no dilata
Cuando los cielos tiñes con oro y arrebol?

III

Emboza, oh sol de Mayo, tus rayos en la esfera,
Que hay manchas en el suelo donde tu luz brilló.
Suspende, sí, suspende tu espléndida carrera,
No es esa Buenos Aires la de tu gloria, no.

La luz de los recuerdos con que á mis ojos brillas,
Para evitar su mengua, sepúltala ¡por Dios!

La emperatriz del Plata te espera de rodillas
Ahogada entre gemidos su dolorida voz.

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno,
Robando de tus hijos la herencia de laurel:
Salvaje de la pampa quc vomitó el infierno
Para vengar acaso su maldición con él!

IV

¡Ah, Rosas! No se puede reverenciar á Mayo
Sin arrojarte eterna, terrible maldición;
Sin demandar de hinojos un justiciero rayo
Que súbito y ardiente te parta el corazón.

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento:
¿Qué has hecho de la patria que te guardaba en sí?
Contempla lo que viene cruzando el firmamento,
Y dínos, de sus glorias la que te debe á tí.

La mancha que en el suelo no borrarán los años,
Porque la tierra en sangre la convertiste ya,
Contempla, y un instante responde sin engaños,
¿Quién la arrojó y gozando de contemplarla está?

V

Contempla lo que viene cruzando el firmamento
Con rayos que indelebles en la memoria están,
Y dínos si conservan memoria de tu aliento
Los inmortales campos de Salta y Tucumán.

Si el sello de tu planta se mirará en los Andes,
O acaso en Chacabuco, ó en Maipo, ó en Junín;
O si marcando hazañas más célebres y grandes,
Habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fin.

Enséñanos siquiera la herida que te abruma
Pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,
Y dínos que lidiando la hubiste en Ayohuma,
O acaso en Vilcapugio, Torata, ó Moqueguá.

VI

¡Ah, Rosas! Nada hiciste por el eterno y santo
Sublime juramento que Mayo pronunció;
Por eso vilipendias y lo abominas tanto,
Y hasta en sus tiernos hijos tu maldición cayó!

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente
Bordando de victorias el mundo de Colón:
Salvaje, tú dormías tranquilo solamente
Sin entreabrir tus ojos al trueno del cañón.

Y cuando tus hermanos, al pie del Chimborazo,
Sus altaneras sienes vestían de laurel:
Al viento la melena, jugando con tu lazo,
Por la desierta pampa llevabas tu corcel.

VII

¡Ah! Nada te debemos los argentinos, nada,
Sino miseria, sangre, desolación sin fin.
Jamás en las batallas se divisó tu espada,
¡Pero mostraste pronto la daga de Caín!

Cuando á tu patria viste debilitado el brazo,
Dejaste satisfecho la sombra del ombú,
Y, al viento la melena, jugando con tu lazo,
Las hordas sublevaste, salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo,
Fué abrir con tu cuchillo su virgen corazón,
Y atar ante tus hordas, al pie de tu caballo,
Sus códigos, sus palmas y el rico pabellón.

VIII

Tan solo sangre y cráneos tus ojos anhelaron;
¡Y sangre, sangre á ríos, se derramó doquier;
Y de partidos cráneos los campos se cuajaron
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder!

¿Qué sed hay en tu alma? ¿Qué hiel en cada fibra?
¿Qué espíritu ó demonio su inspiración te da,
Cuando en tu rudo labio tu pensamiento vibra,
Y en pos de la palabra la puñalada va?

¿Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida
Nutriéndote las venas su ponzoñosa hiel?
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida
Para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

IX

¿Qué ser velado tienes que te resguarda el paso,
Para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra, acaso,
Para pedir sobre ella la maldición de Dios?

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho
Para evocar visiones que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,
Para llamar los muertos á sacudir tu sien?

¡Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento
Cuando revienta el trueno bramando el aquilón;
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento,
Para arrojarle eterna, tremenda *maldición!*

X

Cuando á los pueblos postra la bárbara inclemencia
De un déspota que abriga sangriento frenesí,
El corazón rechaza la bíblica indulgencia:
De tigres nada dijo la voz del Sinaí.

El bueno de los buenos, desde sn trono santo
La renegada frente maldijo de Luzbel;
La humanidad entonces, cuando la vejan tanto
También tiene derecho de maldecir como él.

¡Sí, Rosas, te maldigo! Jamás dentro mis venas
La hiel de la venganza mis horas agitó:
Como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas;
Pero como argentino, las de mi patria, NO.

XI

Por tí esa Buenos Aires que alzaba y oprimía
Sobre su espalda un mundo, bajo su pie un león,

Hoy, débil y postrada, no puede en su agonía
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por tí esa Buenos Aires más crímenes ha visto
Que hay vientos en la pampa y arenas en el mar;
Pues, de los hombres harto, para ofender á Cristo,
Tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

Por tí sus buenos hijos, acongojado el pecho,
La frente doblegamos bajo glacial dolor,
¡Y hasta en la tierra extraña que nos ofrece un techo
Nos viene persiguiendo, salvaje, tu rençor!...

XII

Mas ¡ay! de la tormenta los enlutados velos
Se cambian en celajes de nácar y zafir;
Y el sol de los recuerdos nos grita de los cielos,
Que en pos de la desgracia nos viene el porvenir.

Hay más allá, es el lema de su divina frente
Grabado por la mano purísima de Dios,
Y el Chimborazo al verlo lucir en el oriente:
Hay más allá, responde con su gigante voz.

Al expirar los héroes: *hay más allá,* exclamaron,
Su acento conmoviendo de América el confín;
Y, al trueno de los bronces, *hay más allá,* gritaron
Los campos de Ayacucho, de Maipo, y de Junín.

XIII

Sí, Rosas, vilipendia con tu mirar siniestro
Al sol de las victorias que iluminando está.
Disfruta del presente, que el porvenir es nuestro,
Y entonces, ni tus huesos la América tendrá.

Sí, Rosas, vendrá un día terrible de venganza
Que temblará en el pecho tu espíritu infernal:
Cuando tu trono tumben los botes de la lanza,
O el corazón te rasgue la punta del puñal.

Como revienta el Etna tremendo de repente,
Reventarán los pueblos que oprime tu ambición;
Y, cual vomita nubes de su ceniza hirviente,
Vomitarán los pueblos el humo del cañón.

XIV

Entonces, Sol de Mayo, los días inmortales
Sobre mi libre patria recordaránse en tí;
Y te dirán entonces los cánticos triunfales,
Que es esa Buenos Aires la de tu gloria, sí.

Entonces desde el Plata, sin negra pesadumbre,
Te mirarán tus hijos latiendo el corazón;
Pues opulenta entonces reflejará tu lumbre
En códigos y palmas y noble pabellón.

Y al extenderse hermoso tu brillantino manto,
Ni esclavos, ni tiranos con mengua cubrirá;
Que entonces de ese Rosas que te abomina tanto,
Ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

A BOLIVIA

(en 1846)

I

Divina inspiración, genio del canto,
Tiende sobre mi sien tus blancas alas,
Y de entusiasmo en la pupila el llanto,
Suba la mente á las etéreas salas.

Postrada el alma ante el eterno trono
Beba las auras que el Señor respira,
Y de las arpas de marfil al tono,
Temple las cuerdas de mi dulce lira.

La luz de Dios, radiante á mi memoria,
La voz de Dios, á mi mundano acento,
Y en un mar de esperanzas y de gloria
Se lance al porvenir mi pensamiento.

Tú grabaste, Señor, Dios de los mundos,
En la frente de América una estrella,
Que al futuro en sus cóncavos profundos
Alcanza un rayo de su lumbre bella.

Yo seguiré ese rayo soberano
A sorprender los siglos con mi mente,
Como la fe del corazón cristiano
La lumbre sigue de tu regia frente.

Yo leeré nuestro tiempo con su rayo.
Genio del canto, ven; mi nombre imprime
En la arena del río Pilcomayo,
Dándole á mi alma inspiración sublime.

II

Bolivia, tierno seno
Del corazón de América, mi madre,
De amor y vida, y esperanza lleno,
Como la luz del astro,
Señor del Inca que tu frente dora;
Verde promesa del futuro hermoso,
Virgen en cuyas sienes de alabastro
La mirada de Dios refleja y brilla,
Al levantarse tu radiante aurora,
Yo te saludo de la triste orilla
Que baña el Plata en su raudal undoso.

En la noche sombría
Que el humo del cañón formó en tu cielo,
Quebraste con tu espada
De tres centurias la coyunda impía.
El león de las Españas, en tu suelo,
Desde la sien nevada
Miró al cóndor del Andes boliviano
Como flecha de Dios caer á su frente;
Y su hercúlea pujanza de repente
Con su airado rival luchara en vano.

De América el cimiento
Se conmovió al estrépito gigante
De un torrente de lanzas que violento
Invadió por las sierras y los llanos,
Quebrando con sus puntas de diamante
La muralla de bronce
Do el pendón de los viejos castellanos
Se desplegaba entonce
Sobre acerada clava,
Bajo el cielo de América su esclava.

Y en aqueste torrente
Allí la patria de Belgrano estaba,
Allí la Paz y Cochabamba alzaron
Ceñida de laurel su altiva frente,
Y á los ecos del Plata se mezclaron,
Bajo la luz de Mayo,
Los ecos del Bermejo y Pilcomayo.

Allí estaba el desierto;
Y en un mundo sin fin, sin horizonte,
Allí la selva y empinado monte,
Allí el mar que Balboa saludára,
Y allí las rocas que Colón pisára.

Todos, todos allí, y allí la patria
Del ancho Beni y Potosí opulento,
Quebrando sus cadenas
En aquel día de sublime intento;
Y con sangre copiosa de sus venas
Bautizando la frente

Del mundo que legaban
A la futura americana gente.

Sangre preciosa que Ayacucho viera
Del pecho varonil como un rocío
De los cielos caer, para que un día
Cada gota inmortal un pueblo fuera.
Animad, animad el cuerpo frío
De los héroes allí. . . La fosa umbría
Su polvo esparcirá, y *ellos*, la frente
Con aureola de mártir alumbrada,
Y el descarnado brazo
En los hombros del ángel de la gloria,
¡Subirán á la sien del Chimborazo
Por la huella esplendente
Que hizo del carro veloz de la victoria!

¡Animad, animad! *Ellos*, sus ojos
En torno volverán. . . las cordilleras
Inclinarán sus sienes altaneras,
Callarán sus enojos
Las irritadas olas de los mares,
Y las llamas y el cóndor escondidos,
Los valles y las selvas y los montes,
El sol y los ardientes luminares,
Sin ley, sin horizontes,
Serán de santa admiración henchidos.

III

Mas tu misión, oh Bolivia,
No estaba solo en tu lanza,

Que otra más alta esperanza
Reservó Dios para tí:
Tus héroes en los combates
No fueron más que tu aurora
Que vino á anunciar la hora
En que habrá el sol de salir.

Esa misión del acero
La llenaron tus campeones,
Pero á otras generaciones
Legaron otra misión,
Tan rica de gloria y nombre
Tan orlada de opulencia,
Que fué la más bella herencia
De su paternal amor.

Tocas y admiras los Andes,
¿No es verdad? pues tu cabeza
Con más poder y grandeza
Un día levantarás.
Que es América el emblema
Del cóndor entre la nube,
Cuando más arriba sube
De la ronca tempestad.

Pero la mano del cielo
Entre misterio profundo,
Pareció robarte al mundo,
Huérfana y oculta flor.
Y abandonada, perdida,
Cual un diamante entre rocas,

Lo que hoy tan posible tocas
Ayer pareció ilusión.

¡El mar! ¡sublime esperanza
De tu ambición más sublime!
Es tuyo, Bolivia, imprime
Sobre las ondas tu pie.
Es tuyo, vuela, te espera
La brisa de los oceanos,
Para mecer soberanos
Los laureles de tu sien.

Es tuyo, que de sus ondas
Tu porvenir al oriente,
Dora espléndido la frente
De tu más bella región;
Y el diamante entre las rocas,
La huérfana flor perdida,
Sube con él á otra vida
Buscando un tiempo mejor.

No son tus minas, Bolivia,
La fuente de tu existencia,
Ni tu futura opulencia,
La contiene el Potosí:
Los pueblos no se enriquecen
Pisando sobre metales:
Serán otros los canales
De tu hermoso porvenir.

Serán tus ríos, señora
Que de tu seno profundo,

Filtrando por todo el mundo,
Nacen y buscan el mar.
Serán tus bosques, tus llanos,
Tus perfumadas praderas,
Y las extensas riberas
Del Beni y del Paraguay.

Serán tus manos, quebrando
Los diques de la ignorancia,
Para decir con jactancia:
Europa, ven por aquí.
Y mirar en cada río,
Luchando con su corriente,
Llegar su industria, su gente,
A un mundo rico y feliz.

A un mundo donde la Europa
Tiene fija su esperanza,
Porque en el suyo no alcanza
En el tiempo un *más allá:*
A un mundo donde más tarde
En cada empinado monte,
Tendrán su luz, su horizonte,
El genio y la libertad.

¡Ve adelante! los oceanos
Te esperan con impaciencia,
Y del cielo la clemencia
Escribe tu *más allá.*
¡Ve adelante! tus hermanos
Que baña el potente Plata,

Te batiremos las manos
Al ver tu enseña pasar.

Ese tirano que rudo
Rasga á tu hermana las venas,
Pone, bárbaro, en cadenas
Lo que también es de tí;
Pero mañana su cuello
Será presa del verdugo,
Y el Paraná sin su yugo
Sonreirá al verte feliz.

IV

Feliz en tu grandeza
Cual fuiste con tu lanza,
Lidiando con la saña
Del déspota español:
Feliz, como los pueblos
Donde la mar alcanza,
Dorados con la lumbre
De americano sol.

Rasgado tu misterio,
Radiante de hermosura,
Descubrirás al mundo
Tu rostro virginal;
Y el mundo entusiasmado,
Para la virgen pura
De joyas de la mente
Preparará un caudal.

Que por tus ríos llenos
De vida y opulencia
Te invadirán torrentes
De civilización;
Y vibrarán los ecos
Del arte y de la ciencia
Donde antes retumbaron
Los truenos del cañón.

En el grandioso Chaco
Las fértiles llanuras
Sorprenderá la industria
Del europeo al fin,
Y en cada sol que dore
Del Andes las alturas,
De tu futuro hermoso
Se agrandará el confín.

Y como aspiras ámbar
De tu jardín de selvas,
La atmósfera del genio
Respirarás también;
Que á do tus manos lleguen,
A do tu vista vuelvas,
Te bañarás en luces
De boliviana sien.

No en vano en lo más alto
De América blasonas,
Nutriendo de tu seno
Dos mares á la par;

Gigantes sin rivales
El Plata y Amazonas,
Que pueden del oceano
Las ondas desafiar.

No en vano se levanta
Sobre metal tu asiento,
Bolivia, no hay arcanos
A tu destino, no.
La suerte de los pueblos,
El Dios del firmamento
Sobre su suelo mismo
Grabada les dejó.

Mañana tus hermanos,
Desde el Estrecho al Istmo,
A contemplar tu frente
Sus ojos alzarán;
Y con tus mismas alas,
Y con tu genio mismo,
Tu porvenir al mundo
Contigo mostrarán.

Que á los futuros siglos,
Del Andes se divisan
Precipitarse raudos
Al mundo de Colón:
Como al nacer el alba
Las luces que se aprisan
A iluminar los cielos
En fúlgida invasión.

Mañana el europeo,
Cuando á buscar se lance
De América en la orilla
La luz y libertad,
Bolivia, quizá entonce
A comprender alcance
Que viertes la más bella
Radiante claridad.

Quién sabe si mañana
Conservarás tú sola
Lo que otros al presente
Destrozan con el pie:
Sobre el Perú y mi patria
De sangre hay una aureola,
Y un iris de bonanza
Sobre tu sien se ve...

V

Bendición en la frente de tus hijos
Que en el hogar, junto á la tierna esposa,
Hablan de paz y libertad prolijos,
Tejiendo palmas á su patria hermosa.

Calma en las sienes de tu jefe, y gloria
Para su nombre que ennoblece el tuyo:
Sonó ayer ese nombre en la victoria,
Y el que hoy repite el mar también es suyo.

Por la tierra vagando sin destino,
El sol desmaya ante mi sien su rayo:
¡Ay! si el nombre infeliz del PEREGRINO
Conservara tu rico Pilcomayo!

SUEÑOS

Venid, venid ¡oh sueños! á mi abrasada frente;
Cubridme con celajes de púrpura y zafir;
Y siéntame bañado de lumbre refulgente,
Soñando que no sueño para mejor fingir.

Venid, dorados sueños, y el plácido murmullo
Perciba de la fuente cual amorosa voz;
Y en los espesos bosques el inocente arrullo
Del céfiro en las hojas al discurrir veloz.

Venid, venid ¡oh sueños! transparentando cielos
De donde llueven palmas á mi inspirada sien;
Y mire descorridos los azulados velos
En las doradas puertas del suspirado Edén.

Y vaporosas nubes de nítidos colores,
Apenas matizadas con oro y arrebol,
Desciendan, y con ellas envuelto en sus vapores,
Me eleve á las regiones bellísimas del sol.

Acaso alguna de ellas me llevará en su seno
Del trono hasta las gradas magnífico de Dios.

Y pueda allí de hinojos adivinar el trueno
Al escuchar mi oido su prepotente voz.

Y pueda allí de hinojos adivinar mi mente
Como salió la lumbre del fúnebre capuz,
Al contemplar absorto sobre su santa frente
Raudales destellarse de brillantina luz.

Y aquel eterno, inmenso, impenetrable arcano,
Del soplo que alimenta la vasta creación,
Comprenda cuando aspire su aliento soberano,
Sintiendo que reanima mi yerto corazón.

Comprenda esa tormenta que aturde los espacios,
Convulsionando mundos con su potente voz,
Al ver su chispeante carrosa de topacios
Rodando por las nubes con ímpetu veloz.

Y á comprender alcance, cuando sus santas huellas
Los límites marcando del Universo van,
Como su luz esconden la luna y las estrellas
Y de temor los cielos relampagueando están.

Y yo, quizá, las orlas del plateado manto
Siguiendo, y de su carro la rapidez doquier,
Mi corazón bañado de religioso llanto,
A comprender alcance su misterioso Ser.

Y palpitando henchido de inspiración sublime,
Corriendo de su gloria mi corazón en pos,
Como la voz del viento cuando en la selva gime,
Se exhale melodiosa mi conocida voz.

Y broten pensamientos de mi inspirada mente
Sublimes y abrasados del fuego celestial
Que brilla en los espacios, ya rojo y explendente,
Ya en azulados mares de líquido cristal.

Venid, venid ¡oh sueños! y el corazón sereno
Con vuestras nubes de oro se envolverá veloz;
Que acaso alguna de ellas me llevará en su seno
Del trono hasta las gradas magnífico de Dios.

Y olvidaré soñando lo que despierto miro,
Y miraré durmiendo lo que despierto no . . .
Yo vivo solamente cuando febril deliro
Que los terrenos lazos mi corazón rompió.

Conozco, sí, que gozo, que vivo solamente
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,
Y que la mancha roja de su amarilla frente
No volverán mis ojos á contemplar jamás.

¿Qué son ante la vida las realidades della
Si descorrido el velo de la razón las ve?
¿Qué goce, qué momento, qué sensación aquella
Que alguna yerta gota de sinsabor no dé?

¿Qué fuera de la vida si le faltara un día
De la florida mente la diamantina red
Que compasiva tiende sobre la fuente umbría
Do el corazón se arroja para apagar su sed?

¿Qué fuera de mi vida sin la dorada alfombra
Que sobre el mundo pone para correr veloz?

Venid, hermosos sueños, y á vuestra dulce sombra
Me elevaré al alcázar magnífico de Dios!

Venid, y cuando arroje de América la gente
Su grito de venganza con fratricida voz,
Yo soñaré que escucho la música inocente
Del céfiro en las hojas al discurrir veloz.

Venid, porque yo gozo, yo vivo solamente
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,
Y que la mancha roja de su amarilla frente
No volverán mis ojos á contemplar jamás.

Si la ilusión es farsa del alma delirante,
Si le quitais al alma su vaporoso tul,
También quitad al orbe su velo rutilante,
Que es farsa en ese cielo la transparencia azul.

CANTO DEL POETA

I

En mi barca de poeta
Con mi lira y mi querida,
Surco alegre de la vida
El inmenso y turbio mar,
Y, la vela desplegada,
Y en el mástil mi corona,
Si por mí ninguno abona,
Yo por mí sabré abonar.

Vuela, vuela,
Mi barquilla,
No hay orilla
Que tocar;
Que en tu rumbo
Tan incierto,
Es tu puerto
Todo el mar.

II

Si me encuentra algún pirata
Y á mi rumbo presto vira,
Yo me río, y en mi lira
Suena un canto sin afán.
Que al puñal que me amenaza
La alma mía no se inquieta,
Pues si matan al poeta,
La canción no matarán.

Vuela, y todo
Desafía,
Barca mía,
Sin temer;
Que lo humano
No se avanza
Donde alcanza
Tu poder.

III

Cuando recio brama el viento
Y la ruda mar se empina,
Mi cabeza se reclina
En los hombros de mi bien.
Y, al arrullo de las ondas,
Yo me duermo en su regazo,
Mientras forma con su brazo
La corona de mi sien.

Corre, barco,
Descuidado,
Que tu lado
Va el amor:
Que á este niño,
Allí se encanta,
Donde canta
El trovador.

IV

Si altas naves al hallarme
Alzan fuerte su bandera,
Id con Dios, que es más velera
Mi barquilla, digo yo;
De oro y seda son las vuestras,
Mis banderas son de flores,
Sois más ricas en honores,
Pero no más libres, no.

Vuela, vuela,
Barca activa,
Con altiva
Vanidad;
Que en tu humilde
Popa airosa,
Va la hermosa
Libertad.

V

Cuando en medio de las olas
Se deshaga mi barquilla,
Mi corona irá á la orilla
Mientras yo á la eternidad.
Y banderas y altas naves
Cuando ya nadie recuerde,
Mi corona siempre verde
Vivirá en la humanidad.

Sigue, sigue,
Barca bella,
Yo tu estrella
Sé alumbrar.
Yo, que si eres
Sumergida,
Nueva vida
Te he de dar

VI

En mi barca de poeta
Con mi lira y mi querida,
Surco alegre de la vida
El inmenso y turbio mar.
Vuela, vuela,
Mi barquilla,
Que en tu rumbo no hay orilla.
Y es tu puerto todo el mar.

MI FANTASIA *

(inédita)

Mujer, ángel, poesía,
Sombra, sueño, fantasía,
Que mi mente
En los aires y en el cielo,
En los mares y en el suelo
Te vé ardiente.

Donde estás? ¡Mas, ah, ¿que digo?
¿ Porque me embriagó contigo

* *Al señor don Juan María Gutiérrez.*

Janeyro, Febrero de 1845.

Vuelvo á leer estos versos después de 4 años, y ó bien era yo el año 41 un loco ignorante, ó soy ahora un cuerdo sabio —Me han hecho el efecto que siente el hombre á los 30 años, volviendo á ver á una mujer fea, á quien amó á los 15, y se pregunta á sí mismo: ¿dónde tenía los ojos entonces?

Mármol.

La ambrosia
Cuyo deleite á los cielos
De los ángeles en vuelos
Me subía,

Si apenas la hube probado,
Como á horrendo condenado
Del Eterno,
Desde los cielos me lanza
Brazo lleno de pujanza
Al infierno?....

¿Porque no viste primero
Que hay un sello lastimero
En mi frente,
Que arrugándola sombría,
Deja al genio que me guía
Transparente;

Que está amarilla mi mano
Porque la oprime inhumano
Un destino,
Que con burla, saña, y risa,
Del dolor me lleva aprisa
En el camino?...

Que marchitas divagando
Mis miradas van buscando
Una huella,
Donde no mire al infierno
Y ocultarme sempiterno
Pueda en ella.

Donde no mire á mi lado
Llama, demonio inflamado
Que exhalando
Su pestífera humareda,
Va á mi vida entre su esfera
Sofocando.

Donde no mire á mi lado
Un fantasma descarnado,
Que con saña,
Como el pensar á la vida,
Como el dolor á la herida,
Me acompaña.

Y que cuando más opreso
Mi pecho siente al exceso
La amargura,
Siento á mi lado un suspiro,
Vuelvo mis ojos y miro
Su figura...!

Y que cuando más la copa
Mi líbido labio toca
De ventura,
Siento me están apresando,
Me fijo, y veo temblando,
Su figura...!

Y que cuando más cautiva
Del festín mi risa esquiva
La locura,

Entre la risa y bullicio
Veo alzarse cual suplicio
¡Su figura!...

Y que cuando más pretendo
Del porvenir estar viendo
Lumbre pura;
Allí contemplo enlutada
Trayendo en su frente: «nada»
Su figura!...

Y entre llanto y entre gozo,
Y en el festín y el reposo,
Va un clamor:
Para mí solo lanzando,
Y que yo escucho temblando
De pavor.

Que en el llanto y en el gozo
Y en el festín y reposo:
Ven, me dice, criatura,
Que esa esencia de ventura
Que has buscado delirando
No se exhala para tí.

Y esa vida que llorando
Las vas terco conservando,
Créelo, créelo, no es de ahí.!!

¿No es de ahí? ¡Oh, y que cierto!
A mi espíritu ó destino,

Que es el mundo en que camino
Sinó un árido desierto!.....

¿Mi corazón, qué ha encontrado
Cuando de amor encendido
Gloria y amor ha buscado,
Sinó un hielo endurecido?....

¿Qué ha visto mi pensamiento
Cuando penetró violento
Del grande en el Arcano,
Sino siempre un mundo vano?.....

¿La sociedad, qué me ha dado,
Cuando le mostré en su seno,
Que tenía el mío bueno,
De amor por ella inflamado?...

¿Que me ha dado? ¡Desengaños!
¡Y unas leyes que rompieron
Las cadenas que debieron
Al amor ligar mis años!....

Y si ya ni una lazada
A mí espíritu ceñía
Con el mundo, dó ignorada
Me fué siempre la alegría,

Porque, mujer, convertiste
En volcanes mis pasiones,
Y en vez de amor me pusiste
Del frenesí las prisiones?....

¿ Porque me enseñaste un mundo
Lleno de gloria y bonanza,
Y un corazón en mi pecho
Lleno de amor y esperanza?...

¿Porque, mujer, me enseñaste
Que felicidad existe,
Si cuando en ella me viste
¡Maldición! me la robaste?

Mas ay deliro; ¡mi Elvira!
¿El que solo en tí respira
Se atreve á culpar tu amor?...
¿Blasfémo al cielo en mi voz?...
¿Culparte á tí? ¡Oh, que horror!
A tí, suspiro de Dios.

A tí, mi esposa, mi estrella
Que supo la negra huella
De mi destino alumbrar;
A tí mi amiga, mi flor,
Que supo en ambar de amor
A mi espíritu embriagar...

A tí, que contra mi seno,
Cual la esperanza y la vida,
Te quisiera ver unida
Una eternidad, mi bien;
Y del mismo fuego lleno
Que otra vez, verte temblando
En mis brazos y exhalando
En vez de aliento, volcán...

Y cual otra vez, mil años
Tu boca á la mía unir,
Y á nuestras almas pasando
De un cuerpo al otro sentir?...

A tí, que ni la distancia,
Ni del tiempo la arrogancia,
Ni del dolor la constancia,
Te separan de mi mente,
Donde estás resplandeciente
Como el sol en su brillar...

A tí, que en la flor que crece,
En la estrella que aparece,
En cuanto bello se ofrece
Con el sello divinal,
Cual en un terso cristal
Te contemplo reflejar...

A tí, que en vela y en sueño,
En un delicioso ensueño
Con los ángeles me tienes;
Y del mundo los vaivenes,
O sus premios ó desdenes,
Sombras haces para mí;
Y suspiro, pienso, vivo,
Solo, errante, fugitivo,
Por volver, mujer, á tí...

¿Y te he culpado? ¡Angel mío!
Perdona.... mi genio impio

Me separó de tu lado
Y mi espíritu enlutado
De más negro se cubrió...!

Y esa fantasma sombría
Que me sigue noche y día
Sin huir por compasión,
No es más que mi fantasía
Que del infierno las llamas
Guarda y quema mi razón....

Montevideo, Marzo de 1841.

EN LA LÁPIDA DE FLORENCIO VARELA

MUERTO Á LA LIBERTAD, NACIÓ Á LA HISTORIA,
Y ES SU SEPULCRO TEMPLO DE SU GLORIA

ROZAS

EL 25 DE MAYO DE 1850

¡Rosas! ¡Rosas! un genio sin segundo
Formó á su antojo tu destino extraño:
Después de Satanás, nadie en el mundo,
Cual tú, hizo menos bien ni tanto daño.

Abortado de un crimen has querido
Que se hermanen tus obras con tu origen;
Y, jamás del delito arrepentido,
Sólo las horas de quietud te afligen.

Con las llamas del Tártaro encendida
Una nube de sangre te rodea;
Y en todo el horizonte de tu vida
Sangre ¡bárbaro!, y sangre, y sangre, humea.

Tu mano conmoviera como el rayo
Los cimientos de un templo; y de repente,
Desde el altar los ídolos de Mayo
Vertieron sangre de su rota frente.

La justicia se acerca religiosa
A llamar en la tumba de Belgrano:
Y ese muerto inmortal le abre su losa,
Alzando al cielo su impotente mano.

La libertad se escapa con la gloria
A esconderse en las grietas de los Andes,
Reclamando á los hielos la memoria
De aquellos tiempos en que fueron grandes.

Los ídolos y el tiempo desparecen,
Se apagan los radiantes luminares;
Y en sangre inmaculada se enrojecen
Los fragmentos de piras y de altares.

Gloria, nombre, virtud, patria argentina,
Todo perece do tu pie se estampa,

Todo hacen polvo, en tu ambición de ruina,
Bajo el casco los potros de tu pampa.

Y bien, Rosas: ¿después?... tal es, atiende,
La pregunta de Dios y de la historia.
Ese *después*, que acusa ó que defiende,
En la ruina de un pueblo ó en su gloria.

Ese *después* fatal á que te reta
Sobre el cadáver de la patria mía,
En mi voz inspirada de poeta
La voz tremenda del que alumbra el día.

Habla; y, en pos la destrucción, responde:
¿Do están las obras que brotó tu mano?
¿Dónde tu creación? ¿las bases, dónde,
De grande idea ó pensamiento vano?

¿Qué mente hubiste en tu sangriento insomnio
Que á tanto crimen te impeliese tanto?
¡Aparta, aparta, aborto del demonio
Que haces el mal para gozar del llanto!

La raza humana se horroriza al verte,
Hiena del Indo trasformada en hombre.
Mas ¡ay de tí! que un día al comprenderte
No te odiará, despreciará tu nombre.

El tiempo sus momentos te ha ofrecido,
La fortuna ha rozado tu cabeza;
Y, bárbaro y no más, tu no has sabido
Ni ganar tiempo, ni ganar grandeza.

Tumbaste una república, y tu frente
Con diadema imperial no elevas ledo;
Murió la libertad, y, omnipotente,
Esclavo vives de tu propio miedo.

Quieres ser rey, y temes se convierta
En la corona de Milán la tuya;
Quieres ser grande, y tu ánima no acierta
Cómo elevarte de la esfera suya.

Tu reino es el imperio de la muerte;
Tu grandeza el terror, por tus delitos;
Y tu ambición, tu libertad, tu suerte;
Abrir sepulcros y formar proscritos.

Gaucho salvaje de la pampa ruda,
Eso no es gloria, ni valor, ni vida;
Eso es sólo matar, porque desnuda
Te dieron una espada fratricida.

Y, grande criminal en la memoria
Del mundo entero, de tu crimen lleno,
Serás reptil que pisará la historia,
Con asco de tu forma y tu veneno.

Nerón da fuego á Roma y lo contempla...
¡Y hay no sé qué de heroico en tal delito!..
Mas tú, con alma que el demonio templa,
Cuanto haces lleva tu miseria escrito.

Ningún Atrida al peligrar vacila,
Y tú, más que ellos para el mal, temblaste;

Y, más sangriento que el sangriento Atila,
Jamás la sangre de la lid miraste.

En todas esas águilas que asieron
La humanidad y, en fiebre carnicera,
Con sus garras metálicas la hirieron,
Cupo alguna virtud, valor siquiera.

Pero tu corazón solo rebosa
De miserias y crímenes y vicios,
Con una sed estúpida y rabiosa
De hacer el mal y de inventar suplicios.

Ni siquiera te debes el destino
Con que tu sed de sangre has apagado:
Tigre, que te encontraste en el camino,
Un herido león que has devorado.

Espíritu del mal nacido al mundo,
No has sido bueno ni contigo mismo;
Y solo dejarás un nombre inmundo
Al descender á tu primer abismo.

Te nombrarán las madres á sus hijos
Cuando asustarlos en la cuna quieran;
Y ellos temblando y en tu imagen fijos
Se dormirán soñando que te vieran.

Los trovadores pagarán tributo
A los cuentos que invente tu memoria;
Y, execrando tus crímenes sin fruto,
Rudo y vulgar te llamará la historia.

¡Ah, que casi tus crímenes bendigo,
Ante el enojo de la patria mía:
Porque sufras tan bárbaro castigo
Mientras alumbre el luminar del día.

Porque mientras el sol brille en el Plata
Aquel castigo sufrirás eterno;
Nunca á tu nombre la memoria ingrata:
Nunca á tu maldición el pecho, tierno;

Y por último azote de tu suerte,
Verás, al expirar, que se levanta
Bello y triunfante y poderoso y fuerte
El pueblo que ultrajaste con tu planta.

Pues no habrá en él, de tus aleves manos,
Más que una mancha sobre el cuello apenas;
Que tú no sabes, vulgo de tiranos,
Ni dejar la señal de tus cadenas.

DOCTOR CLAUDIO MAMERTO CUENCA

ODA

Á LA JURA DE LA INDEPENDENCIA

¿Qué gritos de alegría
Se levantan del suelo americano,
Que del Sud y del Norte al Mediodía
Publican su contento
Retumbando en la bóveda su acento?

¿Qué fulgor de repente
Esparciendo su luz clara y radiante
De los hijos del sol al continente
Se extiende por la esfera
Do la alma libertad se ama y venera?

¿Qué prodigio se muestra
En la etérea región ante mis ojos,
Que asombrando su luz la razón nuestra,
Empaña el rostro hermoso
Y los rayos de Febo luminoso?...

Cual rayo discurriendo
En esplendente y cristalina nube,
Distingo por los aires ir subiendo
Al tímido guerrero
Que en los campos de Marte fué el primero.

La fama en raudo vuelo
Hasta el templo le lleva de Mavorte,
Que en lo más alto del cerúleo cielo
Espera la venida
Del que ha dado á su patria gloria y vida.

Girando estrepitoso
El quicio celestial á su llegada,
Sobre su trono de gloria magestuoso
Al mismo Marte enseña
Que el hablar á Belgrano no desdeña.

Se adelanta pausado
Hasta el trono de Dios el gran guerrero,
Y él le coloca de Belona al lado,
Sobre Alejandro y Ciro,
Cuyo bélico esfuerzo ya no admiro.

Sonó la trompa fina
En dulcísimos sones modulando,
Y el cóncavo celeste luego trina,
El eco repitiendo
De Belgrano inmortal con ronco estruendo.

Un rayo soberano
De los ojos del Dios entonces brilla
Sobre la patria del guerrero indiano
Que ha sido la primera
En llevar á la lid legión guerrera.

Varón esclarecido,
Que llevaste, le dice, tus pendones,

De victoria en victoria conducido
Sobre huestes contrarias
Que humilló tu valor en lides varias;

Tú, que alzaste del Plata
En la orilla argentina el grito santo
De muerte ó libertad, que se dilata
Corriendo prontamente
De nación en nación, de gente en gente:

Contempla tantos bravos
Que el valor de tu diestra ha libertado
De humilde servidumbre, al ser esclavos
Del español austero,
Si no triunfara en Tucumán tu acero.

Las huestes aguerridas
Que opusiera Tristán á tus legiones
Por tu espada en vil polvo convertidas,
Son los timbres primeros
Que te harán inmortal entre guerreros.

Por tanto, de mi mano
Esta corona ceñirá tu frente,
A cuyo aspecto temblará el tirano
Que oprime el hemisferio,
Que vé en cadenas aherrojado Hesperio.

Recorre sin demora
La extendida región que al libre alienta,
Do en Mayo el astro de la luz se adora,

Y dale independencia
Que alcanzaron su esfuerzo y resistencia.

Bajando en blanca nube
Hasta el suelo argentino el gran Belgrano
Pregona independencia. Al cielo sube
Apacible y sereno,
Dejando al orbe de su gloria lleno.

Los libres á millares
De todas partes concurriendo entonces
Al suelo tucumano, en sus altares
Juraron prontamente
Sostener á la patria independiente.

¡Salve, patria dichosa,
Que rescatada para siempre fuiste
Del extraño poder y suerte odiosa,
Por el valor probado
De tantos héroes que en tu suelo has criado!

No más del torvo ceño
Te verás insultar de opresor fiero:
Ni tendrán tus riberas otro dueño
Que tus hijos queridos,
Libres, iguales y á tu grito unidos.

Hoy miran tus pendones
Coronados de bélicos trofeos
Absortas y suspensas las naciones
De ver la bizarría
Con que ahuyentaste á tu opresor un día.

Del Plata en los cristales,
Que los libres, del mundo concurriendo
Encuentran libres, de tal nombre tales,
Viviendo independientes
Y sirviendo á la Patria reverentes.

Renaciendo la España
De la antigua opresión de sus tiranos,
Se prepara á olvidar la cruda saña
Que un tiempo alimentaba
De volver otra vez á hacerte esclava.

Mas hoy recibe en tanto
De un hijo de tu suelo, Patria mía,
De entusiasmo y amor el dulce llanto
Con que humedezco el ara
Que de Julio en honor mi mano alzára.

VISIÓN

La bóveda etérea se abrió de repente,
Y un genio circuido de luz esplendente
Bajó entre vapores de perla y zafir;
Y á un nuevo entusiasta doncel argentino
Presagios risueños de un fausto destino
Con estas palabras le plugo decir:

De gloria inefable ceñistes el lauro,
Sagrado misterio del Dios de Epidauro,

Que solo al talento las ciencias se dan;
Y ocultos secretos del mundo ignorados,
Su templo, sus aras y libros sagrados
Por siempre á tus ojos abiertos están.

Un astro fulgente que nace en el cielo
Del alma y la vida rasgándote el velo
Te alumbra designios que nunca alumbró;
Y de artes y ciencias y de hondos misterios
Las présagas voces de génios aéreos
Diránte secretos que nadie alcanzó.

Al signo de tu hado se postra la suerte,
Tu genio comprende la vida y la muerte,
Tus pasos dirige la mano de Dios;
Y el llano y el monte y el Plata famoso
De templos y altares y nombre glorioso
Verás algún día cubrirse por vos.

Le dijo: y el joven miró en el instante
Veladas sus sienes por nube flameante
De nítido nácar y hermoso oropel.
Su frente radiosa brilló como el día,
Y de altos designios de genio y poesía
Chispearon los ojos del brioso doncel.

EL SUSPIRO

CANCIÓN

Soplo vano que apaciguas
De los males la inclemencia
Tan fugaz en tu existencia
Como inmenso en tu poder:
Dióte amor su dulce fuego,
La belleza su misterio,
Cuyo blando dulce imperio,
Es tu afán engrandecer.

Tú descubres el efecto
Que el rubor no permitía,
Das al tímido osadía
Y eres nuncio del amor.
De dos almas entretienes
La simpática ternura,
Y proteges la hermosura
Contra el tedio y desamor.

Tú conviertes en sonrisa
Del amante los recelos
Y disipas de sus celos
El veneno matador.
Por tí nace la esperanza
Ya no más alimentada,

Y la llama sofocada
Recupera su fervor.

Nunca faltes á los labios
De la bella á quien adoro,
Cuando en blando ruego imploro
Un favor á su esquivez:
Ni le niegue una sonrisa
De mi pecho al ¡ay! ardiente,
Cuando acusa de inclemente
La crueldad de su altivez.

A CÓRDOBA

Vagando en la selva y el prado y el río,
El hombre bravío
Sin luces ni leyes, apénas hombre es;
Y apénas imágen grosera del ente,
Que abarca en su mente
Los mundos que ruedan de Dios á los pies.

Fluctuando al capricho de cruda inclemencia
Su triste existencia
Es flor sin perfume, simiente y color:
Estéril destello de luz, que pudiera
Brillar en la esfera,
Si hubiese encontrado destino mejor.

Sin luces su mente se agosta y marchita,
Su vida se agita
De torpes pasiones y vicios en pos,
De espíritu tosco no se alza ni crea,
Ni alcanza su idea
La escelsa grandeza de un único Dios.

Si no es que la ciencia que al hombre sublima.
Le encumbra á la cima
De bien consumada civil perfección;
Si no es que su genio se espande y avanza,
Si no es que se lanza
Y abarca en su vuelo la entera creación.

El hombre á las luces les debe el imperio
Terrestre y aerio
Que le hace en la tierra la imágen de Dios;
Les debe el dominio de tierras y mares,
Les debe sus lares,
Les debe sus horas de dicha precoz.

Les debe la alianza sincera de hermanos
Que enlaza las manos
De pueblos que alejan las olas del mar;
Les debe la industria, comercio, riqueza,
Progreso y grandeza,
Que en vano sin ellas quisiera alcanzar.

Les debe la gloria por Dios prometida
Después de esta vida,
Les debe la muerte cristiana de paz;

Les debe... mas todo cuanto hay se lo debe
De grave, de leve,
De bueno, de santo, de gusto y solaz.

Así es que los pueblos donde ellas prosperan
Prodigios operan
Y alcanzan destinos grandiosos á fé;
Y alcanzan renombre, poder y ventura,
Que niega natura
Al pueblo que culto como ellos no fué.

Bendita la tierra, de Dios y del hombre,
Que puede su nombre
De cultas naciones poner á la par;
Bendita por eso la tierra argentina,
Riquísima mina
De espíritu y genio que se ha de explotar.

Bendito el destino que unió la fortuna
Del pueblo en la cuna
Que desde los Andes ve el Plata á sus pies;
Benditos vosotros los hijos mimados
Del cielo y los hados
Que habemos delante viniendo después.

Merced á la gracia del cielo germina
En lumbre divina
La mente creadora del ópimo Sud,
Y el genio que en ella rebosa y chispea
Las horas campea
Del tiempo en demanda de gloria y virtud.

Dichosa por tanto: tú, Córdoba, fuiste
Que al Plata le diste
Las togas patricias primeras que vió;
Y él hoy con orgullo contempla en su historia
La aureola de gloria
Que en ciencia y en artes tu genio alcanzó.

Cual premio á tus luces oh Córdoba dado,
Te fué deparado
Dignísimo, sabio, piadoso pastor,
Que diese ó tu mente por orden del cielo
El giro y el vuelo
Que le hacen y te hacen justicia y honor.
....
....

EL PAMPERO *

De la brisa y vapores
De aquel solitario suelo
Tan inmenso como el cielo
Que allá entredivisa el hielo
De los Andes relumbrar;

* Según el apreciable joven D. Juan Gil, de cuya solicitud por todo lo concerniente á las poesías inéditas del Dr. Cuenca hacemos en nuestro prefacio el merecido encomio, estas estrofas de *El Pampero* no forman más que la primera parte de la composición que había concebido su autor; y nótase al leerlas, en efecto, que no está completamente desarrollado en ellas el pensamiento sintético de dicha composición. (Nota del editor de las poesías de Cuenca).

Y de los hálitos vagos
De los espíritus magos
Que en sus llanuras sin lagos
Deben sin rumbo vagar;

Y de la bruma y del aire,
La sequedad y el rocío,
De la templanza y del frío,
El misterio y el vacío
De la llanura del Sud,
Naces, Pampero, cual nace
Todo aquello que Dios hace,
Cuando á los designios place
De su eterna rectitud.

Y como hijo de la Pampa
Que ocupa medio hemisferio,
Y estiende hasta allá su inperio
Donde ciñe el cielo aerio
De los Andes la alba sien;
Eres como ella un coloso,
Inmensurable, asombroso,
Genio inculto y misterioso
Nacido en silvestre Edén.

Cada grano del desierto
Te da un soplo de existencia;
Cada planta en florescencia
Te da un átono de esencia,
Cada brisa una impulsión;
Cada palmo de verdura

Un soplido de frescura;
Cada arroyo de agua pura
Una grata emanación.

Cada páramo un ambiente,
Cada florcilla un olor,
Cada atmósfera un primor,
Cada ave un trino de amor,
Cada clima una virtud;
Y cual lluvia de consuelo,
Regalada por el cielo,
Tú derramas en tu vuelo
La existencia y la salud.

Desde aquel llano sin fondo,
Mar sin término ni puerto,
Florido y verde desierto
Donde solo hay descubierto
Cielo, tierra, espacio y luz;
Misterioso caos y abismo,
Tan solo igual á sí mismo
Que aun alzar del cristianismo
No ha visto la Santa Cruz:

Levantas tu vuelo mago
Por el éter transparente,
Y con tu ala omnipotente
Cubres medio continente
Desde los Andes al mar;
Y del mar hasta el espacio
De oriflama y de topacio,

Donde ostenta su palacio
El perpétuo luminar.

Y de la Pampa y del cielo
Por donde á la vez caminas,
Los mil perfumes hacinas
Que para el solaz destinas
De tu querida ciudad;
Y en su fresca cabellera
Viértesle la copa entera
Que lleno de media esfera
La fragante inmensidad.

Lluvia de gracia y ventura
Con que fecunda la mano
De Dios á ese inmenso llano
Donde aún de pié cristiano
No se ha impreso la señal:
Y que por tí recogida
Es á su labio ofrecida
Como un néctar que da vida
A su pecho virginal.

Tú eres un genio amoroso
Para la dueña del Plata,
Con cuya presencia grata
Su existencia se dilata,
Se espande su corazón:
Tú das á sus fuerzas brío,
Frescura á su ardiente estío,

Bonanza á su inquieto río,
Y á su génio inspiración.

Tú derramas en sus venas
Vida, salud, alegría;
Tu haces festivo su día,
Risueña su noche umbría,
Su existencia de envidiar;
Tú las besas en la frente,
Y se agitan de repente
Como las olas de un mar,

Tú fecundas su vigilia,
Tú le inspiras grato sueño,
Tú conviertes en risueño
El acaso esquivo ceño
Que disfraza su beldad:
Das facundia á sus letrados,
Clemencia á sus magistrados,
Valentía á sus soldados,
Y á su industria actividad.

Empavonas sus jardines,
Aromatizas sus flores,
Desvaneces sus rencores,
Multiplicas sus amores,
Le inspiras hilaridad:
Y de su asta en la cimera
Haces flamear la bandera
Que al par que en el Plata impera
Custodia su libertad.

Bajo su místico influjo
Se volcaniza y se inspira
De sus poetas la lira
Que en blandos versos delira
Con su bello porvenir;
Y de sus pintores mana
Bajo la brocha liviana
Del albayalde y la grana,
Creación que no ha de morir.

Cuando reinas, en el aire
Hay algo que el alma alhaga,
Una cosa etérea y vaga
Que regocija y embriaga
Cuanto tocas al pasar,
Y es, Pampero, de tu esencia
La vivificante influencia
Que derrama la existencia
Desde los Andes al mar.

Marzo de 1851.

EL MIRTO

Precioso mirto que en el blanco seno
Te viste un día de Dorila bella
Y ahora en mis manos con placer te miro,
Dí si me quiere.

Tú que oprimiste blandamente el seno
Dó la hermosura colocó su trono,
Dí si se apiada de los tristes males
Que esperimento.

Tú que dejaste del ameno prado
Las dulces auras y fragante aroma
Por un instante de gozar sus besos,
Dime sus ansias.

Cuando su labio de jazmín y rosa
Besó tu frente, venturoso mirto,
Dime si el fuego del amor acaso
La enardecía.

¿Nunca sentiste si al mirar á Licio
Su tierno pecho se ajitó siquiera
Un solo instante con el tierno anhelo
Que amor inspira?

¿Cuando postrado con humilde ruego
De mis quebrantos le pedí el remedio,
Algún suspiro se escapó del lábio.
Dó amor se anida?

¡Más oh ventura de mí triste ansiada:
Tocar mis lábios el dichoso mirto,
Que de Dorila la preciosa boca
Llenó de almíbar!

¡Si ella supiese que á mi pecho unido
Un año y otro cubriré de besos

Aqueste ramo que escondió en su seno!
¿Que me dijera?

Aunque mil soles sobre tí pasando
Dejen apenas de tu ser indicio,
Eternamente en mi memoria nueva
Será tu vida.

Ven, pues, objeto de las ansias mías,
Preciosa prenda del amor primero
De un tierno pecho, con mi triste unido
Vive por siempre.

UN AÑO DESPUÉS

I

—¡Soy *invariable!*... De tu fe en rehenes
Toma mi *fe*...! Tu ausencia me consume!...
¿Cuando á gozar de tu ventura vienes?
—¡Ya ni el recuerdo de tus cartas tienes,
Y aún tus cartas conservan su perfume!

¡Sacrificio!... ¿Supones que lo ignoro?...
Cuando el amor el corazón espande

Con sus mirages y horizontes de oro,
Es, el que adora como yo te adoro,
Capaz de todo lo sublime y grande!...

¡Soportaré las pruebas más acerbas
Porque conmigo tu existencia partas!...
¡Sóbrame á mí *energía,* si te enervas!
—¡Ya ni el recuerdo de mi amor conservas,
Y aún conservo el perfume de tus cartas!

II

¿Y es cierto que el amor, ese perfume,
Ese aroma de ambárico pebete,
Es cierto, santo Dios, que se consume
Del cuerpo y alma que una vez le asume
Antes que el vil sahumerio de un billete?

¡Oh flaca humanidad!... todo lo puedes,
Y nunca, nunca de flaqueza te hartas...
Y, ni ya muerta la ilusión concedes
Que rompa el hombre sus amantes redes
Y rompa y queme sus amantes cartas.

¡Oh caractéres que trazó su pluma!
Y aun al leéros en amor me inflamo...
Y aun el pesar mi corazón abruma...
¡Y mientras ella acaso, *otros* perfuma,
Aún sus billetes olvidados amo!

III

Tú que fuiste ideal de mi ventura
Por el prestigio de ilusión funesta;
Tú, que acusar pudiera de perjura,
No temas de mí, nó, venganza dura...
Olvida y goza: ¡mi venganza es esta!...

¡No temas de mi labio una palabra,
Una sola palabra de reproche!...
No temas, nó, ni que á tus ojos abra
El agravio recóndito que labra
Mi corazón en tenebrosa noche!...

No temas, nó, que mi pasión exhume
Para que tu de nuevo la compartas,
Ni que por eso de desdén te abrume...
¡Aun tus cartas conservan su perfume,
Y aun conservo el perfume de tus cartas!

SÁTIRAS

I

Que aparente ser letrado
Por lo grave y circunspecto,
Cierto *quidam* que el aspecto
Siempre tiene avinagrado,
No lo estraño

Pero que mientras no calle
Que se trate algún asunto,
Y en llegando al postrer punto
Que como maestro no falle,
        Sí lo estraño.

Que recite un orador
Un sermón bien estudiado
Con mil testos empedrado
Traídos con gusto y primor,
        No lo estraño.

Mas que falte algún oyente
Que lleno de admiración
No le llame Cicerón
Porque en realidad lo siente,
        Sí lo estraño.

Que nos diga un D. Germano
Que habla corriendo el francés
Cuando observo yo después
Que maltrata el castellano,
        No lo estraño.

Mas que falte bajo el sol
Quien le llame caballero
Porque muerde al extranjero
Cuando araña al español,
        Si lo estraño.

Que nos hable todo el día
Con igual fuerza y calor

Un sempiterno hablador
Que mucho más charlaria,
No lo estraño.

Mas que en todo su sermón
No se encuentre algún descuido
Por ignorancia ú olvido
O cualquiera otra razón,
Sí lo estraño.

Que se advierta que ha pasado
Por el rostro de una bella
A pesar de ser doncella
Medio siglo bien contado,
No lo estraño.

Pero que ella no nos diga
Que á los treinta apenas llega,
Y para esto nos alega
Que lo afirma cierta amiga,
Si lo estraño.

Que pretenda un D. Fulano
Que le llamen señoría
Porque tiene en su alcancía
Diez mil ducados á mano,
No lo estraño.

Más que tales distinciones
No le cuesten su dinero,
Y ser noble caballero

No le sufran sus doblones,
Sí lo estraño.

Que anochezca diariamente
Muy sentada en la ventana
Protestando Doña Juana
Que gusta mirar la gente,
No lo estraño.

Mas que ignore su vecino
La causa que allí la tiene
Cuando vé que va y que viene
Un tapado de contino,
Sí lo estraño.

Que después de bien leído
Rasgue una dama el billete
Que le envió cierto pobrete
Que por ella anda perdido,
No lo estraño.

Pero que alguno no crea
Que se ha portado inclemente,
Porque el pobre pretendiente
No la llamó Citerea,
Sí lo estraño.

EL CORAZÓN

¿Qué corazón es el mío,
Oh Dios que riges los mundos
Con la ley de tu albedrío?

Echeverría.

Fortuna, destino, Dios,
Oscura, inconstante suerte
Que no alcanza á comprenderte
Ni en la vida ni en la muerte
La mísera humanidad:
Ser excelso y soberano,
Angel, espíritu, arcano
Que contienes en tu mano
La insondable eternidad.

Tú, que del polvo, del humo,
Formaste mundos sin cuento;
Misterio, deidad, portento,
Que ofuscas mi pensamiento
Y abismas mi corazón:
Que hiciste de una mirada
Levantarse consumada
Del vano caos de la nada
La estupenda creación;

A quien llaman reverentes
Las criaturas terrenales,

Los seres angelicales
Y espíritus infernales
Su piadoso eterno Dios:
Yo, ceniza, reptil, hombre,
Que no acierto á darme nombre,
Sin que mi nada me asombre
Levanto hacia tí mi voz.

Tú, Señor, que allá sentado
Sobre los cielos fecundos
Miras los soles y mundos
En los abismos profundos
Revolver bajo tus piés:
Inclina la excelsa frente
Desde tu trono esplendente
Y acoje la voz de un ente
Que no sabe ni aun lo que es.

Tú que pudiste demonio,
Angel, espíritu hacerme,
Y me has hecho un ser inerme
Que no alcanzo á conocerme
Ni comprendo lo que soy:
Polvo, lodo, insecto inmundo,
Que tú arrojastes al mundo
Donde me arrastro y confundo
Sin saber á donde voy.

Es preciso por lo menos,
Ya que misterio me hiciste
Cuando hacerme ángel pudiste,

Que la nade que me diste
Te deba algo, eterno Dios;
Así es que yo, vil gusano
Que no sé de donde emano,
A tí excelso y soberano
Levanto, Señor, mi voz.

Y pues encerrar te plugo
En frágil pecho mortal
Tremendo, loco, fatal,
El mónstruo horrible infernal,
De mi ardiente corazón:
No le niegues la primera,
La sola, la postrimera
Merced que implora y espera
Mi frenética ambición.

Yo no te pido, Señor,
Yo no te pido riquezas,
Ni renombre, ni proezas
Ni magníficas grandezas,
Ni que me hagas inmortal;
Ni que esté sujeto al mío
Del indómito y bravío
Fuerte bruto el poderío,
Ni el imperio terrenal.

Yo no te pido, Señor,
Ni fecunda fantasía,
Ni abstrusa ciencia sombría,
Ni talento, ni poesía,

Ni coronas de virtud:
Ni que el mundo me engrandezca,
Me venere y obedezca,
Ni que el tiempo no envejezca
Mi lozana juventud.

Pues que todo tú lo puedes
Y de todo eres Criador,
Yo te pido bien mayor
Como la prueba mejor
De tu infinito poder:
Yo te pido ardiente y vivo,
Grande, volcánico, altivo,
Como lo quiero y concibo
El amor de una mujer.

Sí, Señor, de una mujer
Pero mujer como yo,
De aquellas á quienes dió
La mano y las formó
El corazón para amar;
Mujer para mí nacida,
Solo para mí venida
Al desierto de la vida
Donde la debo encontrar.

Misterioso, incomprensible,
Fugaz, transitorio ser,
Angel, prodigio, mujer
Como se ha solido ver
Aunque pocas veces ya:

Mujer que ama y muere luego,
Cuyo fatídico y ciego
Espíritu, alma de fuego,
Pintado en su frente está.

Mujer que cual soy me quiera,
Melancólico, ignorado,
Feo, pobre, desairado,
Y cruelmente condenado
A maldecir y llorar:
Hombre oscuro, peregrino,
Que va andando en el camino
De la vida sin destino
Ni vestigio que dejar;

Sí, Señor, de una mujer;
Mas de una mujer tremenda,
Heróica, audaz, estupenda,
Que el espíritu comprenda
De su amorosa misión;
Mujer como yo furiosa,
Frenética, espirituosa,
Grande, loca, portentosa,
Mas que mujer ilusión.

Mujer como yo, capaz
De apreciar todo el fervor
La intensidad y el furor
Con que mi alma del amor
Se abandona al frenesí:
Que no piense ni imagine,

Discurra ni raciocine
Para amar; que se destine
Ciegamente para mí.

Intima, cruel, prodigiosa,
Cuyo demente heroísmo
Me cause espanto á mí mismo,
Capaz de echarse á un abismo
Si yo me sepulto en él;
Que me maldiga y me llore,
Que me aborrezca y me adore,
Que me asesine y devore
Si soy á su amor infiel.

Mujer para quien yo sea
El ángel de su ventura,
Su destino, su locura,
Su vida, su sepultura,
Su Lucifer y su Dios;
Hombre, misterio, fantasma,
Que la deleita y la pasma,
La estremece y la entusiasma
Y va de su sombra en pos.

Yo no pido en la mujer
Que arrebate el alma mía
Ni vetusta gerarquía,
Ni precoz sabiduría,
Ni aun belleza y juventud:
Pero una alma sí, tan fiera,
Y que á extremo tal me quiera,

Que al universo prefiera
Si es conmigo, el ataud.

No pretendo que me dé
Cosa alguna que no deba,
Ni de amor ninguna prueba
Tremebunda, rara, nueva,
Romántica y funeral;
Pero sí, para probarme
Que respira por amarme,
Que me dé si puede darme
Por mi amor, amor igual.

Vívida, ardiente, rabiosa,
Llama voraz del averno,
Maldición, suplicio, infierno,
Venganza del Dios eterno,
Es para mi alma el amor:
Y así, maldición, venganza,
Suplicio que fin no alcanza,
Y amor que el infierno lanza,
Quiero el suyo aterrador.

Fiebre ardiente, inextinguible,
Que su existencia envenene,
La devore, la enagene
Y á quererme la condene
Y á llorarme y maldecir:
No sea su amor distinto
Del voraz que quiero y pinto,

Fatal y bárbaro instinto
Que esté obligada á seguir.

Amor á mi amor igual,
Audaz, monstruoso, sin juicio,
Para quien no haya suplicio,
Abismo ni precipicio,
Que lo pueda contener;
Placer que la desvanezca,
Deleite que la enceguezca,
La entusiasme y enloquezca,
Sin enfriarse ni ceder.

Amor vívido, insaciable,
Amor como el amor mío;
No el amor cobarde, frío,
Maldito, hipócrita, impío,
Que miente el mundo falaz,
Sino inmenso amor de vate,
Que la embriague, la arrebate,
Que la consuma y la mate
Con un incendio voraz.

Ventura de otra ilusión
Que en sueños de amor arrulla
En la alma de fuego suya
Nunca jamás sustituya
La que en mis labios bebió;
Y su mente entusiasmada
Con mi amor toda ocupada

No encuentre en la tierra nada
Tan precioso como yo.

Memoria de mis amores,
Brillante y eterna llama
Que en su corazón derrama
Delicias del hombre que ama,
Perpétua en su mente esté;
Y en su delirante anhelo
Entre el bello azul del cielo
Y entre las flores del suelo
Se imagine que me vé.

Velado de hermosa nube
Que viva luz centellea,
El ángel de amor yo sea
Que en la dulce embriaguez vea
De sus sueños de ilusión;
Y á la clara faz del día
La parezca todavía
Que de su alma y fantasía
Delirios de amor no son.

Chispa eléctrica del genio
Que mundos y cielos dore
Y fuego y deleites llore,
Encuentre la que me adore
Manar de mi verso vil;
Y en cada página mía
Beba sedienta á porfía

Con la miel de mi poesía
Veneno de amor sutil.

Línea mágica que rasga
De altos misterios el velo
Y en osado y loco vuelo
De la inmensidad del cielo
Busca atrevida el confín:
Se imagine que mi verso
Como el sol brillante y terso,
Descubre del universo
Las maravillas sin fin.

Blando deleite inefable
Mi tierno canto la inspire,
Cuando ternura suspire
Y á embriagar el alma aspire
Con su néctar celestial:
Y una lágrima amorosa
Como aljófar en la rosa
Surque amable y deliciosa
Su mejilla virginal.

Entre el aura embalsamada
Que exhalan otros amores
Eche de menos las flores
Que mis labios seductores
Saben solo deshojar;
Y en el ala misteriosa
De su pena vagorosa

Vuele su alma silenciosa
Mis suspiros á encontrar.

Menos bella la parezca
Con toda su pompa vana
La risa de la mañana
Que la divinal que mana
Mi labio de pura miel;
Y sus ojos centellantes,
Insaciables y anhelantes,
A beberla por instantes
Vengan sedientos en él.

Flor marchita sin fragancia
De su tallo desprendida
En la fiesta más lucida
Mustios sus ojos, sin vida,
Si no me encuentran estén;
Y un pesar oculto y vago,
Para su delicia aciago,
Vierta veneno en su alhago
Y en su corazón desdén,

Relámpago pasajero
Que sus afectos excite,
Oiga mi nombre y se agite,
Y se estremezca y palpite
De contento y de pesar;
Y con un suspiro ardiente
Que la traicione inclemente

De sus labios juntamente
Vuele abrasado á la par.

Seducción de otros amores
Que extraviado alguno sueñe,
Fiera, altiva la desdeñe,
Y en lanzarla cruel se empeñe
Su anatema y maldición;
Y en perpétuo desvarío
Yerto esté, solo y vacío,
Sino late junto al mío
Su insaciable corazón.

Realiza, Señor, los sueños
De mi mente enardecida,
Y en la copa de mi vida
Vierte veneno en seguida
Y acerbo llanto infeliz:
Que pobre, huérfano, oscuro,
Si encuentro lo que procuro,
Por su grandeza te juro
Ser el hombre más feliz.

Realízeme tu clemencia
Los delirios de mi sueño,
Y hazme un solo instante dueño
Del dulce amor alhagüeño
Que suele en mi alma reir:
Y en humo sutil convierte
Los alhagos de la suerte,

Que acaso pueda deberte
Mi remoto porvenir.

Y en perpétua noche oscura
Cámbiese la luz del día,
Y en veneno la ambrosía
Que derrama la poesía
En mis horas de dolor;
Ni mi mente como suele
Por ideales mundos vuele,
Ni comprenda ni revele
Los secretos del Criador.

Desvanézcanse de mi alma
Las sublimes concepciones,
Las poéticas creaciones
Y las gratas ilusiones
De mis mundos de oropel;
Ni haya aromas en las flores,
Ni sonrisa en los amores,
Ni matices, ni colores
A que dé alma mi pincel.

Todo cuanto yo te debo
Quítame, si te parece,
Que te doy sin que me pese
Cuanto tengo y ennoblece
Los misterios de mi ser;
Y aun renuncio las mercedes
Que piadoso hacerme puedes,

Si por todo bien me cedes
El amor de una mujer.

En una de aquellas horas
En que el corazón desea
Materializar la idea
De aquella mujer que crea
Nuestra mente para amar,
A un joven de alma voltaria,
Poética y visionaria,
De hinojos esta plegaria
Oyósele pronunciar.

INDICE

PÁGINAS

ANTOLOGÍA

José Mármol:

CANTOS DEL PEREGRINO

Dr. Claudio Mamerto Cuenca:

